

Robbie Couch

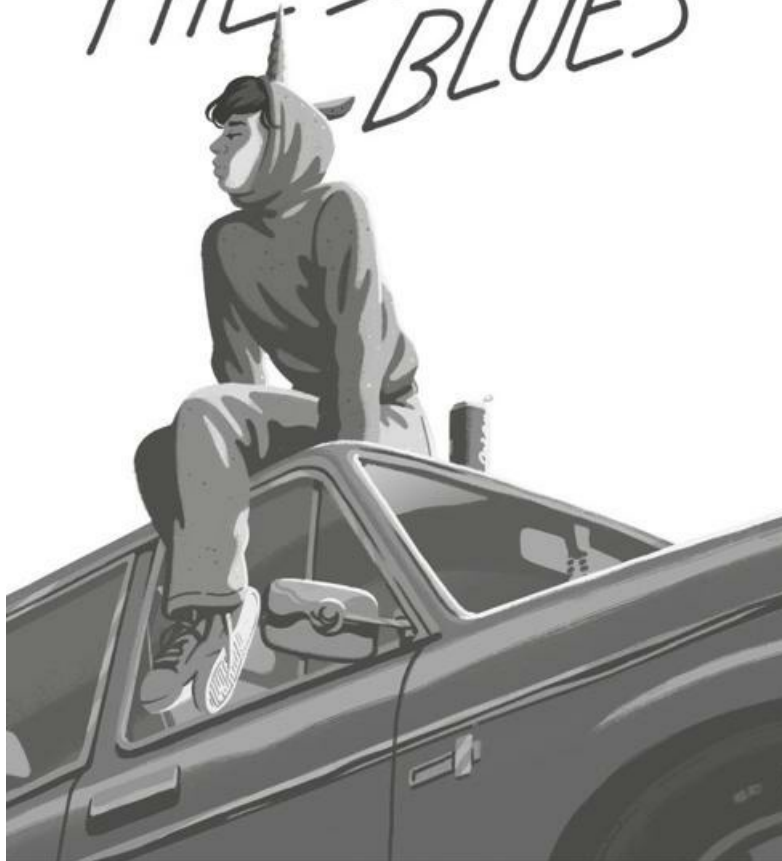
THE SKY BLUES

Porque también
hay azul
en el arcoíris



Robbie Couch

THE SKY BLUES



A la gente que resiste



TREINTA DÍAS

Me estoy duchando con Ali Rashid. Exacto: con Ali Rashid. Los dos estamos desnudos y podría fijarme en un montón de partes de su cuerpo, pero soy incapaz de apartar la vista de... sus cejas. Sus gruesas, tupidas y gloriosas cejas. Creo que nunca me había fijado tanto en las cejas de nadie como en las de Ali. Sus cejas son distintas, creo. Las he mirado tantísimas veces –intentando distinguirlas en aulas a rebosar de gente y entre los filtros de Instagram– que apuesto a que sería capaz de dibujarlas de memoria, folículo a folículo. Sí, lo sé: admitir esto suena superraro y gay.

Es lo que hay. Hola, soy gay y soy raro.

–¿Puedo besarte, Sky? –me pregunta.

Sus largas pestañas rizadas esconden el color avellana de ojos. Tiene unas pestañas tan bonitas como sus cejas, negras como el azabache y tan espesas que ellas solitas podrían firmar un contrato como supermodelo, lo juro. Estoy deseando contarles esto algún día a nuestros gaybies (gay + babies): el primer beso de sus padres. Seguramente les produzca arcadas, pero me da igual.

–¡Venga, Sky! –me grita la madre de Bree desde fuera del baño.

Doy un respingo y dejo de soñar despierto. O de soñar en la ducha, más bien. O de sueñoducharme. Sí, eso es: estaba sueñoduchándome con Ali. De vez en cuando me pasa.

Nervioso, alargo la mano para agarrar la cortina de la ducha y recuperar el equilibrio, y el chisme entero se viene abajo con mi peso. Resbalo y acabo despatarrado sobre la alfombrilla del baño, como un pez blancurrio y resbaladizo recién sacado del lago Míchigan. Hago tanto ruido al caer como si hubiera estallado una bomba (una bomba empapada, jabonosa y muerta de vergüenza). Grito, más por el susto que por el dolor.

–¡Dios mío! –exhala la madre de Bree al otro lado de la puerta, mientras la alcachofa de la ducha se sacude y empieza a lanzar agua literalmente por todas partes. Las dos pitbulls de Bree, Thelma y Louise, empiezan a ladrar a poca distancia.

–¿Estás bien, Sky?

–No... –gimo–. O sea, sí, pero...

Demasiado tarde.

La puerta se abre de golpe durante un microsegundo, y veo la montura roja de las gafas de la señora Brandstone antes de poder reaccionar. Suelto un grito de protesta desde el suelo

resbaladizo, donde estoy tirado boca arriba. Ella también chilla y cierra la puerta de golpe.

Me va a dar algo. Estoy completa, total y absolutamente muerto de cringe.

Esto entra en el top cinco de momentos vergonzosos de mi vida: es aún peor que el día en que Marshall, mi mejor amigo, se tiró un pedo tremendo en clase de Educación Física cuando íbamos a séptimo, y luego salió corriendo y todos pensaron que había sido yo.

—Tranquilo, que no he visto nada —miente la madre de Bree fuera del baño—. Pero, aunque lo hubiera hecho, no tienes nada que no haya visto ya, cariño. Eso sí, por favor te lo pido: date prisa, que Bree te está esperando fuera y vais a llegar tarde.

Puntual como un reloj, Bree —mi otra mejor amiga— empieza a tocar el claxon desde fuera, como si fuera a haber un apocalipsis si llegamos treinta segundos tarde a primera hora. Me va a matar.

—¡Dile que ya voy!

Me levanto y corto el agua antes de colocar la barra y la cortina en su sitio. La mitad del suelo del baño es un charco.

Qué desastre. Este baño y mi vida, las dos cosas.

Apuesto a que, en este mismo momento, Ali está sueñoduchándose con otra persona en su casa de la avenida Ashtyn. Es la tercera casa desde la esquina; la que tiene las persianas de color aguamarina y un gato —Franklin— que se pasea por la ventana delantera.

Vale, sí. Estoy colado por Ali Rashid.

No estoy orgulloso de ello. Estoy cualquier cosa menos orgulloso, de hecho. Me incordia. Me tiene frito. Me encantaría chascar dos dedos y olvidarme de que existe Ali Rashid. Pero existe, y estoy desesperada, perdida y eternamente enamorado de él, con sus cejas seductoras, sus pestañas XXL y las arruguitas que le salen cuando se ríe de uno de mis chistes. Sobre todo cuando suelta un resoplido, porque entonces sé que le ha hecho gracia de verdad.

Pero estar tan colado por alguien es desconcertante.

En los diecisiete años que llevo en este planeta, Ali es el único chico que me ha hecho sentir así. Bueno, la única persona, punto. Y resulta que estar tan enamorado no es algo eufórico y celestial, como dicen los cuatrocientos millones de comedias románticas que he visto demasiadas veces para contarlas.

Como cuando Lara Jean finalmente le confiesa su amor a Peter en el campo de lacrosse en *A todos los chicos de los que me enamoré*, y luego todos viven felices y comen perdices. O como en *Súper empollonas*, cuando Hope aparece en la puerta para darle a Amy su número de teléfono justo antes de que ella se vaya a Botsuana durante el verano (qué oportuno).

De acuerdo: algunos días sí me siento así, claro. A veces, me siento como Simon Spier (el de *Con amor, Simon*) cuando se monta en la noria. Tengo momentos en los que Cupido se lanza sobre mí y me taladra con una gran flecha gay, y mis ojos se convierten en emojis de corazoncitos y me quedo sin aliento durante cinco segundos.

Pero hay un problema: Ali es hetero. Bueno, puede que sea hetero. ¿Sí, no...? No tengo ni idea. Somos más o menos amigos, pero nada más. Aún no, vaya. No creo.

En fin.

Bree –que ahora tiene la mano pegada a la bocina para machacarme con el ruido hasta que salga– cree que tengo alguna oportunidad con él. Los únicos que saben que estoy obsesionado con Ali Rashid son ella y el resto de la familia Brandstone, y eso no va a cambiar. Bueno, al menos durante treinta días.

Treinta puñeteros días.

Me vuelvo hacia el espejo empañado y paso la mano por su superficie. Miro mi pelo del color de la arena, empapado y pegado a la frente (me lo voy a tener que cortar pronto) y veo que me está saliendo un grano en la nariz. Al menos, mis ojos no están mal. Probablemente sea lo que más me gusta de mi cara (aunque palidezcan en comparación con los de Ali). Son del mismo color que el azúcar tostado; mi madre me lo dijo una vez, cuando era pequeño. No sé por qué, nunca lo he olvidado.

El vaho del espejo se empieza a desvanecer, revelando parte de mi torso y recordándome la regla número uno que me puse cuando me mudé con los Brandstone: nunca, nunca, nunca debo mirar mi reflejo justo después de salir de la ducha. Porque el agua caliente hace que Marte –la cicatriz de mi quemadura– tenga un aspecto infinitamente peor que el habitual.

Marte –que está a la izquierda de mi pecho, justo sobre el corazón– me acosa desde el accidente. Siempre tiene mala pinta, sinceramente. Pero, después de diez minutos bajo el agua caliente, se pone un millón de veces más rojo de lo normal, y eso me da aspecto de personaje de película de zombis (en concreto, ese al que acaban de morder y está a punto de convertirse en un monstruo caníbal).

Como no había espejos grandes en el diminuto apartamento de mi madre, cuando vivía allí me resultaba más fácil ignorar la existencia de Marte. Era una de las pocas «ventajas» de las que disfrutamos Gus (mi hermano mayor) y yo durante nuestra infancia sin dinero, ropa nueva ni espacio: al menos, no teníamos muchas oportunidades de ver Marte accidentalmente en un espejo. Sin embargo, la cosa cambia mucho en casa de los Brandstone, con sus espejos del tamaño de pizarras del insti.

Maldito Marte...

Bree sigue pitando en la entrada, y a estas alturas ya no me resulta molesto sino graciosísimo. Su obsesión con todo el tema académico se hace aún más potente entre las siete y las nueve de la mañana, cuando le da el subidón del cacao que toma siempre para desayunar. Creo que está intentando tocar el claxon al ritmo de una canción de Ariana Grande que la tiene loca. No sé... Sea como sea, suena absurdo.

–¡Sky! –grita su madre desde la cocina; a estas alturas, está tan enfadada conmigo como con su hija. Al oírla, Thelma y Louise rompen a ladrar como posesas–. ¡Espabila!

Reprimo una carcajada y le aseguro que ya voy.

Tres minutos más tarde, monto de un brinco en el asiento del copiloto, con la mochila en la mano y el pelo aún mojado.

–¡Lo siento!

Bree pisa a fondo el acelerador.

–Voy a matarte –dice, medio en broma medio en serio.

Da marcha atrás por el kilométrico camino de entrada (vale, en realidad no mide un kilómetro, pero la parcela es enorme), y el coche ruge como si protestara.

—A primera hora quiero terminar lo del anuario —explica.

—¿No podrías olvidarte por un día de tus obligaciones como redactora jefa? —suspiro, mientras el coche da un bandazo para incorporarse a la calzada con un chirrido de las ruedas—. Yo llevo desmotivado con el instituto desde que iba a segundo.

—Créeme, lo sé perfectamente —responde, y le da un sorbo a su termo de cacao.

Si alguien llegara de nuevas a Rock Ledge y viera la casa de los Brandstone, seguramente pensaría que nuestro pueblo es un lugar de gente con pasta. Pero se equivocaría de medio a medio: Bree vive en la costa, la única zona rica de este distrito. E incluso en su zona, muchas de las casas son segundas residencias de familias que viven más al sur. Los Brandstone viven en una urbanización tranquila, con una playa privada igual de tranquila y una población de amas de casa no tan tranquilas. A diferencia del resto del pueblo, por allí el asfaltado de las calles se retoca cada cierto tiempo.

En cuanto al verdadero Rock Ledge, es otra historia. ¿Sabes esos pueblos decrepitos que salen en los anuncios de las campañas políticas, cuando hablan de lo mal que va la economía? Aceras desiertas, escaparates cerrados, ancianos sentados en sus porches que recuerdan los buenos tiempos con cara de funeral... Bueno, pues ese es el auténtico Rock Ledge.

Bree atraviesa una zona boscosa para dirigirse hacia la parte no turística de la ciudad, lejos de los pintorescos hotelitos que venden mapas enmarcados del lago Míchigan por ochocientos dólares. El panorama es bastante deprimente: estamos en marzo y ya se ha derretido casi toda la nieve, pero los árboles siguen desnudos y solo se ve hierba de color pis y barro de color caca.

—Bueno —carraspeo—. Tengo que contarte una cosa.

Los ojos azules de Bree chispean de intriga.

—¿Qué pasa?

—Tu madre me ha pillado...

—¿Dónde?

—En el baño.

—¿Qué?

—Cuando estaba en la ducha.

Bree contiene un jadeo de sorpresa, y su rostro sonrosado y pecoso se ilumina. Al menos, se le ha olvidado que llegamos tarde por mi culpa.

—Estaba desnudo —concreto.

—Vale, eso lo daba por sentado —a Bree le encantan los giros de guion. Siempre dice que detesta los dramas, pero hace tiempo que me he dado cuenta de que las personas que afirman eso son las más dramáticas de todas—. ¿Vio algo? —sus pupilas oscilan entre la carretera y yo mientras el coche zigzaguea sobre las rayas medio despintadas de la carretera.

—No. Bueno, no lo sé. Me dijo que no.

—Por lo que más quieras, dime que no te estabas masturbando.

—¡Para!

–Es justo lo que estabas haciendo, ¿a que sí?

–Bree, antes de las ocho de la mañana no tengo fuerzas ni para atarme los cordones. A esas horas me falta motivación, ¿vale?

Me ignora y se recoge el largo pelo castaño en un moño apretado.

–Te la estabas pelando con Ali, no me mientas –maneja el volante con las rodillas mientras se atusa el pelo mirándose en el espejo retrovisor, y yo me agarro con todas mis fuerzas a la manija del techo.

–Estaba sueñoduchándome, ¿vale? Nada más.

–¿Sueñoduchándote? –ladea la cabeza, confusa, mientras pasamos un cruce a toda pastilla–. ¿Eso es masturbarse en gay?

Derrapamos en el aparcamiento de alumnos justo cuando empieza a sonar el timbre de primera hora.

–¿Quedamos junto a la clase de Winter a la hora de comer? –pregunta Bree y, sin esperar respuesta, sale zumbando del coche y echa a correr por el césped empapado hacia la cárcel que es nuestro instituto.

–Sí –suspiro para mis adentros–. Luego nos vemos.

La sigo, pero mucho más despacio. Voy pasando entre los coches junto con un puñado de alumnos del último curso que llegan tarde, hartos del instituto y enfermos de «terminitis» (la epidemia de vagancia que aqueja a todos los que están a punto de acabar el insti). El último semestre ya agoniza de forma lenta e intrascendente, así que cada mañana somos más los que pasamos de entrar a primera hora y nos quedamos tomando café de gasolinera y poniendo música que atruena por todo el campo de fútbol. Hoy somos docenas, y la canción que suena es una balada country que me tiene harto desde octubre.

Paso junto a una panda de deportistas descerebrados y noto cómo sus ojos juzgan cada uno de mis movimientos. Algunos hacen muecas de burla, y el más odioso de todos, Cliff Norquest –su cabecilla, cómo no–, se pone a imitar mi forma de andar entre risas.

Se me cae el alma a los pies.

Me doy cuenta de que estoy meneando demasiado las caderas: eso es lo que han detectado. Intento caminar más tieso. Nada de desviaciones, literalmente. Si eres un chaval abiertamente gay en el instituto de Rock Ledge y tienes más pluma que un indio, terminas por pensar en estas cosas. De hecho, las tienes siempre en la cabeza. Casi tanto como las cejas de Ali Rashid.

Ah, y los libros: tengo que llevarlos colgando, con el brazo estirado y sin apoyarlos en la cadera, como hace Bree. De nuevo, la forma en que lo hagas delata si eres gay o no.

De pronto, recuerdo la camisa que me he puesto. Mierda: entre los bocinazos de Bree y los gritos de la señora Brandstone para que me diera prisa, pillé lo primero que vi en el armario. Y esta camisa está bien para ir al cine, al centro comercial o a cualquier otra parte, pero no al instituto. No a este instituto, vaya. Es de color rosa pálido y, si la llevo yo, grita «gaaaaaaay» a voces. Si fuera por mí, me la abotonaría hasta arriba; así es como hay que llevar este tipo de camisa. Pero no estamos en París, Francia, sino en Rock Ledge, Michigan.

Así que desabrocho el primer botón.

Ya lo sé: si a estas alturas todo Rock Ledge sabe que soy gay, ¿qué más dan estas cosas? Debería poder ponerme una camisa gay, llevar los libros como me dé la gana y caminar como me salga del cuerpo. Pero la gente de este pueblo tiene un bajo umbral de tolerancia hacia todo lo diferente, y no quiero tentar a la suerte.

—Eh, memo —Marshall se estampa contra mí y me agarra del hombro derecho. Es como un cachorro gigante: siempre aparece de la nada con una sonrisa en la cara—. ¿Cómo andamos?

—No te imaginas lo que me ha pasado... —estoy a punto de contarle a Marshall el dramón de esta mañana con la señora Brandstone, pero al ver que tiene al lado a Teddy, uno de sus amigos de atletismo, me muerdo la lengua.

No tengo nada en contra de Teddy —es bastante majo—, pero tiene cuerpo de guardaespaldas, una voz como cien octavas más grave que la mía y una onda hetero que no puede con ella, así que me corto cuando lo veo cerca. Si trazara un diagrama de Venn y comparara mi personalidad con la de Teddy, nuestros conjuntos no se superpondrían en ningún punto, ni siquiera microscópico.

Marshall se me queda mirando.

—¿Qué es lo que no me imagino?

Suelto un resoplido para ganar tiempo y trato de pensar en algo rápidamente.

—Que Bree está enfadada conmigo porque, por mi culpa, hemos llegado tarde a primera hora.

Teddy tira de las correas de su mochila y me mira con curiosidad.

—¿Se ha pasado ya de faltas de asistencia este semestre?

—No es eso —digo.

—Es peor: Brandstone aún no se ha contagiado de terminitis —Marshall suspira.

Los dos se ponen a hablar de cosas de atletismo mientras caminamos por el césped encharcado, así que se me van los ojos en busca de Ali. Estoy seguro de que se encuentra cerca. En serio: a veces es como si tuviera un sexto sentido, no para ver a los muertos, sino para saber cuándo tengo a Ali a menos de treinta metros. M. Night Shyamalan estaría orgulloso de mí.

—Eh —me dice Marshall, dándome un toque en el hombro.

—¿Qué...?

Señala con la cabeza a Teddy, que al parecer estaba hablando conmigo.

—Ah —me giro para mirar a Teddy—. Perdona.

Está visto que soñar despierto no es bueno para mi vida social, ni en la ducha ni en el instituto. Teddy se ríe.

—Tranquilo, no era nada. Solo te preguntaba dónde habías comprado esas zapatillas. Molan.

Miro mi viejo par de zapatillas, amarillentas y manchadas de barro. Gus las dejó en casa de mi madre hace tiempo y yo me las apropié. La verdad es que no recuerdo cuándo fue la última vez que tuve dinero suficiente para comprarme unas zapatillas nuevas, y no tengo ni idea de dónde pillaría estas. Gus hace más de cinco años, pero no tengo por qué soltarle todo eso a Teddy.

—Pues la verdad es que no estoy muy seguro —le digo—. Gracias, en todo caso.

—Nada —Teddy empieza a separarse de nosotros para entrar por otra puerta al instituto—. Tengo a Butters a primera hora. Luego os veo.

–Hasta luego –dice Marshall.

–Adiós –añado yo.

En cuanto Teddy está lo bastante lejos como para no oírme, le cuento a Marshall las auténticas noticias.

–Bueno, pues la cosa es que, esta mañana, la señora Brandstone me vio desnudo en el baño –le suelto.

Marshall, boquiabierto, me ofrece un chicle de canela. Es el expendedor oficial de chicles de canela.

–¿Y eso por qué? Qué mal rollo, ¿no?

Me meto el chicle en la boca y le explico exactamente lo que pasó. Bueno, no exactamente. Le digo que me pegué un susto, que la cortina de la ducha me traicionó y que la madre de Bree debió de vérmelo todo. Dejo de lado mi sueñoducha con Ali, porque no me parece apto para los heterosexuales oídos de Marshall; de hecho, ni siquiera le he hablado de lo coladísimo que estoy por Ali, tanto que no puedo pensar en otra cosa.

Marshall cierra los ojos y los abre de golpe para mostrar lo mucho que le impresiona imaginarse la escena. Teniendo en cuenta que mis dos mejores amigos son heteros, son unas drama queens como la copa de un pino, en serio.

Luego, empieza a partirse de risa.

–¿Qué vio, todo? –pregunta entre dos carcajadas.

–Ni idea.

–¿Crees que entró a propósito?

–Uf, espero que no.

–¿Te ha visto la pirula?

–Me niego a responder a esa pregunta.

–¿Eso es un sí?

–No. ¿Y por qué la llamas «pirula»? Puaj.

–Vale, tienes razón, pero...

–Bueno, ¿qué tal la competición? –le corto.

–Estoy destrozado –dice, mientras esquivamos un charco de barro que se ha ido expandiendo por el césped del instituto con la perversa intención de convertirlo en un pantano–. Me han destruido, machacado con un bate y pateado cuando estaba en el suelo. Estoy muerto y enterrado y han bailado sobre mi tumba.

–¿Bailado sobre tu tumba? ¿En serio la gente habla así?

–Pero he ganado mis carreras, Teddy lo ha bordado y Ainsley ha podido venir, así que estoy contento.

Ya salió a relucir Ainsley. En fin, vamos mejorando: Marshall casi ha sido capaz de mantener una conversación entera sin mencionar a su nueva (y primera) novia. Ha estado a punto de conseguirlo.

No quiero parecer celoso –espero que les vaya bien, como cualquier buen amigo, claro–, pero creo que está demasiado obsesionado con ella. Vale, sí: no tanto como yo con Ali. Pero, aun así,

es un poco demasiado.

Hablando de Ali..., ahí está.

El set completo: ojos color avellana, cejas y pestañas, justo a mi izquierda. Esta vez no estoy soñando despierto: Ali está ahí mismo, apoyado contra la pared del instituto como un modelo de la revista GQ, hablando con sus mejores amigos (que deben de ser las personas más afortunadas del planeta).

¿Cómo puede ser tan perfecto? ¿Cómo es posible que se unieran los cromosomas X e Y de dos seres humanos relativamente normales para crear un espécimen tan sublime? Puede que la ciencia jamás desvele el misterio. Habremos colonizado la Luna antes de descifrar el secreto de la sensualidad de Ali Rashid, no me cabe duda. Además de ser guapo, lo está, con unos vaqueros negros y una gorra de color amarillo chillón con la visera hacia atrás. Un segundo. ¿Sabe que el amarillo es mi color favorito? ¿Me estará enviando algún tipo de señal?

Por supuesto que no: es una puñetera gorra amarilla, sin más. Pero esto es lo que le pasa a mi cerebro cada vez que Ali Rashid anda cerca.

Me pill a mirándole y me devuelve la sonrisa. Se me derrite un poco el corazón. Bueno, un montón. Se me derrite un montón. Me gusta mucho este chico. Mucho mucho.

Y esta es la cosa (una cosa loquísima, que me da un corte que me muero): dentro de treinta días, voy a pedirle salir a Ali Rashid. A ver: de hecho, lo que le voy a pedir es que venga conmigo al baile de graduación. ¿Por qué? Porque estoy loco. Pero Bree me ha insistido tanto que he acabado por creer que tengo alguna oportunidad con él. Una pequeña oportunidad, sí; tan tonto no soy. Pero es una oportunidad.

Además, para mí también es algo simbólico. ¿Qué mejor forma de plantar cara a Cliff y a los payasos de sus colegas que presentarme en el baile de graduación de la mano de uno de los chicos más guapos y populares del instituto? Sería el mayor zasca de todos los zascas, por lo menos en la historia del instituto Rock Ledge.

Sé que pedirle salir a Ali es un riesgo. Uno grande.

Puede que sea hetero hasta la médula, y entonces quedaré como un completo idiota. Pero, como dice el famoso póster que hay en todas las salas de profesores, ese con una foto de una canasta de baloncesto, «si no te atreves a tirar, nunca encestarás» (o algo así). Últimamente no dejo de pensar en eso; y sí, sé que es moñas a morir y totalmente ridículo, pero en el fondo no deja de ser cierto. Tengo que lanzar la pelota, aunque haya muchas posibilidades de que se estampe sin llegar ni a rozar la canasta.

Tengo miedo. No, más: tengo pavor, tanto que casi me paraliza. Pero soy un chaval gay con terminitis aguda, dispuesto a jugármelo todo por el chico al que creo que amo.

Y solo me quedan treinta días.



TREINTA DÍAS

Coincidir en tres asignaturas con Ali este semestre no me ayuda nada: voy con él a Trigonometría, Anatomía y Edición del Anuario. Su preciosa cara y sus pobladas cejas siempre rondan cerca suplicándome que las contemple. Eso es lo peor, sin duda.

Por ejemplo, ahora mismo, durante el examen sorpresa que nos ha puesto el profesor Kam a primera hora, estoy hipnotizado mirando cómo Ali se rasca la oreja. Aunque no hace nada más, me fascina tanto como si fuera Nick Jonas pavoneándose en pelotas por Hollywood Boulevard.

Las matemáticas y las ciencias ya no se me dan bien de entrada, así que, si le añado la distracción de tener a Ali en Anatomía y Trigonometría, no sé cómo voy a conseguir graduarme.

En mitad del examen, Marshall me pasa discretamente un papel doblado de color naranja chillón. Me pongo histérico, porque Kam es un cascarrabias de quinientos años y se va a poner como un basilisco si nos pilla, pero es más seguro que mandarnos wasaps; el profesor Kam es capaz de olfatear los móviles como si fuera un perro policía de aeropuerto.

Desdoble el papel en silencio. Es una invitación para la fiesta playera que organizan siempre los dos últimos cursos. La espantosa caligrafía de Marshall, garabateada en la parte de arriba, dice: «POR FIN LLEGA». Se me pone la carne de gallina, de emoción mezclada con terror. ¿Tendrá nombre eso? Si no lo tiene, deberían buscar uno: terromoción, por ejemplo. Aunque, pensándolo bien, puede que la terromoción solo sean nervios.

La fiesta playera alimenta mis pesadillas desde que Gus me habló de ella, hace ya lo menos tres años. Todos los meses de abril, los estudiantes de los últimos cursos montan una fiesta en la playa del lago Míchigan, lo cual es absurdo porque en abril puede seguir haciendo frío y el agua está siempre helada. Pero, al parecer, el riesgo de que haga mal tiempo y de pillar una neumonía bañándote forman parte de la emoción... O algo así; la verdad es que yo no lo entiendo. Los adolescentes heteros escapan a mi capacidad de comprensión. Para los chavales como Marshall, que está mazado, le encanta nadar y se lleva bien con casi todo el mundo, la fiesta es un planazo. Pero para los tipos como yo, no. Porque, si me quitara la camiseta en la playa, aparecería Marte en todo su feo y llamativo esplendor. Y no creo que nadie apreciase el panorama.

Por si no fuera obvio, Marte recibió el nombre por lo mucho que se parece al planeta: es de un color entre rojo y rosado, superficie rugosa y no apto para los humanos. Me cayó encima en un accidente de coche, cuando tenía cinco años. Nuestro coche patinó sobre el hielo en una noche de

tormenta: casi demasiado cliché para una familia del norte de Míchigan. Mi padre perdió la vida y yo gané Marte. ¡Yuju!

Gus lo bautizó poco después del accidente, y nos acostumbramos enseguida a llamarlo así. El agobiado médico de la clínica gratuita me decía a menudo que la mancha se iría borrando. «Dentro de unos meses, ni se te notará», recuerdo que una vez mi madre al salir de su consulta, no demasiado convencida.

Y esto es lo que hay: estoy condenado a vivir con Marte, y Marte está condenado a vivir conmigo.

Justo por eso, he decidido pedirle salir a Ali durante la fiesta playera, dentro de treinta días. Estaré sin camiseta y aterrorizado, sí; pero es mi último año de clase, joder, y me niego a terminar el instituto marchitándome como una florecilla.

Escribo en el folleto: «!!!!!» y dibujo una carita sonriente antes de devolvérselo a Marshall y ponerme a contestar chapucestamente las tres últimas preguntas del examen. En serio, no hay nada que odie más que la Trigonometría. A ver, ¿para qué sirven los cosenos o las tangentes, además de para aprobar esta asignatura? Seamos realistas, profesor Kam.

Ali me da un empujón con el hombro al salir de la clase. Cada vez que se da cuenta de mi existencia, noto mariposas en la tripa. Y en el pecho, y en la cabeza, y..., básicamente, en todas partes.

Bueno, no en todas todas.

Al menos, en este preciso instante.

En fin.

–¡Sky High! –me saluda; siempre me llama por ese apodo–. ¿Qué pasa contigo?

–¡Ya ves! –respondo en voz demasiado alta, esforzándome por hacerme el interesante. Tengo el corazón en la nuez. De pronto, me da la impresión de que vuelvo a menearme mucho al caminar, así que me pongo recto.

–¿Qué tenemos hoy en Anatomía? ¿Lo sabes? –pregunta Ali–. Estaba pensando fumármela, pero me quedo si Zemp va a dar materia nueva.

–Eeeh... –intento pensar en algo, ¡cualquier cosa!, que sea mínimamente ingeniosa–. Supongo que va a seguir hablando de los problemas hepáticos de su gato; seguro que no te pierdes nada.

Mi comentario es lo bastante agudo para provocarle una carcajada. Pequeña, pero me conformo.

–Seguro que tienes razón –responde, sonriente.

Nunca sé si interpretar la sonrisa tan particular de Ali como un coqueteo o si simplemente es un tío simpático. Me vuelve a dar un empujón con el hombro antes de alejarse con sus amigos, dejando atrás el sutil aroma a tierra de su colonia.

–¡Nos vemos, Sky High!

En casa de los Brandstone hay tacos para cenar.

Clare, la hermana mayor de Bree y la cocinera extraoficial de la familia, ha preparado comida

suficiente para alimentar al vecindario entero. Hay tres tipos de carnes marinadas, no sé cuántos quesos y una ensalada que parece un jardín, así que van a quedar sobras para una semana.

—Sky, toma otra cucharada —me pide la señora Brandstone en un tono que casi es una amenaza, mirando mi plato después de que me haya servido una ración moderada de guacamole—. Hay muchísimo y no se conserva bien, cariño. Come.

No miente: para conseguir esta cantidad de guacamole, han tenido que sacrificar al menos diez aguacates.

La cocina es un caos, como siempre pasa entre semana en casa de los Brandstone. Los hermanos pequeños de Bree —Petey y Ray, mellizos de doce años— se pelean por la cuchara de salsa, por alguna razón misteriosa pero aparentemente importantísima. Clare, que lleva una sudadera rosa fosforito con un cuerno de unicornio en la capucha, tiene puestos los auriculares con música de Drake a todo volumen. Thelma y Louise nos miran fijamente, esperando que alguien les dé algo o que se caiga alguna sobra al suelo.

Además, es como si los ruidos sonaran diez veces más, porque la casa de Bree tiene un diseño «diáfano» (como dice su madre cada vez que viene algún invitado). La cocina, el comedor y el salón están fundidos en una sala enorme y de techo alto, que confirma a todo el que entra que, en efecto, los Brandstone son de clase media alta.

Sin embargo, curiosamente, me gusta este caos.

Los Brandstone son muy ruidosos, invaden tu privacidad a cada poco y se gritan unos a otros, pero es obvio que aquí vive una familia de verdad. En casa de mi madre no era así, y la verdad es que esto me gusta mucho más. A veces, me quedo sentado y los miro como si estuviera viendo una sitcom. Podría titularse *La tribu de los Brandstone* y ser un programa familiar, si no se oyeran tantas palabrotas.

Harto de sus hijos (tanto los humanos como los perrunos), el señor Brandstone sube al máximo el volumen de la tele. Los comentaristas del canal SportsCenter berrean tapando la música de Drake, los ladridos y la pelea por la cuchara.

—¡Tranquilidad! —grita el señor Brandstone a nadie en particular, y de pronto se e fija en mí—. Haz caso a mi mujer, Sky, y sírvete un poco más de guacamole —sonríe—. Pero que no se te caiga: no queremos que nadie tenga un resbalón, se tropiece y acabe en el suelo.

Me guiña el ojo.

Petey empieza a reírse a carcajadas, y Ray lo imita. Bree intenta controlarse, pero se le escapa una risita. La única que parece no darse cuenta de nada es Clare; que tiene los auriculares, seguramente no se enteraría si tiraran una bomba nuclear en la casa de al lado.

Me pongo como un tomate.

—Mark... —suspira la señora Brandstone, volviendo a llenar un cuenco de queso rallado—. No le hagas ni caso, Sky: ya te dije que no había visto nada.

—Mamá —interviene Bree—, es la segunda vez que dices que no viste nada. Cuanto más insistas, más nos vamos a convencer de que lo viste todo.

Sonrío educadamente, intentando que parezca que llevo bien la broma, pero la verdad es que me muero de vergüenza. Al margen de mi «pirula» —como parece ser que Marshall llama ahora a

las pollas—, es que la madre de Bree no había visto nunca a Marte. Me pregunto si se fijaría en él esta mañana, y si le daría asco.

Probablemente, la respuesta a ambas preguntas sea sí.

—¿Podemos cambiar de tema, por favor? —intervengo en plan gracioso, para que quede claro que sepan que me estoy riendo con ellos—. ¿Hablamos mejor de política? ¿De religión? ¿Del sentido de la vida?

Los Brandstone son como mi familia —soy el mejor amigo de Bree desde sexto y vivo en esta casa desde las pasadas Navidades—, pero el señor Brandstone tiene el don de conseguir que me quiera esconder debajo de la mesa en dos segundos exactos.

—¡Tu cumpleaños! —exclama la señora Brandstone—. ¡Hablemos de eso! No queda nada.

Buf. Vale, preferiría hablar de cualquier otra cosa menos de eso. Sinceramente, preferiría debatir sobre el sentido de la vida con el señor Brandstone antes que hablar de mi cumpleaños. Sky, ¿quieres ser el centro de atención y sentir cómo te miran todos? No, gracias.

—No quiero una fiesta —respondo, sonriendo con cortesía—. En serio, lo digo de verdad.

—¡Dieciocho! —a Ray se le ilumina la cara. El chaval tiene autismo, y no hay nada que le guste más que las fiestas de cumpleaños.

—Así es —la señora Brandstone le señala, dándole las gracias por respaldarla—. Cumplir dieciocho años es un acontecimiento, Sky.

—Dejadle en paz —interviene Bree, devorando un taco y poniendo los ojos en blanco—. Nunca le han gustado las grandes fiestas; haremos algo discreto.

—Ay, espera: ¿qué os parece ese sitio nuevo que han abierto en Cadillac, el túnel de viento para hacer paracaidismo de interior? —aporta el señor Brandstone—. Sería muy divertido.

—El paracaidismo interior no es algo discreto, papá.

—¡Podríamos organizar una yincana en el barrio! —chilla la señora Brandstone—. ¡Eso sí que sería entretenido!

—No cumple diez años —replica Clare, que, por lo visto, oye mucho más de lo que yo creía a pesar de los cascos.

—Todas son muy buenas ideas, gracias —les digo a los padres de Bree—. Ya lo hablaremos más adelante.

—Vale, vale —la señora Brandstone se rinde—. Pero no lo aparques eternamente.

Entiendo por qué a Bree le molesta que estén tan encima de ella, pero es que no tiene ni idea de lo que es que tus padres pasen de ti.

Bree se levanta y me hace un gesto para que la siga.

—¿Adónde vais los dos? —pregunta la señora Brandstone, y de inmediato curva los labios en una sonrisa satisfecha—. Ah, a mirar el Instagram de Ali, ¿verdad?

El señor Brandstone suelta un aullido. Clare sonrío.

Y así, sin más, me vuelvo a poner como un tomate.

—¡Mamá! —protesta Bree—. Hoy estáis insufribles.

—No te pongas dramática, anda —se ríe el señor Brandstone, apartando la vista de la tele mientras se atusa el bigote—. Venga, Sky, ¿cómo va la cosa? ¿Has hecho algún avance?

—¡Papá!

—¿Qué? —levanta los brazos, con la servilleta y el tenedor en una mano—. ¿Hay algo entre Ali y Sky o no? ¿Existe o no existe un Sky más Ali? ¿Cómo lo llamamos? ¿Skli? ¿Alisky? Suena todo fatal, la verdad.

¿Mi cara? Ardiendo, a estas alturas. Puro. Fuego.

—Por favor, cállate —le pide Bree.

—No mandes callar a tu padre —la señora Brandstone le da un bocado enorme a su taco y se pringa el labio superior de crema de queso—. Ahora en serio, Sky —baja la voz—: ¿existe o no existe un Skli?

—Vamos a por un helado —anuncia Bree, frustrada por lo mucho que se entrometen sus padres.

Coge las llaves del coche de la encimera, y Ray parece animarse. Pero, antes de que le dé tiempo a pedirle a su hermana que le traiga uno, ella le interrumpe:

—Volvemos en media hora.

—¡Nada de correr! —le advierte la señora Brandstone.

—¡Ni de usar el móvil al volante! —añade el señor Brandstone.

—Gracias por los tacos, Clare —le digo, dándole empujoncito cuando salimos—. Estaban riquísimos.

La hermana de Bree asiente mientras pincha carnitas con el tenedor.

—De nada, guapo.

Por mucha vergüenza que me dé reconocerlo, la señora Brandstone no iba muy desencaminada sobre Ali Rashid. Salvo que no pensábamos cotillear su Instagram, sino su casa.

Bree aparca en la calle, a un tiro de piedra de la casa de los Rashid. Desde que nos sacamos el carné de conducir, este es uno de nuestros entretenimientos favoritos en el muermo de pueblo que es Rock Ledge: pillar comida basura, deprimirnos con las listas de reproducción de Bree y espiar a mi crush. Sí, como unos auténticos pringados.

Es patético, sí. (¿E ilegal? ¿Es ilegal espiar a alguien desde fuera de su casa?). En fin, qué más da. Hoy nos hemos decantado por los helados con tropezones de Dairy Queen. El de Bree: con Butterfingers trituradas, tamaño grande. El mío: con chocolatinas Reese's, también grande. Ya ha oscurecido lo bastante para darnos la sensación de que estamos escondidos, acechando entre las sombras como los adolescentes ansiosos que este pueblo horrible nos obliga a ser.

Los Rashid viven en un barrio típico de Rock Ledge: un poco más bonito que el de mi madre, pero a años luz de la urbanización junto al lago en la que viven los Brandstone. La mayoría de las casas de este pueblo dan lástima: son edificios grises y tristes, con caminos de cemento agrietado y patios llenos de malas hierbas. Me pone nerviosísimo verlas. ¿No podrían echar un poco de herbicida de vez en cuando, yo qué sé, al menos cada diez años?

Pero ahora todo está tranquilo, y la belleza de la naturaleza se impone a la fealdad de Rock Ledge. Bajo la ventanilla para contemplar el césped y los árboles desnudos bajo el cielo púrpura. El aire tiene ese olor dulzón que confirma que ha pasado lo peor del invierno. Aunque no lo vea

desde aquí, sé que la enormidad del lago Míchigan se extiende tras el horizonte de árboles: es una de las pocas cosas que me mantienen cuerdo desde hace diecisiete años. No me extraña que los turistas de todo el estado vengan aquí para escapar de sus vidas, aunque la mayoría de nosotros intentemos huir.

—¿Qué eztadá haciendo ahoda? —pregunta Bree, con la boca llena de helado con Butterfingers. Me giro hacia el interior del coche.

—Hum.... ¿Qué?

Traga y se queda mirando fijamente la casa de Ali, con las rodillas apoyadas en el volante.

—¿Qué estará haciendo Ali ahora mismo?

—Espero que sueñoducharse conmigo.

—Das yuyu.

—Tú más.

Nos sonreímos.

—¡Anda! ¿No es...? —jadea Bree al ver movimiento en la ventana delantera.

—¿Qué? —pregunto, girándome.

—Uf, nada.

Es solo el gato de Ali, que se ha acomodado en el alféizar.

—Maldito Franklin... —bufa ella—. Falsa alarma.

Es raro, porque soy consciente de que a Bree no le gusta Ali ni la mitad que a mí. Lo único que dice es que es «mono», y ni siquiera le da un once sobre diez (que, siendo objetivos, es claramente su puntuación). Pero al final he acabado por contagiarle mi obsesión, aunque se niegue a admitirlo (lo cual hace que nuestro —posiblemente ilegal— espionaje sea mucho más divertido). A diferencia de Marshall, que acaba de pillar, Bree y yo llevamos toda la vida solteros, así que vigilar a Ali es lo más parecido a tener novio.

Suena superpatético, la verdad.

Pero es lo que hay. Somos así.

Otra silueta oscura aparece tras el gran ventanal de la casa de Ali, y esta es demasiado grande para ser Franklin. Nos quedamos paralizados, como dos ciervos ante los focos de un coche. Quienquiera que sea, podría estarnos mirando a nosotros; es difícil de saber.

—Espera un segundo. ¿Crees que podrán... vernos? —susurra Bree, como si pudieran oírnos también, y se agacha frente al volante.

—No lo sé —respondo, aterrado.

Me tapo la cabeza con la capucha y me pongo las gafas de sol, como en ese meme de *Chicas malas*, en un intento desesperado por volverme invisible.

La sombra aparta la cortina y se acerca al cristal. Es el señor Rashid, barbudo y con gafas.

Y sí, está mirando hacia afuera. Justo en nuestra dirección.

—¡Arranca! —grito.

—Mierda, mierda, mierda —gime Bree, tratando de dejar el helado en el portavasos y chocando con la palanca de cambios.

El motor ruge y el coche sale disparado hacia atrás, casi llevándose por delante (o más bien

por detrás) el cubo de basura y el buzón de un vecino. Las ruedas chirrían contra el asfalto como cuchillos, rompiendo la paz del vecindario mientras Bree gira el volante y salimos despedidos como alma que lleva el diablo.

Una vez estamos lo bastante lejos, nos echamos a reír y somos incapaces de parar. Las lágrimas corren por mi cara. Bree aferra el volante con la mano izquierda, tan fuerte que se le ponen los nudillos blancos, y me aprieta la rodilla con la derecha, encorvada en el asiento e incapaz de respirar. El aire fresco le agita el pelo como si se lo electrificara y noto que los mechones azotan mi cara.

—¡Hemos estado a punto! —berrea para que la oiga sobre una canción de Lizzo.

Acelera, y el coche se abalanza carretera adelante a una velocidad absurda. Los dos estamos borrachos de adrenalina, como si estuviéramos compitiendo en una carrera ilegal hasta la frontera canadiense. Miro hacia atrás y compruebo si nos siguen luces rojas y azules. Por suerte, no veo ninguna.

Una parte de mí sabe que, algún día no muy lejano, echaré de menos los momentos como este.

Cuando emprendemos el camino de vuelta, el sol está a punto de ponerse. En cuanto aparece el lago, salpicado por los últimos destellos granates de la tarde, las casas cutres dan paso a los casoplones, así, sin más. Veo familias cenando tras grandes ventanales y padres bien abrigados tirando a canasta con sus hijos en sus impecables patios delanteros, libres de grietas y de maleza. Me quedo pensando en lo distinta que habría sido nuestra vida si Gus y yo hubiéramos crecido en esta pequeña zona de Rock Ledge, en una urbanización como la de los Brandstone, y si no hubiéramos tenido el accidente de coche.

Mi padre estaría con nosotros. Marte, no. Mi madre seguiría siendo normal. Gus pasaría mucho más tiempo en casa. Nuestra familia podría haber sido como una de estas (salvo por el nivel de ingresos).

Bree se detiene en un cruce y veo una piedra decorativa junto a un buzón con un texto grabado: «CUANTO MÁS CERCA DE LA COSTA, MENOS PREOCUPACIONES».

Se pensarán que es muy ingenioso. No tienen ni idea de lo cierto que es.

Al llegar, Ray nos saluda emocionado: espera que Bree le haya traído alguna golosina de extranjería, a pesar de que el señor Brandstone les ha prohibido a los mellizos tomar azúcar después de las siete de la tarde. Bree no le decepciona: le pasa un helado de chocolate medio derretido con una mirada amenazante que dice: *Ni se te ocurra chivarte a papá*, mientras que yo le doy un poquito de lo que me queda a Louise.

El señor Brandstone nos pide que le ayudemos a limpiar la cocina. Está superamable conmigo mientras meto los cubiertos en el lavavajillas; creo que se siente culpable por haberse reído antes de mi tropezón en la ducha y por las bromas sobre Ali. En realidad, no debería sentirse mal. No me molestan sus bromas estilo padre; si has crecido sin ellas, es agradable sufrirlas de vez en cuando.

Después, Bree y yo vamos al sótano a tirarnos un rato y, sobre todo, a planear cómo le voy a pedir salir a Ali en la fiesta playera.

Este año, los Brandstone han empezado a reformar el sótano para hacer una sala de juegos (o algo más sofisticado en plan minicine, no me acuerdo bien). Desde que me mudé, esta planta ha sido un enorme espacio vacío cubierto de serrín. Las raras veces que he oído discutir a los padres de Bree ha sido por el color de la pintura, la distribución de la sala o alguna tontería así. En fin, problemas de ricos.

Llevo viviendo en el sótano desde que mi madre me echó de casa. Bueno, la verdad es que no sé si debería decir «viviendo». ¿Alojándome, quizá? ¿Pasando una temporada? En fin, lo que sea. La cosa es que duermo en el sótano de los Brandstone desde las vacaciones.

–Deberíamos montar una fiesta aquí abajo –comenta Bree mientras cruzamos la sala. Escucho cómo nuestros pasos resuenan en el hormigón.

–Para hacer una fiesta hay que tener muchos más amigos.

–Cierto.

–Pero... No sé, igual podríamos poner el proyector un fin de semana y darnos un atracón de *El Señor de los Anillos* Marshall, tú y yo, ¿no?

Se le ilumina la cara.

–¿Y pedimos comida a Mario's?

–¿Por qué no se nos ha ocurrido antes?

Mi habitación está situada en el rincón más alejado de las escaleras, así que tengo una intimidad de la que carecen los demás hijos de los Brandstone. Casi nadie baja aquí, salvo algún obrero de los que están haciendo la reforma, Thelma y Louise, y Bree y yo cuando nos apetece olvidarnos del resto del mundo –es decir, la mayor parte del último año–. El inconveniente es que mi habitación también entra en la reforma, así que dejémoslo en que no es raro que note serrín entre las sábanas.

Como todas las paredes del sótano, las de mi dormitorio tienen una imprimación de color blanco aburrido. Los padres de Bree me dijeron que, a cambio de quedarme en su casa indefinidamente, tengo que pintar la habitación del color que yo elija. Vamos, lo que viene siendo el contrato de alquiler más regalado de la historia.

Como, de todos modos, voy a tener que pintar sobre la imprimación, Bree y yo decidimos utilizar una de las paredes de mi dormitorio como pizarra mientras pudiéramos, y cubrimos una parte con algo de pintura de borrado en seco que el señor Brandstone tenía en el garaje. Al principio nos dedicamos a anotar todas las películas que queríamos ver juntos.

Pero nuestro mural rápidamente se convirtió en una de las manifestaciones más atroces de mi amor por Ali Rashid.

–Está quedando muy bien –comenta Bree mientras se deja caer en mi futón aplastado, y revisa la pared de izquierda a derecha.

Me siento a su lado y rebaño los restos de Reese's de mi vaso.

–Tenemos mucho donde elegir, ¿no?

En lo alto de la pared está escrito con rotulador grueso borrrable: DÍAS QUE QUEDAN: 30. Justo debajo pone: SKY ESTÁ GAY X ALI: IDEAS DE PROMPOSICIÓN. Y sí, el muro se ha convertido

exactamente en lo que parece: una cuenta atrás hasta la fiesta playera, con todas las cosas que se nos han ido ocurriendo para proponerle a Ali que venga conmigo al baile de la promoción (de ahí lo de «promposición»).

¿Ya he comentado que estamos fatal?

La cosa tiene su truco, porque no puedo preguntarle si quiere ir conmigo al baile, sin más. En Rock Ledge, este es un acontecimiento importantísimo para los alumnos del último curso, y el listón está muy alto. Así que, debajo de DÍAS QUE QUEDAN: 30 y SKY ESTÁ GAY X ALI: IDEAS DE PROMPOSICIÓN, hay tres columnas donde hemos ido apuntando todo lo que se nos ocurría, tituladas, respectivamente: IDEAS REALISTAS; TAL VEZ; y LOL NI DE COÑA (donde anotamos las propuestas más absurdas).

Una vez, por ejemplo, a Bree se le ocurrió que sería una buena idea vestirme como Megan Fox –«la actriz más sexi del mundo», en palabras de Ali– para pedirle que vaya conmigo al baile. Creo que, cuando lo sugirió, Bree estaba colocada porque había jugado al *Mario Kart* sin parar durante tres horas. Petey, que había jugado con ella, se rio tanto que acabó escupiendo Coca-Cola por la nariz, así que la cosa nos quedó clara: MEGAN FOX DRAG fue directamente a la columna LOL NI DE COÑA.

–¡Ah! –exclama Bree levantándose de un salto del futón, todavía con su vaso de helado en la mano–. Antes vi que lleva una pegatina de los Detroit Pistons en el coche. ¿Es muy fan?

–Muchísimo.

Se muerde el labio inferior, emocionada.

–Vale, entonces... –empieza a pasearse–. Pongamos que escribes «Baile o Pistons» en un balón de baloncesto, y luego le pides que juegue contigo una pachanga de uno contra uno en las canchas del lago, durante la fiesta playera...

–Ajá.

–Mientras jugáis, verá lo que está escrito en la pelota. Así, si no le apetece decir que sí al baile, tiene la opción de ir contigo a un partido de los Pistons. ¿Lo pillas? ¿Baile o Pistons?

La miro fijamente.

–¡De ese modo, le ofreces una segunda opción que incluso podría ser mejor para ti! –aclara, molesta porque no me emociono al instante.

–Vale: ahora, explícame por qué ir a un partido de los Pistons es mejor opción para mí que el baile de graduación. Odio el baloncesto. El único deporte que me gusta es el bobsleigh olímpico masculino.

–Ya, claro. Por los uniformes ajustados.

–Exacto.

–A ver: en un partido de los Pistons, estarías a solas con Ali. Bueno, sin contar el millón de personas que habría en el estadio... Pero serían desconocidos, ¿no? En el baile de la promoción, estaréis con toda la gente insoportable de nuestra clase. El partido de baloncesto sería una cita de verdad. Y, quién sabe..., lo mismo te dice que sí a las dos cosas –me guiña un ojo.

Pongo los ojos en blanco, sonriente.

—¿Me prestarías tu coche para ir a Detroit?

—Claro.

Me lo pienso un segundo.

—Bueno, podría ser. Pero no me hace gracia ponerme a jugar al baloncesto en la playa y quedar como un imbécil —me lo pienso un poco más—. Vamos a ponerlo en... TAL VEZ.

—¡Yuju!

Para mí es más bien un LOL NI DE COÑA, pero la veo tan entusiasmada con la idea que no quiero decepcionarla.

Agarra el rotulador, da un brinco hasta la pared y garabatea «¿Baile o Pistons?» en la columna PODRÍA SER, justo debajo de «Tarta de Bob Esponja», una idea de Clare que en mi cabeza es un LOL NI DE COÑA definitivo.

Luego, borra el 30 de la cuenta atrás con la manga del jersey y escribe un 29.

Veintinueve, joder.

Cada vez está más cerca.

Bree se tumba en el futón y abre su portátil.

—¿Vemos *Kimmy Schmidt*? —se tumba sobre las mantas—. ¿O *Schitt's Creek*?

Me acurruco junto a ella, me tapo con una manta —en el sótano siempre hace frío— e inclino la cabeza para ver la pantalla.

—Lo que quieras.

Es divertido pensar en cómo le puedo pedir a Ali que venga al baile conmigo, sí. Pero la verdad es que lo que más me gusta es estar aquí abajo con Bree, simplemente, sin pensar en nada: ni en mi madre, ni en Marte, ni en dónde voy a vivir después de graduarme, ni en si podré empezar este otoño un ciclo superior en el Community College del condado, ni en toda la gente horrible de esta horrible ciudad...

Cuando estamos los dos aquí abajo, es como si volviéramos a tener doce años. No sé cómo es posible que el mundo exterior se desvanezca sin más, pero lo hace. Creo que ese es el auténtico motivo por el que llevamos semanas dando vueltas a cómo pedirle a Ali que vaya conmigo al baile de la promoción, sin acabar de decidimos por ninguna de las ideas: al final, la cosa no va de Ali, sino de nosotros dos.



VEINTIOCHO DÍAS

—No mires, pero ahí está Dan, a tu derecha —me informa Marshall entre dientes, sin apartar la vista de la terraza de la cafetería—. ¿Crees que deberíamos saludarle?

Dan y Bree hablan bastante este año, así que lo mínimo sería hacerle un gesto con la cabeza. Pero es incomodísimo encontrarte con gente del instituto fuera de él.

Echo un vistazo rápido: Dan está sentado junto a su hermana pequeña cerca de Sbarro, oculto bajo un grueso gorro de invierno y una sudadera con capucha.

—¿Quieres ir a saludarle?

—No.

—Entonces, pasando.

—Dan es gay, ¿no?

Pongo los ojos en blanco. La verdad es que probablemente lo sea; al menos, esa es la impresión que me ha dado las poquitas veces que interactuamos durante los últimos meses, desde que llegó al instituto de Rock Ledge y empezó a hablar bastante con Bree. ¿Pero qué más le da eso a Marshall?

Oír a un hetero especulando gratuitamente sobre la sexualidad de los demás me da tanta grima como un chirrido de uñas sobre una pizarra. Si no les afecta lo más mínimo, ¿por qué se montan esas películas? Es justo por este tipo de cosas por lo que no me he decidido a contarle a Marshall que estoy colado por Ali.

—Ni idea —respondo, molesto—. ¿Qué más te da?

Se encoge de hombros.

—No sé, es que parece gay. ¿No se supone que tu radar para los gays es mejor que el mío?

Le pongo cara de ya-te-vale.

Pero entonces, decido que el sentimiento de culpa que me produce ignorar a Dan pesa más que la incomodidad potencial de saludarlo. Giro la cabeza hacia él y le miro fijamente, esperando que se dé cuenta. Cuando se vuelve en nuestra dirección, le saludo con la mano, pero él no reacciona.

—Mierda —dice Marshall—. Está pasando de nuestro culo.

Por mucho que me atraiga la idea de tener un amigo gay en Rock Ledge, Dan nunca ha mostrado interés por conocerme más, y tampoco Bree lo ha propiciado. Así que supongo que, en el futuro inmediato, estamos condenados a mirar para otro lado con disimulo cada vez que nos

crucemos por ahí.

Bueno, tampoco es un drama.

Seguimos comiendo hamburguesas con patatas fritas, como hacemos cada vez que venimos al LMEP (es decir, el Lake Michigan Entertainment Plaza. Podríamos llamarlo «el centro comercial», como hace todo el mundo, pero no: a estas alturas de nuestra amistad, Marshall, Bree y yo tenemos un idioma propio).

El LMEP es lo mejor, porque –a no ser que te guste quedarte en el Taco Bell hasta que cierre, o ponerte ciego en el sótano de un amigo– no hay otro sitio al que ir en Rock Ledge los fines de semana de invierno. Está a una hora en coche, en Traverse City, y es lo único que nos mantiene cuerdos a Bree, a Marshall y a mí. En serio. A los tres nos encanta el cine, y el del LMEP tiene buenas películas y estrenos (aunque aún no se hayan molestado en vender entradas por internet o en poner IMAX). Desde que nos sacamos el carné, venimos todos los sábados por la noche.

Sin embargo, el LMEP también puede ser lo peor, porque parece que a toda la gente de Rock Ledge se le ocurre el mismo plan. Así que lo más probable es que nos encontremos con un millón de personas con las que no nos apetece interactuar.

Ejemplo de situación incómoda: Dan Christiansen.

Marshall, cuyo estómago tiene más capacidad que el mío y el de Bree juntos, empieza a comerse mis patatas fritas después de acabar con las suyas. Le aparto la mano.

–Por cierto, te toca a ti pillar chuches –le informo entre bocado y bocado de hamburguesa, señalando con la cabeza hacia Moe’s.

Moe’s es una tiendecita del centro comercial donde todo cuesta un tercio más barato que en el cine. Cada semana, nos turnamos para comprar ahí golosinas y colarlas de contrabando en la sala.

–¿No las compré yo la semana pasada?

–La semana pasada echaron *La venganza de las ballenas*, y yo pillé Sour Patch Kids y Sno-Caps. ¿Te acuerdas?

Sí se acuerda, porque me roba más patatas fritas con aire enfurruñado.

–No tengo nada en contra de que paguemos por turnos –dice–, pero creo que deberías colarlas tú siempre.

–¿Por qué? ¡No es justo!

–Porque sería una mierda que pillaran al único chico negro de todo el centro comercial colando chucherías en el cine.

–No seas idiota –le digo mientras vuelvo a apartar su mano de mis patatas, esta vez con más fuerza–. Eres el único negro de todo el norte de Míchigan, no solo de este centro comercial.

Sonríe.

–Touché.

Marshall permite ese tipo de bromas a muy poca gente, y yo soy una de ellas. Si Bree se hubiera atrevido a decir eso, Marshall le habría dado un buen corte (o la habría callado con la mirada).

Lo entiendo perfectamente, la verdad: aguanta mucha mierda. En nuestro instituto hay

literalmente cuatro personas no blancas, y el aparcamiento está lleno de pegatinas que ponen MAKE AMERICA GREAT AGAIN.

Pero Marshall se las ingenia para conservar el buen humor y mantener la cabeza fría, no sé cómo. La única vez que le he visto alterarse por temas racistas fue en primero, cuando discutió con Cliff en Historia sobre si había que eliminar los monumentos a los confederados.

En serio: Cliff es lo peor.

Y no solo se mete con Marshall.

A Cliff le gusta Bree desde primero, pero ella siempre le ha rechazado por razones obvias. Sin embargo, hace poco parece que lo ha captado y ahora se porta con ella como un auténtico gilipollas, igual que un niño de siete años que se dedica a chingar a la niña que le gusta. Y, obviamente, como yo soy su mejor amigo y soy gay, me llama «maricón» en voz baja por los pasillos y se burla de cómo camino en el aparcamiento. Es como si hiciera el papel de típico matón de peli de los noventa.

Básicamente, Marshall, Bree y yo estamos en la lista negra de Cliff por no habernos comido sus mierdas, así que algo estamos haciendo bien.

Merece la pena que lo repita: Cliff es un saco de basura.

–Vale, tienes razón –accedo, con la carne de gallina al recordar lo mucho que me afectó aquel debate sobre los monumentos confederados–. A partir de ahora, yo cuelo las chuches.

Marshall me señala y sonrío para darme las gracias.

–Ya le doy un nueve con cinco sobre diez –comenta sobre la nueva película de Ava DuVernay que estamos a punto de ver, antes de acabarse su refresco–. Y eso, porque no quiero entusiasmarme.

–No deberías hacer eso –le advierto–. Si te dejas llevar por tu amor eterno hacia Ava DuVernay, serás incapaz de valorar la película.

–No soy fan de Ava DuVernay –niega con la cabeza–. Soy fan de las buenas películas. Lo que pasa es que todas las pelis de DuVernay son impecables.

Nuestros móviles zumban al mismo tiempo, y Marshall suspira.

–¿Otra vez?

–Sí –digo, mirando la pantalla–. Otra vez.

Es un mensaje de Bree, que está que se sube por las paredes porque le ha tocado llevar a Petey a la clase de natación y no ha podido venir con nosotros. A ver, nos da rabia que no haya venido esta noche, pero, cada vez que se pierde algo, le da un FOMO que se muere y se dedica a bombardearnos el chat y mandarnos tiktoks para no sentirse excluida.

–Pero si le dije que volvería a ver la peli con ella con ella el sábado que viene... –murmura Marshall, sacudiendo la cabeza mientras lee el mensaje en el que Bree nos pregunta dónde estamos comiendo–. Ah, y también quedé con Teddy. Tú te apuntas, ¿verdad?

–¿El próximo fin de semana?

–Sí.

–Pffff...

Es la primera vez que Marshall propone que quedemos los tres con Teddy, y me pilla desprevenido. No va a malas: Teddy siempre se ha portado bien conmigo, pero un cuarto miembro podría alterar la dinámica de nuestro grupo de amigos.

–Si la película no es una mierda completa, puede que sí –respondo para picarle, aunque seguro que voy–. Pero eso hay que verlo...

Tiramos en la papelería las servilletas y los vasos vacíos y vamos a la tienda de golosinas. Cuando pasamos por delante de Dan, intento establecer contacto visual para romper el hielo que se extendió por la terraza del restaurante mientras comíamos, pero no lo consigo.

Sí: está claro que prefiere evitarnos.

–Voto por pillar Whoppers y M&M’s –digo–. ¿Te parece bien?

Marshall se lo piensa mientras caminamos hacia Moe’s.

–¿Qué tal Whoppers y Raisinets?

Finjo una arcada.

–En serio, ¿Raisinets?

–¿Qué pasa con eso?

–Ya sabes lo que opino de las pasas.

–¿Junior Mints? –ofrece.

–Adjudicado.

Pasamos junto a varios trabajadores del centro comercial que están quitando los adornos navideños del techo. Aquí, la gente se toma muy en serio el asunto religión; mi madre no es la única.

–Una pregunta –dice Marshall–: cuando le pida a Ainsley que vaya conmigo al baile, ¿crees que debería llevarle rosas normales, o mejor amarillas?

Puf. Ya estamos otra vez con el tema de Ainsley.

Marshall no ha parado de hablar de ella durante todo el trayecto en coche hasta aquí. Sé que debería alegrarme por él; pero, hasta que llegó ella, nunca me hablaba de las chicas que le gustaban, y se me da fatal hablar de chicas con heteros. Incluso –¿especialmente?– con Marshall.

–Con rosas «normales», ¿te refieres a las rojas? –pregunto.

–Sí –dice–. El amarillo es su color favorito; pero es que he leído que también es el color de la amistad, y no me apetece lanzarle un mensaje subliminal en plan «solo quiero estar en tu friend-zone».

–Para empezar, lo de la friend-zone es un concepto supersexista, que lo sepas. En todo caso, yo tiraría por el amarillo; creo que ella no va a pensar tanto en el supuesto significado de ese color como en que te hayas acordado de que es su favorito. Peeero... –hago una pausa para respirar– mi opinión no es objetiva, porque ya sabes que el amarillo también es mi color favorito. Así que no me hagas mucho caso.

Marshall asiente lentamente, intentando seguir el hilo.

Compramos Whoppers y Junior Mints y vamos al cine. Paso por delante del acomodador, con las chuches metidas bajo la chaqueta. Hemos llegado veinte minutos antes de que empiece la peli (algo típico de Marshall, porque es muy exigente con los asientos). Una vez nos tocó ver una

película en primera fila porque el coche de Bree se quedó sin gasolina, y al pobre le traumatizó la visión de las enormes fosas nasales de Robert Downey Jr. Me encantaría que el cine del LMEP entrara en el siglo XXI y se pudieran reservar los asientos de antemano; seguramente, nuestras discusiones se reducirían a la mitad.

Tan pronto como nos quitamos unas cuantas capas de ropa de abrigo y dejamos las chuches en los posavasos, Marshall vuelve a la carga con Ainsley. En serio, es incapaz de hablar de otra cosa.

Tras repetir por milésima vez que tiene una risa «especial y contagiosa», me vuelve a contar cómo supo que era «su alma gemela» (spoiler: Marshall se enteró de que ella también quiere tener un cachorro de husky algún día), y luego se emociona hablando de lo mucho que adoran ambos todo lo que tiene que ver con Ava DuVernay, bla, bla, bla. Matadme ya, por favor. No es que Ainsley me caiga mal; es una de las personas más simpáticas del instituto. Sonríe a todo el mundo por los pasillos, y acompaña a sus casas a los estudiantes de primero que viven en su barrio. Y sí, tengo que reconocer que su risa es muy contagiosa. Pero me da un corte horrible darle a Marshall consejos en plan amigote hetero, y he terminado por asociar a Ainsley con toda esa incomodidad.

Está claro que no es culpa suya, pero lo de Ainsley forma parte de algo más grande..., algo que se interpone entre Marshall y yo. Cuanto más hetero se vuelve, más incómodo me siento al sacar a relucir mi homosexualidad cerca de él. Es raro.

A ver: en realidad, no es que se haya vuelto más hetero, igual que yo no me he vuelto más gay. Pero ahora tiene amigos heterosexuales, como Teddy, y una novia de la que habla constantemente. La semana pasada, mencionó la posibilidad de unirse a una de las fraternidades de la Universidad de Míchigan y tuve que contener las ganas de vomitar en su cara.

A lo que me refiero es a que, cuanto más se decanta Marshall por su nueva vida con Teddy, Ainsley y el atletismo, menos me apetece hablarle de cosas como lo loco que estoy por Ali. Solo de imaginar a Marshall leyendo mi muro de las promposiciones, se me hieló la sangre. Nunca ha bajado a mi habitación del sótano, y así seguirá la cosa hasta que pinte las paredes.

Hace una pausa en el monólogo que se estaba marcando sobre lo maravilloso que es que a Ainsley le gusten más los Doritos Cool Ranch que los nachos con queso, y yo aprovecho para cambiar de tema.

—¿Qué vas a hacer el viernes que viene? —susurro, mientras las luces se apagan y la gente se queda en silencio.

Estaría genial que le apeteciera ver la nueva película de acción de Mark Ruffalo y Amy Adams, pero puede que venir dos veces al LMEP en un fin de semana sea demasiado, incluso para nuestros estándares.

—Ali me ha invitado a su casa; va a montar un fiestón —responde despreocupado, abriendo la bolsa de Junior Mints—. ¿Tú vas?

El estómago se me cae a los pies y sigue bajando un millón de metros.

—Eh... —trago saliva mientras suena el aviso de apagar los móviles—. ¿Cuándo? ¿El próximo

viernes? Vamos, lo que viene siendo dentro de seis días.

—Sí.

—¿Da una fiesta en su casa?

—Sí.

—¿Ali Rashid?

Me mira con desconfianza.

—¿Hay alguien más que se llame Ali en el instituto?

Me hundo más en mi asiento y agradezco que la oscuridad de la sala oculte la cara que se me ha quedado.

—Oye, una cosa —murmura Marshall, ajeno a todo—. ¿Por qué lo de la friend zone es un concepto supersexista?

—Luego te lo explico.

Joder. El amor de mi vida da una fiesta en su casa. Un fiestón, para ser exactos. Y yo ni siquiera cuento lo bastante para estar en la lista de invitados. Así que, de ir conmigo al baile, ni hablamos.

Menuda mierda.



VEINTIOCHO DÍAS

Tengo un nudo terrible en el estómago.

Me siento como aquella vez, cuando iba a tercero, en que me caí de un columpio de morros, me di un golpe en el pecho y se me cortó la respiración. O esa vez, hace mil años, en que el pastor de la iglesia de mi madre dijo que el alma de Ellen DeGeneres estaba llena de «espíritus malignos», y por eso no le gustaban los hombres. (Vale, ahora que lo pienso en frío, tiene mucha gracia, pero en ese momento no me hizo ni pizca). O como cuando el dermatólogo de la clínica gratuita se rindió y acabó por admitir que Marte no desaparecería hasta bien entrada la edad adulta, si es que llegaba a hacerlo.

Ali no me quiere en su fiesta. Y eso es una mierda de las gordas.

—¿Te ha invitado? —me pregunta Bree, casi sin aliento, entrando de golpe en mi habitación.

Pauso Netflix y la fulmino con la mirada.

—Mierda. Entonces, ¿cómo es que sabes de qué estoy hablando?

—Por Marshall. Ali le invitó.

Bree se derrumba y tira al suelo la bolsa deportiva que llevó a la competición de natación de Petey. Que no me haya preguntado primero qué tal la peli de DuVernay muestra lo mucho que le importa lo mío con Ali.

—¡Acóplate con nosotros y te vienes! —dice alegremente, tratando de ver el vaso medio lleno—. ¿Qué más da?

Muestro mi desacuerdo con un gruñido.

—Va a ser una fiesta grande, ¿no? —insiste—. No es como colarse en una reunión de cuatro amigos.

—¿Ali te pidió que fueras? ¿Directamente?

—No: Carolyn me mandó un mensaje y me dijo que Ali quería que fuera —parece leer la expresión de mi cara—. Y eso es... Bueno, raro, porque tú le conoces más que yo. Obviamente.

Vuelvo a gruñir, consciente de que me estoy montando un drama, y me vuelvo hacia la pantalla para seguir viendo *A ciegas* por cuarta vez. Prefiero quedarme atrapado en un apocalipsis de mentira que en el auténtico que estoy sufriendo ahora mismo. Especialmente, si en el de mentira está Trevante Rhodes.

El lunes me enteré de que Ali había invitado al menos a sesenta personas. Que yo no forme parte de ellas demuestra dos cosas: una, que Ali jamás me diría que sí si le pidiera salir, y dos, que ni siquiera me considera su amigo. O, como diría Marshall, ni siquiera estoy en su friend-zone.

—¿Vas a ir a la fiesta del viernes? —me susurra Carolyn, mientras me pasa una fotocopia sobre las enfermedades de transmisión sexual en la clase de Educación para la Salud de la profesora Diamond.

—No.

—¿Y eso por qué?

—No estoy invitado.

—Ah —se encoge y me mira con lástima, como si acabara de enterarse de que tengo una enfermedad terminal—. Lo siento mucho, Sky.

¿Es que todo el puñetero instituto sabe que estoy desesperado por que Ali Rashid se fije en mí?

—¿Lo sabes, Sky? —pregunta Diamond desde la pizarra al verme distraído.

Mierda: la bocazas de Carolyn me acaba de meter en un lío.

Carraspeo.

—No he oído la pregunta, lo siento.

—¿Qué enfermedad estoy describiendo?

Me pongo muy rojo, mientras veo cómo se giran cada vez más cabezas hacia mí.

—Esto... ¿Clamidia?

—Buen intento, pero no. Gonorrea.

—Una pregunta —interviene Cliff, levantando la mano desde una fila de delante.

Cómo no, va a aprovechar la oportunidad para humillarme.

Cliff y varios de sus amigos son compañeros míos en esta asignatura. Lo cual, por increíble que sea, hace que estudiar las enfermedades de transmisión sexual sea aún peor.

—Adelante —le anima la señora Diamond, asintiendo con la cabeza mientras sus pendientes de oro se bambolean a los lados de su agotado rostro.

La señora Diamond pertenece a ese tipo de profesores que deberían haberse jubilado hace una década.

—¿Qué pasa con los gays? —suelta Cliff.

El estómago se me cae a los pies.

Diamond entrecierra los ojos.

—¿A qué te refieres?

Cliff se humedece los labios y se queda pensativo un momento, mientras sus amigos empiezan a intercambiar sonrisitas.

—Que en esta clase no se habla de gays ni de sexo gay ni de nada de eso.

Me arde la cara, y mi estómago baja más aún. Lo tengo bajo la silla, por los suelos, en el sótano. A estas alturas ya está a mitad de camino de China.

Menudo marrón.

—¿Y eso a qué viene? —pregunta la profesora Diamond, como si no lo supiera.

—Yo solo digo que estamos en el siglo veintiuno. ¿Es que este instituto no se preocupa por la salud sexual de nuestros estudiantes homosexuales? —el tono burlón de Cliff hace que me entren ganas de hacerme un ovillo y desaparecer. ¿Por qué la señora Diamond no le corta el rollo? ¿Por qué nadie interviene y le dice algo, lo que sea?

Cliff echa un vistazo al aula como si buscara apoyo, y sus ojos azules se clavan en mí durante un instante más de lo que se detienen en los demás alumnos. Me dedica una sonrisa desagradable.

—¿Los estudiantes homosexuales no deberían estudiar cómo es el sexo gay? A mí, personalmente, me da arcadas ver a dos tíos que se lo montan...,

—Cliff —dice la señora Diamond con tono severo.

—... pero creo que debería formar parte del plan de estudios. ¿Sí o no?

La señora Diamond se apoya un brazo en la cintura.

—¿Has terminado?

Algunas chicas suspiran y cuchichean, molestas por las payasadas de Cliff. Sus amigos intentan contener la risa, sin mucho éxito. Carolyn me mira con cara de pena; está clarísimo que todo el mundo sabe que esto es un ataque contra mí, lo cual hace que sea un millón de veces peor.

—Solo quería dar mi humilde opinión —declara Cliff, encogiéndose de hombros en un gesto satisfecho—. Y hablar en favor de los gays, porque parece que nadie más lo hace.

Cliff no puede ser más odioso. Encarna a la perfección el estereotipo de machofacho de Rock Ledge, y eso ya es decir. Pero lo peor de todo es que, cada vez que se porta como un gilipollas conmigo, me viene a la mente mi madre. No falla.

Porque, sí, vale: puede que mi madre me quiera, en teoría. Pero es una homófoba como la copa de un pino.

Después de que muriera mi padre, cuando yo tenía cinco años, mi madre se metió en una iglesia ultraconservadora y se tragó doblada toda su propaganda. No digo que todas las iglesias sean así —los Brandstone van a misa en Nochebuena a una moderada e inclusiva que hay cerca, en un pueblo de la costa—, pero la congregación a la que se unió mi madre está llena de chiflados.

Gus me contó una vez que se acordaba de cómo era mamá antes del épico momento en que conoció a Jesús. Yo no me acuerdo. Al parecer, antes del accidente, fumaba hierba a veces y decía muchos tacos. Ojalá aún existiera esa versión de ella... Es horrible, pero soy consciente de que el odio que hay detrás de la sonrisita de Cliff y de la censura moral de mi madre es el mismo.

Solo adopta formas diferentes.

Debería estar tomando apuntes sobre cómo prevenir la gonorrea, pero mi mente está reviviendo en bucle lo que ocurrió las pasadas Navidades, cuando todo explotó con mi madre.

Estábamos sentados en el sofá de la sala de estar. En la tele ponían *Qué bello es vivir*, pero teníamos el volumen tan bajo que era imposible seguir la historia. En el aire flotaba un olor raro pero agradable, una mezcla de patatas gratinadas con queso —mi madre había horneado una

fuelle para llevarla a la iglesia al día siguiente— y de la enorme vela de vainilla que solo encendíamos en diciembre. Gus no estaba: había ido a casa de un amigo, o al lago con los padres de su novia, o al bar..., yo qué sé. Siempre buscaba excusas para no estar en casa, aunque solo hubiera venido unos días de visita.

De repente, mi madre, sin mirarme siquiera, me preguntó:

—¿Tienes algo que decirme?

Y entonces supe que lo sabía.

Yo ya había salido del armario en el instituto, y era consciente del riesgo de que se enterara; Rock Ledge es un pueblo pequeño. La gente habla, y la gente de su congregación habla más todavía. Fue bastante ingenuo por mi parte pensar que sería capaz de reunir el valor suficiente para contárselo antes de que le llegaran los rumores. Nunca le pregunté cómo se había enterado de que yo era gay; al fin y al cabo, qué más daba (aunque estoy bastante seguro de que el culpable fue el hijo del pastor, que iba conmigo a Trigonometría).

Así que se lo confesé. Le dije que soy gay.

Ella no se enfadó; en vez de eso, me miró con esa cara que ponen los padres y las madres cuando sus hijos los decepcionan, y que es mucho peor que el enfado. Yo habría preferido que gritara, que rompiera cosas y que me castigara para los restos. Pero no hizo nada de eso: estaba hecha polvo, sumida en una tristeza abrumadora y aplastante.

—¿Has sucumbido a tus impulsos? —preguntó finalmente, en un tono tan comedido como si estuviéramos en un confesionario y no en el salón donde jugábamos al *Cluedo*.

—No —recuerdo que respondí, aunque no estaba muy seguro de si para ella contaría el porno.

Mi madre no era muy expresiva; según Gus, había dejado de mostrar sus sentimientos desde la muerte de mi padre. Pero, cuando la miré, vi el reflejo de las luces del árbol de Navidad en sus mejillas, así que estoy convencido de que se le estaban cayendo las lágrimas.

Entonces, atacó.

—¿Qué pensaría tu padre? —soltó, con toda la intención de hacerme daño.

Y lo consiguió. Me hizo daño.

Aún me lo sigue haciendo.

Odio admitirlo, pero a veces me repito esa pregunta cuando camino por el aparcamiento y noto que me contoneo demasiado. O cuando estoy viendo entre carcajadas *Kimmy Schmidt* con Bree, en lugar de quedar con Marshall y Teddy y los chicos del equipo de atletismo. O cuando oigo mi voz en una story de Instagram y me da la impresión de que suena —no, estoy convencido de que suena— totalmente, al cien por cien, rosa-chillón-gay.

No sé qué pensaría mi padre. Y no me apetece pensar en eso.

Mi madre esperó unos minutos más antes de preguntarme si no preferiría dormir en casa de alguno de mis amigos esa noche. Le dije que no, porque era Nochebuena y tanto Bree como Marshall estaban con su familia.

Sin embargo, mi madre insistió en que sería lo mejor. Así que llené una maleta de ropa y caminé los cinco kilómetros que me separaban de la casa de los Brandstone, sin volver la vista atrás.

El timbre del instituto me devuelve a la realidad, y dejo de soñar despierto –aunque esta pesadilla no tiene nada que ver con mis sueñoduchas habituales–. Paso por delante de Carolyn, consciente de que se va a poner comprensiva y maternal para consolarme por los comentarios de Cliff, y salgo pitando al pasillo mientras la señora Diamond hace un último comentario sobre los preservativos.

–¿Qué? –oigo la voz burlona de Cliff, que se ríe con los idiotas de sus amigos mientras me lanzan miraditas de reojo–. ¡Era una pregunta válida! ¡La educación sexual tiene que ser más gay!

No sé por qué, pero a veces es como si me vinieran golpes por todos los lados a la vez. Cliff. Mi madre. Marte (maldito Marte...). Todas esas cosas ruedan por mi cerebro como una bola de nieve, ganando tamaño y velocidad antes de convertirse en una imparable avalancha de tristeza gay. Cuando me ocurre esto, sé que es inevitable que la bola termine por estrellarse contra lo que haya al pie de la colina. Lo malo es que está a punto de reventar aquí y ahora, en medio de un pasillo lleno de gente.

Jugueteo con la combinación de mi taquilla (sin levantar la vista, porque creo que tengo los ojos a punto de desbordarse) cuando noto una mano en mi hombro.

–¡Sky High! ¿Cómo andamos?

Vaya. Lo que faltaba: Ali.

Me seco rápidamente por si se me ha escapado alguna lágrima y me doy la vuelta, forzando una sonrisa.

–Bien. Esto..., sin novedad.

Se pone serio al verme.

–¿Va todo bien?

–Sí, claro –pestañeo para eliminar las lágrimas–. Perdona, es que tengo alergia. ¿Tú qué tal?

–¿Seguro? –insiste, escéptico.

–Seguro.

–Vale, vale –dice, zanjando el tema; seguramente se haya dado cuenta de que me muero de vergüenza–. Solo quería asegurarme de que vendrás a la fiesta con Bree y Marshall.

–Ah...

–En mi casa. El viernes. ¿Puedes?

–Sí, claro.

Me dedica una sonrisa marca Ali. Intento devolvérsela. Y luego, sin más, se marcha.

No debería permitir que nadie tenga tanta influencia sobre mi estado de ánimo, pero, de repente, me siento mucho mejor.



VEINTIDÓS DÍAS

—A la mierda todas nuestras ideas —declara Bree mientras lame la tapa de aluminio de sus natillas de chocolate. Doy un respingo, volviendo a la realidad—. ¡Deberías pedirle salir esta noche en la fiesta!

Pego un brinco y casi derramo mi zumo de naranja.

—¡Chssst!

—¿Qué? —echa un vistazo al pasillo—. No nos está oyendo nadie, Sky. A nadie le importa nuestra aburrida existencia. Es como si fuéramos invisibles.

—Pues vale, pero estás casi gritando.

Ni siquiera estábamos hablando de Ali, pero Bree ha debido de notar la sonrisa que no puedo borrar de mi cara desde el lunes, después de la clase de Salud. El martes me enteré de que Ali solo había invitado a cuarenta personas a su fiesta. Cuarenta. El hecho de contarme entre los cuarenta mejores amigos de Ali —y no quedarme flotando en el vacío helado, más allá de su friend-zone— puede que sea mi mayor logro en todos mis años de instituto.

Lo mismo tengo alguna oportunidad de ir al baile con Ali Rashid.

—Yo digo que lo hagas esta noche —continúa, ahora en voz más baja—. ¿Quién sabe? Tus posibilidades de que acepte podrían aumentar si está pedo, y esta noche lo va a estar...

—¿Quién va a estar pedo? —pregunta Marshall, que aparece de pronto a nuestro lado.

Ufff: Teddy está justo detrás de él, pisándole los talones como si fuera su gigantesca sombra. Solo con verlo, me da la sensación de que mi cuerpo es un globo hinchado de miedo. No quiero decir ni hacer nada demasiado gay delante de Teddy, para no avergonzar a Marshall.

—¿Hola? —insiste Marshall al ver que Bree y yo nos quedamos callados. Nos ofrece dos chicles de canela—. ¿Quién se va a emborrachar?

—Ali; Sky quiere pedirle los apuntes de Anatomía —miente Bree tan tranquila, y se mete el chicle en la boca.

Lo sé, lo sé: tengo que ponerme las pilas y contarle a Marshall mis planes sobre Ali. Pero, con Teddy delante, no es el momento.

—Vamos mañana al LMEP, ¿verdad? —dice Bree, abarcándonos a todos con un gesto—. A ver a Ava DuVernay.

A Marshall se le ilumina la cara.

–¡Sí! Pienso ver esa peli por lo menos tres veces más en el cine.

–Tío, te vas a dejar una pasta –comenta Teddy boquiabierto, agachando la cabeza para participar en la conversación. Mide como uno noventa, así que me recuerda a uno de esos acróbatas con zancos que tienen que inclinarse para hablar con los niños–. ¿Cómo te vas a gastar tanto en una sola película?

–DuVernay, tío –sentencia Marshall antes de volverse hacia mí–. Te apuntas, ¿verdad?

¿Cómo pueden estar pensando en el sábado? La fiesta de Ali es esta noche, y me resulta literalmente imposible concentrarme en nada que no sea eso. En mi agenda solo está apuntada la fiesta de Ali, unos años en blanco y luego morirme.

–Di que sí y ya está –dice Bree con cara de exasperación–. ¿Qué vas a hacer, si no? ¿Tirarte toda la noche sueñoduchándote con Ali?

Es como si me tirara un cubo de agua helada encima.

–¿Tirarse toda la noche haciendo qué? –pregunta Teddy, perplejo.

–Vale, sí, allí estaré –sentencio, con las mejillas ardiendo.

Bree me guiña un ojo.

Por suerte, el timbre del final del almuerzo interrumpe la conversación. Teddy se va a su siguiente clase, mientras que Bree, Marshall y yo entramos en la clase de Anuario.

–Tardones –bromea la profesora Winter sin apartar la vista de su ordenador, con un bocado chorreante de salsa en la mano–. Todo el mundo expulsado.

Sabe perfectamente que somos nosotros, porque siempre somos los primeros en llegar a su clase.

–Ja, ja –se burla Bree mientras cruzamos el aula–. Como si pudierais sobrevivir un día si no manejo yo el cotarro.

Winter se encoge de hombros, dándole la razón a Bree sin palabras.

Aunque solo lleva unos años trabajando aquí, el aula de la profesora Winter es tan cálida y está tan llena de trastos como si la ocupase desde los años setenta. Las paredes están cubiertas de portadas famosas de revistas, pósteres solo aptos para fanáticos de la tipografía, fotos de anuarios antiguos y tablones de corcho con capas de papeles superpuestos como los anillos de un árbol. Si hay un sitio donde me sienta cómodo dentro del instituto, es aquí.

–DuVernay –declara Marshall con énfasis, apoyando una nalga en la esquina de su abarrotado escritorio–. ¿Opiniones?

–En primer lugar, aparta –advierte Winter, mirando con desaprobación la pierna que se interpone en su papeleo. Marshall la retira tan rápido como la apoyó–. En segundo lugar, ya sabes que no puedo opinar sobre eso, Jones.

–¿Por qué no? –pregunta Bree mientras ocupamos los tres ordenadores más cercanos a su escritorio, como de costumbre.

–Porque –responde Winter, recogiendo un mechón de su pelazo oscuro detrás de la oreja y mostrando unos aritos pequeños y brillantes– solo con la forma en que has pronunciado «DuVernay» sé que va a haber una discusión. No creas que se me ha olvidado la que se montó con Lady Gaga.

Los tres sonreímos, admitiendo que tiene razón.

El otoño pasado, don-hetero-Marshall tuvo la audacia de afirmar que la actuación de Katy Perry en la Super Bowl de 2015 –sí, la del tiburón que se olvidó de los pasos de baile– fue mejor que la de Gaga y que la alucinación de Jennifer Lopez y Shakira. Se lio muy parda, por razones obvias, y la guerra civil que estalló en clase de Anuario sigue sin resolverse, técnicamente. Eso sí: Ali se puso de mi lado, lo cual me tuvo flotando una semana entera.

La única asignatura que me gusta de verdad en el instituto es la de Anuario. Para empezar, es la única clase a la que hemos ido juntos Bree, Marshall y yo en los cuatro años que llevamos en el instituto Rock Ledge. Además, no viene ningún amigo de Cliff; somos un montón de friquis creativos. Los pocos chicos populares que hay, como Ali, no se meten con nadie. Que Winter sea la profesora más guay del instituto es la guinda del pastel.

Cuando suena el timbre, Winter cierra la puerta y nos regaña a todos para hacernos callar. Se pone muy gruñona, pero siempre medio en broma, como una hermana mayor que te chilla por haber hecho una estupidez.

–A ver ese subidón de azúcar... Venga, calmaos –dice, esperando a que se apaguen las últimas voces. Lleva un suéter gris muy grande que empequeñece su silueta delgada, y sus uñas recién pintadas tienen un tono de verde que me recuerda al guacamole de Clare–. Todo el mundo sabe lo que tiene que hacer hoy, ¿verdad?

Se levanta un coro de síes, noes y gruñidos acompañados de encogimientos de hombros. Winter mira la cara de cada uno de los alumnos para saber quién tiene claro su trabajo y quién no y, tras poner las pilas a los despistados, empezamos a trabajar.

Bree se pone en modo brutal, como decimos Marshall y yo. Como redactora jefa, los viernes se encarga de diseñar y redactar el boletín semanal que se distribuye los lunes a primera hora por correo electrónico. Se trata de una selección de informaciones sobre el anuario que enviamos a los alumnos de último curso y a sus padres: plazos de presentación de fotos, información sobre los anuncios, etc. Es una de sus responsabilidades más importantes, y el perfeccionismo de Bree –que tiene una típica personalidad A– sale a relucir cada semana cuando se acerca la hora de enviarlo.

Marshall es el especialista en asuntos informáticos, tanto en esta clase como en la vida. Su última tarea es resolver un problema con las fuentes de Memories, el programa que usamos para maquetar las páginas del anuario. Bueno, creo que eso es lo que hace, pero no estoy muy seguro, la verdad. Lo único que sé es que Marshall soluciona los líos de ordenadores.

Y luego estoy yo.

No tengo la energía necesaria para ser redactor jefe ni se me dan bien los ordenadores, pero, a cambio, me encanta el cine. La semana pasada, Winter me asignó la sección «Películas del año». Es una sección «de relleno», como la llamó una vez Bree delante de mí sin querer (nadie se daría cuenta si al final la quitáramos, a diferencia de la página del equipo de fútbol americano). Pero no me importa; seguramente sea la tarea más divertida que he hecho nunca.

He hecho una encuesta sobre las películas favoritas de los alumnos (y he descubierto que su gusto cinematográfico es pésimo), y ahora estoy investigando para hacer una infografía chula

con los mayores éxitos del año. No es por presumir, pero va a ser la mejor sección del anuario. Bueno, quitando la página que han comprado los padres de Ali: esa estará llena de fotos de él, y contra eso no puedo competir.

—¿Vas a meter la nueva película de DuVernay en tu lista de películas del año? —me susurra Winter al oído, inclinándose sobre mí—. ¿Por eso hablabais de ese tema?

La miro, con una sonrisa.

—Qué va; es que Marshall está obsesionado con ella.

—Ah —asiente, enderezándose de nuevo.

—La vimos el sábado, eso sí.

—¿Veredicto?

—Yo diría que tres estrellas sobre cinco. A Marshall le encantó, por supuesto, pero...

—¡Bla, bla, bla! —empieza a berrear Bree a nuestro lado, tecleando con furia.

—¿Qué pasa? —me pregunta Winter.

—Que todavía no la ha visto.

—¡Bla, bla, bla, lo siento! ¡La veo mañana y no quiero spoilers, bla, bla, bla!

Winter le da una palmadita en la espalda y continúa paseándose por la clase.

—Vale. Nada de spoilers, Brandstone, prometido.

Jamás trabajaría como profesor en Rock Ledge; de hecho, no entiendo cómo puede someterse nadie voluntariamente a esa tortura. Winter nació aquí, pero, si no lo supiera, no podría adivinarlo. Es culta y progresista, y no encaja en este pueblo moribundo lleno de cemento agrietado.

Después del instituto, Winter se fue a Sudamérica de mochilera durante un año entero. Vale, será un cliché que sale mil veces en las películas, ¿pero quién lo hace de verdad? Después se buscó la vida en Seattle, luego en San Francisco y más tarde en Nueva Orleans, trabajando de camarera y viviendo en grandes casas con cortinas polvorientas que compartía con artistas de todo tipo.

Trabajó en la recepción de un hotel de Miami Beach, donde se pasaba las tardes en la playa y las noches en las pistas de baile. Vivió en Brooklyn como cuidadora de los hijos de un banquero divorciado de Wall Street —que, según Winter, seguía una dieta estricta de «whisky, carne en conserva y mujeres demasiado buenas para él»—. También fue monitoria en un campamento para niños discapacitados en Utah, y se mudó a Austin, Texas, por un hombre que le robó el corazón y después lo pisoteó.

En serio: Winter ha estado en todas partes y ha visto de todo. Su vida está llena de giros de guion, sorpresas y recuerdos maravillosos que ni siquiera un gran escritor sería capaz de juntar.

Winter hizo lo que la mayoría de la gente de Rock Ledge no hace: escapar. Pero, muchos años después, decidió volver. O, como nos dijo una noche en que Bree, Marshall y yo estábamos en su clase comiendo pizza fría y terminando unas páginas, «Por fin maduré y empecé a echar de menos estos azules». Señaló con la cabeza una fotografía de la costa norte de Míchigan que había en la pared del aula; estaba tomada desde el espacio, y los tonos turquesas, añiles y marinos contrastaban con la línea accidentada y verde de la tierra. Recuerdo que se metió una

rodaja de pepperoni en la boca y, con los ojos brillantes, dijo: «Aquí, los azules son más azules».

Esa es la parte de la historia de Winter que no entenderé nunca.

¿Por qué volver a este pueblo infernal, después de haber visto lo que hay ahí fuera? Me dan igual los azules de Rock Ledge; es imposible que compitan con el sabor de Nueva Orleans o la energía de San Francisco. ¿Sí o no? Aunque le agradezco que volviera, eso sí; de lo contrario, nunca la habría conocido.

Suena el timbre. Mierda, apenas me ha dado tiempo a comprobar los resultados de taquilla. Vale, admito que me tiré más tiempo del que debería mirando a Ali, hipnotizado por cómo bailoteaba en su silla al ritmo de Frank Ocean, con los auriculares puestos. Y sí, sé que era Frank Ocean porque hice varios viajes innecesarios hasta la impresora para echar un vistazo a su Spotify. La cuestión es que me cuesta concentrarme cuando tengo esas cejas tan cerca.

—Oye, Ali —dice Winter mientras todos recogen sus cosas para marcharse.

—¿Sí? —responde él, deteniéndose en la puerta del aula. Lleva una camiseta gris que le sienta genial y un flamante reloj rosa. Si yo llevara ese reloj, parecería demasiado gay. Sin embargo, a Ali le queda bien.

—Me ha dicho un pajarito que celebras una fiesta esta noche —comenta Winter, revolviendo papeles en su escritorio antes de mirarle.

Ali se echa la mochila al hombro y una sonrisa se extiende por sus mejillas.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Los rumores corren muy rápido —mis ojos y los de Bree van de uno a otro, como si esto fuera un partido de Wimbledon—. Por favor, no hagas tonterías —le aconseja Winter.

—Jamás —responde él.

—Lo digo en serio, Rashid. Tus padres estarán en casa, ¿no?

—Sí, claro.

—Recuerda que la edad para beber son veintiún años, y supongo que no habrá nadie que los haya cumplido.

—Entendido —contesta Ali, y logra salir ileso.

Lo cual nos coloca en primera línea de fuego a nosotros tres.

—Doy por sentado que todos iréis esta noche, ¿verdad? —pregunta Winter.

Mierda. Nos giramos lentamente, a unos centímetros de la puerta.

—¿Adónde? —responde Marshall haciéndose el tonto, pero Winter hace un gesto cómplice con la cabeza.

—A la fiesta de Ali.

—Ah, ¿es esta noche? —replica Bree, con la voz aguda que se le pone cuando se siente culpable—. No sabía que era hoy.

—Ahórratelo, Brandstone. No hagáis locuras, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —replico, no muy seguro de estar siendo sincero.



VEINTIDÓS DÍAS

Todo se reduce a esto.

Bueno, en realidad no.

Tengo que dejar de tomarme la fiesta de Ali como si fuera un momento decisivo de mi vida. ¡No lo es! Ni siquiera estoy seguro de qué quiero conseguir. ¿Hacerme más amigo de él? ¿Conocer su casa, a ver si así se me ocurren ideas mejores para pedirle ir al baile conmigo? ¿Pasarme toda la fiesta mirándolo desde el otro extremo de la habitación como un psicópata, mientras fantaseo con nuestra vida juntos dentro de diez años? ¿Perder la virginidad con él?

A girl can dream...

Después de zamparnos unas diez mil calorías durante nuestras operaciones de espionaje a la casa de Rashid, Bree y yo estamos a punto de entrar en ella como invitados. Puede que no sea el mayor acontecimiento de mi vida, pero no es poco.

Me he puesto la camisa rosa que llevé al instituto el jueves pasado. Sí, sé que dice «gay» a gritos, lo cual hace que me sienta un poco inseguro. Pero yo también digo «gay» a gritos, ¿no? Además, destaca mis brazos y mi pecho y me hace parecer más musculoso. Creo.

Espero.

No lo sé.

Marshall sale al porche de su casa y se acerca al coche de Bree. Lleva su plumas rojo favorito y unos vaqueros claros; se ve que se ha arreglado pensando en Ainsley. Ya está casi en el coche cuando su padre sale disparado tras él.

Cómo no.

—Ya estamos —dice Bree entre dientes, bajando el volumen de la música—. No digas tonterías, ¿vale?

El señor Jones pertenece a la molesta categoría de padre macho man. Rara vez se ríe, se burla de los vegetarianos y viste invariablemente polos en tonos marrones.

Marshall se sube al asiento trasero.

—Cuidado —nos advierte mientras su padre se acerca al coche.

—Sí, ya lo habíamos visto —replica Bree, bajando la ventanilla—. Hola, señor Jones.

—Hola, Bree —el señor Jones apoya una mano en el techo del coche y se agacha para examinar el interior—. ¿Cómo estáis, chicos?

–Bien –decimos Bree y yo al unísono.

–Vais a una fiesta, ¿no?

–Sí –responde Bree.

–¿Habrá alcohol?

–No –respondo, sonriente.

Él nos mira fijamente uno por uno, sin devolver la sonrisa. Es una situación incomodísima, incluso para los estándares del señor Jones. Sé que Marshall está deseando que se lo trague la tierra.

–Si alguno de vosotros bebe, aunque sea una sola gota de alcohol, que no se ponga al volante, ¿de acuerdo?

–Venga, papá –murmura Marshall.

El señor Jones lo ignora.

–Por supuesto –responde Bree con voz aguda.

–Entendido –reitero, asintiendo y señalando mi cinturón de seguridad como si eso tuviera algo que ver con no conducir borracho.

El señor Jones se dirige a Marshall.

–Ten cuidado, ¿de acuerdo? –dice con voz más suave, como si Bree y yo no estuviéramos presentes. Es como si considerase esencial que Marshall escuche bien todas y cada una de sus palabras.

–Lo haré, papá.

–No te metas en líos.

–Claro que no.

–Muy bien. Perfecto –el señor Jones nos vuelve a mirar a Bree y a mí–. Divertíos, chicos. Y recordad que tenéis una hora tope para llegar.

Bree sube la ventanilla y sale a la carretera.

–Lo siento –suspira Marshall.

–Marshall, por favor –dice Bree, irguiéndose para mirarse en el espejo retrovisor–. Gracias a los terroríficos consejos de tu padre, el mundo es un lugar mejor.

–Bueno, ahora sí que no nos pueden pillar borrachos –adviento, volviendo a subir el volumen de la música y levantando la voz–. Porque, si nos pillan, primero nos matará Winter y después tu padre.

Marshall se inclina hacia delante y baja la música.

–No os paséis con el volumen –pide.

–Claro: a tus setenta años de edad, es normal que no soportes la música alta –murmura Bree, sonriendo.

–Es que me gustaría enterarme de lo que estáis diciendo –protesta él, y nos tiende dos chiclos de canela–. ¡Ah! Una pregunta sobre el baile: le quiero regalar algo a Ainsley cuando le pida ir conmigo.

–¿Además de las rosas amarillas? –le pregunto.

–Exacto. A ver qué os parece mejor: ¿una foto enmarcada de los dos juntos, o un recuerdo que

simbolice el comienzo de nuestra relación?

–¿De qué recuerdo hablamos?

–De las entradas para la primera película que vimos juntos.

–Las entradas –decimos Bree y yo al unísono.

–Sin duda –subrayo.

–He de admitir –dice Bree– que es una idea jodidamente cuqui, Marshall Jones.

–¿Sí?

–Sí –meneo la cabeza–. Me da arcadas solo de pensarlo.

Aparcamos cerca de la casa de Ali y vamos andando hasta la puerta. Es la primera vez que me invitan a una fiesta de gente popular, ahora que lo pienso.

Un escalofrío de nervios me recorre todo el cuerpo, acompañado de una avalancha de pensamientos irracionales. ¿Y si Ali me ignora toda la noche? ¿Y si me emborracho y me da por hacerle la promposición aquí mismo? ¿Y si Cliff se cuela en la fiesta y lo arruina todo? ¿Y si el gato Franklin se pone a jugar conmigo, clava las garras en mi camisa y me la arranca, mostrando a Marte delante de todo el mundo?

Dentro de mi cabeza, la roca de tristeza gay se despeña y comienza a rodar por la ladera.

–¿Estás bien? –susurra Bree, rodeándome la cintura con el brazo.

–Sí, claro –respondo, tratando de ocultar mi inquietud; al fin y al cabo, Marshall está a nuestro lado y no tiene ni idea de mi obsesión por Ali–. ¿Por qué no iba a estarlo?

Sonríe.

Ya casi hemos llegado a la casa. El aire vuelve a estar impregnado de olor a primavera, como cuando aparcamos cerca la semana pasada, pero el altavoz que retumba en el interior de la casa hace que el barrio esté mucho menos tranquilo que entonces.

Nos abre la puerta Jeff Blummer, que va tan fumado como siempre.

–Hola –murmura, aunque creo que ni siquiera distingue quiénes somos.

La casa está llena de gente. En cada sofá del salón, donde se supone que caben cuatro culos, hay siete. La gente va del salón a la cocina, saludando a sus amigos y cantando al ritmo de la música. Todas las superficies –la mesa de centro, las encimeras de la cocina, la repisa de la chimenea– están cubiertas de botellas y latas de cerveza. Veo a Franklin abrumado, corriendo entre las piernas de la gente con los ojos muy abiertos.

Quiero empezar a beber lo antes posible para que se me pasen los nervios. No para emborracharme de verdad, por supuesto; solo me he pillado una gorda una vez, después de la final de fútbol americano del año pasado, y no fue una experiencia que me apetezca repetir ahora mismo. Necesito estar mínimamente consciente cerca de Ali.

Pero, aun así, sí quiero soltarme un poco.

Marshall se las arregló para comprar un pack de treinta y seis cervezas que vamos a compartir con sus compañeros de atletismo, así que pillo un par de Coronas para mí y para él (Bree dijo que no bebería para poder conducir; de todos modos, no le gusta el alcohol) y las abro.

Y entonces empieza el marrón de esperar ahí de pie. Muy incómodo, eso de estar esperando de pie. Si he aprendido algo de las tres fiestas a las que he ido hasta ahora es que la gente se pasa muchísimo rato mirando alrededor, con cara de incomodidad, hasta que el alcohol hace efecto.

–Bueno..., y ahora, ¿qué? –dice Bree, que sostiene un vaso de plástico lleno de Sprite.

Detrás de ella, en la pared, hay una hilera de fotos de la familia Rashid: su hermana jugando al fútbol; su madre haciendo kayak, sonriente; un selfi del padre de Ali con un montón de gente, que supongo que serán sus parientes de Irak... Son todos tan monos que podrían salir en un concurso familiar de la tele.

Nos quedamos un buen rato en nuestro rincón. Bree se pone a charlar sobre cómo aparcar en paralelo con una chica que se sacó el carné al mismo tiempo que ella. Marshall, el extrovertido del grupo, habla con todos los que se acercan.

Entonces aparece Dan. Va vestido con sudadera holgada y gorra, como siempre. Le da un tímido abrazo a Bree, nos saluda con un gesto a Marshall y a mí y se queda a nuestro lado. Lleva un piercing en la oreja y pantalones de pana rojos. Me mola su look.

Y entonces, Marshall mete la pata.

–¿Qué tal estaba la pizza? –le pregunta a Dan.

–¿Qué?

–En Sbarro. Te vimos en una terraza del LMEP el fin de semana pasado.

–Ah –asiente Dan–. Estaba buena, sí.

–Espera, ¿tú también fuiste al centro comercial el fin de semana pasado? –Bree le mira boquiabierta.

–Ya te lo dije –murmura Dan–. Fui a eso de mi familia, en Traverse... Paramos en el centro comercial a la vuelta.

Bree cierra los ojos para hacer memoria.

–Vale, sí. Pero me da rabia saber que mi FOMO estaba tan justificado.

Unos minutos después, Teddy –más animado que de costumbre y con el pelo engominado hacia atrás– se nos une también. Ahora no me molesta tanto como cuando se acopló al grupo a la hora del almuerzo, después de la clase de Winter; pero, aun así, admito que me encantaría que Bree, Marshall y yo pudiéramos ir a nuestro rollo.

Teddy se gira y me pregunta algo que no llego a entender porque estoy demasiado distraído.

–Perdona... ¿Qué?

–Solo te preguntaba qué tal el anuario –repite, dando un sorbo a la cerveza–. Marshall me dijo que te encargas de hacer una página sobre cine, o algo parecido.

–Ah, sí –respondo, mirando alrededor en busca de Ali–. Va bien.

No quiero ser borde con Teddy, pero el paradero del anfitrión de la fiesta ocupa cerca del noventa y cinco por ciento de mi capacidad cerebral, y todavía no lo he localizado en su puñetera casa. Me estoy poniendo histérico.

Teddy me pregunta otra cosa que vuelvo a no captar, aunque ahora es más bien por el jaleo de la fiesta.

–¿Eh? –pregunto, inclinándome hacia él–. ¡Lo siento, no te oigo con el ruido!

–¡He dicho... –sube la voz, agachándose para ponerse a mi altura– que tengo muchas ganas de ir al cine mañana por la noche!

–¡Sí, yo también!

–Marshall me dijo que la película está genial.

Pongo los ojos en blanco y sonrío.

–Está un poco cegado por su amor a DuVernay. Pero sí, estaba muy bien.

Unos minutos más tarde aparece Ainsley, con un abrigo de piel sintética marrón y un bolsito cruzado. Se dirige hacia nosotros.

–¡Holaaa! –dice, radiante y colorada por el calor que hace en la casa.

Nos abraza uno por uno. Su pelo rojo y rizado me roza la cara; huele a champú de coco.

–¡Me encanta tu camisa, Sky! –dice.

–Gracias. A mí me gusta tu pulsera.

–¡Gracias! ¿Qué tal la fiesta hasta ahora?

Marshall se encoge de hombros.

–Meh.

Ella se ríe y saca una Bud Light de su bolso mientras le contamos quién ha venido. En el minuto que ha pasado desde que llegó Ainsley han entrado otros dos grupos grandes, así que ya hemos roto la ley de aforo máximo con creces.

Y sigo sin ver ni rastro de Ali.

–¿Qué piensas hacer el curso que viene? ¿Te vas a alguna parte? –le pregunta Bree a Ainsley–. Creo que nunca lo hemos hablado.

–Nada especial... Voy a hacer un ciclo superior en el Community College del condado –dice Ainsley.

–¡Yo también quiero hacer eso! –estallo, emocionado. Dan pega un brinco hacia atrás y Marshall abre los ojos de golpe–. Lo siento... Es que, el año que viene, todo el mundo me va a abandonar para ir a sitios que están lejísimos.

–Tú tranquilo –dice Dan–. A mí me queda otro año, así que no me voy a mover de aquí.

Cruzamos una sonrisa.

–Guay –respondo–. Los dos aguantaremos juntos este pueblo de mierda... Con un poco de suerte, puede que reúna algo de pasta para sobrevivir el primer semestre.

El otoño pasado, Winter me habló de una beca para «estudiantes sin recursos» de Rock Ledge que tengan al menos un tres sobre cuatro de nota media. El señor Brandstone me ayudó a rellenar toda la documentación y me dio consejos para redactar la carta de solicitud. Pero no tengo muchas esperanzas. Con mi media de tres con uno, estoy al borde de los requisitos mínimos: por poca competencia que haya, estoy jodido.

Y si no consigo la beca, ni siquiera podré ir al Community College.

–Bueno: en todo caso, te haremos compañía –Ainsley me guiña un ojo y le agarra el brazo a Dan–. Lo de ir cuatro años a la universidad está anticuado, a menos que tus padres quieran tirar el dinero.

–O que te apetezca endeudarte para los restos –aporta Teddy–. Yo también voy a estudiar en el

Community College –añade encogiéndose de hombros.

–Adivina la palabra que estoy pensando –dice Marshall, inclinándose hacia el oído de Ainsley–. Empieza por «be» y acaba por «ca».

Ella lo empuja con gesto juguetón.

–Para ti es muy fácil decirlo, estrella del atletismo con una nota media de tres con nueve.

–Tres con ocho. Y me lo he currado mucho para conseguirlo.

A veces, Marshall se pone en plan machito arrogante con Ainsley. Creo que es porque no llevan mucho tiempo juntos, y aún está tratando de impresionarla; por eso da tantas vueltas a cómo pedirle que vaya con él al baile, y a cosas como lo de las rosas amarillas y las entradas del cine. Si no fuera por eso, creo que no se lo perdonaría.

–Estoy tratando de convencerla de que venga conmigo a la universidad de Michigan State –le dice Marshall a Teddy.

–Si me toca la lotería, seguro –responde Ainsley. Da un sorbo de cerveza y se vuelve hacia Bree–. ¿Y tú? ¿Adónde irás en otoño?

–A West Island.

–¿West Island? –repite Teddy, inseguro–. ¿Dónde está eso?

–En California; es una universidad pequeña.

La universidad es el tema de conversación que menos he disfrutado –y que me ha sido imposible esquivar– durante todo este curso.

Me aparto y me pongo a acariciar a Franklin, que por fin ha encontrado un rincón seguro en una silla del comedor, lejos de los borrachos. Marshall y Ainsley están flotando en su nube de amor, y me da la sensación de que Teddy pretende coquetear con Bree, así que pienso que lo mejor será alejarme una unidad de rato o dos.

Seamos sinceros: en realidad, me alejo porque están hablando de universidades.

Lo llevo fatal.

El señor y la señora Brandstone le van a pagar a Bree la carrera de diseño gráfico en una lujosa universidad privada de Los Ángeles, especializada en disciplinas artísticas. Y Marshall –al que le salen las becas por las orejas– se va a marchar a East Lansing para estudiar ingeniería informática.

Imposible enfadarse con ellos: a Bree le apasiona el diseño desde quinto y este curso lo ha dado todo como redactora jefa, mientras que Marshall va camino de dirigir Silicon Valley cuando tengamos treinta años, de ganar una medalla de oro olímpica, o de hacer ambas cosas. Los dos se merecen no quedarse estancados en este maldito pueblo.

Lo que pasa es que la mayoría de los jóvenes de nuestro pueblo no tienen nota media ni dinero suficiente para hacer una carrera de cuatro años en la universidad estatal, y mucho menos para estudiar en una universidad privada de California. Me deprime un poco que mis dos mejores amigos sean de los pocos que van a escapar de aquí, dejándome tirado. Los voy a echar de menos.

Vuelvo al grupo.

–¿Queréis otra cerveza?

Todos se vuelven hacia mí, niegan con la cabeza y continúan con sus hetero-conversaciones (bueno, puede que Dan no), así que voy solo a la cocina.

Me acabo la lata, acodado sobre el fregadero, la tiro en la papelera de reciclaje y abro la nevera para pillar otra. Creo que empiezo a sentirme un poco menos ansioso; es un alivio.

—¡Sky! —grita alguien detrás de mí—. ¡Seguro que Sky juega!

Me giro y veo a Carolyn, de la clase de Salud, de pie entre la cocina y el pasillo.

Y Ali está a su lado.

Mi estómago, ya bastante lleno de cerveza, da una voltereta nerviosa.

—¡Sky High! —grita Ali, más alegre aún de lo habitual.

Cejas pobladas. Pestañas largas. Sonrisa perfecta. También lleva la camisa naranja que he notado que reserva para las ocasiones especiales. Está guapísimo.

—¡Has venido! —constata.

—Sí —sonríó, cambiando el peso de un pie a otro—. Aquí estoy.

—¿Bajas o qué? —murmura Carolyn, parpadeando lentamente.

Vale, creo que está borracha.

—¿Adónde?

Cruza la cocina, encaramada a sus tacones y a punto de tropezar a cada paso, y se estampa conmigo para darme un abrazo.

Sí, definitivamente está borracha.

—¡Para jugar al beer pong! —me grita al oído—. Vamos a bajar a jugar y necesitamos dos personas más.

Ali se acerca por detrás de ella.

—¡Sí! —me grita también al oído—. ¡Beer pong, Sky!

Puede que esté imitando a Carolyn en plan coña, pero esto es peligrosamente parecido a coquetear conmigo.

Trago saliva.

No pasa nada. Estoy bien. Perfectamente. Controlo.

Que sí, que controlo.

—Por cierto, siento lo que pasó el lunes —suelta Carolyn sin venir a cuento, repentinamente seria y lúcida—. Cliff es un puñetero imbécil.

Oh, Dios. No, por favor.

Lo único que podría arruinar este momento es sacar a relucir al Que No Debe Ser Nombrado, como siempre lo llama Bree. Literalmente, lo único.

—¿De qué hablas? —me río, haciéndome el tonto.

—De la clase de Salud del lunes —Carolyn me mira con intensidad, concentrada en mi cara—. Es una rata, Sky. No le hagas ni caso.

—¿Quién es una rata? —pregunta Ali, sacando otra cerveza de la nevera.

—Cliff —responde ella.

Ali hace una mueca mientras abre la cerveza.

—¿Norquest? —pregunta, y ella asiente—. Odio a ese tío —sacude la cabeza y da un sorbo—. Y es

cierto que es una rata. Racista, además. Una vez que le pisé los cordones sin querer, me llamó terrorista –pone los ojos en blanco–. Típico... Entonces, ¿qué hizo en clase de Salud?

Me quedo dudando.

–¡Nada, Ali! –grita Carolyn; no sé si lo hace para ayudarme o porque va fatal y no se da cuenta de que es de mala educación cambiar así de tema, especialmente cuando lo has sacado tú–. Entonces, ¿te apuntas, Sky, o qué? –pregunta, con la lengua pastosa.

–¿A qué... ?

–¡Al beer pong! –hipa.

–Ah, sí. Esto... vale.

–¿Has jugado alguna vez? –me pregunta Ali.

Me planteo mentir para quedar bien, pero decido no hacerlo.

–No. ¿Importa?

Ali tuerce sus besables labios.

–Qué pena –niega con la cabeza–. Es que es complicadísimo; solo jugamos con gente que ya se sabe las reglas.

–Ah –me desinflo–. Vale..., no pasa nada. Lo siento.

–Sky –Carolyn me da un golpe en el hombro, que duele mucho más de lo que seguramente pretendía–. Te está tomando el pelo.

Ali me sonríe con su sonrisa marca Ali.

–Es una chorrada de juego –dice.

–Entonces, sí –le devuelvo la sonrisa–. Contad conmigo.

Salgo con ellos de la cocina y veo a Bree, que desorbita los ojos cuando distingue con quién estoy.

–Oye, ¿puedo adoptar a tu gato? –le pregunto a Ali, un poco más seguro de mí mismo gracias a la cerveza y media que se filtra lentamente en mi torrente sanguíneo.

–¿Y eso? –pregunta.

–Bueno, para empezar, porque es precioso –me recuerdo a mí mismo que no debo llamarlo Franklin, porque eso delataría que soy un espía y un cotilla que se ha enterado del nombre de su mascota sin que nadie se lo haya dicho–. Además, está claro que no sabes cuidarlo.

–¿Y eso?

–¡Está de los nervios con tanta gente alrededor! –exclamo–. ¿No puedes meterlo en una habitación tranquila para que se relaje un poco?

Ali se echa a reír.

–Franklin está bien, Sky High –me da una palmadita en el brazo–. Pero es muy bonito que te preocupes por él.

Bajamos al sótano –no me había dado cuenta de que había otra planta–, donde la gente está tan apretujada como pepinillos en bote. Tal vez Ali solo haya invitado a cuarenta personas, pero solo aquí abajo hay al menos cincuenta. La música atruena, el ambiente está más oscuro y cargado que en el piso de arriba y, a juzgar por el olor, la gente está fumadísima.

En un instante, ambos perdemos de vista a Carolyn.

—¿Adónde ha ido? —pregunta Ali.

Estiro el cuello, pero solo veo siluetas que bailan y van de acá para allá.

—Ni idea.

—Qué le vamos a hacer —sigue mirando a su alrededor un poco más antes de rendirse—. La verdad es que ni siquiera me apetecía jugar al beer pong... Vente, ¿quieres?

Vente, ¿quieres?

Inhalo lentamente, intentando mantener la calma. Estoy más sobrio que él, lo que me consuela un poco, pero sigo nervioso. Ojalá Bree estuviera aquí... Lo fliparía conmigo, seguro. Aunque quizá sea mejor que se haya quedado arriba... ¿De verdad Ali quiere estar conmigo a solas?

Me lleva al fondo del sótano, donde hay poco más de espacio y se puede respirar. Hay un par de sofás remendados y una silla de madera desvencijada, ocupados por algunos chavales hartos de tanto ruido. Cuando dos de ellos se levantan del sofá, Ali se deja caer en el asiento. Por un momento me quedo de pie como un pasmarote, con la cerveza en la mano. Pero, entonces, me hace un gesto para que me una a él.

Lo hago.

Obviamente.

Estoy alucinando. ¿De verdad esto es la vida real? Porque parece una película; debo de haberme colado sin querer en el universo alternativo de *Súper empollonas* o de *A todos los chicos de los que me enamoré*. Si, cuando veníamos de camino, Bree me hubiera preguntado qué era lo mejor que me podría pasar esta noche, ni se me hubiera ocurrido decirle «acabar sentado en un sofá al lado de un Ali Rashid medio borracho, que puede que esté lanzándome la caña».

No dice nada durante un rato, así que decido romper el hielo.

—¿Preparado para terminar el insti?

—¿Qué? —pregunta, gritando por encima de la música.

—¡El instituto! ¿No te apetece terminar de una vez?

—Uf, sí. Me muero de ganas. ¿Y tú?

—Lo mismo.

—Anatomía es lo peor —dice.

—¿Verdad?

—Y Trigonometría la saco por los pelos.

—¡Lo mismo digo!

—La única clase que me gusta es Anuario, sinceramente.

Me río. Es como si se hubiera preparado una chuleta para impresionarme.

—No podría estar más de acuerdo.

—Winter es muy estricta, pero mola, ¿a que sí?

—Ya ves...

—Bueno, es obvio que te cae bien; Bree, Marshall y tú sois sus favoritos.

—Qué dices.

Ali me sonríe.

—Ya, ya —sus pupilas recorren mi torso durante un segundo—. Me gusta esa camisa.

Mi camisa rosa.

Mi camisa rosa de botones, muy –pero que muy– gay.

–Gracias –digo, sin saber bien cómo contestar al mejor piropo que me han echado en mi vida.

Después de todo, puede que esta sí que sea mi noche...

–Resulta extraño pensar que vamos a graduarnos, ¿verdad? –dice, mirando a su alrededor como si pensara que le quedan pocas noches como esta–. Es rarísimo.

–Sí.

–Durante estos años hemos hecho muchas cosas juntos, tú y yo –su rodilla toca la mía–. ¿Recuerdas cuando jugábamos al baloncesto en Educación Física de sexto?

–¿Eh?

–Educación física de sexto. Te puse el apodo entonces, porque eras más alto que los demás y pillabas todos los rebotes.

No me lo creo. ¿Se acuerda de eso!

–Ah, claro –suspiro fingiendo que había olvidado el origen del mote, como si no pensara en ello al menos tres veces al día–. Sí, ha sido toda una aventura.

–¿Sabes? Ni siquiera me gusta el insti –dice, dando un trago a su cerveza–. Lo odio, de hecho.

–¿En serio?

–Sí.

–¿De verdad?

–¿Por qué pones esa cara?

Hago una pausa para pensármelo bien.

–Bueno... Supongo que me parece extraño que un chico tan popular como tú odie el instituto.

–Ja... Ya ves.

Su respuesta suena irónica, y yo estoy lo bastante perjudicado como para indagar.

–¿Es que no crees que seas popular?

Por supuesto que Ali es popular. Si Ali no es popular, yo soy más hetero que el padre de Marshall.

Se queda mirando al frente sin pestañear, perdido en sus pensamientos. No sé si es que estoy pedo o si me he colocado solo por el tufo a hierba que hay aquí, pero de pronto le veo muy apagado.

–Popular... –murmura, más para sí mismo que para mí–. ¿Y eso qué significa?

–No lo sé –me lo pienso–. ¿Que eres divertido? ¿Que los tíos te respetan? ¿Que les gustas a las chicas? ¿Todo lo anterior sumado?

Me gustaría añadir «por no hablar de lo bueno que estás», pero me muerdo la lengua.

No estoy tan borracho.

Por fin, deja de contemplar a la gente que baila delante de nosotros y me mira a los ojos.

–Te parecerá absurdo, pero todo lo que acabas de decir sobre mí: que me respetan, que gusto a las chicas, que soy popular... Es como si estuvieras describiendo a otra persona.

Sí, claro. Y qué más.

–¿Y eso? –decido seguirle el juego.

–Estás describiendo a la persona que intento ser, no a mi verdadero yo.

Ah, pues estaba hablando en serio.

Mierda.

¡No iba a malas! ¡Le estaba haciendo un cumplido!

Abro la boca para disculparme y...

–No, no, tranquilo –se ríe, supongo que de la cara que he puesto–. Me he esforzado mucho por ser esa persona. Creo que todo el mundo intenta molar en el instituto... Pero en Rock Ledge, si eres un empollón de piel oscura, te tienes que esforzar un poco más.

Da otro trago, esta vez más grande.

Me quedo callado. Sinceramente, no sé ni qué decir.

–Ya –es lo único que me sale.

–Debería estar contento de haber conseguido que alguna gente me considere popular –añade, y me sonrío–. Pero yo no soy así.

Es raro que Ali hable tan en serio, y me deja un poco desconcertado. Normalmente va por los pasillos chocando los puños con todo el mundo, sin preocuparse por nada. No sé cómo responder. Ni siquiera sé si debería hacerlo.

–¿Sabes lo que me haría feliz? –se le ilumina la cara.

–¿El qué?

–La improvisación.

–¿Qué?

–¡Lo que te digo! –se gira hacia mí, doblando la rodilla para poner la pierna entre los dos. Me está rozando el muslo.

Mantén la calma, Sky. Tranquilo.

–Llevo queriendo unirme al Club de Improvisación desde segundo –dice.

–Ah, ¿es que hay un Club de Improvisación?

–¿Lo ves? –hace un aspaviento, y unas gotas de cerveza me salpican en la mejilla–. ¡Nadie lo conoce! Habrá unos cuatro miembros, pero tiene pinta de ser divertidísimo.

–¿Es que quieres ser humorista? –le pregunto–. En plan dedicarte a eso después del insti, y tal.

–No sé... El año pasado les dije a mis amigos que me apetecía meterme en el club y todos se descojonaron de mí. Ahora me da miedo hacerlo.

Se ríe de forma forzada. Estoy convencido de que le dolió que sus amigos se tomaran a cachondeo algo que le apetecía de verdad.

–Que se jodan –le doy un empujón cariñoso en el hombro. (Dios mío, acabo de empujar cariñosamente a Ali Rashid)–. ¡Apúntate del tirón! Te lo acabo de decir: eres un tío divertido. Todo el mundo piensa que eres gracioso, Ali. Deberías hacerlo.

Sonríe, poniendo los ojos en blanco.

–Casi hemos terminado el instituto.

–¿A quién le importa?

–Probablemente se haya pasado la fecha para incorporarse este semestre.

–Sí, seguro que ese Club de Improvisación que nadie conoce y en el que hay cuatro personas

tiene una política de afiliación muy estricta.

Se ríe a carcajadas, y esta vez son sinceras. Le salen arruguitas alrededor de los ojos y se le escapa un resoplido. Me derrito entero.

—Ahí le has dado, Sky High —dice—. Ahí le has dado.

Bebe cerveza y se inclina hacia mí, como si fuera a contarme un secreto. Huelo el alcohol en su aliento, pero me da lo mismo.

—Por cierto, ¿puedo preguntarte una cosa? —me dice.

Si se me había disparado el corazón antes, ahora se me sale del pecho.

—Por supuesto —respondo, con un nudo en la garganta.

No sé dónde mirar. ¿A él? ¿Directamente a sus ojos? ¿O a la pared detrás de su cabeza? ¿Miro mi cerveza?

Joder, no lo sé, no lo sé.

Decido establecer contacto visual. Un contacto visual completo, pupila con pupila. Nuestras caras casi se tocan. Esto es exactamente lo que sucede en mis sueñoduchas. (Salvo que ahora tenemos la ropa puesta. Y que no estamos empapados. Pero se me entiende, vaya).

Abre la boca y se queda callado un momento. Y justo en ese instante, Carolyn —la maldita aguafiestas de Carolyn— aparece de la nada y se lanza en plancha sobre su regazo.

—¿Os vais a liar? —dice, riéndose—. Porque sería supersexi.

Se pone a botar encima de Ali como un cachorro de labrador (un cachorro especialmente pelmazo y borracho) y casi le tira encima la cerveza.

—Carolyn, ¿te importa... esto... esperar...?

Ali intenta quitársela de encima con torpeza, incómodo, pero ella no parece captar la indirecta. Finalmente, el culo de Carolyn acaba en el cojín del sofá, justo entre los dos.

Joder.

Me aparto para dejarle más espacio. Odio la palabra «aguantavelas»; llamar así a alguien es tan patético como el desodorante de tres dólares que usa todo el equipo de lucha libre. Pero lo cierto es que, en este momento, Carolyn está siendo la campeona mundial de los aguantavelas.

—Bueno —dice, moviendo la cabeza de uno a otro para mirarnos—. ¿Qué estabais haciendo?

—La verdad —Ali se levanta— es que iba a echar un ojo a la gente de la planta de arriba. Y tú deberías pasarte al agua, Carolyn.

Ella se levanta también, suspirando.

—¿Sabes qué? Lo mismo tienes razón.

Echan a caminar hacia la escalera.

—¡Eh, Ali! —le llamo—. ¿No querías preguntarme una cosa?

Se queda callado y, de pronto, ahí esta otra vez: la sonrisa marca Ali.

—Ya, sí —dice—. En otro momento.

Desaparece en la humareda del sótano, mientras Carolyn le sigue haciendo eses.



VEINTIÚN DÍAS

Mientras me como los jalapeños rellenos que ha hecho Clare para su canal de cocina de YouTube, se me van los ojos a la puerta de entrada. Bree debería llegar a casa en cualquier momento. Lleva fuera prácticamente todo el día: ha llevado a Ray al santuario de animales (al chaval le flipan las cabras), luego a Petey a natación, y después ha ido de tiendas con su madre porque tienen una boda en junio. Aún no he podido hablar con ella de la fiesta de Ali. Pero nada.

Y necesito hablar de la fiesta de Ali.

Quizá no debería estar tan emocionado por lo que pasó anoche, porque, técnicamente, no pasó nada. Ali no me dijo que fuera gay. No me confesó su amor eterno. Solo hablamos diez minutos como mucho, antes de que Carolyn lo arruinara todo. Pero me da la sensación de que compartimos algo. Algo pasó en ese sótano. No me lo estoy imaginando.

Oigo a Bree, a la señora Brandstone, a Petey y a Ray en el vestíbulo.

—Creo que la última tanda es la que tiene la cantidad perfecta de queso —le comento a Clare antes de escabullirme hacia la puerta.

La señora Brandstone saca de una bolsa un vestido de un violeta brillante y se lo sujeta en los hombros.

—¿Te gusta, Sky?

—Es precioso.

—Ya lo creo: vale cada uno de los dólares que me ha costado —baja la voz—. Pero no le vamos a decir cuántos dólares han sido al señor Brandstone, ¿vale? ¡Eh, chicos! ¡Quitaos los zapatos! —grita a los mellizos antes de que llenen de barro la casa—. ¿Alguna novedad, Sky?

La miro fijamente.

Me devuelve la mirada.

¿Está...? ¿Está hablando de mis novedades con Ali?

—¿Cómo?

—Tu cumpleaños, bobo —aclara ella—. ¿Cuál es el plan?

—Ah —cierro los ojos y niego con la cabeza, sonriente.

Debería haber supuesto que se refería a eso; la señora Brandstone no para de sacar el tema. Es un detallazo que le importe tanto, pero creo que subestima lo poco que me gusta ser el centro de atención.

–Todavía estoy decidiendo lo que quiero hacer –respondo–. Lo hablamos en cuanto lo sepa, prometido.

La señora Brandstone y los mellizos terminan de quitarse las botas y colgar los abrigos. Espero hasta que tengo a Bree para mí solo.

–Bueno... –empiezo, casi mareado de la emoción.

Pero Bree, concentrada en deshacer los nudos de sus cordones, ni siquiera me responde.

Me aclaro la garganta.

–Bree, sobre lo de anoche...

Por fin levanta la vista hacia mí.

–¿Eh?

–¡Anoche! –grito, mirando a mi alrededor para asegurarme de que nadie nos oye–. ¿Anoche? ¿La fiesta? Ali. Yo. En el sótano. Solos. Bueno, no solos solos.

–Ah –fuerza una sonrisa antes de seguir desatándose los cordones–. Es cierto, ¿qué pasó ahí abajo?

Si midiera su nivel de emoción, diría que es más o menos un dos. Yo me esperaba un diez.

No pude hablar con ella de mi conversación con Ali durante la fiesta, porque estábamos con Marshall y no era un tema adecuado para los heterosexuales oídos de Teddy. Además, Bree parecía agotada; se fue directa a la cama en cuanto llegamos a casa. Supuse que se despertaría deseando saber qué había pasado en el sótano, igual que yo me muero de ganas por contárselo ahora.

Bueno, pues parece que no es el caso.

Me siento junto a ella en el banco que hay junto a la puerta, mientras se esfuerza por quitarse la bota.

–Daba la impresión de que quería algo conmigo, Bree. En serio, no me lo imaginé. Sacó a relucir el origen de mi apodo, y hablamos de algo que pasó en Educación Física cuando íbamos a sexto. ¿Por qué iba a recordar algo que pasó en sexto si yo no significara nada para él? –me doy cuenta de que estoy hablando demasiado rápido.

–¿Apodo?

–Sí –la miro fijamente–. ¿No recuerdas cómo me llama siempre? Sky High.

–Ah, sí.

–Me dijo que le gustaba mi camisa. Tuvimos una especie de... momento. Sé que esto suena muy típico, pero... creo que hubo una chispa.

Bree no contesta.

–Además –insisto–, justo antes de que apareciera Carolyn pedo perdida y nos interrumpiera, dijo que quería preguntarme una cosa.

Sigue sin decir nada. Solo gruñe mientras tira de la bota.

–¿Me has oído? Dijo que quería preguntarme una cosa.

–¿Qué crees que será?

–¡No lo sé! ¿Querrá que quedemos después de clase? ¿Que tengamos una cita? –me quedo callado–. ¿Querrá pedirme él a mí que le acompañe al baile?

Finalmente lo consigue y la bota sale despedida por el vestíbulo, salpicando grumos de hielo y barro por todas partes. La señora Brandstone se va a poner como una fiera cuando lo vea.

–Sería épico –dice, con un tono que me hace pensar que no le importa lo más mínimo, y mucho menos que piensa que sería épico.

–¿Estás bien? –pregunto–. ¿Te pasó algo cuando fuiste de tiendas con tu madre?

–Estoy bien –dice sin mirarme a los ojos. Se levanta y se dirige a la cocina–. Solo cansada. Voy a acostarme.

–Dentro de quince minutos tenemos que irnos al LMEP.

Se gira y mira al suelo, pensativa.

–¿Al cine?

–Eeeh... ¿sí? ¿La nueva película de DuVernay?

En su rostro aparece una mueca de terror.

–Es verdad.

Definitivamente, le pasa algo. ¿Qué habrá ocurrido?

Porque es imposible que Bree no esté dando saltos por mi avance con Ali, y menos aún que se le haya olvidado la película. En serio. Es imposible.

–¿Seguro que estás bien? –insisto–. ¿Necesitas hablar?

–Estoy bien. Me doy una ducha rápida y nos vamos.

Para hacer juego con su estado de ánimo, Bree pone a todo trapo a Billie Eilish mientras conduce para recoger a Marshall, Ainsley y Teddy en casa de los Jones. Lleva el pelo húmedo recogido en un moño, y noto que tiene los ojos un poco inyectados en sangre, como si hubiera llorado.

Ainsley se pone delante con Bree porque se marea en los viajes largos.

–Vaya, qué música tan deprimente –bromea después de montarse. Baja la música y Bree ni siquiera reacciona.

Marshall y Teddy, ambos con sudaderas de los Rock Ledge Rams, se sientan a mi izquierda y a mi derecha, aplastándose en el centro del asiento trasero.

–¿Lista, Brandstone? –grita Marshall, y agarra el asiento del conductor desde atrás para sacudirlo con entusiasmo.

Bree murmura algo; resulta tan evidente que no es la misma de siempre que Marshall se gira para mirarme con expresión interrogante. Pienso a toda velocidad: tenemos que cambiar de tema antes de que la próxima hora se convierta en una tortura.

–Bueno... –digo mientras Bree sale de la entrada de la casa de los Jones–. ¿Alguien ha visto alguna buena película últimamente?

Es la pregunta menos original que se puede hacer mientras vas de camino al cine, sí. Además, parece una forma forzada de romper el hielo. Pero estoy rodeado de gente a la que le gusta el cine, y al menos logro desviar la atención de Bree.

–¡Sí! –Ainsley gira la cabeza–. A principios de esta semana, vi por fin la segunda parte de A

todos los chicos de los que me enamoré. ¿La ha visto alguien más?

Casi me desgañito chillando: «¡Síííí!», pero me muerdo la lengua.

Me encantó el libro y, aunque estaba seguro de que Hollywood encontraría la forma de cagarla al adaptarlo al cine, la primera peli me sorprendió gratamente (de hecho, acabé llorando en plan bien). ¿La segunda parte? Igual de buena, la verdad.

Sin embargo, soy muy consciente de dónde me encuentro ahora mismo: apretujado en el asiento trasero entre dos tipos heterosexuales. Básicamente, soy el relleno de un sándwich hetero.

Estoy seguro de que a Marshall no le importaría que entrara en modo fangirl y me pusiera a hablar de Jordan Fischer con Ainsley. No es ningún homófobo, obviamente, y he comentado con él mi amor por las comedias románticas en más de una ocasión. Pero sigue siendo un tío hetero, y hoy ha venido con otro tío hetero que parece estar haciendo muy amigo suyo. Quizá incluso me reemplace en el puesto de mejor amigo... No sé, a lo mejor debería cortarme un poco con mi rollo gay. Solo un poco.

–He visto la primera parte, pero no la segunda –miento a medias, controlando la emoción.

–¿A que es preciosa? –dice Ainsley, emocionada–. Noah Centineo... Guau.

–Sí, me gustó mucho.

–¿Guau? –Marshall le sonríe a Ainsley–. ¿Qué se supone que significa «guau»?

–Significa que está bueno, Marshall –precisa ella.

El coche se queda en silencio. Solo suena la voz melancólica de Billie, que canta en el fondo.

–Ahora es cuando se supone que tienes que decir: «No te preocupes, cariño, tú no tienes nada que envidiar a Noah» –le espeta Marshall en tono juguetón.

Ainsley y él se ponen a discutir en broma si deberían tener permitido o no comentar qué famosos están buenos. Bree sigue callada, aferrando el volante y mirando al frente mientras cruzamos la parte fea de Rock Ledge.

Así que solo quedamos Teddy y yo.

Intento mover sutilmente la pierna para que no esté pegada a la suya, pero el asiento trasero es demasiado pequeño; no hay forma de apartarse.

Él carraspea.

–¿Qué tal el sábado?

–Bien, bien –asiento, y de repente me doy cuenta de que mi hombro también está tocando su brazo. Me alejo un poco–. ¿Y tú?

–Bien también.

Silencio incómodo.

–¿Hiciste algo en particular? –insiste.

–La verdad es que no. Bree tenía que hacer un montón de recados con sus hermanos y su madre, así que me dediqué a ver la televisión, cocinar con su hermana y hacer la colada –si fuera sincero del todo, tendría que añadir que me acosté pensando en Ali y al despertarme me tiré media hora en la ducha, rememorando nuestra conversación bajo el agua caliente.

Pero, como ya he dicho, Teddy es hetero. No le hace ninguna falta saber todo eso.

–¿Y tú? –le pregunto.

–Tirando bolas.

No me da más contexto.

–Hum... ¿qué?

Se ríe.

–Lanzamiento de peso. En el equipo de atletismo.

–Ajá –asiento–. Claro.

Entonces es cuando me doy cuenta de que no soy yo quien debería sentirse incómodo por lo pegados que vamos. Es culpa de Teddy, que está tan cuadrado como Hulk y llena la mitad del asiento trasero, de forma que a Marshall y a mí solo nos queda el otro cincuenta por ciento.

–Esta semana tenemos un campeonato importante –comenta–, así que tengo que entrenar mucho.

–Ya, lógico.

Cuando Marshall y Ainsley terminan por fin su falsa pelea (acordando que no pasa nada por admitir que un famoso es «sexi» o «está bueno», siempre que sea lo bastante inalcanzable), Bree nos salva del sufrimiento de intentar mantener una conversación poniendo a Dua Lipa el resto del camino.

Aguanto, con la esperanza de que se anime un poco al llegar al LMEP.

Pero mis esperanzas se desvanecen. Y rápido.

Decidimos escoger cada uno una chuchería distinta en Moe's y después compartirlo todo dentro del cine. Yo elijo Whoppers; Ainsley, mini Snickers; Marshall, Sour Patch Kids; Teddy, Twizzlers. Y Bree...

–Ya te lo he dicho –suspira molesta, mientras le manda un mensaje a alguien–. No quiero nada.

–¿Estás segura?

–Sí.

Bree nunca se niega a comer golosinas en el LMEP. Es una situación sin precedentes.

–Tío, ¿qué le ha dado? –me susurra Marshall al oído mientras nos dirigimos al cine. Bree va muy por delante de nosotros, así que no nos oye.

–¿Habéis discutido antes de venir? –dice Ainsley.

–¡No! –los miro fijamente–. Os juro que no tengo ni idea de por qué está así.

–Vale, me alegro de no ser el único que se ha dado cuenta –dice Teddy, abriendo sus Twizzlers y metiéndose uno en la boca.

–No lo entiendo –suspira Marshall, desanimado–. Con las ganas que tenía de ver esta peli con nosotros...

Me encojo de hombros.

Cuando llegamos a la taquilla, con los dulces bien escondidos en los bolsillos, Bree ya está dentro. Se nos ha hecho tarde –al menos, para los estándares de Marshall–, así que Teddy insiste en pagar todas las entradas para ahorrar tiempo y quedamos en devolverle el dinero por Venmo.

–Vaya, qué retro es el LMEP –comenta Ainsley al ver las cuatro entradas que le dan a Teddy–. Estas entradas parecen antiguas; las letras imitan la fuente de las marquesinas, ¿no? Es hasta

romántico.

Cruzo una mirada con Marshall. Sé que los dos estamos pensando en su idea de proponerle ir al baile regalándole las entradas de su primera cita. Me devuelve la sonrisa, pero la enmascara rápidamente cuando Ainsley se gira para preguntarle algo.

Vale, lo admito: hacen una pareja de lo más cuqui.

Entramos en la sala y examinamos el mar de butacas, que aún está casi vacío. Por fin, localizamos a Bree en el fondo, en un asiento pegado a la pared derecha.

—No puedo creerlo —jadea Marshall—. ¿Por qué... por qué se ha puesto ahí?

—¿Dónde? —pregunta Ainsley, sacando disimuladamente sus Sour Patch Kids del bolso.

—¡Ha escogido uno de los peores sitios de la sala! —a Marshall le va a dar un ataque. Bree sabe perfectamente que no debería jugar con eso; a Marshall le importa muchísimo la experiencia cinematográfica.

—Vale, escuchadme —Ainsley se pone delante de nosotros, formando una piña, y baja la voz—. No sabemos qué le pasa, pero está claro que le pasa algo.

—Pero nosotros no le hemos hecho nada —masculla Marshall, con los dientes apretados—. No debería pagarlo con nosotros.

—Mira, no le des importancia —Ainsley nos mira—. Vamos a intentar pasarlo bien y ya nos contará lo que le pasa. ¿Os parece?

—Trato hecho —digo, y Teddy asiente.

Marshall, que es el que estaba más molesto de todos, suspira.

—Vale.

Hacemos una fila, con Teddy en cabeza, y nos dirigimos a la fila en la que está Bree. Ainsley acaba sentada en el extremo, así que me toca estar de nuevo entre Marshall y Teddy. Otro sándwich hetero...

Pero, la verdad, esta vez no me importa. Lo prefiero a estar al lado de Bree.

Como era de esperar, Marshall y Ainsley se ponen a tontear y nos ignoran. Bree teclea furiosamente en su móvil y también pasa de nosotros, a saber por qué.

Así que Teddy y yo nos quedamos sentados en un silencio incómodo. Otra vez.

¿De qué puedo hablar con él? No tenemos nada en común. Teddy hace lanzamiento de peso y controla su ingesta diaria de proteínas. Yo hago una sección de cine en el anuario y subo memes de *Drag Race* en mis stories de Insta.

—¿Sabes...?

—Yo...

Uf, nos hemos vuelto a cruzar. Esto no podría ser más incómodo. La noche entera es un bajón total.

Teddy se echa a reír.

—Perdona.

Yo me río también.

—No, he sido yo quien te ha interrumpido. Sigue.

—Iba a preguntarte si sabes qué estudiar el año que viene. Los dos vamos a ir al Community

College, así que puede que tengamos las mismas clases.

Joder, otra vez el temita. Me pone malo. Cada vez que pienso en esa beca que tal vez no consiga, se me forma un nudo en el estómago.

—Todavía no lo sé —admito—. A lo mejor empiezo con las asignaturas comunes, hasta que lo tenga más claro. ¿Y tú?

—Lo mismo —dice, y da un bocado a un Twizzler—. Estoy abrumado, la verdad.

—¿Por?

Suspira, abriendo mucho los ojos.

—No sé, tío. Elegir una carrera, la profesión a la que vas a dedicarte el resto de tu vida... No tengo ni idea de lo que querré hacer cuando tenga veinte años, y mucho menos a los cuarenta. Da miedo.

Saco mis Whoppers.

—Ya... Yo estoy igual.

—¿Nunca piensas en el agobio que sería el instituto si no tuvieras lo del anuario? —pregunta.

No estoy seguro de a qué viene eso.

—Pues...

—No es que quiera ponerme dramático, pero... —se queda pensativo—. Para mí, el atletismo lo es todo. Se come todo mi tiempo. Y me encanta, ¿eh? Pero, en unas semanas, se acabará.

—¿No puedes jugar en un equipo universitario?

Suelta un gemido.

—Ni de coña, tío. No soy tan bueno —me ofrece un Twizzler—. Y si no puedo recurrir al atletismo para mantenerme ocupado y cuerdo, ¿qué me queda? —se ríe de nuevo—. Creo que me voy a sentir perdido... o atrapado, más bien.

—Atrapado en Rock Ledge.

—Atrapado en Rock Ledge para siempre.

Intercambiamos una sonrisa triste.

Nunca se me había ocurrido plantear de esa forma lo del anuario, pero Teddy tiene razón.

Odio Rock Ledge. Odio el instituto. Lo único que me gustaría conservar después de la graduación es el anuario. De pronto, me doy cuenta de que Winter y mis compas de clase son mucho más importantes para mí de lo que pensaba. Cuando ya no tenga esa ocupación, ¿con qué voy a sustituirla? ¿Podré encontrar algo que me llene igual?

Me quedo pensativo, mareado por la idea.

—Eh, perdona —Teddy me sacude ligeramente el hombro, sonriente—. No pretendía contagiarte mi bajón; solo me estaba desahogando. Lo siento.

Curiosamente, sus palabras hacen que me sienta mejor.

—No hay nada que perdonar —digo—. Consuela un poco saber que hay más gente en el mismo barco...

Estoy a punto de explicarle por qué voy a echar tanto de menos a Winter el año que viene, cuando las luces se apagan y aparece en pantalla el aviso pasivo-agresivo de «Apaguen sus móviles». Aunque ya he visto todos los tráileres el fin de semana pasado (y muchos de ellos,

también en YouTube), me concentro para disfrutarlos de nuevo.

–Luego hablamos –susurro.

Es increíble: hasta hace un momento, me daba miedo que Teddy se metiera en nuestro grupo de amigos. Y ahora, puede que hablar con él haya sido lo mejor de la noche...



DIECINUEVE DÍAS

–Se te ve contento, ¿eh? –comenta el señor Brandstone desde otro lado de la cocina, apartando la vista de su iPad.

–¿Sí? –respondo, de pronto consciente de la sonrisa involuntaria que se dibuja en mi cara.

Deja la tablet junto a su plato de tortitas de arándanos y nueces.

–¿Debería preocuparme?

Me sirvo un poco de sirope.

–¿Por qué?

–Me dan miedo los adolescentes emocionados.

Somos los primeros en llegar a la cocina. El sol de la mañana la ilumina en tonos amarillos, rosas y naranjas. La televisión no está encendida, y no resuena ninguna lista de reproducción a todo volumen en ninguna habitación. Thelma y Louise aún no han aparecido. Es el desayuno más tranquilo que he conocido en esta casa; ahora entiendo por qué los padres de Bree son tan madrugadores.

–No habréis hecho nada ilegal este fin de semana, ¿verdad? –insiste el señor Brandstone.

–No.

–¿Habéis prendido fuego al instituto?

–No.

–¿No ha muerto nadie?

–No, que yo sepa.

–Ajá.

Vuelve a coger su tablet y sigue murmurando mientras lee las noticias.

Aún me dura el subidón de este fin de semana. La fiesta de Ali fue mucho mejor de lo que esperaba, y romper el hielo con Teddy me quitó un peso enorme de encima; no era consciente de lo mucho que me agobiaba el tema. Aunque Bree se tiró todo el día de ayer de morros, encerrada en su habitación, yo me entretuve haciendo unas galletas de mantequilla de cacahuete riquísimas con Clare y los mellizos.

Y ahora, lunes, estoy deseando ir al instituto.

De locos.

–Buenos días –saluda la señora Brandstone, vestida con unos pantalones cortos de pijama y

una camiseta vieja. Se le desorbitan los ojos cuando me ve—. ¿Sky?

—Yo tuve la misma reacción —comenta su marido.

—Te has levantado muy temprano —se frota los ojos como si yo fuera un espejismo—. ¿Va todo bien?

—Lo mismo le pregunté yo —asiente el señor Brandstone, con expresión de guasa.

Asiento con la cabeza.

—¿Tortitas? —pregunta ella mirando nuestros platos—. Vaya. Qué lunes tan extraño, en el buen sentido.

—Tortitas de arándanos y nueces —la corrige el señor Brandstone.

—Te has superado a ti mismo —le masajea los hombros un segundo, antes de acercarse a la cafetera—. ¿En qué lío os habéis metido Bree y tú este fin de semana?

—Según Sky, en ninguno —responde el señor Brandstone por mí, sin apartar la vista del iPad—. Pero no me lo creo: este chico está demasiado contento... ¡Ah! —se le ilumina la cara—. Seguro que tiene algo que ver con como-se-llame —mira a la señora Brandstone, que parece confusa.

—¿Quién?

—Era Alan, ¿no?

—¿Ali?

El señor Brandstone se vuelve hacia mí.

—¡Eso! ¡Ali!

Me río, sintiendo que se me suben los colores.

—¿Qué?

—Eso lo explica todo —declara triunfal el señor Brandstone—. Este fin de semana ha pasado algo con Ali, ¿a que sí?

—Ay, para ya —le regaña su mujer, y da un sorbo a su café—. Deja al chico en paz.

Noto que me mira con el rabillo del ojo e intento disimular mi sonrisa, pero soy incapaz. Estoy seguro de que quiere hacerme un millón de preguntas sobre Ali —es la reina de los interrogatorios maternos—, pero, en lugar de hacerlo, distrae a su marido con un comentario sobre las noticias que sabe que provocará una respuesta encendida. Agradezco el detalle.

Sigo con mis tortitas, mientras repaso por centésima vez la conversación que mantuve con Ali. Recuerdo cómo me invitó a sentarme a su lado. El momento en que me dijo que le gustaba mi camisa megagay. El toque cariñoso que me dio en la rodilla. La sonrisa marca Ali que me dedicó antes de alejarse...

En otro momento, dijo respecto a la pregunta que quería hacerme.

Ya, sí. Pero a ver, ¿cuándo es otro momento?

El estómago me pega un brinco cuando me doy cuenta de que ese «otro momento» podría ser hoy.

Bree aparece en la cocina, claramente mosqueada. Tira en la encimera la mochila, la chaqueta y unos cuantos libros de texto.

—Buenos días —murmura mientras va derecha a la alacena para sacar el paquete de cacao soluble.

La señora Brandstone me hace un gesto mientras Bree está de espaldas.

–¿Qué le pasa? –vocaliza sin hablar, señalando a su hija.

Frunzo el ceño, me encojo de hombros y articulo en silencio:

–No lo sé.

–Tú también te has levantado temprano –comenta la señora Brandstone mientras Bree echa cacao en una taza–. ¿Quieres unas tortitas? Deberías tomar algo más que azúcar por la mañana, Br...

–¿De qué crees que están hechas las tortitas de arándanos con sirope? –la corta ella.

–Eh –advierte el señor Brandstone–. Las cosas se dicen con educación.

–¿Te importa que vayamos temprano al insti? –me pregunta Bree sin mirarme, al tiempo que revuelve el cacao–. Quiero hacer los últimos retoques antes de enviar el boletín.

Su comentario me extraña, porque Bree siempre edita el boletín desde casa. No sé por qué hoy quiere hacerlo desde el ordenador de clase... Solo se me ocurre que sea para fastidiarme.

Estoy a punto de replicar, pero no quiero empezar una pelea delante de sus padres.

–Vale, como quieras.

El señor y la señora Brandstone la miran con desconfianza mientras recogemos nuestras cosas para irnos.

Durante el trayecto al insti, Bree sigue tan callada como cuando fuimos al LMEP el sábado por la noche, así que pongo a Lady Gaga e intento que no me amargue la mañana. En cuanto llegamos, murmura un «Nos vemos» y sale corriendo por el aparcamiento sin esperarme.

En Trigonometría, le pregunto a Marshall qué cree que le pasa a Bree.

Él reflexiona, masticando el lápiz en tanto trabajamos en pequeños grupos para resolver un problema que no sé ni por dónde agarrar.

–Ni idea. Pero nunca la había visto tan cabreada como la noche del sábado.

–¿Verdad?

–Parecía furiosa.

Christina Alpine, que se encarga de las páginas de deportes del anuario, mueve la silla desde otro grupito cercano y se choca con nuestros pupitres.

–Hey, Marsh –dice, mascando chicle.

–Hola.

–Tú eres un friki, ¿no?

–Eh, córtate un pelo.

–No, si lo digo en plan «se te da bien la informática» y eso. Es que no sé por qué me está pasando esto –dice, mientras le pone delante de la cara un móvil con la funda cubierta de brillantitos.

Le echo un vistazo; parece que tiene problemas para iniciar sesión en la versión móvil de Memories.

–¿No puedes esperar hasta clase de Anuario? Sky y yo estamos hablando de algo importante.

–Ah, ¿sí? –abre los ojos de par en par, oliéndose el drama, y se acerca más–. ¿De qué?

–Nada importante –niego con la cabeza.

Ella suspira.

–Vale, vale, os dejo solos. Pero, en serio, Memories está haciendo cosas muy raras.

–¿Cómo cuáles?

–Me pide que cambie la contraseña, chorradas de esas. Nunca me había pasado.

–Luego lo miro en clase.

–Graaaacias –se aparta otra vez.

A veces compadezco a Marshall: todos los que hacemos el anuario acudimos a él para cualquier problema técnico. Y hay muchos problemas técnicos... Solucionar fallos de Memories ha acabado siendo su trabajo a tiempo parcial.

Miro el pupitre vacío de Ali. No ha venido a primera hora, lo cual hace que la mañana sea mucho más triste. Pero esta semana tiene que entregar una cosa importante para su sección del anuario, así que no creo que falte.

Me encantaría saber de una vez qué me iba a preguntar...

La expresión «en otro momento» debería tener unos límites claros y definidos. Si Ali no me dice hoy mismo cuál es su pregunta misteriosa, creo que me va a reventar la cabeza.

–Última pregunta sobre el baile de la promoción, lo juro –dice Marshall sin dejar de morder su lápiz (que ya está chupado y asqueroso).

Aparto la mirada del pupitre vacío de Ali.

–Venga.

–¿Debería arreglarme para hacerle la promposición a Ainsley?

–Define «arreglarte».

–¿Traje y corbata?

Casi me ahogo con el chicle de canela que me dio antes de clase.

–¿Estás de coña?

Frunce el ceño.

–Es excesivo –preciso, por si no era obvio.

–¿De verdad?

–Total –énfatiso–. Muy excesivo.

–¿Qué me pongo, entonces?

–Tu camiseta naranja –respondo sin pensar.

Marshall se queda boquiabierto. Luego sonrío.

–Ajá...

–¿Qué?

–Te ponen nuestras camisetas naranjas de atletismo, ¿no?

–No –se me enciende la cara de inmediato.

–Has respondido muy rápido a mi pregunta, Sky.

–Cierra el pico.

–Nuestras camisetas naranjas de atletismo son como un imán, ¿a que sí?

–Se acabó la conversación.

Al salir de Trigonometría, noto una mano en mi hombro y siento un hormigueo de emoción en

la boca del estómago, pensando que podría ser Ali. Pero al girarme me encuentro a Winter, lo cual, por mucho que la aprecie, es decepcionante.

Y también raro.

–Eeeh... Hola –saludo, sorprendido–. ¿Qué pasa?

Parece alterada, y eso me pone nervioso porque jamás la he visto así. Además, su aula está en el otro lado del edificio; ¿ha venido hasta aquí solo para hablar conmigo?

–¿Puedes venir un segundo? –pregunta.

–Claro.

Me guía a una zona menos concurrida del pasillo y baja la voz.

–Sky, esta mañana ha habido un incidente con el boletín semanal.

–¿Ajá...?

–En lugar del boletín, lo que se ha difundido son unas imágenes que no tienen nada que ver – su tono es lo contrario a tranquilizador. Ni siquiera resulta inquietante, sino algo muchísimo peor–. ¿Ya las has visto?

El cuerpo entero se me empieza a entumecer.

–No. ¿Qué imágenes?

–¿Puedes venir a mi clase?

–¿Ahora mismo?

–Sí.

Miro a mi alrededor, no sé por qué.

–Vale, pero llegaré tarde a la clase de Zemp.

–Te haré un justificante.

Tiene que haber pasado algo malo de verdad. No solo es la primera vez que veo alterada a Winter; es que, además, jamás hace justificantes para salvarnos el culo si llegamos tarde a otra asignatura.

En serio. Nunca.

Caminamos en completo silencio. Bueno, casi. Le hago algunas preguntas –si va todo bien, si estoy metido en un lío–, pero ella evita darme respuestas concretas. Lo único que hace es repetir: «No te preocupes, todo irá bien», lo cual termina de convencerme de que pasa algo gordo.

Entonces me doy cuenta de que la gente me mira fijamente al pasar a mi lado. O eso me parece, al menos. ¿Me estaré poniendo paranoico? Es como si me siguieran todos los ojos y los susurros...

Entramos en el aula de Winter. Bree está de pie, paseando de un lado a otro.

Y Ali está sentado en mi mesa.

Las tortitas de arándanos y nueces se revuelven en mi estómago.

Winter me hace un gesto para que me siente junto a Ali. Lo hago.

–Hola –digo vacilante a nadie en particular–. ¿Qué está...? ¿Qué está pasando?

Ali menea la cabeza y sonrío débilmente –nada parecido a su sonrisa marca Ali–, pero esquivo mi mirada. Parece cabreado, triste o distraído; algo así. ¿Las tres cosas a la vez? No lo sé. Miro a Bree.

–Lo siento mucho –me dice ella.

Tiene cara de haber llorado.

–Me da mucha rabia que tengas que ver esto, Sky, pero... –Winter gira la pantalla de su ordenador y nos la muestra a Ali y a mí–. Este es el boletín que se difundió hace un rato.

Me inclino hacia delante para echar un vistazo y contengo las ganas de vomitar el desayuno del señor Brandstone. Esto no es ningún boletín.

Lo único que hay son dos fotos, una al lado de la otra.

Una de ellas muestra el muro de las promposiciones que he hecho en el sótano de los Brandstone. Se lee perfectamente «SKY ESTÁ GAY X ALI: IDEAS DE PROMPOSICIÓN» y, debajo, mis tres columnas en todo su esplendor.

En la otra foto salimos Ali y yo. Es del viernes por la noche: estamos sentados en el sofá de su sótano, sonrientes. Encima de nuestras cabezas, alguien ha photoshopeado las palabras: «Resulta que el terrorista también es maricón».

Resulta que el terrorista también es maricón.

Resulta que el terrorista también es maricón...

Las lágrimas acuden a mis ojos de golpe. Esto no puede estar pasando.

–Lo siento mucho –murmura Bree con voz quebrada.

No sé qué decir. No sé ni por dónde empezar.

En mi cabeza, la roca de tristeza comienza a rodar.

–He hablado con el director Burger –continúa Winter. Su voz suena distante, como si la escuchara desde debajo del agua. Por un momento, siento que estoy en el fondo de un acuario gigante–. Está investigando cómo ha podido pasar.

¿Estaré soñando?

¿Será esto una pesadilla?

Bree se pasea de un lado a otro, cada vez más histérica.

–Sé que te dije que iba a venir temprano al instituto para revisar el boletín, Sky –dice–. Pero me surgió algo y no le eché la última mirada. Lo siento muchísimo, de verdad.

–Tranquila, Brandstone. Respira –le pide Winter–. No te preocupes; vamos a solucionar esto.

Ali carraspea.

–¿Puedo preguntar quién... quiénes reciben el boletín?

–Los alumnos de los últimos cursos y sus padres –aclara Bree–. Hablamos de cientos de personas. Pero algo así es... La gente lo va a reenviar. Se va a difundir. Seguramente ya lo hayan abierto miles de personas antes de...

–Brandstone, ¿por qué no te sientas? –interviene Winter, notando que su redactora jefa está a punto de sufrir un colapso.

Bree ni siquiera parece oírla. Winter se gira para mirarnos a Ali y a mí.

–Siento mucho que haya pasado esto –dice–. Os aseguro que descubriremos quién ha sido.

–Pero solo era una broma –suelto de repente en voz alta, y casi me sorprendo al oír mi propia voz. Me río un poco, mientras noto mi corazón atravesado en la tráquea–. No era más que...

Bueno, una broma.

–¿Qué era una broma? –Ali me mira fijamente–. ¿Lo de la promposición?

Trago saliva con tanta fuerza que me duele la garganta. Por un instante, no encuentro la voz.

–Yo... yo... No, eso no. Iba a pedirte que vinieras conmigo al baile.

Los tres me miran fijamente.

Bree empieza a llorar. Sorprendentemente, Winter también parece al borde de las lágrimas.

A Ali se le pone cara de sorpresa.

–A ver, mejor empiezo por el principio –digo, con una risa tan forzada que solo aumenta la tensión–. Bree y yo estábamos haciendo el tonto. Era un juego para echarnos unas risas. Nos dedicábamos a pensar cómo podía invitarte al baile de graduación.

–Ah.

–¡Pero no iba en serio! Nunca fue en serio. Ni siquiera sabía si a ti... Bueno, si te gustan los chicos o las chicas, o las dos cosas, y yo... En fin, eso.

Cada vez siento más náuseas. Estoy a punto de vomitar. Por favor, que alguien me asesine. Disparadme. Que alguien detenga mi sufrimiento.

Mi roca de tristeza gay ya no cae por la ladera de la montaña; ahora, rueda a toda pastilla. Está destrozando el pinar y empujando otras rocas. No hay forma de detenerla. Va a reventar algo en cualquier momento.

Bree sigue paseando, pero ahora se tapa la cara con las manos. Mi estómago da vueltas como una lavadora.

Sigo hablando para llenar el silencio, porque cualquier cosa es mejor que este horror.

–Ya te lo he dicho: solo era un juego estúpido. Bree y yo escribimos un montón de ideas absurdas en mi habitación, en casa de sus padres, pero no era más que una broma. Solo eso.

–¿Tienes una habitación en casa de Bree? –pregunta Winter.

–Vive conmigo desde hace una temporada –murmura Bree–. Su madre lo echó de casa cuando se enteró de que era gay.

Las ignoro y me centro en Ali.

–Esa foto hace que parezca que estoy obsesionado contigo, o algo así –vuelvo a reírme, y suena como si rechinara las uñas contra una pizarra–. Pero, obviamente, no lo estoy. Solo pensaba intentarlo, ¿vale? Preguntarte si querías venir conmigo al baile...

–Pero... yo iba a pedírselo a Bree –dice Ali, mirándola–. En plan amigos, claro. Pensé que sería divertido.

Vuelve a hacerse el silencio.

–A ver, no quiero hacer esto más incómodo de lo que ya es, pero... –Ali se retuerce en su asiento–. Es... Es lo que iba a preguntarte en mi fiesta, Sky High. Quería saber si Bree ya había quedado para ir al baile con alguien.

Es como si me hubieran dado un puñetazo en la garganta.

Y luego me hubieran empujado por un acantilado.

Y después me hubieran atropellado con un camión.

–Ah, vale. Yo... Tengo que... –me levanto–. Tengo que ir a clase a segunda hora.

Pero antes de que mis piernas se pongan en marcha, la roca revienta. Mi desayuno entra en erupción y una avalancha morada de tortitas a medio digerir se derrama por el escritorio de la profesora Winter.



DIECINUEVE DÍAS

En algún lugar entre el instituto y la casa de los Brandstone, básicamente pierdo el conocimiento. No sé cómo llego a casa. Bueno, no a casa-casa. Yo no tengo casa.

Llego a casa de Bree.

Lo siguiente que sé es que la señora Brandstone está de pie en el vestíbulo, todavía con el pijama puesto, sorprendida de verme.

—¿Qué pasa, Sky?

Intento encontrar las palabras adecuadas, pero ella me corta antes de que pueda decir una frase completa.

—¿Ha pasado algo en el instituto? —me agarra del brazo, y el contacto es como una manta eléctrica contra mi carne entumecida—. ¿Has venido andando hasta aquí?

—Sí.

Va a la entrada y estira el cuello para mirar por la ventana. Seguramente está comprobando si está ahí el coche de Bree.

—¿Bree está bien?

—Sí. Me voy abajo.

Noto que no sabe qué hacer conmigo. Si yo fuera Bree, Clare o uno de los mellizos, me haría preguntas, llamaría al instituto o pondría una denuncia. Pero no soy su hijo. No soy el hijo de nadie.

Mi madre me abandonó. Y mi padre, bueno..., puede que también lo hubiera hecho. En Rock Ledge, los padres de hijos gays no se enorgullecen de ellos. Como mucho, los sufren. Puede que yo le caiga bien al señor Brandstone, pero es la excepción que confirma la regla.

Aunque mi padre no hubiera muerto en el accidente, condenándome a vivir con Marte el resto de mi vida, me encontraría en la misma situación: sin ningún lugar al que pueda llamar «mi casa».

La señora Brandstone sigue hablándome, pero me escabullo por las escaleras del sótano. Al llegar a mi cuarto, me derrumbo en el futón y me quedo mirando al techo. Creo que todavía estoy conmocionado.

Es como un sueño. Y cuando digo «sueño», me refiero a la pesadilla más realista de la historia. Ni siquiera toda mi ansiedad y mis miedos más profundos y oscuros serían capaces de crear la

catástrofe que acaba de pasar.

Ali Rashid ha visto el muro de las promposiciones.

Lo ha visto todo el mundo.

Por si fuera poco, le han llamado terrorista, y todo Rock Ledge lo sabrá dentro de nada: por aquí, los chismes se difunden a la misma velocidad que los panfletos de la Asociación Nacional del Rifle. Ahora que lo pienso, el correo electrónico salió hace más de una hora, así que, a estas alturas, debe de saberlo el pueblo entero.

Mi móvil zumba desde las profundidades del bolsillo. Tengo varias notificaciones de llamadas perdidas; mientras venía de camino ni siquiera las oí.

Una de las llamadas es de Bree. También me ha mandado tres mensajes. El primero dice: *Esto es una locura, llámame porfa*. El segundo: *En serio, adónde has ido?* El tercero: *Lo siento mucho, estoy en el baño llorando. Me siento fatal, contéstame, por favor*, y un emoji de corazón roto.

Le escribo: *Estoy en tu casa, estoy bien*.

Voy ahora mismo, responde de inmediato.

Otra de las llamadas perdidas es de Marshall –mierda, él también ha visto el muro de las promposiciones–, y hay una más del instituto. Alguien está intentando localizarme, no sé si Winter o el director. Y pensar que creía que mi mayor vergüenza de este mes sería que la señora Brandstone hubiera visto a Marte...

Me doy la vuelta en el futón y me aprieto en la grieta que hay entre el colchón y la pared. El olor de la imprimación blanca todavía impregna su superficie.

Quiero desaparecer. Quiero que se me trague la tierra, que el mundo olvide que en algún momento fui una miserable colección de células que vive y respira. Es mi mayor deseo. Por más que odie admitirlo, desearía no haber nacido nunca. Sería más fácil para todos.

Así, mi madre nunca habría tenido un hijo gay, y Ali no estaría muerto de vergüenza porque un gay psicópata obsesivo se haya empeñado en invitarle al baile de graduación. No sería otra boca que alimentar en casa de los Brandstone. Si yo nunca hubiera existido, tampoco tendría que lidiar con Marte.

¿Quién sabe? Lo mismo yo tuve la culpa del accidente en el que murió mi padre. Puede que le distrajera o diera un golpe en el volante. Si yo no hubiera estado en ese coche, ¿seguiría vivo él?

La roca de tristeza echa a rodar por segunda vez esta mañana. Y sigo siendo incapaz de pararla.

Respira, Sky. Respira.

Oigo un portazo en el piso de arriba. La voz apagada de Bree, que habla con su madre. Sus pisadas rápidas mientras corre hacia la puerta de mi habitación.

No quiero hablar con ella ahora mismo. No quiero hablar con nadie, pero especialmente con ella.

Porque... ¿Y si el hackeo del boletín ha sido cosa suya?

No. Por supuesto que no. Es imposible. Ella nunca diría algo así sobre Ali o sobre mí. Nunca.

Pero...

Bree está insoportable desde el sábado. No creo que sea por algo que yo haya hecho, pero ¿y si me equivoco? ¿Y si le he hecho una putada tan gorda sin querer que ella ha decidido cobrarse venganza a lo bestia?

—¿Puedo entrar? —pregunta desde el otro lado de la puerta.

—No tengo ganas de hablar.

—Sky...

—No quiero hablar ahora.

—¿Por qué no?

Se hace un silencio muy largo.

—¿Has tenido algo que ver con esto, Bree? —barboto.

Más silencio.

—¿Qué? —dice ella al fin—. ¿Hablas en serio?

—¿Quién le ha podido sacar una foto al muro de las promposiciones? ¿Tu padre? ¿Petey? ¿Thelma?

—No lo sé.

—¿Fuiste tú? ¿Sacaste tú esa foto?

—No puedo creer que me estés acusando a mí del hackeo del boletín.

—¿Quién se encarga de difundirlo?

—¿Quieres abrir la puerta?

—Fuimos al instituto supertemprano porque querías revisarlo antes de que se enviara. ¿Cómo es posible que no te enterases? ¿Cómo no viste esas fotos?

No oigo nada al otro lado de la puerta. No sé si todavía sigue ahí. Pero continúo hablando.

—Llevas todo el fin de semana enfadada conmigo, Bree. Obviamente, me he dado cuenta. Todos nos hemos dado cuenta; no somos estúpidos. No tengo ni idea de lo que te he hecho, pero, al parecer, ha sido lo bastante gordo para que me respondas con esta putada.

Me arrepiento de haberlo dicho incluso mientras lo pronuncio.

De hecho, incluso me arrepiento de haberlo pensado.

Corro hacia la puerta y la abro de golpe con la intención de perseguir a Bree y pedirle perdón, pero ella no se ha movido del sitio. Está ahí de pie, con los ojos rojos, pálida y sollozando en silencio.

—Bree...

—¿De verdad crees que yo te haría eso? —pregunta en voz baja—. ¿De verdad crees que le haría eso a Ali?

—Yo...

—¿Crees que soy capaz de decir esas cosas de vosotros?

—No, yo...

—Que te den, Sky.

—¡Espera!

Pero ella se marcha.

Cierro la puerta, me tumbo en el futón y empiezo a llorar yo también. Porque ahora no solo me

siento fatal: también me siento culpable.

Nunca he tratado así a Bree.

Siempre hay una primera vez para todo, al parecer, y es hoy.

La madre de Bree se acerca a verme en algún momento de la mañana, pero no me obliga a ir al instituto. Me da un plátano, sonrío y se va. Me quedo en mi habitación todo el día.

Bueno, salgo para usar el baño lleno de serrín del sótano y subo cuando todos se han ido al instituto, al trabajo o a hacer recados. Esta es la casa de los Brandstone, así que, por supuesto, hay una fuente entera de los macarrones al horno de Clare esperándome en la nevera. Debí de hacer una de más para mí.

Pero no hablo con ningún otro ser humano.

Sin embargo, rompo mi regla número uno. Y lo hago a propósito.

Marte me mira desde el reflejo lleno de vaho, tras una larga ducha caliente, y yo le devuelvo la mirada. Es horrible. Y permanente. Un asqueroso recordatorio del día en que mi familia se rompió para siempre.

¿Qué pensaría tu padre? La pregunta de mi madre resuena en mi cerebro.

¿Qué pensaría mi padre de mí ahora?

He decidido dejar de ir al instituto. Paso de graduarme; me da igual. Haga lo que haga, no creo que me den la beca. *¿Para qué voy a molestar me?*

Por la tarde, termino de verme *Kimmy Schmidt* sin Bree. Vuelvo a empezar *Glee* por... ¿sexta vez? (pero me prometo a mí mismo dejarla antes de la segunda temporada, porque los primeros veintidós episodios son los únicos que merecen la pena). Echo un vistazo a Instagram y me siento todavía peor, porque me saltan un montón de #Instagay desconocidos del mundo entero que están buenísimos, tienen miles de seguidores y sonríen desde playas preciosas y terrazas con vistas, seguros de sí mismos, de sus metas y de su futuro.

Tengo como mil mensajes sin contestar. Pero no me importa.

Me han llamado dos veces del instituto. La secretaria ha dejado mensajes de voz diciendo básicamente lo mismo: «Hola, llamo respecto a Sky Baker. Soy Rose, la secretaria del director Burger. Hemos visto que Sky no ha venido hoy a clase y queríamos saber cómo se encuentra. Por favor, llamen al instituto, bla, bla, bla, en realidad me importa una mierda Sky pero este es mi trabajo y aunque no estemos en los ochenta sigo vistiendo igual».

Algo así, más o menos.

No me llama mi madre. Mi hermano, tampoco. Sin embargo, supongo que se habrán enterado del boletín más vergonzoso de la historia de la Humanidad. Seguramente lo sepa todo el estado de Michigan.

Marshall me ha llamado tres veces y me ha enviado cinco mensajes:

¿Qué está pasando, tío?

¿Por qué me ignoras?

¿Te da vergüenza o algo así?

Llárame!

... Vale, chaval, tú mismo.

Tiene razón: me da demasiada vergüenza contestarle.

La señora Brandstone me deja faltar de nuevo el miércoles, y Petey y Ray empiezan a bajarme las comidas.

Me traen tostadas y yogur antes de irse a clase, y chuletas de cordero para cenar. Dejan la bandeja fuera de mi habitación y desaparecen sin decir una palabra. Las dos veces, Ray pega en mis tenedores notas adhesivas que ponen: «¡18!». Tardo un rato en darme cuenta de a qué viene eso: el bueno de Ray sigue obsesionado con mi cumpleaños. A estas alturas, la cosa le importa a él mucho más que a mí. Me siento culpable, porque está claro que podría dejar de compadecerme a mí mismo y subir a recoger mi propia comida. Pero... agradezco el detalle.

La única condición que me pone la madre de Bree es que deje abierta la puerta de mi habitación durante el día. Creo que intenta que no me aíle del todo de su familia, aunque en el fondo creo que eso la tranquiliza más a ella que a mí.

Al menos no me obliga a volver al instituto, así que no me resisto a la nueva norma de puertas abiertas. Además, así Thelma y Louise bajan para acurrucarse a mi lado mucho más que antes, lo que resulta agradable.

Por fin tengo noticias de mi madre. Es un mensaje de nada, escrito sin ningún cuidado: *Me he enterado de lo que ha pasado en el instituto. Estoy aquí si necesitas hablar rezo por ti.*

¿«Rezo por ti»?

Que le den.

Empiezo la trilogía de *El Señor de los Anillos* y me emociono porque encuentro un alijo de chuches que no me comí en el LMEP hace unas semanas. Me doy un atracón mientras busco la página de Wikipedia de Galadriel y voy siguiendo enlaces random durante horas. Luego empiezo a ver *Drag Race*, pero me quedo dormido por el bajón de azúcar, aunque es un episodio muy bueno.

Bree no ha vuelto a bajar ni me ha escrito. Sé que debería subir para tratar de romper el hielo, pero sigue enfadada conmigo y no quiero presionarla.

Sin embargo, la echo de menos.

–¿Crees que Bree ya querrá hablar conmigo? –le pregunto a la señora Brandstone en una de sus visitas nocturnas de control–. Lo siento de verdad...

Se ajusta el cinturón de su bata, pensativa.

–Sigue un poco enfadada –cuando ve la cara que se me pone, sigue hablando–. Pero no te preocupes; ya se le pasará. Todos los amigos se pelean a veces –me dedica una sonrisa triste y desaparece por las escaleras.

El nudo de mi estómago no ha desaparecido desde el instante en que acusé a Bree de haber hackeado el boletín. ¿En qué estaba pensando? Cuando la roca de tristeza rueda por tu cabeza, haces y dices estupideces. Ojalá pudiera explicárselo.

El jueves, todo empeora.

O mejora.

No sabría decirlo.

El boletín ha llegado a todas partes, cómo no. El pueblo entero lo ha visto. Y la gente empieza a preocuparse al ver que no voy al instituto, a juzgar por la ola de mensajes y comentarios que recibo en mis redes sociales.

Tú y Ali sois los mejores, Sky ❤️

es el primer mensaje. Viene de Aubrey Douglas, cosa que me alucina porque creo que habré cruzado como tres palabras con ella desde cuarto. Después de Aubrey, me escribe Ryan Giltlen: *No dejes que el mierda que ha hecho esto se salga con la suya, tío!!!*, dice. Es un buen tipo, pero tampoco le conozco mucho. Es uno más del instituto.

Entonces, Dan comenta en mi foto más reciente de Instagram: *Me acuerdo mucho de ti, Sky*. Me lo imagino enviándolo desde Sbarro, no sé por qué. Se me hace raro que nos evitara a Marshall y a mí a toda costa aquel día, y que ahora me salga con un comentario bonito en internet. Pero lo entiendo; quizá yo habría hecho lo mismo. Los humanos somos raros. Además, teniendo en cuenta que es el otro chico posiblemente gay del instituto, supongo que el asunto le estará afectando también.

Varias chicas que conozco de la clase de Anatomía me mandan hileras de corazones naranjas casi al mismo tiempo, así que supongo que se han puesto de acuerdo para hacerlo. Una del Club de Teatro, Samantha Buzzdorth, sube una cita de Maya Angelou vagamente relacionada con mi situación de mierda. Creo que, en realidad, la frase ni siquiera es de Maya Angelou, pero da igual: lo que cuenta es la intención.

Teddy me manda un mensaje privado por Instagram: *Sky, os apoyo a ti y a Ali al 100%* 🤝, escribe. Pongo los ojos en blanco, sin poder evitar una sonrisa. Heteros: hasta sus emojis van de duros.

Aun así, releo su mensaje. Me ha gustado recibirlo; cuanto más le conozco, mejor me parece que entre en nuestro grupo de amigos. Bueno, eso creo. No lo sé. Le respondo: *Gracias, Teddy* ❤️. No, espera. ¿Un emoji de corazón? No te pases, Sky. Es demasiado. Lo cambio por un pulgar hacia arriba.

Luego, borro el pulgar hacia arriba y pongo un smiley normal.

Sí, mucho mejor. Una sonrisa normal y corriente.

Enviar.

Me doy la vuelta, reto a Louise a un concurso de miradas y luego entro en Instagram un ratito. Pero, al final, acabo pensando en la única persona de Rock Ledge cuya semana ha sido tan espantosa como la mía.

Aunque lo último que me apetece es hablar con mi crush –entre muchas otras cosas, porque la última vez que me vio vomité unas tortitas en el escritorio de Winter–, tengo que comprobar

cómo se encuentra.

Hola, le escribo por Instagram. Oye, siento mucho lo que ha pasado. Todo se salió de madre. La cosa es que me muero de vergüenza 🙈.

Siempre había fantaseado con escribirle por privado. Nunca en circunstancias como estas.

No tarda ni diez segundos en contestar.

Hola Sky High, aparece en mi pantalla. Los tres puntitos me indican que está poniendo algo más. Qué locura, estaba a punto de escribirte yo.

Una pausa. Más puntitos.

No pasa nada, continúa. La gente se está portando. No hace falta que me pidas perdón, no ha sido culpa tuya. ¿Por qué no estás viniendo a clase?

Me lo pienso. ¿Cómo resumo todo lo que he sentido desde el lunes por la mañana en un mensaje?

Al final, solo pongo: *Me he tomado unos días de descanso.*

No hay puntitos durante unos segundos. Después: *Bueno, deberías volver pronto. Se te echa de menos.*

Noto un nudo que crece en mi garganta.

Se te echa de menos.

Rock Ledge sigue siendo un lugar horrible, que quede claro. Pero tal vez no tan horrible como pensaba el lunes.

He superado lo de Ali Rashid.

En serio.

Me ha gustado saber que Ali se ha acordado de mí estos días, igual que yo me he acordado de él. Pero, por lo que sea, ya no siento lo mismo. Ahora, cuando pienso en él –cuando recuerdo mis sueñoduchas o su sonrisa marca Ali, o la vez en que me tocó la rodilla en su sótano–, me siento como si fuera a vomitar otra vez las tortitas del señor Brandstone. Es instantáneo.

Sus cejas, sus pestañas, las arruguitas que le aparecen en los ojos cuando se ríe..., ya no significan lo mismo para mí. Mientras estaba colado por él, me sentía tan acomplejado que casi deseaba dejar de estarlo. Pero no de este modo...

En fin, no pasa nada. Está bien.

O yo qué sé.

El viernes por la noche, la madre de Bree baja al sótano para su visita diaria. Da unos golpecitos en el marco de la puerta, aunque, debido a la nueva regla, mi habitación está abierta. Supongo que, después del desastre de la ducha, ha decidido que es mejor llamar a la puerta si yo ando por ahí.

Pauso *Las dos torres* en mi portátil.

–¿Puedo entrar un momento? –dice.

Aparto los pies para dejarle espacio. Louise parece darse cuenta de que estamos a punto de mantener una conversación incómoda, porque se levanta del futón y sube disparada las escaleras.

–Bueno –comienza la señora Brandstone, sentándose y cruzando las piernas. Suspira, pensativa, antes de quitarse sus gafas de montura roja–. ¿Cómo te sientes?

–Bien –respondo.

Y es la verdad: no me siento tan mal como al principio de la semana, aunque sigo enfadado. No pienso volver en la vida a ese infierno hetero que es el instituto.

–A mí también me dolería que me pasara eso.

–Ya.

–Digo «dolería», pero es un eufemismo. Estaría destrozada.

–Mhm.

–El que lo ha hecho es un canalla, Sky.

–Lo sé.

–Es escoria.

–Sí.

–Descubrirán quién fue. Aunque espero que mi marido no se entere, porque... –suspira–. En fin, digamos que puede que el padre del chico acabe en el hospital.

Sé que no debería, pero eso hace que me sienta mejor.

Le sonrío y ella me devuelve la sonrisa.

–He recibido varias llamadas del instituto –dice–. Supongo que también habrán llamado a tu madre y se habrán enterado de que estás viviendo aquí.

Trago saliva.

–No te preocupes, les he explicado la situación –me tranquiliza–. No pasa nada. ¿Y sabes qué? También siento todo eso –creo que tiene los ojos llorosos, pero en la penumbra de mi cuarto es difícil estar seguro–. En realidad, nunca te lo he dicho, pero... tu madre no reaccionó como debería haberlo hecho las pasadas Navidades. Lo sabes, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

Ella se endereza, y me doy cuenta de que debe de llevar tiempo queriéndome decir eso. Ahora, me lo ha soltado de golpe como si se arrancara una tirita.

–¿Crees que podrás ir al instituto el lunes? –pregunta después de aclararse la garganta–. No puedes seguir faltando, cuando queda tan poco para la graduación.

Me subo la manta hasta la barbilla.

–No sé.

Se hace el silencio otra vez. Solo se oyen los sonidos amortiguados de la cocina. Clare está gritando, y una de las perras ladra como loca. Los viernes son noche de pizza, y seguro que Clare ha pillado a Petey dándoles a Thelma y Louise los ingredientes a escondidas.

–No pasa nada –me da una palmadita en la pierna–. Podemos seguir hablando del instituto este fin de semana...

–¿Cómo está Bree, por cierto? –suelto de pronto.

Me sonrío.

—Bree está bien. Deberíais hablar.

—¿Quiere hablar conmigo?

—Yo lo intentaría, desde luego. ¿Por qué no subes y cenas con nosotros? Clare está probando una nueva receta: pizza de pollo a la barbacoa. Es como un resumen de tus comidas favoritas, ¿no?

Me encojo de hombros y ella pilla la indirecta.

—Vale. ¿Y mañana?

Asiento, y ella me imita.

—Bueno, pues te dejo solo —empieza a salir del cuarto, pero se detiene de pronto—. ¡Ah! Casi se me olvida para qué había bajado.

Me ofrece un montón de folios y una bolsa de papel marrón. Ni siquiera me había dado cuenta de que llevaba algo en las manos.

—Bree te ha traído los deberes de esta semana —explica, tendiéndome los papeles.

Es sorprendente que Bree haya tenido ese detalle conmigo; puede que no me odie del todo.

—Y alguien dejó esto para ti en nuestro porche —añade la señora Brandstone, al tiempo que deja caer la bolsa en mi regazo.

La miro y leo «Para Sky».

—¿Qué es esto? —pregunto.

—No tengo ni idea.

La miro fijamente con cara de «por supuesto que lo sabes».

—¿Qué? —dice, sonriendo—. No soy ninguna fisgona, ¿sabes?

Si alguien entra en la categoría de fisgona, es la señora Brandstone.

Pero se lo paso por alto.

Da unos pasos y se gira al llegar a la puerta. Puede que sea porque he estado muy solo aquí abajo, pero ver su silueta ahí hace que me sienta mil veces mejor. Supongo que es porque ahí suelen ponerse las madres de las películas para dar las buenas noches a sus hijos. O algo por el estilo, no sé. Pero saber que está ahí, que me devuelve la mirada en la oscuridad, casi me hace sentir que formo parte de la familia Brandstone.

Casi.

—Nos gusta tenerte aquí, Sky —dice.

No le veo la cara porque está a contraluz, pero creo que ella sí me ve a mí. Y espero que distinga mi sonrisa y sepa que es auténtica.

Cuando oigo sus pasos en lo alto de la escalera, meto la mano en la bolsa y saco un anuario de mi instituto. En la cubierta pone «1996» en grandes números rojos.

¿Qué narices...?

Lo abro por la primera página y me encuentro una nota escrita en mayúsculas:

PÁGINA 34. VE A HABLAR CON CHARLIE.

665 DUTCH ROAD, TRAVERSE CITY

Eh... ¿qué?

Voy a la página treinta y cuatro, le echo un vistazo y, de pronto, siento que como si me hundiera en... en algo que no sé qué es. Algo abrumador.

No puedo describirlo.

Tengo delante de los ojos una foto en blanco y negro de mi padre, una imagen que no había visto nunca. Está tirado sobre el capó de un coche antiguo, riendo con los ojos entornados por el sol, al lado de otro chico. Creo que ese año mi padre estaba en el último curso.

Como yo ahora.

El pie de foto dice: «Henry Baker y Charlie Washington. “Charlie es el tipo más duro que conozco”, afirma Baker sobre su amigo».



QUINCE DÍAS

Esto empieza a darme miedo.

¿Quién deja una nota anónima en un viejo anuario para pedirte que hables con un adulto al que ni siquiera conoces, y que vive a una hora de camino? ¿Un asesino en serie? ¿Un exnovio chiflado de peli de terror? ¿Un villano de Batman?

Cualquiera de las tres cosas encaja, la verdad.

Aunque quisiera hablar con ese tal Charlie, ¿cómo voy a presentarme? «Hola, mi padre fue amigo tuyo en el instituto antes de morir, y alguien que no sé quién es está interesado en que nos conozcamos veinte años después».

Ni siquiera recuerdo a mi padre. Al margen de la historia del origen de Marte, y de unas cuantas fotos familiares que mi madre tiene metidas dentro de una caja de cartón, hay pocas pruebas de que haya existido. Después de su funeral, fuimos al salón de la parroquia y allí me comí un sándwich con mostaza picante que me dio un dolor de tripa espantoso: ese es el único recuerdo que conservo sobre mi padre. Y ni siquiera estaba vivo cuando eso sucedió, así que no puede contar como recuerdo.

La cuestión es que, a todos los efectos, mi padre es un desconocido para mí, y sus antiguos compañeros de instituto me resultan aún más desconocidos. Además, el nombre de Charlie Washington suena sospechoso, como a congresista corrupto. O a celebridad local que da nombre al colegio de un pueblo diminuto. O a villano de Batman.

De nuevo, cualquiera de esas cosas encaja.

Lo busqué en Facebook y lo encontré enseguida. Al parecer, es dermatólogo. A juzgar por la sección de información y las pocas fotos que puedo ver sin agregarlo a mi lista de amigos –eso ya sería muy creepy–, es un tipo de pelo largo, con gafas redondas de pasta y una amplia sonrisa que no muestra los dientes.

Se me hace raro pensar que mi padre tendría ahora su edad.

Cuando me despierto el sábado por la mañana, me siento mucho más despejado que en toda la semana. No es que me sienta bien, exactamente, pero al menos no me siento fatal. Creo que este asunto de Charlie Washington me está ayudando a pensar menos en mi mierda de vida.

Me lavo los dientes, me quito el pijama por primera vez en cuatro días y subo las escaleras, deseando volver a ver a Bree.

La encuentro sentada tras la isla de la cocina.

–Hola –saludo, vacilante.

Ella da un respingo y casi derrama sus cereales.

–Joder –suspira, con la mano en el pecho.

–Perdona.

En la casa no hay nadie salvo Thelma y Louise, que se acercan a mí y se frotan contra mis piernas, contentas de verme por fin fuera del sótano.

–Estás vivo –constata Bree. Se mete una cucharada en la boca y vuelve a enfrascarse en su móvil.

Es una buena señal, porque –como quedó claro el fin de semana pasado–, Bree guarda silencio absoluto cuando está realmente enfadada. El hecho de que me diga algo significa que podemos arreglarlo.

Ojalá.

–Bueno –respiro hondo. Aunque esté deseando decírselo, me cuesta pedir disculpas–. Lo siento.

No responde.

–Jamás debí acusarte de lo del boletín –continúo–. Fue una paranoia nivel gorrito de papel de aluminio. No sé ni cómo se me pudo pasar por la cabeza pensar que tú habías tenido algo que ver con eso.

Sigue sin haber respuesta.

–De modo que... eso, que lo siento. De verdad.

Levanta el cuenco y sorbe un poco de leche.

–Vale –dice, y vuelve a dejarlo en la encimera.

Otro silencio, aún más incómodo.

–Vale –me revuelvo en mi sitio, deseando que diga algo–. Bueno, esto... ¿Me dejas el coche?

–¿Para qué?

–Tengo que hacer un recado.

Bebe más leche, hace una pausa y me mira con desconfianza.

Me acerco a la alacena para presentarle una ofrenda de paz: una taza de cacao caliente.

–A ver qué te parece la idea –propongo mientras lleno una taza con agua, la meto en el microondas y pulso el botón de inicio–. Tú me llevas a Traverse City...

–¿Traverse City? –suelta una carcajada aguda–. Hoy no voy al LMEP.

–... y yo te invito a comer.

Se queda callada.

Aunque los Brandstone tengan el frigorífico más lleno de todo el Medio Oeste, Bree nunca dice que no a una comida gratis.

Se lo piensa.

–Especifica –me exige.

–Te invito a comer lo que quieras en Traverse City.

–¿Me invitas a Bella's?

–¿Cuál?

–El restaurante italiano.

–¿El sitio donde un plato de espaguetis cuesta como veinticinco dólares?

–Sí.

¿Merece la pena pagar el plato de pasta más caro del norte de Míchigan con tal de conocer a ese tal Charlie Washington?

Me pasé todo el verano pasado sirviendo helados a turistas seis días a la semana. La idea era ahorrar para el primer semestre en el Community College, pero esos fondos se están agotando rápidamente. Sin embargo, lo más probable es que no vuelva al instituto para graduarme, así que no me va a hacer falta conseguir la beca ni ahorrar para seguir estudiando.

–Vale, sí. Lo que quieras –decido, metiendo su cacao en un termo–. Te invito a comer en Bella's.

–Genial.

–Guay.

–¿Cuándo nos vamos?

Le ofrezco el cacao caliente.

–Ahora.

El navegador nos lleva por una carretera distinta a la que tomamos cuando vamos al LMEP, una ruta pegada al lago Míchigan que tiene unas vistas preciosas. El cielo está despejado, y el agua que se ve al otro lado de los árboles desnudos refleja toda la gama de azules. Recuerdo que Winter dijo que, aquí, los azules son más azules. Tenía razón.

Aun así, la belleza de las vistas palidece ante el mal rollo que flota en el aire.

–¿Por qué vamos al LMEP por un camino tan raro? –pregunta Bree, rompiendo el silencio.

–Porque no vamos a LMEP.

–Eeeh... ¿qué?

–Voy a visitar a Charlie Washington.

–¿A quién?

–¿Tu madre no te habló del anuario?

–¿Qué anuario?

La miro sin decir nada, sorprendido.

Di por sentado que la señora Brandstone habría mirado dentro de la bolsa y habría visto el anuario y la nota. Y también supuse que se lo habría comentado a Bree, porque así es la señora Brandstone: no para de preguntar a sus hijos hasta que les saca toda la información.

–No tengo ni idea de lo que estás hablando –insiste Bree–. ¿Qué anuario?

–Este –lo saco de mi mochila y Bree le echa un vistazo. Miro de reojo cómo bailotea la luz del sol sobre la cubierta azul y roja.

—Es el de mi madre, ¿no? —frunce el ceño, confusa, antes de volver a fijarse en la carretera—. ¿Por qué te ha dado su anuario?

—Espera. ¿Esto es de tu madre?

—Sí. Lo he visto en la habitación de mis padres un millón de veces. Terminó el instituto en mil novecientos noventa y siete.

Paso a las páginas de los graduados.

—¿Cómo se apellidaba de soltera?

—Graham.

Sí, ahí está: la señora Brandstone de adolescente, alias Jennifer Graham. Su pelo parece más rizado y la cara está más delgada, pero ya tenía las mismas pecas y los hoyuelos marcados.

Esto es muy raro.

—¿Me puedes contar qué demonios pasa? —me suplica Bree, cada vez más nerviosa—. ¿Quién es Charlie Washington?

—Para el coche.

Lo hace, y yo le explico lo de la nota anónima y la foto de mi padre.

—Mi madre me lo cuenta todo... —murmura Bree con la mirada perdida, casi ofendida. Sigue agarrando el volante como si condujera, aunque estemos aparcados con el motor apagado—. ¿Por qué no me ha hablado de esto?

Vuelvo el libro para ver si caen más notas. No hay más, claro. Abro la página treinta y cuatro y busco alguna pista, lo que sea; algo que le dé sentido a todo esto.

Bree se inclina para mirar la foto.

—Por cierto, tu padre estaba muy bueno —susurra.

—Bree, por favor.

—Lo siento —vuelve a mirarlo—. No sabía que mi madre hubiera ido al instituto con tu padre.

—Yo tampoco.

—Mi madre nunca lo mencionó.

—Qué raro... ¿No te parece que esa es la típica cosa que tu madre repetiría continuamente?

Bree me mira con los ojos entrecerrados. Levanta el cacao caliente y le da un trago.

—¿Qué estará tramando?

—Ni idea.

La señora Brandstone estuvo toda la semana pendiente de mí, y se esforzó mucho para que yo no me sintiera aislado en el sótano. Es una madre muy atenta —una persona muy atenta—, pero también es una intrigante. Y mis muchos años de amistad con Bree me han enseñado que su madre siempre tiene un as en la manga. No sé cómo, pero estoy metido en su nueva estratagema.

—Voy a llamarla —decide Bree.

—¡No!

—¿Por qué no?

—Porque, obviamente, no quiere que yo sepa que es su anuario; me dijo que alguien lo había dejado en el porche, ¿recuerdas? Eso significa que tampoco quiere que tú lo sepas.

Bree frunce los labios, no muy convencida.

–No digas nada, porfa –le suplico.

–¿Por qué iba a importarle? –replica ella.

Me encojo de hombros y Bree deja escapar un suspiro.

Nos quedamos un minuto pensativos. Por fin, Bree arranca el coche.

–Bueno –cambia de marcha–. Acepto tus disculpas.

Le sonrío y ella me devuelve la sonrisa.

Cuando nos incorporamos a la carretera, Bree pone una lista de reproducción. El sol, que ya está bastante alto, me calienta todo el lado derecho del cuerpo. Es un alivio enorme notar cómo se desinfla poco a poco la incomodidad que inundaba el coche, como una piscina hinchable con una fuga diminuta.

Al cabo de un rato, Bree baja el volumen.

–Dos cosas –dice en tono casi normal, ahora que hemos roto por fin el hielo–. En primer lugar, tienes que hablar con Marshall.

Me inunda una oleada de mala conciencia.

–Lo sé.

–Dice que lleva toda la semana mandándote mensajes y llamándote, y que tú has pasado de él como de la mierda.

–Lo sé.

–Está preocupado por ti.

–Lo sé.

–¿Le vas a llamar?

–Sí.

–¿Hoy?

–Sí.

–¿Me lo prometes?

–Sí.

–Genial. Y en segundo lugar, quiero que esto te quede muy claro: jamás habría ido al baile de graduación con Ali si me lo hubiera pedido. Que lo sepas.

Lo gracioso es que se me había olvidado totalmente que Ali quería pedírselo a Bree.

–Me habría dado igual.

–No, habría estado feo –insiste Bree–. Estás colado por él...

–Estaba.

–Habría sido muy cutre por mi parte. Eso no se le hace a un amigo.

Le doy un sorbo a su cacao.

–Si quieres que te diga la verdad, ya no me gusta.

Me mira fijamente.

–Ya, y qué más.

–¡Lo digo en serio!

Le cuento que, cuando vi la cara que puso al ver las fotos en el ordenador de Winter, algo hizo clic dentro de mí. Ali tenía una pinta de acojone /alucine /susto que me dejó clarísimo que yo no

le atraía. Pero no pasa nada: el hechizo que me tenía atontado se ha deshecho.

Lo digo en serio: he superado lo de Ali Rashid.

He superado lo de Ali Rashid.

Me resulta raro pensarlo y saber que me estoy diciendo la verdad.

No sabría decir si Bree me cree o no, pero cambia de tema igualmente.

—Pero sabes quién lo hizo, ¿verdad?

—¿Quién hizo qué?

—El hackeo del boletín. Quién fue el cabrón que lo pirateó.

Me quedo pensando unos segundos.

—¿De verdad no lo sabes? —pregunta ella.

—¿Debería saberlo?

—Fue El Que No Debe Ser Nombrado, bobo.

—¿Cómo?

—El Que No Debe...

—Sí, ya sé que te refieres a Cliff —aclaro—. Pero... ¿lo han pillado Winter o el director Burger?

—No.

—Entonces, ¿por qué crees que ha sido Cliff? Es imposible que fuera él.

—¿Por qué?

Rápidamente, hago una lista mental de todos los puntos que debe cumplir el hacker. Es alguien que:

Ha conseguido una foto del muro de las promposiciones.

Ha accedido a Memories para hackear el envío del boletín.

Ha sacado una foto de Ali y yo en su fiesta.

Cliff, hasta donde yo sé, no podría haber hecho ninguna de esas cosas. Se lo explico a Bree.

Pero, ahora que lo pienso, no conozco a nadie que cumpla todos los requisitos.

—¡Tuvo que ser El Que No Debe Ser Nombrado! —replica ella cargada de razón, y apaga la música para hablar más a gusto—. Piénsalo: no hay nadie tan cabrón como él en todo el insti. Me has dicho muchas veces que se porta fatal contigo desde que le rechacé; me odia a mí y te odia a ti porque eres mi mejor amigo...

—Tu mejor amigo gay.

—¿Ves? Y odia a Ali porque es un racista como la copa de un pino. ¿Qué mejor forma de meterse con todos nosotros que hackear el boletín? Le vamos a pillar, Sky —masculla, más para sí misma que para mí—. Te lo prometo.

Puede que tenga razón. Ali me comentó en su fiesta que Cliff le había llamado terrorista solo por haberle pisado los cordones sin querer. Y vale que en Rock Ledge hay trumpistas a montones, pero no conozco a ninguno tan malo como Cliff Norquest.

Por fin, salimos de la carretera que bordea la costa y tomamos otra más estrecha y sinuosa, que sube por una colina en mitad de la nada. Es tal cual una peli de terror, justo antes de que los

protagonistas se queden sin gasolina y caigan en las garras de un tío con una motosierra o del fantasma de una niña muerta que vive en una cabaña cerca de la playa. Espero que el plan de la señora Brandstone no termine con su hija y conmigo muertos a hachazos... Me encantaría que estuviera aquí Teddy, con sus brazos como mazas y su pinta de guardaespaldas.

Sonríó recordando el mensaje que me mandó el jueves. Y eso que noto... ¿son mariposas en el estómago?

Raro, raro.

Finalmente, aparece ante nosotros el seiscientos sesenta y cinco de la Dutch Road.

—¡Joder con el señor Washington! —exclama Bree al divisar la casa entre los árboles.

Es enorme, construida con piedra gris y madera oscura, y el verde de su jardín trasero se pierde en el azul acerado del lago Míchigan. Una gran bandera estadounidense ondea en el jardín delantero, con parterres bien cuidados que rodean una fuente más propia del Palacio de Buckingham que de Traverse City. Si esta casa estuviera en el barrio de los Brandstone, sería la más impresionante de todas. Y eso es mucho decir.

—¿Cómo te vas a presentar? —me pregunta Bree, rodeando con las manos la taza de cacao mientras se inclina sobre el volante para intentar divisar el segundo, tercero y posiblemente cuarto piso de la mansión—. «¡Hola! La madre de una amiga mía me ha dicho que venga a verte».

—No pienso meter a tu madre en esto: voy a venderle un anuncio falso para el anuario.

Suelta una carcajada.

—¿De verdad?

—Sí.

—Bueno, vale..., pero ten cuidado —me advierte—. Lo último que necesito este semestre es que nos pongan una demanda.

Resoplo, sonriente.

—Tranquila; te prometo no meterme en ningún lío. Tengo un plan.

Es improvisado, vale. Pero sigue siendo un plan.

Bree parece nerviosa con todo esto. Yo también lo estoy.

—¿Seguro que quieres hacerlo? —dice.

—Sí.

—¿Quieres que entre contigo?

—No.

—¿Y si te secuestran?

—Pues sería una mierda.

—¿No deberíamos acordar una señal?

—¿Qué?

—Algo en plan «corre a la ventana y saluda con la mano si necesitas que te rescate».

—No es que sea muy sutil, pero vale.

—Por cierto —me da un papirotazo en el brazo—, me alegro de que volvamos a hablarnos.

Le robo un sorbo de cacao.

—Lo mismo digo.

Justo antes de salir, la puerta de la casa se abre y un enorme San Bernardo baja al galope los escalones.

Pego un grito mientras Bree contiene un jadeo, extasiada.

La fiera corre hacia mi lado del coche, pero veo que mueve la cola y que en su hocico hay lo que me parece una sonrisa perruna superadorable (y babosa). Menos mal: por un momento, he creído que iba a morir devorado por un monstruo del Bosque Prohibido de Hogwarts.

Un hombre aparece en el umbral. Bueno, creo que es un hombre, aunque también podría ser un dios griego lleno de tatuajes.

Bree también lo ve.

–Guau. Está buenísimo. ¿Ese es Charlie?

–No –respondo. A juzgar por su perfil de Facebook, Charlie es un tipo mayor y atractivo, no una divinidad cubierta de tinta como la que está de pie en la puerta.

El dios griego observa nuestro coche con curiosidad. Lleva una camiseta blanca sin mangas y unos pantalones cortos deportivos de color morado. Sus musculosos brazos y piernas están cubiertos de diseños de color negro azabache. Nos grita algo, pero no le entiendo.

Bajo un poco la ventanilla.

–¿Sí?

–¡Decía que el perro no hace nada! –brama haciendo bocina con las manos–. ¡Es grande, pero es un buenazo!

Hay un silencio.

–Venga, tira –dice Bree, empujándome fuera del coche.

Vamos allá.

Salgo con el anuario de la señora Brandstone en la mano. Al principio lo llevo apoyado contra la cadera en una postura bastante gay, pero me corrijo rápidamente y adopto un paso más heterosexual hasta la puerta.

La fiera se acerca para pedirme que le acaricie la cabeza y babearme los zapatos.

–Perrito bueno, perrito bueno –le susurro, esperando que mi tono suave deje claro que no soy una amenaza.

–¿Puedo ayudarte en algo? –me pregunta el dios tatuado.

De cerca veo que lleva la barba recortada, que sus ojos son preciosos y que tiene una sonrisa que enamora. Se me van los ojos hacia sus tatuajes, una mezcla de motivos macabros, extravagantes y divertidos.

–¿Está Charlie en casa?

–Lo siento –dice, negando con la cabeza–. Creo que te has equivocado de dirección.

–Vaya –digo, cortado –. Pues...

–Te estaba tomando el pelo, chaval –dice, sonriente–. Charlie está dentro. ¿Para qué querías verlo?

Me detengo frente a los escalones de la entrada. Me da un poco de vergüenza confesar que me falta el aliento.

–Puede parecer raro, pero... Formo parte del equipo de alumnos que prepara el anuario de este

año en el instituto Rock Ledge, y estamos...

–¿En serio? –suelta el dios tatuado–. ¡Ahí estudió Charlie! Yo soy Brian –me tiende la mano para que se la estreche y casi me arranca el brazo.

Eso que dicen de que los perros se parecen a sus dueños es cien por cien verdad, en el caso de Brian y su monstruo buenazo.

–Vengo para preguntarle a Charlie si querría patrocinar una página de nuestro anuario para ayudarnos a cubrir los costes de impresión –miento de corrido–. Tenemos una campaña de solicitud de donaciones a los antiguos alumnos.

Podría haber sido sincero, pero, en este caso, me da menos vergüenza mentir. Y seamos realistas: lo más seguro es que no vuelva a ver a Brian o a Charlie en mi vida.

Brian me hace un gesto para que suba los escalones.

–¿Te llamas...?

–Perdón. Soy Justin. Justin Jackson.

–Entra, Justin. Tú también, Bob.

–¿Eh?

–El perro.

–Ah.

A pesar de ser gigantesca, la casa resulta acogedora y hogareña. Tiene grandes alfombras, estanterías llenas de libros y cuadros de colores cálidos en las paredes. El exterior tenía un tufillo republicano –una bandera estadounidense ondeando en el césped de la mansión de un blanco rico...–, pero dentro hay un cartel apoyado en un perchero que pone en varios idiomas: «EL ODIO NO TIENE CABIDA EN ESTA CASA», y eso me hace pensar que mi primera impresión ha sido errónea.

–Tengo que vestirme para ir a trabajar, pero tú ponte cómodo en el estudio –dice Brian, y señala la primera habitación junto al vestíbulo–. Voy a buscar a Charlie. ¡Charlie! –grita, dándose la vuelta y subiendo las escaleras de dos en dos–. ¡Ha venido a verte un alumno de Rock Ledge!

Me siento en un sofá de cuero desgastado, con cojines casi tan grandes como mi futón. Bob me sigue y se derrumba a mis pies como una alfombra marrón jadeante, lo cual calma un poquito mi ansiedad. Le recompenso con un masaje en la barriga, por haberme tranquilizado y por no haberme matado fuera.

Mi móvil vibra. Es un mensaje de Bree: *Aún no te han matado?*

No

Puedes conseguirme el número de ese tío?

Tiene como 35 años, Bree

Y??????

El interior de la sala huele mucho a pino, pero es un olor agradable. Las paredes, forradas de madera, están cubiertas de mapas. La mayoría son de los alrededores y de la Península Superior, pero también hay uno del lago Tahoe, otro de un sitio llamado Catskills y también uno que no

viene a cuento del lago Ness, en Escocia. En una esquina hay una mesa enorme con un ordenador, material de escritorio y varias pilas altísimas de libros.

Y encima, clavada a un tablero de corcho, veo una pequeña bandera arcoíris.

–Hola –saluda Charlie, entrando en la habitación–. Por Dios, Bob, apártate un poco y déjale respirar, ¿quieres?

Es mucho menos musculoso que Brian y su estatura no es tan intimidante, pero sus ojos son igual de amables. Eso no se notaba en las fotos de Facebook... Lleva un traje azul marino y una corbata de color menta, y, como Bree, parece un perfeccionista de tipo A.

–¿Qué tal, Justin? –me pregunta.

–Bien –respondo, estrechando la mano que me ofrece.

Se sienta al otro lado de la mesa y juguetea con los botones de su camisa.

–Brian me ha dicho que estudias en el instituto Rock Ledge, ¿no? –pregunta, expectante y curioso a partes iguales.

–Sí.

–¿Has venido conduciendo hasta aquí?

–Sí.

–Hay un buen trecho.

–No me disgusta conducir –señalo la pared que tiene detrás–. Me encantan esos mapas.

–Brian y yo hemos visitado todos esos sitios juntos. Nos encanta estar al aire libre.

Ese «juntos», sumado a la bandera arcoíris, termina de confirmármelo: Brian y Charlie son novios, seguro. O maridos. O pareja. O lo que sea.

Definitivamente, más que amigos.

–¿Qué puedo hacer por ti? –pregunta Charlie.

–Bueno, sé que es raro... Pero formo parte del equipo del anuario, y estamos visitando a los antiguos alumnos para preguntarles si les gustaría contratar un anuncio en el de este año.

–¿Y no lo podríamos haber hablado por teléfono?

Uf. Eso tiene todo el sentido del mundo, pero no se me había ocurrido hasta ahora.

Noto que me estoy poniendo rojo.

–Sí, claro –respondo, devanándome los sesos–. Pero mi profesora quiere que aprendamos a vender anuncios, y dice que es mejor que lo expliquemos en persona.

–Ah, entiendo. Es una oportunidad de aprendizaje.

–Eso es –asiento, sacando el anuario de la señora Brandstone.

–¡Vaya! –exclama–. Mil novecientos noventa y seis: el año en que me gradué –sacude la cabeza, radiante, y me alegro de ver que aún se acuerda de esa parte de su vida–. Nostalgia... Ese sí que es un buen recurso para conseguir ventas.

Se acerca al escritorio, mete algunos papeles en un maletín y sube el pie derecho a la silla del ordenador para atarse el zapato. Sus calcetines de vestir tienen un estampado de pingüinos que grita «¡gaaaaay!» tanto como mi camisa rosa, pero Charlie parece el tipo de persona al que le da igual lo que transmita su ropa, siempre que le siente bien.

–Venga, oigamos tus persuasivos argumentos de venta –dice.

Aunque es muy amable, me doy cuenta de que tiene prisa. Me da la impresión de que he aparecido justo antes de que tenga que marcharse para hacer algo importante: participar en un congreso de dermatología, firmar la hipoteca de su tercera casa, atender a un cliente importante al que le ha salido de pronto un grano... No sé, lo que sea que haga un dermatólogo en un día normal.

Trago saliva y rememoro lo que ensayé anoche en mi habitación.

—Como dije antes, nos estamos poniendo en contacto con los antiguos alumnos del instituto para enseñarles fotos de cuando iban allí —explico—. Si te interesa, puedes poner una foto de tu propio anuario en el de este año, y si prefieres contratar una página completa, te haremos un descuento sustancial.

—Ya... Es una buena idea.

—Ajá. Una foto como esta, por ejemplo... —paso por delante de Bob para mostrarle el libro a Charlie y lo abro por la página treinta y cuatro—. ¿La recuerdas?

Me quita el libro suavemente y mira la foto en la que sale con mi padre.

—Sí —dice. No añade nada más, pero el brillo de sus ojos dice a las claras que hay mucha historia detrás de esa sílaba.

—Es una gran foto —insisto, deseando con todas mis fuerzas poder leerle la mente (o, en su defecto, que siga hablando, pero no lo hace)—. ¿Quién es el que sale contigo?

—Mi mejor amigo del instituto, Henry.

Su mejor amigo.

No «compañero de clase». No «amigo» a secas. Su mejor amigo.

—¿Estabais muy unidos? —indago.

—Ya lo creo. Esta la sacaron cuando estábamos acabando el último curso. De hecho, ese fue un día muy importante para mí —se queda mirando la página durante un rato más antes de cerrar el libro y devolvérmelo—. En fin. ¿Cuánto?

—¿Cuánto qué?

—Cuánto cuesta el anuncio.

—Ah —soy idiota—. Cien dólares.

—Estupendo —se pone a hurgar en su escritorio, supongo que en busca de un talonario de cheques. No me puedo imaginar lo que es poder gastar cien dólares por capricho, así sin más—. Me encantaría apoyar al anuario de este año.

Vaya.

Mierda.

No pensé que sería tan rápido. Ni siquiera se me ocurrió que accedería a pagar un anuncio, sinceramente. ¿De verdad le voy a vender una página?

—Solo por curiosidad —digo antes de que nos desviemos del tema—, ¿por qué fue un gran día?

—¿Qué?

—La foto... Has dicho que la sacaron un día muy importante para ti.

Deja escapar una risa divertida, como si no mereciera la pena volver a contar la historia.

—No es nada... Solo un recuerdo personal un poco cursi.

—¿Cuál?

Me mira, ligeramente sorprendido por mi insistencia.

—Lo siento —añado rápidamente—. He sido un poco maleducado; no hace falta que me lo expliques.

—No pasa nada.

—Es que, si vamos a usar esa foto en el libro de este año... —me salen a borbotones las palabras; no sé qué decir para salvar la situación—. Bueno, es que estaría guay tener un poco de contexto. Ya sabes: si hay una anécdota interesante detrás, o cualquier cosa así, podríamos incluirla.

—Por supuesto —suspira y esboza una sonrisa triste. Se le ve inseguro, como si no supiera cómo explicarse—. A ver, esa foto... la sacaron el día que salí del armario. Soy gay, y Henry fue la primera persona a la que se lo dije. Fue la primera persona que me aceptó.

Se encoge de hombros como si lo que acaba de decir fuera una tontería de infancia, algo que no merece la pena contar. Pero yo estoy paralizado.

La primera persona que me aceptó.

Ahora sé por qué la señora Brandstone me envió aquí.

—Bueno, te estoy abrumando con temas muy personales, Justin —dice, hurgando de nuevo en su maletín—. Perdóname.

Tengo los ojos llenos de lágrimas. Por un momento pienso en salir corriendo a buscar un baño, porque no puedo sufrir un ataque de nervios aquí y ahora. Sería un desastre. En mitad de la clase de Salud y delante de Cliff ya es una putada; en la casa de un completo desconocido, a una hora de distancia de la mía, es algo impensable.

—Creo que te estoy aburriendo con mis batallitas —se ríe y, de pronto, los ojos se le iluminan como si acabara de recordar algo—. «Charlie es el tipo más duro que conozco».

—¿Eh?

—La cita de Henry en el pie de foto... Eso de «Charlie es el tipo más duro que conozco» se refiere a lo que te acabo de contar —señala con la cabeza el anuario que aún tengo en la mano—. Henry dijo que yo era duro porque me había atrevido a salir del armario.

Se centra en su maletín tan tranquilo, completamente ajeno a la bomba que acaba de soltarme.

—¿Cómo va esto? —pregunta—. ¿Extiendo un cheque a nombre del instituto? —me mira un poco preocupado; creo que nota que estoy conmocionado—. ¿Te encuentras bien?

—Sí.

—¿Seguro?

—Sí.

Sonríe.

—Bueno, entonces, ¿extiendo un cheque a nombre del instituto? Para el anuncio, digo.

—Ah, sí, claro —cierro los ojos y hago un esfuerzo por tragar saliva.

Cálmate, Sky.

Cál-ma-te.

No puedo aceptar dinero de este hombre. ¡Ni siquiera formo parte del equipo de ventas que se encarga de la publicidad! Podría meterme en serios problemas. Winter me mataría.

Además, ni siquiera sé cuánto cuestan en realidad los anuncios de página completa.

Sky, respira.

Que respire.

—No hace falta que me pagues ahora —digo, algo más tranquilo—. Perdona, me acabo de dar cuenta de que llego tarde a una cita. ¿Puedo llamarte dentro de unos días y lo hablamos?

—Claro...

—Genial —me meto el anuario debajo del brazo y retrocedo hacia la salida. Casi me tropiezo con las patas de Bob.

Charlie me mira, atónito.

—¿Tienes mi número?

—Lo tenemos archivado —miento de nuevo.

—¿Seguro que estás bien, Justin? —me pregunta, mientras yo me escurro fuera del estudio como un montón de gelatina.

—¡Sí! Es que se me fue la hora, nada más. ¡Gracias por todo, Charlie!

Corro por el vestíbulo, bajo los escalones del porche y salgo disparado hasta el coche de Bree.

—Lo primero, me alegro de que no estés muerto —dice ella. Baja el volumen de una canción de Kacey Musgraves y arranca el motor—. Lo segundo, ¿quién era el tío bueno de los tatuajes?

—Bree...

—Lo tercero, ¿tienes su número de teléfono? No iba en broma, ¿sabes? Lo cuarto...

—¡Bree!

Se para y contiene una exclamación; por fin se ha dado cuenta de que estoy llorando.

—¡Dios! ¿Qué ha pasado?

—Tenemos que vengarnos de Cliff.

—Un segundo, ¿qué?

—Me niego a consentir que me amargue mi último año en el instituto.

Por primera vez en esta semana, o quizá por primera vez en toda mi vida, sé lo que tengo que hacer. O, más bien, sé cómo tengo que ser.

Duro.



CATORCE DÍAS

Delante de mí, Bree devora un plato de fettuccine de dieciocho dólares, pero yo estoy demasiado afectado para atacar mi pizza de veinte pavos.

—¿Qué? —me pregunta mientras la observo fijamente, con la boca llena de pasta al dente. Somos literalmente los únicos clientes en Bella's, porque a nadie más que a nosotros se le ocurre almorzar a las once menos cuarto de la mañana.

—Nada —respondo—. Lo siento. Creo que aún estoy asimilándolo.

—¡Normal!

—Es que no me parece real...

Termino de recapitular por segunda vez todo lo sucedido —más para mí que para ella, creo—, sin saltarme un detalle: lo majete que fue Brian conmigo (y lo bueno que estaba); la actitud de Bob, que se convirtió de pronto en mi perro de terapia; lo mucho que molaba ese estudio lleno de mapas... y, sobre todo, la historia de Charlie sobre mi padre y la foto del anuario.

—No me puedo creer que mi madre me haya ocultado esto —comenta Bree, mojando su pan de ajo en salsa Alfredo y sacudiendo la cabeza—. ¿Cómo es que no me ha dicho que fue al insti con tu padre? Que, por cierto, tiene pinta de haber sido un tío estupendo.

—Ya...

—Sé que no te gusta hablar de él, Sky, pero es que es verdad: debió de ser un crack.

En realidad no es que no me gustara hablar de él, sino que no lo conocía lo bastante para hacerlo. Pero eso acaba de cambiar.

—Para apoyar a un amigo gay en los noventa había que tenerlos cuadrados —continúa Bree, dando vueltas al tenedor—. ¿En esa época se decía ya «gay»?

Bree se pone a despotricar sobre los eufemismos de cada época y a reírse de la mañana tan absurda que estamos teniendo, pero yo no le hago mucho caso. Estoy distraído por una... sensación. Una sensación que nunca había tenido.

La noto desde que salimos de casa de Charlie y Brian. Es difícil de describir, pero resulta muy agradable, como un baño interior de algo cálido y reconfortante. Nunca me había dado cuenta de la falta que me hacía sentir algo así.

—Bueno, tenemos que hablar con mi madre sobre todo esto —señala Bree—: Charlie, tu padre, el anuario... Lo mismo hasta era amiga de ellos.

–Ni de coña.

–¿Por qué no?

Suspiro.

–A ver, una vez más: porque tu madre no quería que yo me enterase de que el anuario es suyo. Si no, no habría mentido.

–¿Y...?

–Y no le vamos a decir nada.

Bree frunce el ceño, molesta.

–Al menos, de momento –concedo para aplacarla–. ¿Vale?

–Vale.

–¿Lo prometes?

–Venga, sí, lo que quieras.

Si la señora Brandstone ha sido tan discreta, debe de tener una buena razón. No tengo ni idea de cuál puede ser, pero algo me dice que debemos mantener la boca cerrada.

Por ahora.

Además, tengo en mente un objetivo más cercano.

–¿Cómo vamos a vengarnos de Cliff? –insisto mientras le doy un sorbo a mi Coca-Cola, repuesto por fin del disgusto de la semana pasada.

Si quiero ser un tipo duro nivel Charlie –o, lo que es lo mismo, si quiero ser el tipo de persona que mi padre apreciaba–, no puedo permitir que Cliff Norquest se salga con la suya.

Los dos reflexionamos en silencio, mientras el único –y resacoso– camarero que trabaja a estas horas enciende velas en las mesas de alrededor y sube el volumen de la música clásica que suena de fondo. En otras circunstancias, esta habría sido una escapada muy romántica.

–¿Le forramos la casa de papel higiénico? –sugiere Bree.

–Algo más serio.

–¿Le quemamos la casa?

–Vale, no tan serio.

Sigue comiendo fettuccine mientras yo bebo Coca-Cola. Al cabo de un rato, el camarero se acerca para llenarle el vaso de agua.

–Ali –pienso en voz alta.

–¿Qué pasa con Ali?

–Ali merece vengarse de Cliff tanto como yo. Vamos a reclutarlo; tiene que participar.

Bree asiente, masticando un palito de pan.

–Fffenaddea.

–¿Eh?

Traga.

–Buena idea.

–Y Marshall también. Que participe.

Dividimos la cuenta –al final, a Bree le ha dado cargo de conciencia hacerme pagar todo–, pasamos por el LMEP porque quiero pillar algo para pedirle perdón a Marshall y luego vamos

hasta la casa de Ali.

Aparcamos cerca, casi en el mismo sitio donde nos detuvimos para nuestra última sesión de espionaje, cuando el señor Rashid casi nos pilló con los helados en la mano. Eso fue hace solo un par de semanas, pero han ocurrido tantas cosas desde entonces —mi vida ha cambiado tanto— que me da la impresión de que han pasado varias décadas.

—¿Vienes conmigo? —le pregunto a Bree, que se está comiendo el resto de mi pizza.

—Humm...

—Venga, vamos.

—Espera. ¿No crees que le resultará incómodo? Iba a invitarme al baile y... Bueno, no llegó a hacerlo.

—Bree —digo, bajando la barbilla—, Ali ha visto el muro de las promposiciones. Vio todas las barbaridades que escribimos allí. Si alguien tiene que sentirse incómodo, debería ser yo.

Se queda pensativa.

—Tienes toda la razón.

No sé cómo me siento haciendo esto, la verdad. O, más bien, no sé cómo debería sentirme.

Porque he superado lo de Ali. Creo.

No, no lo creo: lo sé. Sé que ya no siento nada por Ali Rashid. (Creo).

La semana pasada, algo se rompió en mi interior y ya no le veo como antes. Sin embargo, es cierto que las dos últimas veces que he estado cerca de él han sido muy intensas, cada una a su estilo... Así que, mientras me acerco a su porche, rezo porque la media pizza que me acabo comer no corra la misma suerte que las tortitas del señor Brandstone.

Llamo a la puerta y espero. Ali sale un minuto después, vestido con pantalones cortos de deporte y una camiseta de los Detroit Lions. Franklin ronronea a sus pies.

—¿Sky High? —exclama, sorprendido—. ¿Bree?

Me derrito un poco. Vale, sí: cuando le oigo decir mi nombre, sigue siendo como si Cupido me lanzase una flecha gay. Pero no me da en el corazón: es más bien como si me rozase el hombro.

Empuja a Franklin hacia el interior con el pie, sale y cierra la puerta.

—Los compañeros de Anuario están muy preocupados —dice—. Hasta Winter está fatal por lo que ha pasado.

—¿Puedes venir a casa de Bree? —le pregunto.

—¿Ahora mismo?

—Sí.

—No sé... —echa un vistazo al interior de su casa por el cristal de la puerta—. ¿Para qué?

—Estamos planeando la venganza.

—Y queremos reclutarte; únete —añade Bree.

—¿Venganza? ¿Contra quién?

—Contra el capullo que te llamó terrorista.

—No hace falta que digáis más —sonríe Ali—. Me apunto.

Esperamos fuera a que Ali se ponga las zapatillas y el abrigo, y luego montamos en el coche de Bree para ir a casa de Marshall. Ali no nos pregunta cuál es el plan, y me alegro, porque no

tenemos respuestas. Ni plan.

Hay una parte de mí que querría conocerle más, después de lo que me dijo en la fiesta: todo eso de que le gustaba la improvisación, que se consideraba «un empollón de piel oscura», que había tenido que esforzarse mucho para ser popular... Me gustaría conocer las historias que hay detrás de las fotos de su familia colgadas en el comedor. Pero este viaje en coche no es el momento ni el lugar.

Ponemos a Sofi Tukker a toda potencia, con las ventanillas bajadas, aunque está empezando a llover. El bajo me hace vibrar por dentro. Bree golpea el volante al ritmo de la música, y Ali da toques al reposabrazos con el pie y canta a voz en cuello. Es como si nos estuviéramos preparando para una batalla que sabemos que vamos a ganar.

Cuando llegamos a la entrada de la casa de los Jones, ya llueve a cántaros. Salgo del coche, me acerco al porche y levanto la mano para llamar a la puerta, pero Marshall sale antes de que pueda hacerlo.

Por decirlo suavemente, no se le ve muy contento.

—Hola —digo.

—¿Qué pasa? —me odia a muerte: su tono lo confirma.

—Yo...

—Eres gilipollas —escupe.

—Es verdad. También quería decirte que lo siento.

Se queda callado.

—He pasado de tus mensajes de chat —continúo—. Y...

—De mis mensajes de voz.

—Y de tus mensajes de voz.

—Y de mis DM.

—Y de tus DM. Y eso es jodido.

—Eso es una putada.

—Quería pedirte perdón. Te he traído una cosa —le entrego una tarjeta de regalo de veinticinco dólares para el cine del LMEP—. Las próximas tres películas corren de mi cuenta, chuches de Moe's incluidas.

Me la quita de las manos y la mira antes de cruzarse de brazos.

—¿Qué te hace pensar que puedes comprar mi perdón?

Me lo pienso un segundo, concentrado.

—¿Lo mucho que te gusta el cine?

Me estampa la tarjeta en el pecho.

—Sé que lo del boletín fue terrible —dice—. En plan, lo peor. Pero, en serio, ¿por qué has pasado de mi culo?

Se le nota perplejo. Y enfadado. Y herido.

Me invade otra oleada de mala conciencia.

—No tenía ganas de hablar con nadie. Pregúntale a Bree, ni siquiera hablé con ella.

—¿Por qué?

–Me daba vergüenza.

–¿El qué?

Los ojos se me abren como platos.

–¿Es que no has visto el muro de las promposiciones?

Se le escapa una sonrisa.

–Vale, ¿la columna LOL NI DE COÑA? Tenía gracia.

–No, ni pizca.

Se le borra la sonrisa.

–Lo siento.

–Es como... –trago saliva–. Vale, soy gay. Pero...

–¿En serio? –jadea, tapándose la boca en un ademán de sorpresa teatral–. ¿Tú? ¿Gay?

Pongo los ojos en blanco.

–... Pero nunca hablo de eso contigo, Marshall. No hablo de cosas gays. Es que... No sé. Di por sentado que el muro de las promposiciones te daría cringe.

–¡Tío! ¿Qué me estás contando? Bree me ha dicho que llevabais la tira con eso; la verdad es que me da un poco de rabia que no contarais conmigo, con lo épico que era.

–¡Pero los heteros se ponen nerviosos con las movidas gays!

–Sky –me mira a los ojos sin parpadear. Es un poco intenso, la verdad–. No soy un hetero random, ¿vale? Soy Marshall. ¿Se te ha olvidado? Soy tu mejor amigo. Puedes hablar conmigo de cualquier cosa.

–Vale.

–Incluso de tus movidas gays.

–Bueno.

–Especialmente, de tus movidas gays.

–Que sí.

–Ponte gay conmigo, Sky.

–Cierra el pico.

Nos reímos un poco, pero luego nos quedamos callados. El bajo de Sofi Tukker sigue haciendo vibrar el coche de Bree y la lluvia cae con más fuerza, salpicando el porche de los Jones. Hay un silencio extraño, como si aún tuviéramos algo importante que decirnos.

–Te entiendo –Marshall se apoya contra el marco de la puerta y me mira con complicidad, como si yo supiera de qué está hablando.

Normalmente, lo sabría.

Pero hoy no tengo ni idea.

–¿Qué es lo que entiendes?

–Entiendo que no te sientas cómodo, o incluso... seguro, siendo tú mismo entre heteros –señala con la cabeza el coche de Bree y sonrío–. Creo que es más o menos el mismo motivo por el que yo no hago esas cosas.

Miro la carretera. Bree nos mira fijamente desde el asiento del conductor, comiendo pizza,

mientras Ali se mueve al ritmo de la canción en el asiento trasero, ajeno al mundo exterior.

–Eh... ¿el qué? ¿Conducir bajo la influencia de la pizza? –pregunto.

–No: poner música a todo trapo mientras conduzco por Rock Ledge.

Le miro y me giro otra vez hacia Bree, cada vez más confuso.

–¿Qué?

Suspira.

–Creo que no te das cuenta de todas las cosas que evito hacer a diario para no... –parece costarle encontrar las palabras–. Para no meterme en líos.

–No te sigo.

Sacude la cabeza, frustrado.

–A ver, tío: ¿crees que la gente reaccionaría de la misma forma si fuera yo –se señala la cara– en lugar de Bree quien pone música a todo volumen por el pueblo? ¿Qué crees que haría la poli? ¿Por qué crees que bajo siempre la música?

–Ah.

–Justo.

Tiene sentido. Todo el sentido del mundo.

De pronto, veo con otros ojos la preocupación del señor Jones cada vez que su hijo sale de casa. Bree y yo somos estúpidos por no habernos dado cuenta antes, sobre todo teniendo en cuenta que somos sus mejores amigos.

¿De qué más cosas no me habré dado cuenta?

Por ejemplo, Marshall no sabe que me esfuerzo por caminar y sujetar los libros al estilo hetero cuando paso junto a Cliff en el aparcamiento del instituto, para evitar líos. Ese es uno de mis pequeños detalles. ¿Qué cosas hace Marshall que me pasan desapercibidas?

–A lo que me refiero –prosigue– es a que entiendo que a veces contengas el rollo gay cuando estás conmigo. Pero no deberías hacerlo. Ya está.

Sonrío, asintiendo.

–Entendido.

–Eres mi mejor amigo.

–Lo mismo digo.

En el fondo, estoy esperando que me dé un empujón o me palmeé la espalda, como le he visto hacer con sus amigos de atletismo, o que haga una broma para quitarle hierro a la conversación que acabamos de tener. Pero no lo hace. Lo que hace es darme un abrazo.

–Siento haber pasado de ti esta semana –le digo al oído–. Me he portado como un imbécil. Tienes toda la razón: no eres ningún hetero idiota random, eres Marshall.

–Yo siento que hayan hackeado el boletín y hayan dicho esas cosas de ti.

–¡Eh! –grita Bree por la ventanilla al ver que nos separamos–. ¿Por qué no os ponéis tiernos más veces? Seguid, venga.

–¿De dónde has sacado la pizza? –pregunta Marshall a voces.

–Fuimos a Bella's –respondo.

Él asiente y me ofrece un chicle de canela, lo cual confirma oficialmente que todo está

arreglado.

–Vale, por eso te apesta el aliento a ajo. ¿En serio habéis ido hasta Traverse City para comer en Bella's?

–En serio.

Echa un vistazo al coche y se vuelve hacia mí.

–¿Qué hace Ali bailando en el asiento trasero del coche?

Me meto el chicle en la boca.

–Vamos.



CATORCE DÍAS

Nunca pensé que llegaría a ver esto: Marshall y Ali sentados en el futón de mi habitación, mirando el muro de las promposiciones en toda su terrorífica gloria. Ali parece estar a medias entre la confusión y el asombro, mientras Marshall hace todo lo posible por no partirse de risa.

–Di lo que tengas que decir –le suelto–. Vamos, quédate a gusto.

Marshall suspira.

–No me extraña que no me invitaras a venir –dice–. Vi la foto, pero esto es... es mucho mejor en directo.

Miro a Bree, que está de pie junto al muro. Se encoge de hombros.

–Bueno, lo primero, quiero que sepas que ya no siento nada por ti –le digo a Ali–. No te lo tomes a mal.

–No me lo tomo a mal, Sky High –frunce las cejas mientras lee la lista–. «¿Baile o Pistons?». Eso no salía en la foto. ¿Qué idea era esa?

–Ay, Dios –exhala Bree, frotándose la frente.

Ali contiene una exclamación.

–Espera... ¿Cómo es posible que no me haya fijado antes en lo de Megan Fox Drag? ¿En serio ibas a invitarme al baile de graduación vestido de drag queen, en plan Megan Fox?

–Evidentemente, no –aclara Bree, señalando que está en la columna LOL NI DE COÑA–. Se supone que son ideas absurdas, para echar unas risas. No te hagas ilusiones.

–Si hubieras hecho esa, creo que te habría dicho que sí, la verdad –Ali me guiña un ojo–. Eh, ¿y qué es eso de la tarta de Bob Esponja?

–Vale, se acabó –me muevo para tapar la pared y Marshall y Ali gruñen en señal de protesta.

–Tenemos trabajo que hacer –asiente Bree, ladeándose para ayudarme–. Hay que averiguar cómo devolvérsela a El Que No Debe Ser Nombrado.

–¿El que qué? –pregunta Ali.

–Cliff –aclaro.

–Cliff estaba pillado por Bree, pero ella pasó de él –explica Marshall, quitándose los pelos de Louise del jersey–. Así que ahora no quiere ni pronunciar su nombre.

Ali se vuelve hacia ella.

–¿De verdad?

Bree se pone roja.

–Vale, empecemos –intervengo yo, porque sé que Bree odia hablar de ello–. Esta es nuestra teoría: Cliff está tan cabreado porque Bree no quiere nada con él que se ha vengado de ella a través de nosotros dos: su mejor amigo gay y otro chico.

–Otro chico que no es blanco –asiente Ali.

–Exacto.

–Pero hay algo que no encaja –replica Ali. Se ladea para bajar del futón y se queda en el suelo, acariciando a Louise–. Cliff no pudo hackear el boletín porque no va a clase de Anuario.

–Tampoco estuvo en la fiesta de Ali, así que no pudo hacer esa foto de los dos en el sofá –puntualiza Marshall–. ¿Y cómo consiguió una foto de esta pared?

–Eso es lo que tenemos que averiguar –sentencia Bree con tono desafiante–. Porque fue él, seguro.

Ali y Marshall cruzan una mirada y deciden seguir adelante con esa teoría. Al menos, de momento.

–Vale, empecemos con la foto del muro –dice Ali–. ¿Cliff ha estado alguna vez aquí?

Bree suelta una carcajada.

–Ni de coña.

–¿Y quién ha entrado aquí abajo desde que empezasteis a apuntar las ideas para el baile?

–Petey y Ray –murmura Marshall.

Bree se ríe de nuevo.

–Mis hermanos son incapaces de aclararse con el código de la puerta del garaje; es imposible que hayan hackeado Memories.

–Obviamente, no han sido ellos –afirmo para cerrar el asunto.

De hecho, se han portado estupendamente conmigo durante toda la semana, bajándome la comida y dejándome notitas como esa de Ray que ponía «¡18!» para recordarme mi cumpleaños.

–¿Y Clare? –sugiere Marshall.

–Clare sí que sabría cómo hackear nuestro boletín –digo, mirando a Bree.

–Pero ¿por qué iba a hacerlo? –tercia ella–. Sus dos únicos objetivos en la vida son cocinar con Hannah Hart y liarse con Donald Glover.

–Además, Clare no me tiene manía, ¿verdad? –pregunto, solo para confirmarlo.

–Por supuesto que no.

–Y doy por hecho que tus padres son inocentes –interviene Ali, y Bree lo fulmina con mirada–. Solo por ir tachando –se excusa, y se muerde el labio inferior con expresión pensativa–. ¿Quién más podría ser?

Todos guardamos silencio.

–Nadie, en realidad –admite Bree, frustrada–. Vosotros dos sois los únicos que habéis entrado en el sótano desde hace meses. Esto está en obras; nadie se pasa por aquí.

–¿Y los obreros? –pregunta Marshall encogiéndose de hombros.

–¿Quiénes?

–¿Tu padre no le ha encargado a nadie que ponga los tabiques y los suelos? ¿No está

montando una sala de juegos?

–Más bien una «cueva para hombres», según él –matiza Bree, poniendo los ojos en blanco–. Pero sí, vas bien por ahí: habrán venido unos tres o cuatro operarios. Trabajaron a destajo durante varios días, pero luego creo que dejaron de venir –me mira–. ¿Tú los has visto?

Me lo pienso. Fue hace tiempo; de hecho, recuerdo con horror que uno casi me pilló viendo porno vestido con un pijama del Grinch. Fue más o menos por Año Nuevo. Aparte de eso, no me acuerdo de nada más.

–Hace semanas que no se pasan por aquí... A menos que vengan mientras estamos en el instituto.

Bree saca su móvil y marca.

–¿A quién llamas? –susurra Ali.

–Dime, hija –dice su padre al otro lado de la línea.

Bree pone el altavoz y SportsCenter empieza a sonar de fondo.

–Hola, papá.

–¿Dónde estáis todos?

–En la habitación de Sky, abajo.

–Ajá –una larga pausa–. ¿Sky se está controlando con Ali?

Entierro la cara entre las manos, mientras Ali y Marshall tratan de contener las carcajadas.

–¡Papá, que estás en altavoz!

–Bah, tranquila. Sky sabe que voy de broma. ¿A que sí, Sky?

–Sí, señor Brandstone –mascullo desde detrás de las manos.

–¿Lo ves?

–Bueno, a lo que iba –dice Bree–. ¿Quién ha hecho la reforma aquí abajo?

–¿Abajo dónde?

–En el sótano.

–¿Cómo?

–¿Qué obreros han puesto los tabiques y el suelo de tu cueva?

–¡Ah, ya! Se lo encargué a la empresa de Jerry.

–¿Quién es Jerry?

–Mi amigo Jerry Wing. Tiene un pequeño negocio de construcción en la calle Brown, cerca de la gasolinera Shell.

–¿Tiene nombre?

–¿Cómo?

–Que si tiene nombre el negocio de construcción de Jerry, papá. Céntrate, haz el favor.

–Ni idea. Tendrías que preguntarle a Jerry.

–Vale, pues ya está.

–Clare ha hecho chowder de almejas, si queréis...

Bree cuelga sin esperar a que termine.

Marshall me quita el ordenador y lo pone sobre su regazo. Me tumbo en el futón, a su lado.

–¿Qué quieres mirar? –pregunta Ali.

—Quién es ese tal Jerry.

Se mete en el Facebook del señor Brandstone —la última vez que publicó algo fue hace cuatro meses; es un estado que solo dice: «¡Maldición, volvimos a perder un partido!»—, pincha en la pestaña de amigos y busca a Jerry Wing.

—«Propietario de Construcciones Wing» —lee.

Clica en la página de su negocio mientras Bree se sienta en mi regazo para cotillear la pantalla.

—¿Os suena alguna cara? —pregunta Marshall, revisando el perfil de la empresa.

Hay fotos de un local modesto en la calle Brown y una docena de selfis de Jerry que no nos dicen nada (salvo que, al parecer, le encantan las diademas de visera).

—Espera —dice Bree, señalando una de las miniaturas—. Pincha en esa.

La foto se agranda y vemos un grupo de trabajadores que sonríen junto a un gran agujero en el suelo (que se supone que acaban de hacer).

—Esos dos tipos han venido mucho por aquí, ¿verdad? —exclama, mirándome.

—Sí —me inclino para verles mejor las caras. Uno es el que casi me pilla viendo porno; aparenta unos sesenta años, y no tiene mucha pinta de estar relacionado con un hackeo en un instituto de secundaria. El otro es un tipo algo mayor que nosotros, fornido y alto, con una larga barba roja—. Son ellos.

Marshall pasa por encima de Barbarroja y pincha en la etiqueta.

«Rence Bloomington».

Rence tiene un amigo en común con Marshall: Clare Brandstone. Bree jadea y vuelve a pillar el teléfono, esta vez para llamar a su hermana.

—¿Qué pasa? —responde Clare.

—¿Quién es Rence Bloomington?

—¿Quién?

—Rence Bloomington.

Hay una pausa.

—¿El pelirrojo que nos está poniendo el suelo del sótano?

—Sí. ¿De eso le conoces? ¿De trabajar aquí?

—Se graduó un año antes que yo.

—¿Eres su amiga? No digo en plan Facebook, sino en la vida real.

—La verdad es que no.

—¡Eh, mirad! —grita Marshall, señalando la pantalla del ordenador.

Acaba de buscar el apellido «Norquest» entre los amigos de Rence, y le han salido dos nombres: Denise y Cliff.

Denise y Cliff Norquest.

—Espeeeeera —dice Bree con una sonrisa de oreja a oreja—. Clare, ¿quién es Denise Norquest?

—¿Estás abajo ahora mismo?

—Sí.

—Bree... ¿En serio? Eres una vaga. Cuelgo...

—¡Espera! ¡Esto es importante! ¿Conoces a Denise Norquest?

–Sí. Es la prima de Rence.
Cruzamos una mirada.
–¿Por qué? –pregunta Clare.
–¿Sabes quién es Cliff Norquest?
Clare queda callada un segundo.
–¿No es ese idiota del equipo de lucha libre?
–Ese mismo.
–Pues es el hermano pequeño de Denise.
–¡No sabía que Cliff tuviera una hermana mayor! –susurra Bree, volviéndose hacia nosotros–.
Entonces, Cliff Norquest es primo de Rence, ¿no?
–Sí, me temo que así funcionan los lazos de parentesco.
–Joooooder.
–¿Qué demonios está pasando, Bree?
–Nada, tranquila.
–¿Por qué no subís? He preparado chowder de almejas...
Bree cuelga.
Ali está boquiabierto.
–Tíííío... –susurra.
–Vaya –Marshall menea lentamente la cabeza–. No me lo puedo creer... De modo que sí que ha sido cosa de Cliff Norquest.
–Shhhhhh –nos chista Bree, levantando el dedo mientras marca otro número.
–¡Bree, para ya! –se queja su padre un segundo después.
–¡Una última pregunta! ¿Cuándo fue la última vez que trabajaron aquí los de la empresa de Jerry?
–No sé, Bree. ¿Por qué no subes y hablamos como las personas normales?
–Hace tiempo, ¿verdad?
–Sí, unas semanas. Venían casi todos los días, pero tuvieron que parar porque tu madre se estaba replanteando cómo distribuir la zona de delante de la escalera. ¿Te he contado lo que quiere montar? No quiere hacer una cueva para hombres, sino...
–Papá, no te vayas por las ramas.
–Vale, vale. Espera que lo piense... El último día que vinieron era martes; de eso me acuerdo bien. Y fue hace... dos semanas. Sí, justo. El martes de hace dos semanas.
–Un segundo –Bree cierra los ojos y sacude la cabeza–. Repite eso.
–El último día que trabajaron aquí fue el mismo en que Petey vomitó los langostinos de Clare en la piscina. Hace dos martes.
–Vale. Entonces... –Bree mira el muro de las promposiciones–. Según la cuenta atrás que llevamos, el martes pasado faltaban... –se queda pensando–. Dieciocho días. Y dos semanas antes de eso, faltarían...
–Treinta y dos días –calcula Marshall, mirando fijamente mi ordenador.
Abre el correo con las dos fotos y yo me encojo: no lo había visto desde el día en que vomité

las tortitas con arándanos.

–La última vez que vinieron –continúa Marshall, mostrándonos la pantalla del ordenador–, la cuenta atrás estaba en el día treinta y dos. Mirad...

Ahí está: una prueba de culpabilidad evidente. La cuenta atrás que aparece en la pantalla marca treinta y dos días. De pronto, cobra sentido que en esa foto no estén las ideas más recientes, como la de «Baile o Pistons».

–¿Bree? –pregunta su padre rompiendo el silencio–. ¿Qué pasa? ¿Subís o no a comer chowder de almejas?

Bree cuelga.

–¡Te lo dije! –grita, agitando el puño como si acabara de ganar un campeonato de lo que sea–. ¡Te dije que había sido Cliff!

–Rence debió de sacar una foto del muro mientras Sky estaba en el instituto –valora Ali como para sí mismo–, y luego la compartió con su primo.

–Pues ya está, ¿no? –sentencia Marshall mientras cierra el portátil–. ¿Se lo decimos a Winter el lunes y le hundimos?

–No, no, no –murmura Bree, cabizbaja y concentrada–. Si vamos a presentar pruebas, necesitamos atar todos los lazos sueltos.

–Los cabos sueltos, dirás...

–Sí, sí, lo que sea.

Me viene a la memoria mi lista mental de los requisitos que debía cumplir el hacker:

~~Ha conseguido una foto del muro de las promposiciones.~~

~~Ha accedido a Memories para hackear el envío del boletín.~~

~~Ha sacado una foto de Ali y yo en su fiesta.~~

Ya hemos tachado uno: solo nos faltan dos.

Estoy emocionado, pero también me siento fatal. Resulta que un desconocido entró en mi habitación con intención de humillarme. ¿A quién se le ocurre hacer algo así? ¿Se lo pediría Cliff? ¿Estarían maquinando los dos a mis espaldas desde el momento en que me mudé a la casa de los Brandstone y Rence se enteró de que yo era ese gay al que su primo tenía manía? Fuera como fuese, da miedo.

Y también unas ganas terribles de vengarme.

–Una cosa, Sky High, si no te importa que te lo pregunte: ¿qué mosca te ha picado? –me dice Ali, sonriente, y me doy cuenta de que se me debe de notar la sed de sangre–. Bree me dijo que llevabas toda la semana hundido por lo del boletín, pero está claro que ha cambiado algo.

–Lo mismo digo –asiente Marshall, lanzándome una almohada–. La pizza de Bella's debía de estar buenísima, porque veo fuego en tus ojos. Quieres ver la cabeza de Cliff clavada en una pica.

Por un momento dudo si contarles lo que pasó en Traverse City, porque me resulta muy raro hablar de mi padre. Pero estoy harto de guardar secretos. Ya es suficiente.

Respiro hondo y empiezo a hablar.

Les explico lo del anuario de la señora Brandstone y les hablo de Charlie. Les digo que no sé gran cosa sobre mi padre, pero que –por el motivo que sea–, cuando supe que consideraba que su amigo gay era el tipo más duro que conocía, fue como si algo se prendiera en mi interior. Les confieso que eso me ha dado ganas de ser duro yo también.

Levanto la vista del suelo después de un buen rato de hablar sin parar.

–Lo siento –remato.

Bree, Ali y Marshall me sonríen con calidez.

–No lo sientas –musita Bree, con los ojos llorosos.

–Lo vamos a pillar –me asegura Marshall, y me lanza otra almohada–. Haremos que tu padre se sienta orgulloso.

–¡Bree! –grita el señor Brandstone desde las escaleras–. ¡Os hemos guardado sopa! ¡Subid si queréis comer!

–¡Vale! –contesta ella–. ¡Enseguida vamos!

Nos quedamos callados un minuto. Aunque nadie diga nada, juraría que todos estamos concentrados en la misión que nos hemos propuesto: hundir a Cliff Norquest.

–Bueno... A Clare le sale bastante bien el chowder de almejas –murmura finalmente Bree–. ¿Alguien tiene hambre?

–Claro –declara Marshall, poniéndose de pie para estirarse.

–Un poco –digo yo, porque apenas toqué la pizza de antes.

–Esperad –interviene Ali–. ¿Ya está?

–¿A qué te refieres? –suspira Bree.

–¿Vamos a dejar esto así? –exclama Ali–. Me prometiste revancha, Brandstone. Para eso he venido: para vengarme de Cliff Norquest.

–¿Tienes pensado algo?

–Después de la sopa –dice, inclinándose para sacudir los pelos de Louise de su pantalón–, tenemos que ir a por camisetas blancas y rotuladores.



DOCE DÍAS

El lunes por la mañana, Bree entra en el aparcamiento del instituto dispuesta a prender fuego al edificio. No literalmente, claro. Pero esa es la sensación que tenemos.

–¿Nos hemos vuelto locos? –pregunto por décima vez desde el sábado mientras reviso mi camiseta, que es mucho más gay que la camisa rosa que llevé a la fiesta de Ali. Vamos, ni punto de comparación.

–No –me tranquiliza Bree con una risita malévola, también por décima vez. Le da un sorbo a su cacao–. Vale, sí: puede que se nos haya ido ligeramente la olla. Pero no mucho.

Suelto un gemido.

–Pero, como dice esa famosa frase... ¿Cómo era? –pregunta, dejando el coche ligeramente mal aparcado–. Ah, sí: «Las mujeres que se portan bien rara vez pasan a la historia», o algo por el estilo. Bueno, pues vamos a pasar a la historia, Sky.

De pronto, me da un ataque de pánico y pillo una sudadera de los Rock Ledge Rams que hay en el asiento trasero para ponérmela y tapar la camiseta.

–Solo por si acaso...

–¡No! –Bree me arranca la sudadera de las manos–. ¿Por si acaso qué? Vas a hacerlo, Sky. Vamos a hacerlo.

–Creo que voy a vomitar.

–Si vomitas, estaré a tu lado y te apartaré el pelo.

–¿Y si Ali se echa para atrás en el último momento?

–No lo hará.

–¿Y si Marshall se echa para atrás?

–Ya verás que no.

–¿Y si Cliff...?

–Todo irá bien.

–¿Cómo lo sabes?

–Tío, te has perdido la semana pasada –me sonrío–. Ahora todo el mundo está de tu lado, Sky.

Respiro hondo y clavo la mirada en el infierno hetero que la semana pasada juré no volver a pisar.

Ahora todo el mundo está de tu lado, Sky.

–Vale –mi aliento húmedo forma una nube en el interior del parabrisas, mientras la lluvia salpica el exterior–. Vamos allá.

Salimos del coche, nos apretamos debajo del paraguas y empezamos a cruzarnos con otros alumnos en el aparcamiento. No ocurre nada raro: nadie nos mira fijamente ni pone cara rara al ver mi camiseta o la de Bree.

–¿Estás bien? –me susurra ella mientras nos acercamos a la entrada.

–Creo que sí.

–Pues vamos a entrar.

La primera clase empieza en diez minutos, así que los pasillos están abarrotados. Ahora sí que parece como si tuviéramos un imán que atrae las miradas. Y los que se fijan en nosotros también se fijan en nuestras camisetas.

Ya no hay vuelta atrás.

–¡Sky! –grita un tipo llamado Roy–. ¡Me alegro de que hayas vuelto!

–Bieeen, Sky –me jalea una chica; creo que es de segundo, del Club de Debate–. Me encantan las camisetas.

¿Cómo narices sabrá mi nombre? Le sonrío en señal de agradecimiento.

–¿Sigues bien? –musita Bree, y me da un codazo en las costillas.

Más miradas, más sonrisas, más gestos de aprobación.

–Sí –digo, devolviéndole el toque. Creo que no estoy mintiendo.

Tengo el corazón acelerado y me sudan las palmas de las manos. Una vocecilla débil en mi cabeza me suplica que vuelva corriendo al coche de Bree y no salga de ahí hasta que acaben las clases. Pero otra voz más fuerte –la de mi padre, me gustaría pensar, aunque no recuerdo cómo sonaba– me dice que todo va a salir bien.

–Yo también soy duro –susurro para mí mismo.

–¿Qué? –pregunta Bree.

–Nada.

Siguiendo nuestro plan, entramos en el baño de chicos que hay junto a la sala de fotografía, ese que nunca usa nadie.

–¿Ali? –pregunto, con una voz temblorosa que resuena en los cubículos y el suelo de baldosas.

–¿Marshall? –dice Bree.

Silencio. No se ve a nadie.

Hay un segundo de silencio, durante el cual mi corazón amenaza con detenerse. Pero luego...

–Hola –responde Ali desde detrás de una de las puertas de los retretes.

Bree y yo nos miramos con alivio. Al menos uno no se ha echado atrás.

–Uf, qué alivio –suspiro.

–¿Por qué dices eso? –pregunta Ali.

–Porque no sabía si te rajarías.

–Las camisetas fueron idea mía, Sky High –dice, mientras aparece con la suya puesta–. ¿Cómo me iba a rajar?

Un segundo después Marshall abre la puerta del baño, casi sin aliento.

–Siento llegar tarde: mi padre me obligó a ordenar mi habitación antes de salir –jadea, quitándose el chubasquero para dejar al descubierto su camiseta.

Lo estamos haciendo. De verdad está pasando.

Joder.

Los cuatro nos giramos al mismo tiempo hacia el espejo. Veo mi cuerpo flacucho, empequeñecido por la complexión fuerte de Ali. Sus frondosas cejas quedan al lado de las mías, pálidas como la arena. A mi izquierda, la melena de Bree le cae sobre el pecho y tapa algunas letras que sí se ven en las demás camisetas. Y ahí está Marshall, orgulloso, junto a Bree: el mejor amigo hetero que podría desear cualquier chico gay.

En nuestras camisetas blancas se lee «DÍAS QUE QUEDAN: 12», escrito con rotulador permanente sobre el estómago. Lo mismo que pone en la cuenta atrás del sótano de los Brandstone.

Pero el mensaje que hay en el pecho es bastante diferente.

En mi camiseta pone «GAY X ALI» en rojo.

En las camisetas de Bree y de Marshall se lee «GAY X SKY» en azul y verde, respectivamente.

Y la de Ali dice: «TERRORISTA, NO. GAY X SKY, SÍ» en color morado.

Si Cliff creía que me iba a callar –que nos iba a callar–, se equivocaba de medio a medio.

–No puedo creer que estemos haciendo esto –digo, con la piel de gallina.

–Yo sí –replica Ali con una de sus sonrisas marca Ali. Me pasa el brazo por los hombros y levanta el móvil para sacar una foto de los cuatro.

–Tenemos que darnos prisa –nos insta Bree, mirando su teléfono.

Marshall me agarra de los hombros y me zarandea, como si estuviera motivando a uno de sus compañeros de equipo antes del último partido de la temporada. Ali suelta un grito de emoción.

Los cuatro vamos al ala C, donde se juntan Cliff y sus amigos antes de que empiece la primera clase. Alucinamos al ver que la gente se aparta para abrirnos camino. Alguien empieza a aplaudir –lo cual no solo tiene su gracia, sino que, además, me ayuda a sentirme un tipo duro–. Otros dan un respingo al vernos. Un grupito de estudiantes de primero se echa a reír, creo que de la sorpresa. Pero la mayoría se queda mirando con curiosidad y una leve sonrisa.

–¡A por ellos, Sky!

–Joooooder.

–La leche...

–¡Yo también estoy gay por ti, Sky!

Veo a Dan de pie junto a su taquilla. Me saluda con la cabeza cuando pasamos a su lado, y esta vez no parece darle reparo mirarme a la cara.

Ainsley y Teddy nos esperan expectantes cerca de una fuente. Marshall debe de haberlos avisado, porque a esa hora tienen clase en el otro extremo del edificio y no estarían aquí si no lo supieran.

–¡Guauuuu! –grita Ainsley, dándole una palmada en el trasero a Marshall según pasa–. ¡Me encanta!

–Mola –dice Teddy, señalándonos a Bree y a mí.

Mariposas. Otra vez.

Noto mariposas y me las produce Teddy.

Evito mirar a Cliff mientras nos acercamos; no vale la pena prestarle atención. Pero sé que nos está viendo, que está mirando las camisetas. Lo noto en su silencio.

Jamás me he sentido tan duro como en este instante.



DOCE DÍAS

Pensé que las cosas se calmarían antes de la clase de Anuario, pero estaba muy equivocado. Todos nuestros compañeros se apiñan alrededor de nosotros cuatro como si estuviéramos dando una puñetera conferencia de prensa. Solo les falta ponernos micrófonos en la cara. Pero... mola. En el fondo, lo estamos pidiendo a gritos.

—¡Me encantan las camisetas!

—¿A quién se le ocurrió lo de la cuenta atrás? ¿A Marshall?

—Estáis como cabras.

—Entonces, Ali —dice Dustin York, con una sonrisa diabólica—, ¿le vas a decir que sí a Sky cuando te pida ir al baile dentro de doce días? ¿Lo estáis haciendo por eso?

—Las camisetas son un símbolo —respondo rápidamente, negando con la cabeza—. Ali y yo no vamos a ir juntos al baile. Solo queremos transmitir un mensaje: quienquiera que hackeara el boletín no nos va a callar. Y ya está.

—Y pensamos llevar camisetas nuevas cada día de la cuenta atrás hasta la fiesta playera —añade Marshall—. Así que más vale que os acostumbréis.

Se levanta un coro de risas y gritos de aprobación.

—¿Quién fue el cabronazo que hackeó el envío, a todo esto? —pregunta Christina—. ¿Ya lo sabéis?

—El director Burger ha montado una investigación —declara Winter, entrando en el aula—. Hala, ya está bien; todo el mundo en silencio.

El rebaño se separa y se dirige a sus respectivos ordenadores.

—Bienvenido, Baker —Winter me hace un gesto y se agacha para que solo la oigamos nosotros—. Interesante elección de vestuario, y lo digo por los cuatro.

—El color hace juego con mi aura —explica Ali, señalando las letras moradas de su pecho mientras bate las pestañas. Hoy ha decidido sentarse junto a nosotros; es la primera vez que lo hace.

—¡Por cierto! —exclama Bree, y acercamos las cabezas para oírla sobre los murmullos y los chirridos de las sillas—. Hoy tenemos que hablar con Carolyn.

—¿Y eso? —pregunta Marshall.

—Estaba con Sky y Ali en la fiesta, cuando sacaron la foto —explica ella, mirándome—. Eso me

contaste, ¿no?

Se me había olvidado... Pero, con lo cocida que iba Carolyn esa noche, puede ser que se le haya olvidado a ella también.

—Las camisetas están bien —continúa Bree—, pero tenemos que centrarnos en la «Operación: Pillemos Al Que No Debe Ser Nombrado». Carolyn puede ser una testigo importante; a lo mejor, gracias a ella logramos reunir más pruebas.

—¿No podemos ponerle un nombre más corto al plan? —pregunta Ali.

—¿Qué?

—«Operación: Pillemos Al Que No Debe Ser Nombrado» es impronunciable: tiene como cincuenta sílabas, Bree.

Bree pasa de él.

—Insisto: alguien tiene que hablar con Carolyn para ver si sabe algo de esa foto.

—Me temo que tendremos que aplazarlo —murmura Marshall.

Nos enseña su móvil, con una publicación de Instagram compartida hace veinte minutos. Es una foto de Carolyn con el pelo revuelto, tirada en la cama junto a una montaña de pañuelos de papel arrugados, con el texto: *No sabía que era posible encontrarse tan sumamente mal. #Putada #Trancazo #Enfermaencasa*. Tiene su gracia, sobre todo porque el noventa y nueve por ciento de las publicaciones de Carolyn son selfis poniendo morritos.

—Mierda —gruñe Bree—. ¿Será de mala educación plantarnos en su casa mientras está griposa?

—¿En serio? —Marshall inclina la cabeza—. ¿Vas a ir?

—Lo decía en broma —replica Bree, volviéndose hacia su ordenador—. Más o menos.

—Podemos mandarle un mensaje para preguntar si vio a alguien sacarnos una foto —sugiere Ali, sacando su móvil.

—¡No! —Bree le quita el teléfono—. No podemos dejar huellas.

—¿Cómo?

—No podemos correr el riesgo de que se lo reenvíe a El Que No Debe Ser Nombrado —Bree baja la voz—. A ver: no es que no confíe en Carolyn, pero tenemos que ser listos. No podemos dejar pistas de que vamos a por él.

—¿Y no podríamos llamarla? —propone Ali.

Bree hace una mueca y Marshall meneaba la cabeza.

—Lo más seguro es preguntarle en persona —replica.

—Hay que tener paciencia, por mucho que nos cueste —suspira Bree—. No va a estar enferma eternamente...

Después de haberme pasado una semana hundido en la miseria junto a Thelma y Louise, llevo un retraso brutal con los plazos del anuario. Además, me resulta imposible pensar en algo que no sea la Operación: Pillemos Al Que No Debe Ser Nombrado. Cuando quiero darme cuenta, ha sonado el timbre y casi no he hecho nada.

Winter me pide que me acerque a la mesa para hablar con ella. Marshall, Bree y Ali se marchan sin mí y, según salen, responden a más preguntas sobre las camisetas.

—Quería saber cómo estabas —comienza Winter, remangándose el jersey.

Dice algo más, pero yo ya no la oigo: acabo de leer un mensaje en mi móvil que me ha embotado el cerebro. Es de Gus, mi hermano.

Buenas! Tenemos que hablar pronto, no?, pone.

Mierda.

Gus se ha enterado de todo este lío, fijo. Lo mismo sabe también lo de las camisetas... Aunque nos dejó plantados a mi madre y a mí para irse al sur del estado en cuanto acabó el instituto, Gus está muy pendiente de todo lo que pasa en Rock Ledge. Algunas personas siguen enganchadas a los cotilleos del pueblo durante toda su vida, por muy lejos que se encuentren. Gus es así.

Ni de coña iba a mandarme un mensaje, si no se hubiera visto afectado de alguna forma por el boletín o por las camisetas. Gus actúa como si yo estuviera muerto... a no ser que le cree algún problema, claro.

—¿Baker? —insiste Winter cuando me quedo callado—. ¿Va todo bien?

—Ah, sí —digo con una sonrisa forzada, mientras guardo mi móvil—. Perdona, ¿qué decías?

—Solo te preguntaba cómo estabas.

—La semana pasada fue lo peor.

—No me extraña.

—Pero ahora estoy bien.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Bien. ¿Entonces, las camisetas...? —esboza una sonrisa y se queda callada, esperando una explicación.

—Las camisetas sirven para enviar un mensaje a quien lo haya hecho: que no va a conseguir que me esconda en un agujero durante el resto de mi último año aquí.

—Vale —sus ojos vuelven a recorrer las letras de mi pecho—. Me gusta ese mensaje.

—Gracias.

—El director Burger me prometió que llegaría al fondo del asunto.

—Ya, seguro —farfullo con sarcasmo, porque Burger es un idiota y no creo que fuera capaz de distinguir a Ronald McDonald en una rueda de reconocimiento.

Winter sonrío y luego se vuelve hacia su ordenador, donde hay una hoja de cálculo abierta.

—Por cierto, voy a olvidar los plazos que no cumpliste la semana pasada.

—Ah, muchas gracias...

—Pero —me corta— vas a tener que esforzarte para compensarlo. ¿Páginas en blanco en el anuario? Me niego.

Remueve los papeles que cubren su escritorio y distingo una enorme mancha. Contengo un jadeo horrorizado: es morada y enorme.

—¿Eso es...?

Se le escapa una risita.

—Sí.

—Lo siento mucho.

—No te preocupes; aunque no te lo creas, limpiar un vómito de tortitas no es la cosa más

asquerosa que he tenido que hacer durante mi carrera en este centro escolar.

Me muero de vergüenza, y ella se da cuenta.

–No te preocupes, Baker. De todos modos, tenía que solicitar una mesa nueva.

Me devuelve la prueba de una de las páginas del anuario que tengo asignadas, y veo que está plagada de marcas y anotaciones en rojo. Me molesta, pero a la vez agradezco que siga teniendo las mismas expectativas puestas en mí que hace dos semanas.

–Este es tu último curso, no flaquees cuando ya tienes la meta a la vista –me aconseja en su tono habitual–. Te lo debes a ti mismo.

Asiento, sin palabras.

–Me alegra que hayas vuelto, Baker.

Hace una semana no me lo habría creído, pero lo cierto es que yo también me alegro.

Aprovechando este nuevo subidón de optimismo, decido llamar a la consulta de Charlie entre dos clases para dejarle un mensaje pidiendo perdón. Aunque no lo conozco mucho más que a los acomodadores del cine del LMEP, fue una falta de educación dejarlo tirado el sábado. Parece un buen tipo, y se merece una disculpa. Estoy seguro de que mi padre estaría de acuerdo.

No me cuesta mucho encontrar su consulta en Google.

–Centro de Dermatología del Noroeste de Míchigan –responde la recepcionista.

–¿Está el doctor Washington?

–¿Es usted paciente suyo?

–Pues más bien... soy un amigo –aunque, pensándolo bien, no lo soy. ¿Qué soy para Charlie?–. Esto... un amigo de la familia. Algo así.

La recepcionista se ríe.

–Mi padre y él son amigos –farfullo.

Son amigos... Es un poco surrealista hablar de mi padre en presente. Pero «Mi padre es amigo suyo» no suena tan raro como «Mi padre era amigo suyo antes de morirse, hace más de una década».

–¿Me puede decir su nombre? –pregunta la recepcionista.

–Mi nombre...

–Sí.

–Justin Jackson.

–Un momento, señor Jackson.

Huy. La recepcionista va a... ¿De verdad me va a pasar con Charlie? ¿Desde cuándo los médicos tienen tiempo disponible?

–Hola, Justin –dice Charlie.

–Hola –respondo.

La cabeza me da vueltas, así que decido pasar directamente a la disculpa.

–Siento haber salido corriendo el sábado.

–No te preocupes. ¿Va todo bien?

–Sí, se me fue la hora.

–Suele pasar. Yo hoy casi olvido que tenía un paciente a las ocho y media.

Nos quedamos en silencio.

Lo único razonable es continuar donde lo dejé.

—¿Sigues interesado en el anuncio de página completa? —pregunto.

—Por supuesto.

—Puedo pasarme para hablar de los detalles, si quieres.

—Me parece bien, pero es un buen trecho en coche. ¿No prefieres hablarlo por teléfono o por correo electrónico?

Recuerdo su cálido estudio, el pelaje mullido de Bob y los amables ojos de Brian y Charlie.

—No me importa. ¿Estás libre esta noche? Tengo que ir a Traverse, de todos modos —miento.

—De acuerdo, nos vemos esta noche.

Cuando llegamos a casa después de las clases, le pregunto a Bree si me presta el coche y le prometo que llenaré el depósito. Ella dice que sí.

—¿Le vas a preguntar a Charlie por mi madre? —me pregunta, entregándome las llaves.

Se acerca a la cocina y levanta la tapa de una olla de cocción lenta para comprobar cómo va la carne guisada con col de Clare.

—Seguro que estuvieron liados antes de que saliera del armario, o algo así. ¡Sería épico!

—¡No lo abras, que se va el calor! —la regaña Clare desde el sofá mientras ve un episodio de *Niquelao!*

Bree pone los ojos en blanco, pero obedece y cierra la olla.

—No —respondo.

—¿Por qué no?

Le pido que baje la voz; la señora Brandstone podría estar cotilleando detrás de la esquina del pasillo. De hecho, doy por sentado que lo está haciendo.

—Porque, como ya te he dicho unas cien veces —susurro—, se supone que no sabemos que el anuario es de tu madre, así que...

—Ya, ya, lo pillo. ¿Pero por qué vas a volver allí? ¿Quieres ver otra vez al tío bueno de los tatuajes? ¿Cómo se llamaba? Brian, ¿no?

La pregunta me pillaba desprevenido.

—Ya: quieres saber más sobre tu padre —responde por mí, y echa otro vistazo a la carne sin que se dé cuenta Clare—. Yo también querría enterarme de más cosas, si fuera tú. Lo entiendo. Vuelve a una hora razonable, Justin Jackson.

—Vale, mamá.

—¡Bree! —grita Clare—. ¡Que no levantes la tapa!

Una hora (y tres episodios de un pódcast de teorías sobre Marvel) más tarde, aparco frente a la casa de Charlie. Bob sale despedido a saludarme, como si yo fuera su humano perdido y volviera de la guerra.

—¡Robert, tranquilo! —grita Charlie desde el porche. Hoy lleva un traje azul claro con una corbata marrón: el doctor Washington sabe vestir—. Me alegro de verte, Justin. Pasa, pasa.

Bob y yo atravesamos el camino asfaltado y entramos en la casa. El día está nublado y el vestíbulo tiene un aspecto más frío y triste que la última vez, pero Charlie lo ha compensado

encendiendo velas y poniendo música: una acogedora melodía de piano que sospecho que suena en toda la casa gracias al sistema de sonido. A juzgar por el olor, en la cocina se está haciendo algo delicioso.

—Brian dejó hecho un estofado de carne antes de irse a trabajar —comenta Charlie, leyéndome la mente—. ¿Quieres que te ponga un poco?

—No hace falta, gracias. ¿En qué trabaja Brian?

—Es el dueño de Traverse Tats, en la calle Front.

—¿Tats de... tatuajes?

Charlie se ríe.

—Sí. Le pega, ¿eh?

Asiento, recordando sus pantorrillas y sus musculosos antebrazos cubiertos de tinta.

—¡No le caben más tatuajes! —continúa Charlie—. Es un adicto... Termina uno y ya está pensando cuál será el siguiente.

—¿Y cuál va a hacerse?

—Un cactus detrás de la rodilla —Charlie pone los ojos en blanco, sonriendo—. Si le hace feliz, a mí me parece bien.

Me quito los zapatos y el abrigo —me he cambiado de camiseta para evitar preguntas raras sobre el significado de «GAY X ALI» y de «DÍAS QUE QUEDAN: 12»— y sigo a Charlie al interior de la casa. Llegamos a la cocina, con Bob jadeando a mi lado, y me sorprendo al ver que es aún más agradable de lo que esperaba.

Sobre el fregadero hay una enorme ventana con vistas al lago, como si estuviéramos flotando en un crucero. Una docena de ollas y sartenes de cobre cuelgan sobre la enorme cocina, y las paredes están cubiertas de alacenas blancas y estanterías. En el centro hay una isla de granito dos veces más grande que la de los Brandstone, con objetos que muestran el contraste entre las vidas de Charlie y Brian: un grueso libro de medicina junto a bocetos de tatuajes, varias corbatas de colores con lápices de grafito al lado...

—Perdona el desorden —se excusa Charlie, apartando las cosas para hacer sitio. Me mira y se da cuenta de que estoy mirando la nevera, que está cubierta de dibujos coloreados con ceras—. Brian cree que su sobrina es la próxima Georgia O’Keeffe.

Asiento, aunque solo esté un ochenta por ciento seguro de quién es esa señora.

—Ah, creía que eran de Brian.

Suelta una carcajada.

—Brian dibuja sobre gente, no sobre papel. ¿Seguro que no quieres un poco de estofado?

—No, gracias.

—Como quieras —Charlie se sirve un cuenco y parte un trozo de una hogaza crujiente antes de sentarse a mi lado en la isla—. He sacado esto del sótano —dice, poniendo en la encimera una caja de zapatos en la que no había reparado.

La abro y veo que está llena de fotos antiguas.

—¿Crees que podría usar algunas de estas en el anuncio, junto a la foto que me enseñaste? —

pregunta—. Al fin y al cabo, voy a contar con una página completa.

—Por supuesto —acerco la caja—. ¿Puedo echar una ojeada?

Hay fotos de Charlie de bebé y de sus clases de primaria, instantáneas de su familia... Casi todas están curvadas, descoloridas y con los bordes dañados. A Charlie le encantaba el tenis, como puedo observar por una serie de retratos ordenados cronológicamente en los que aparece con sus raquetas. Su cabello entrecano antes era totalmente negro, cosa que, no sé por qué, me hace gracia. Por suerte, no se da cuenta.

—¿Se siguen celebrando las Ram Ragers en el instituto? —pregunta, contemplando una foto con una sonrisa. Al ver mi cara de perplejidad, se explica—: Eran unas fiestas enormes en las que encendíamos hogueras junto al campo de fútbol.

—Creo que no.

—Qué pena; eran muy divertidas. Por cierto, ¿aún se hace el día del pollo en la cafetería?

—¿El día del pollo?

—¿Ya no sirven nuggets de pollo todos los viernes?

Niego con la cabeza.

—Qué lástima —saca más fotos y las esparce por la isla, cuidando de apartarlas de su cuenco de guisado. Sus ojos brillan en un curioso trance de nostalgia.

No sé muy bien qué decir mientras él revive su pasado, así que abro el portátil y me conecto a Memories.

—¿Quieres que te haga un boceto de cómo podría ser tu página, a partir de una de nuestras plantillas?

—Claro —dice, partiendo un poco de pan, sin apartar la vista de las fotos—. Guau, Melissa Johnson ha cambiado muchísimo...

—¿Quién?

—Lo siento, nadie que conozcas —murmura, masticando a dos carrillos—. Una antigua compañera de clase. Creo que se mudó a Cincinnati.

Me echa un vistazo.

No tengo ni idea de la cara que estoy poniendo, pero Charlie parece comprender que estoy un poco hasta arriba de su entusiasmo por los viejos tiempos.

—¿Sabes qué? En realidad, el instituto era un asco —se rasca el mentón, con una sombra de barba—. Ahora es fácil recordar esos años con cariño, pero fueron terribles mientras los viví.

Sonrío, trasteando en Memories por hacer algo.

—Ese es el peligro de la nostalgia —continúa, sirviéndose más guiso—: te lleva a recrearte en un pasado idealizado que, en realidad, nunca existió.

La cocina se queda en silencio, salvo por la música de piano que sale de un altavoz en el techo y por los gemidos de Bob, que pide estofado de carne. Es tan pesado como Thelma.

—En fin —Charlie rodea la isla para situarse a mi lado y se coloca las gafas en la punta de la nariz—. ¿Cómo es la plantilla?

—Puedes incluir fotos aquí —digo, señalando las cajas vacías— y, si quieres, puedes escribir un mensaje aquí.

–Genial.

–Pero es solo una plantilla; podemos personalizarla como quieras.

–Me encantaría que Brian estuviera aquí –dice. Examina la pantalla con los ojos entornados, confuso, y noto que se le marcan las patas de gallo–. A él se le dan mejor las cosas creativas; yo solo soy un médico aburrido que se dedica a curar la piel de la gente.

Curar la piel de la gente... Claro. En realidad, yo ya sabía que un dermatólogo era un médico especializado en la piel. No sé por qué no había pensado en eso hasta ahora.

Me pregunto si podría pedirle que le echara un vistazo a Marte. No ahora, pero sí en algún momento.

Pero, para eso, tendría que superar el miedo que me produce quitarme la camiseta en cualquier lugar que no sea el baño. Y, si llegara a ser su paciente, quizá tendría que revelarle mi verdadera identidad: imposible usar nombres falsos con un seguro médico.

Aun así, la idea me tienta; recuerdo bien que, cuando era pequeño, el dermatólogo de la clínica gratuita le comentó a mi madre que había tratamientos para suavizar o cubrir las cicatrices. No sé si se referiría a algo quirúrgico, a pomadas especiales o qué; solo sé que no entraba dentro de nuestro presupuesto. Pero lo mismo Charlie podría darme algún consejo...

Estoy a punto de sacar el tema cuando una de las fotos me llama la atención. Es una polaroid en la que sale mi padre.

Me tenso.

–¿Dónde hiciste esa foto? –le pregunto.

–¿Esta? –Charlie la arrastra hacia mí con la punta del dedo–. Creo que fue en... –sube la vista al techo, pensando–. Chicago, a principios de los años dos mil. Creo que debía de tener... veintitrés o veinticuatro años.

Es una foto de grupo. Mi padre, rodeado de gente, sonríe con aspecto feliz. No parece la felicidad falsa que muestra todo el mundo al posar ante una cámara, sino una felicidad auténtica, libre, que nunca he visto en las pocas fotos familiares que guarda mi madre. Parece una persona distinta.

Y lleva una camiseta con un arcoíris.

–¿Ibas mucho a Chicago de joven?

–Viví allí: hice la carrera de Medicina en Evanston. Estaba deseando escapar de Rock Ledge.

–No sabes lo bien que te entiendo –digo–. Bueno..., obviamente, sí que lo sabes.

Se ríe.

–Este el mismo chico con el que estás en la foto del anuario –comento con aire indiferente, confiando en que mis dotes de actuación estén a la altura de las circunstancias–. Henry, ¿verdad?

–Ah, sí, Henry –levanta la foto para mirarla de cerca–. Él sí que quería escapar de Rock Ledge...

–¿Y eso?

–Henry siempre quiso marcharse, pero no pudo. Se casó cuando aún era muy joven.

Asiento, fingiendo que lo que oigo es la historia de un desconocido y no la convencional historia de amor de mis padres. Esto es rarísimo: me parece irreal estar aquí sentado, haciéndome

pasar por un tal Justin Jackson, negociando un anuncio a página completa que ni siquiera sé si podré meter en el anuario y escuchando historias de la juventud de mi padre contadas por su mejor amigo, que no tiene ni idea de quién soy.

—Sin embargo, le encantaba venir a visitarme en Chicago —prosigue Charlie—; siempre nos lo pasábamos en grande. Henry era un gran amigo... Le echo de menos —deja la foto y escoge otra en la que aparece tocando el saxofón, con el uniforme de la banda del instituto—. En fin... ¿Qué tal esta de la clase de música? Creo que me la hicieron en primero. Salgo con pinta de inadaptado... Pero tampoco tiene nada de malo asumir tu faceta Steve Urkel, ¿verdad?

—Claro —asiento, mientras intento ubicar al tal Steve Urkel. Vuelvo a mirar el ordenador, sintiéndome un poco más cercano al padre que estoy empezando a conocer—. Creo que esa foto quedaría genial.

Henry Baker quería escapar. A su manera, mi padre también era un marginado en Rock Ledge.



DIEZ DÍAS

El miércoles, en el instituto parece calar la idea de que los cuatro vamos en serio. Al fin y al cabo, Marshall, Bree, Ali y yo llevamos puestas nuestras camisetas gays desde hace ya tres días.

Y aún nos quedan otros diez.

Por dejar las cosas claras, no tengo ni idea de qué pasará cuando el contador –o más bien nuestras camisetas– llegue a cero. Algunos compañeros de Anuario piensan que hemos planeado algo gordo para la fiesta playera. Los pobres pueden esperar sentados...

–Pero, entonces, ¿vas a invitar a Ali al baile? –me susurra Marshall al oído cuando salimos de Trigonometría.

Ali va detrás de nosotros. Nuestras camisetas siguen atrayendo sonrisas, pulgares hacia arriba y miradas curiosas, y Ali está demasiado distraído por toda esa atención como para darse cuenta de que estamos hablando de él.

–No –respondo, con cara de «ya deberías saberlo»–. Bueno... Lo más seguro es que no. No creo.

–Pero...

–Ese no es el objetivo de las camisetas.

–Cierto.

–El objetivo de las camisetas es darle en las narices a Cliff.

–Eso es.

–No pienso permitir que un imbécil me arruine la vida.

–Exactamente.

–Pero... ¿crees que debería pedírselo a Ali?

En el fondo, tengo clara la respuesta: no. Ya he superado lo de Ali.

Pero, por otro lado, me da la impresión de que eso es lo que espera todo el mundo que haga después del lío del boletín. Es como si todos nos apoyaran en plan «parejita imposible de comedia romántica con final feliz». Cada vez me da más la impresión de que todo esto se nos está yendo de las manos.

–¿Quieres mi opinión sincera? –pregunta Marshall.

Al ver que asiento, gira la cabeza para comprobar que Ali sigue despistado y luego se inclina hacia mí.

–Mira, Sky –me dice–: te mereces ir al baile con alguien que te vea como tú veías a Ali –se encoge de hombros–. Y creo que Ali... no es esa persona –añade con tono apagado–. Lo siento.

Cliff y sus amigotes vuelven a ignorarme en clase de Salud.

Ni siquiera me ha mirado a los ojos mientras repartía los trabajos corregidos por la señora Diamond, el muy cobarde. Y, la verdad..., me encanta. Creo que lo que más me gusta de estas camisetas es que me hacen transparente para él y su pandilla. Es como una capa de invisibilidad para los imbéciles racistas, o algo así.

Es obvio por qué no se atreve a enfrentarse a mí: como dijo Bree el lunes, ahora todo el mundo está de mi lado. Y Cliff nunca se mete en batallas que sabe que no va a ganar.

Y esta vez, no puede hacerlo.

Lo único que empaña mi buen humor en esa clase es que me entero de que Carolyn sigue enferma. Lo que dijo Bree de ir a visitarla en su lecho de muerte para preguntarle por la fiesta de Ali cada vez me tienta más...

Me paso la hora de comer haciendo un examen del profesor Kam (no lo hice durante la semana que falté y me ha tocado recuperarlo). Llego un poco tarde a Anuario y, al entrar en el aula, me doy cuenta enseguida de que ha pasado algo. Todos están apiñados alrededor de Bree.

Ali se vuelve hacia mí con cara rara.

–Bro, tenemos un problema.

Me cuelo entre mis compañeros para averiguar lo que está pasando.

–¿Lo has visto? –pregunta Bree, claramente mosqueada.

–¿El qué?

Me entrega su móvil.

Victor Bungle –el insoportable delegado de los últimos cursos, un tipo dominante, pelota y criticón– ha subido una foto a Instagram. La foto en sí es relativamente normal (bueno, normal para los estándares de Bungle): está de pie en el campo de fútbol, con una camiseta de los Rock Ledge Rams y una sonrisa falsa llena de dientes. Parece una foto de banco de imágenes.

–¿Y? –pregunto–. ¿Me estoy perdiendo algo?

–Lee el texto.

Me desplazo hacia abajo.

Atención, compañeros del último curso:

Esta semana ha ocurrido algo que está creando mucha polémica y, como representante de los alumnos, querría tratar el tema.

Como muchos sabéis, algunos estudiantes están llevando al instituto unas controvertidas camisetas que proclaman que «están gays» por otras personas. Lo que empezó como una broma pesada en el boletín semanal del anuario ha evolucionado hasta convertirse en un incidente aún más desagradable. Y este ambiente enrarecido ha empezado a envenenar la alegría que debería reinar en nuestro último año, cuando están a la vuelta de la esquina la

fiesta playera y el baile de la promoción.

Como delegado de alumnos, creo que es importante dejar claro que no apruebo las camisetas de esas cuatro personas.

Para que no queden dudas, debo afirmar que apoyo sin dudas a la comunidad gay. El incidente del boletín fue muy desafortunado. Sin embargo, quiero hacer un llamamiento a los cuatro estudiantes que están tratando de responder a ese contratiempo con sus camisetas: ¿de verdad tenéis que alardear de vuestra orientación sexual delante de todo el mundo?

Si yo no me pavoneo diciendo que soy «heterosexual por Fulanito», ¿por qué tenéis que recordarnos vosotros continuamente que sois «gays por Menganito»?

Ya basta.

Sinceramente, espero que esta tontería de las camisetas se acabe de una vez, para que TODOS los estudiantes del último curso –homosexuales, heterosexuales y otros– podamos finalizar el instituto como orgullosos alumnos de Rock Ledge, felices y sin montar dramas.

Atentamente,

V-Bungle

Me quedo embobado mirando la pantalla, preguntándome si debería reírme o enfurecerme por la estupidez que acabo de leer.

–Menudo pedazo de...

–Baker, educación –advierde Winter desde detrás de su escritorio.

–¿Educación? Acaba de mearnos encima con su estúpido post –declaro, mirando a todos los demás–. ¿«No apruebo sus camisetas»? ¿Quién se cree que es? ¿Un congresista?

–Por ahí van los tiros –ironiza Marshall, sentándose en su silla y suspirando–. Es Victor Bungle. Es un...

–Jones, educación tú también –le corta Winter.

–¿Has visto los comentarios? –me pregunta Bree, con los dientes apretados.

Les echo un vistazo. Joder.

–Mucha gente se lo está tragando.

–No te calientes –dice Erica Pott, encogiéndose de hombros–. ¿A quién le importa? No es más que un post de Instagram.

–A mí me importa, por ejemplo –interviene Christina–. He mirado los comentarios, y la mayoría de la gente que lo apoya ni siquiera estudia aquí. Además, lo curioso es que hay muchos padres.

–¿Padres? –chilla Bree, congestionada–. ¿Qué demonios les pasa a estos padres?

–¿Y no hay nadie que se cabree por cómo quita importancia al hackeo del boletín? –dice Marshall poniéndose en pie. Los ánimos empiezan a calentarse: parecemos una turba furiosa a punto de armarnos con antorchas y rastrillos–. Lo llama «broma pesada». ¿Ahora resulta que solo fue una broma? ¡Flipó!

–Fue un acto de acoso racista y homofóbico –dice Ali–. Eso es lo que fue.

–Exacto –Marshall le señala y asiente–. Como delegado del curso, debería estar más indignado

por el hackeo que por nuestras camisetas. ¡Ese es el verdadero problema!

–¿Y bien? –pregunta Bree, mirando a su alrededor–. ¿Qué hacemos?

–¿Denunciarlo a Instagram? –sugiere Dustin.

–Pero es que no es acoso acoso.

–¿Y si se lo contamos al director? –pregunta Christina–. ¿Creéis que haría algo?

–Lo dudo.

–Un momento –Bree reflexiona, metiendo y sacando la punta del boli sin parar. Tiene la misma mirada que se le puso en mi habitación, cuando descubrimos quién había sacado la foto del muro–. El curso se acaba ya y todavía nos queda dinero en la cuenta de la clase... –todos nos quedamos en silencio y miramos a Winter, que levanta la vista del ordenador y da un mordisco a la zanahoria que tiene en la mano.

–¿Y?

–Y creo que nos queda suficiente para vestir con camisetas blancas a una clase de veinticinco alumnos durante nueve días.

Winter vuelve a mirar la pantalla, pero sus labios dibujan una sonrisa que se esfuerza por ocultar.

–La decisión es tuya, redactora jefa –dice.



DIEZ DÍAS

Hoy, Bree se tiene que quedar un rato después de que acaben las clases para terminar unas cosas del anuario. En estos casos, suelo pedirle a Marshall que me lleve a casa de los Brandstone; otras veces, si él tiene atletismo, hace buen tiempo y tengo una nueva lista de reproducción que oír, vuelvo andando. Pero hoy, curiosamente, no me importa quedarme en el instituto después de que suene el timbre.

Desde luego, es la primera vez que me pasa.

Pillo un refresco de la máquina expendedora del gimnasio y voy hasta el coche de Bree. Me apoyo en el capó tan tranquilo, porque hace buen tiempo y no tengo las endorfinas por los suelos. Se me acerca un grupo de gente para hablar de las camisetas de GAY X ALI y de la odiosa publicación de Victor Bungle, que se hizo viral en el instituto en cuestión de horas.

–Su post fue absurdo, Sky.

–¡Yo estoy con vosotros, Baker!

–Victor es imbécil.

–Sigue con lo de las camisetas, tío. Me encantan.

–Me han dicho que todos los de Anuario vais a ponerlos las camisetas. ¿Va en serio?

Vale: yo sigo siendo yo. Este es mi pueblo. Pero, no sé cómo, mi vida no es la misma. No puede serlo. Varios chavales populares de los equipos deportivos, que hace nada no sabían ni cómo me llamaba, se acercan para decirme que me apoyan. Decenas de alumnos de primero me felicitan por las camisetas, tan nerviosos como si yo fuera una celebridad.

¿Este yo? ¿Esta es mi vida? No. Imposible.

Esto es una locura.

–Hola, Sky –me saluda Teddy, acercándose al coche de Bree.

Mariposas.

No, no, no. ¡No puedo sentir mariposas!

Lo lógico sería pensar que, después de mi obsesión con Ali, he aprendido la lección: no es buena idea colarse por chicos heteros no disponibles. Pero, a juzgar por el hormigueo que siento en la boca del estómago, no he aprendido nada de nada.

Teddy lleva pantalones cortos y una camiseta del equipo de atletismo, tan ajustada que revela todos sus músculos. Supongo que no había ninguna lo bastante grande para él...

–¿Cómo va todo? –me pregunta.

–Genial –respondo. Me siento en el capó y levanto la mano para protegerme los ojos del sol–. Marshall ya se ha ido a entrenar.

–Lo sé –asiente, apoyándose en la puerta del lado del pasajero.

¿Ha venido hasta aquí para hablar conmigo? ¿Solo conmigo?

–Ah, vale, guay –digo, aclarándome la garganta para sonar un poco menos gay (lo cual, pensándolo bien, es ridículo, porque mi camiseta dice literalmente que me gusta un tío). Doy un trago al refresco–. Dime...

–Cuando íbamos al cine el otro día, dijiste que te gustaba mucho *A todos los chicos de los que me enamoré*, ¿verdad?

La pregunta me descoloca, y me tenso un poco.

–Sí...

Esboza una sonrisa, saca el móvil y toca la pantalla.

–Vi esto y me acordé de ti –me lo enseña.

Es una cuenta de Twitter llamada *Fuera de contexto: A todos los chicos de los que me enamoré*.

Y esta vez, a diferencia del día en que fuimos al cine, soy incapaz de controlar la emoción. Suelto un chillido y casi me ahogo con la Coca-Cola.

–¡Ya ves! –le arrebato el teléfono de las manos, riéndome–. La vi hace unos meses y casi me da algo.

La premisa de la cuenta es bastante tonta, para ser sinceros: no son más que capturas de la película, convertidas en memes que resultan hilarantes al verlos fuera de contexto. Es el tipo de tonterías que le mando todo el tiempo a Bree por privado; básicamente, es nuestra forma de comunicarnos.

Me deja a cuadros que a Teddy, tan deportista y tan machote, le haga gracia esto.

–Con este me parto –se ríe y me señala un meme que combina una cita de Peter Kavinsky con una foto de Baby Yoda.

Resoplo de risa y me tapo la boca con la mano, notando que se me suben los colores.

–Tienes que ver la secuela –dice Teddy–. Te lo digo en serio.

–¿Sí? –respondo, como si no lo hubiera visto ya tres veces–. ¿Está bien?

–Muy bien –guarda el móvil y se ajusta las correas de la mochila–. Bueno, tengo que irme corriendo a entrenar.

–Y luego seguirás corriendo en el entrenamiento –respondo, tratado de bromear (y fracasando estrepitosamente).

–¿Cómo?

–Nada, nada –sacudo la cabeza.

Se ríe.

–Luego te veo, tío.

–Adiós.

Se va trotando hacia la pista de atletismo, mientras las mariposas de mi estómago hacen

piruetas.

¿Teddy es fan de *A todos los chicos de los que me enamoré*? Acaba de subir aproximadamente un diez mil por ciento en mi escala.

El aparcamiento acaba por vaciarse. Después de coger del asiento trasero una sudadera con capucha de Bree, vuelvo a sentarme en el capó del coche y me quedo mirando las nubes blancas que se deslizan sobre mí. Me da la impresión de que casi puedo tocarlas.

Hace solo unos días, estaba encerrado en el sótano de los Brandstone y me negaba a moverme de ahí. Creía que mi vida estaba arruinada... o, al menos, que lo estaba mi último curso en el instituto. Me sentía incapaz de volver a clase, mirar a Ali a la cara y abrirme más con Marshall. Y ahora, he hecho todo eso. Todo.

Y me siento... bien.

No estoy muy seguro de creer en Dios ni en la vida después de la muerte, así que no sé por qué estoy pensando en el cliché hollywoodiense del padre muerto que mira orgulloso a su hijo desde el cielo, o que le echa un cable para sacarlo de un aprieto. Sí, es ridículo estar pensando en estas cosas, pero... Pero, de algún modo, es como si sintiera su presencia. Es muy raro. En el fondo, lo que pasa es que le echo de menos, por extraño que sea echar de menos a alguien que ni siquiera conoces. Supongo que echo de menos al padre que estoy conociendo a través de Charlie.

—¿De ahí te viene el nombre?

Me levanto de golpe, con la mano en el pecho. Qué susto...

El que ha hablado es Dan, de pie junto al coche. Me mira, con los ojos entornados por la luz del sol.

—Perdona —dice, encogiéndose como si le diera corte hablar conmigo—. No pretendía asustarte.

—No pasa nada —respondo, y me paso las manos por el pelo mientras respiro hondo para tranquilizarme—. ¿Qué decías?

—Que si de ahí te viene el nombre de Sky. ¿Es por el cielo, literal?

—Pues... —subo la vista otra vez. Las nubes ya se han desintegrado—. No tengo ni idea, la verdad. Me dijeron que me lo puso mi padre.

Asiente sin decir nada.

—Bree está con el anuario, pero no creo que tarde mucho en venir —comento, dando por sentado que está ahí por ella.

—Sí, ya lo sé.

¿Qué narices pasa hoy? ¿Por qué quieren hablar conmigo los amigos de Marshall y también los de Bree?

El silencio cada vez es más incómodo.

—Bueno... —continúo—. ¿Cómo te va todo?

—Bien. ¿Y a ti?

—Bien, bastante bien.

Más silencio, aún más incómodo. Empieza a ser insoportable.

—¿Querías algo...? —pregunto.

—Estaba pensando... fundar... GLOW —farfulla, tan deprisa que apenas le entiendo.

–¿Eh?

–Perdona otra vez –oculta la cara entre las manos, abrumado, y me doy cuenta de que está nerviosísimo–. Lo he soltado sin pensar. Quería preguntarte si te interesaría fundar una asociación GLOW aquí, en el instituto.

–¿Qué es eso de GLOW?

–Gay, Lesbian Or Whatever.

–¿Qué?

–Gay, lesbiana o lo que sea. GLOW.

–Ya –nunca había oído hablar de eso.

–Es una asociación para estudiantes LGBTQ. Es como la Alianza Gay-Heterosexual, pero con menos énfasis en lo hetero.

Ah. Lo que Dan me está diciendo es que es gay.

–Me siento muy honrado –me río–. Por supuesto que te ayudaré a poner en marcha la asociación. Suena genial. Ah, y bienvenido al club gay..., bueno, al club abiertamente gay.

Se muerde el labio.

–La verdad es que no soy gay. Me gustan las chicas.

–Ah, vale. ¿Eres bi?

–No, solo me gustan las chicas. Soy un chico trans.

Guau. Te acabas de cubrir de gloria, Sky.

–Perdona –digo, cohibido–. Ahora mismo me siento como un perfecto imbécil.

–No pasa nada –esboza una sonrisa y noto cómo se relaja–. Puedes seguir usando los pronombres masculinos, ¿vale?

–Entendido –me acerco para dejarle espacio en el capó–. Gracias por decírmelo. Me alegro de que me lo hayas contado.

Aun así, me sigo sintiendo como un perfecto imbécil.

¿Cómo era esa frase que decía siempre mi madre? «Los prejuicios son un mal vicio», o algo así. Desde luego, ahora mismo me siento fatal por haber supuesto que Dan era gay como yo, a pesar de que no lo conocía en absoluto. Creo que era porque siempre lo veía retraído, como si tuviera un poco de miedo; me recordaba a mí mismo cuando noto que camino moviendo las caderas, cuando intento sonar más hetero o cuando corrijo la forma en la que llevo los libros para parecer más masculino. Está claro que los dos nos esforzamos por reprimir lo que nos hace diferentes, pero no debería haber supuesto que nuestra diferencia era la misma.

–¿Se lo has contado a alguien más? –le pregunto.

–Bueno, a ver... Técnicamente estoy fuera del armario, pero todo el mundo supone que soy cis –me explica, sentándose a mi lado en el capó. Se baja la capucha, y el sol ilumina sus mejillas aceitunadas y su barbilla–. Salí del armario en el instituto al que iba antes, pero fue horrible. Al final, no lo aguantaba más y me largué.

–Lo siento –le digo–. La gente es un asco.

–Muy cierto.

–Así que ahora quieres empezar de cero en Rock Ledge, ¿no?

—Más o menos... La idea es esa, sí —hace una pausa—. Es como que... A ver, mola que me vean como un tío, que es lo que realmente soy; pero nadie sabe que soy trans, así que al final es como si hubiera cambiado un armario por otro, ¿entiendes? La gente me sigue mirando raro, como si no se aclararan conmigo. Creo que me ven como «ese chico nuevo que guarda un secreto» —se encoge de hombros.

Las últimas frases de Dan me han descrito a mí, literal. Y me siento fatal.

Marshall y yo especulamos sobre su sexualidad aquel día en el LMEP, y le juzgamos por no saludarnos. Desde luego, yo supuse un montón de cosas sobre Dan, sin molestarme en esperar a que él mismo me contara su historia. Ojalá pudiera volver a enero para apoyarle de verdad desde el principio.

—Bueno... —digo, esforzándome por encontrar las palabras adecuadas—. Creo que no tienes por qué dar explicaciones a nadie. Si te apetece decirle a alguien que eres trans, hazlo, y si no, no. Al final, es cosa tuya y de nadie más.

—Ah, vale. Dime, ¿tienes mucha experiencia saliendo del armario como trans?

—¡No! Solo intentaba...

—Sky, lo sé —esboza una sonrisa—. Te estaba tomando el pelo.

Cruza los pies y tira de los cordones de su capucha. Noto el olor de su colonia; me recuerda al pomelo. Deja escapar un suspiro casi inaudible. Espero que se haya librado de parte de la carga que lo agobia desde que se mudó a Rock Ledge.

—¿Lo sabe Bree? —le pregunto.

—Sí —dice—. Pero no lo sabe nadie más. Porfa, no lo cuentes... Al menos, de momento.

Hago el gesto de cerrarme los labios con una cremallera.

Nos quedamos ahí sentados un rato, disfrutando de la brisa, del gorjeo de los pájaros y de este cielo que me hace sentir diminuto. Me gustaría hacerle un montón de preguntas, porque nunca he conocido a ninguna persona abiertamente trans. Joder, si apenas conozco a gente abiertamente gay... Preguntas como, por ejemplo, cuándo y cómo supo que era trans. Yo nunca tuve un gran momento de epifanía gay, en plan ver a John Boyega en la alfombra roja y pensar: «¡Sí! Esto es lo mío». En mi caso, me fui dando cuenta poco a poco. Me pregunto si sería igual en el caso de Dan, pero no es el momento de cotillear.

—Por cierto, esas camisetas que lleváis todos son geniales —dice, rompiendo el silencio—. Y solo quedan diez días para la fiesta playera, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y en serio le vas a pedir salir a Ali? ¿No es hetero?

Antes de que pueda responderle, la puerta del instituto se abre con un chirrido y aparece Bree, cargada de bolsas y libros. Nos ve juntos y se acerca con una gran sonrisa.

—Se lo he dicho —le informa Dan cuando se acerca, y noto el alivio en su voz.

En la cara de Bree aparece una expresión de auténtica euforia.

—¡Sí! —lanza los libros encima del capó (resbalan de inmediato y caen al asfalto) y le da un abrazo a Dan—. ¿Te sientes mejor?

—Mucho mejor —asiente Dan, todavía un poco sonrojado.

Bree se sube al capó entre los dos y me mira de reojo.

—Ya te dije que Sky era buena gente —dice, y a mí se me estruja un poquito el corazón.

No siempre he sido buena gente. Especialmente, hacia Dan. Pero me esforzaré por hacerlo mejor.

Los tres nos quedamos sentados un rato, tomando el sol por primera vez este año y disfrutando de la libertad del aparcamiento vacío. Bree se dedica a recapitular todo lo que sabemos sobre el hackeo del boletín: que tuvo que ser Rence Bloomington el que sacó la foto del muro de las promposiciones y después se la pasó a Cliff; que toda la clase de Anuario va a ir con camisetas gays en señal de apoyo después del odioso post de Victor Bungle, y que Cliff y sus amigos nos han ignorado durante toda la semana, lo cual, para ser sincero, está siendo lo mejor de todo esto.

Dan la escucha con aspecto entusiasmado, tratando de no perderse en la metralleta de palabras que es Bree. Llego a la conclusión de que me cae bien.

Me cae muy bien.

Porque, si ser gay en este pueblucho es como correr un maratón, ser trans debe de ser como terminar uno de esos triatlones en los que corres cuarenta kilómetros antes de montar en bici y nadar otro millón más.

Dan es duro. Es el ejemplo perfecto de dureza. Y yo aprecio la dureza.



NUEVE DÍAS

Tras un día de preparativos y compra de material, los alumnos de la clase de Anuario hemos tomado posesión del sótano de los Brandstone con un puñado de rotuladores, montones de camisetas blancas –compradas al por mayor con los fondos sobrantes del anuario– y mucha, pero que mucha purpurina. Quintales de purpurina. Thelma va a estar días esparciendo purpurina allá por donde pase, como un angelito de cuatro patas.

Salvo un rincón en el que se apilan materiales de construcción, el sótano está prácticamente vacío. No hay muebles ni cajas, así que es un lugar perfecto para que veinte adolescentes desplieguen sus habilidades artísticas. A los padres de Bree no parece importarles lo más mínimo; o eso o son muy buenos actores, lo que parece más probable.

–Muchas gracias otra vez –les dice Winter a los señores Brandstone, que están al pie de la escalera del sótano–. Íbamos a hacer esto en el aula, pero Bree invitó a toda la clase antes de que yo me enterase.

–Sí –suspira el padre de Bree y da un sorbo a su cerveza–. Muy propio de ella.

Winter ha comprado bocadillos gigantes, patatas fritas y refrescos para todos. Dustin ha conectado su Spotify a los altavoces, y aquí y allá hay gente que baila y canta. Petey y Ray no dejan de asomarse a las escaleras –les intriga el enjambre de estudiantes de secundaria que ha tomado posesión de su sótano, pero les da corte bajar– y Clare le ha mandado varios mensajes a Bree para que paremos de hacer ruido (al parecer, está en pleno maratón de programas de cocina).

La puerta de mi habitación está cerrada, por supuesto.

No quiero que se monte un follón con el muro de las promposiciones, aunque ya lo haya visto todo el mundo en el correo electrónico. Tampoco es que me importe que entre alguien, pero no me apetece exhibirlo.

–Espera, ¿por quién vamos a decir que estamos gays? –pregunta Christina, con un rotulador rosa en la mano–. ¿Por Ali? ¿Por Sky? ¿O elijo una chica, ya que yo soy chica?

Bree y yo cruzamos una mirada.

–No sé –Bree se encoge de hombros y se mete una patata frita en la boca–. Por cualquiera que te mole un poco.

Todo el mundo empieza a discutir con quien tiene al lado.

–¿Podemos poner nombres de famosos?

–¿Tiene que ser alguien del insti?

–¿Y si ponemos solo a gente de la clase de Anuario?

–¡O solo alumnos del último curso!

–¡Atención! –los interrumpe Marshall, poniéndose de puntillas–. Escribid lo que os apetezca y nombrad a quien queráis: compañeros, políticos, músicos, chicos, chicas... ¡Lo que sea!

–¡No hay reglas! –exclama Ali, que se pasea con las manos cruzadas a la espalda, mirando el trabajo de la gente como si fuera un crítico de arte–. Podéis decir que estáis gays por alguien... o por algo.

Uf, menos mal.

Porque, aunque sería un subidón ver a todos mis compañeros con camisetas que digan que están gays por mí, el revuelo que despertaría eso durante los ocho días que nos quedan sería brutal. Y para una persona como yo, que en una escala de timidez me pondría un siete sobre diez, eso sería una faena.

Mucha gente se decanta por gente conocida, como Seth Rogen, Michael B. Jordan o Michelle Obama, o por superhéroes como Batman, Tormenta o Iron Man. Algunos eligen a otros compañeros, y estos les corresponden. Hay un par que ha puesto nombres de profesores, cosa que me parece peligrosilla y hasta un poco inapropiada, pero ellos sabrán. Algunos escriben el mismo nombre en todas las camisetas que van a llevar hasta el día de la fiesta, mientras que otros eligen una persona distinta para cada día de la cuenta atrás.

Lo importante es que mis compañeros nos están apoyando a Ali y a mí. Y es increíble. En un momento dado, Ali y yo nos miramos a los ojos y sonreímos, disfrutando de todo el afecto que flota en el aire. Puede que Cliff nos haya jodido vivos, pero nos estamos defendiendo.

Como ya he terminado todas las camisetas que me faltaban (he puesto en todas GAY X ALI) y no tengo nada más que hacer, me dedico a dar vueltas, comer patatas fritas y reírme con Dan de la letruja que tiene la gente. Aunque Dan no venga a clase de Anuario, ha venido para echarnos una mano y aportar ideas.

–Gay por... ¿Joe Jonas, por ejemplo? –le pregunta Tim a Dan, que se queda pensativo.

–Creo que te pega más Nick Jonas.

–¿Sabes qué? –Tim asiente lentamente con la cabeza–. Tienes razón.

¡Ja! Por cosas como esta me cae tan bien Dan.

–Esto es estupendo, Sky –me dice orgullosa la señora Brandstone cuando paso a su lado.

Está con su café descafeinado de la tarde, observando cómo trabaja todo el mundo. Me pregunta algo, pero, en cuanto veo a Teddy bajando las escaleras, dejo de oírla.

¿Sabes cuando has visto a alguien una docena de veces y de pronto tienes la sensación de que lo ves por primera vez? Eso es justo lo que me pasa.

Las mariposas del estómago ya no son mariposas. Tengo una montaña rusa en la tripa.

Teddy se ha puesto un traje beis con una corbata granate; parece como si se hubiera escapado del estreno de una película de DuVernay para venir directo al sótano de los Brandstone. Su mata

de pelo ondulado está peinada hacia atrás con la raya a un lado, en un estilo totalmente distinto al desastre que suele lucir después de los entrenamientos.

No soy el único que se fija.

—¡Madre mía, Teddy! —aúlla Christina desde el otro extremo del sótano.

—¿A quién intentas impresionar? —le pica Dan con una sonrisa.

Se levanta un coro de exclamaciones apreciativas. Ali se acerca para chocarle el puño, Marshall suelta un silbido y el señor Brandstone se pone a aplaudir lentamente, derramando la cerveza. Teddy se pone del color rojo más reventón que he visto nunca en un rostro humano.

—¿Cómo se te ocurrió? —me pregunta la señora Brandstone.

Doy un respingo: por un momento, me había olvidado de que estaba hablando con ella. Aparto rápidamente los ojos de Teddy.

—¿El qué?

—Lo de las camisetas.

—Ah, fue idea de Ali —señalo con la cabeza a mi antiguo crush, que está ayudando a Dustin a escribir «George Stephanopoulos» en su camiseta—. También es idea suya lo de poner «gay por».

—Es ingenioso.

—Sí, mucho.

Con esta semana tan surrealista, casi se me había olvidado que la señora Brandstone es la responsable de esto, en última instancia. De todo, en serio: si no me hubiera dado su anuario, yo nunca habría conocido a Charlie y no habría decidido ser duro, volver al instituto ni vengarme de Cliff. Y, desde luego, jamás habría ido a clase vestido con una camiseta de estas.

Decido que por fin ha llegado el momento de tratar el tema, confesarle que sé que el anuario es suyo y averiguar por qué no fue sincera conmigo desde el principio.

—Tú estudiaste en Rock Ledge, ¿verdad? —le pregunto, dando un paso hacia ella.

—Claro que sí —dice, y da un sorbo a su café—. Parece que fue hace toda una vida... Disfrútalo mientras dure, Sky.

—¿En qué año te graduaste?

Sonríe mientras ve cómo Christina aplica purpurina dorada a una camiseta que pone «GAY X LAS PATATAS FRITAS».

—En mil novecientos noventa y siete, mucho antes de que Bree y tú nacierais.

—Entonces, ¿fuiste al instituto con mi padre?

Eso la hace reaccionar.

Aparta la vista de la camiseta de Christina y se ajusta sus gafas rojas.

—Sí.

—¿Cómo es que nunca hemos hablado de eso?

Toma aire lentamente y lo suelta a la misma velocidad.

—No sabía si te apetecería.

—¿Por qué no?

—No quería hacerte sentir incómodo.

Vale, pues ahora sí que estoy incómodo.

–Lo siento –murmuro. No sé por qué me sale una disculpa; es como si sintiera la necesidad de pedir perdón–. Creo que voy a empezar a hablar más de él.

–No lo hagas por mí...

–Tranquila –digo–. Es que quiero hacerlo.

Me sonrío.

–¿Sabes?, yo...

En ese momento, Marshall me llama desde el otro lado del sótano. Le miro y me vuelvo hacia la madre de Bree.

–Ve –dice ella, haciendo un gesto en dirección a Marshall–. Ya hablaremos más tarde.

Zigzaguo entre un montón de personas tiradas por el suelo hasta llegar junto a Marshall y Bree, que se ciernen sobre Teddy. Está sentado con las piernas cruzadas delante de un montón de camisetas.

–Dile que puede hacerse una camiseta, ¿quieres? –me pide Marshall–. Está empeñado en que nos va a parecer mal.

Miro a Teddy, que aún está colorado por los piropos que le acaban de echar.

–¿Por qué nos iba a parecer mal? –le pregunto.

–No sé... –Teddy mira a su alrededor, con una sonrisa vacilante–. Todos vais a clase de Anuario... Es como meterme donde no me llaman.

–Qué va –me siento delante de él y robo un bocado del sándwich de Bree–. A ver, sé que parecemos una secta, pero cuantos más seamos, mejor. Dan está pensando hacerse una también –le señalo y veo que está riéndose de algo con Dustin.

–Pero, si te pones –interviene Bree, recuperando su sándwich y dándole un mordisco–, te tienes que comprometer, Teddy. No vale con una sola camiseta: tienes que hacerte una para cada día hasta la fiesta playera.

–¿Y eso por qué? –pregunto yo.

–Las reglas son las reglas –se encoge de hombros.

–Bree, acabas de sacarte esa regla de la manga –le suelta Marshall, y ella vuelve a encogerse de hombros.

Un minuto más tarde, Ainsley entra y se queda impresionada ante el espectáculo. Saluda a Ali y le roba un trago de refresco antes de ponerse a esquivar gente para acercarse a nosotros.

–¡Hola a todos! –abrazo a Bree y le da un pico a Marshall–. ¡Esto es increíble! Tenéis montada una fábrica de camisetas, y Ali es el encargado de la planta –se ríe–. El instituto entero lo va a flipar.

–El director Cheeseburger, seguro que sí –añade Bree, sonriendo con picardía.

–¡Dile a Teddy que se haga una! –le pide Marshall a Ainsley–. No se atreve porque dice que es solo para los del anuario.

–Teddy, hazte una camiseta –le anima Ainsley.

–¿Aunque no esté en la clase?

–¡Yo tampoco lo estoy! –replica ella–. Pero admito que estoy un poco gay por Camila Cabello,

y pienso hacerme una camiseta para decirlo a los cuatro vientos.

Marshall y Ainsley se sumergen en su mundo propio, como era de esperar.

—¿Y el traje a qué viene? —le pregunta Bree a Teddy.

Teddy baja la vista, como si se le hubiera olvidado lo que lleva puesto.

—Ah, es que tenía un recital esta noche.

—¿Un recital?

—Toco el piano.

¿Teddy? ¿Músico?

Jamás me hubiera imaginado que fuera pianista. Claro que tampoco esperaba que le gustaran las comedias románticas... Estoy aprendiendo a marchas forzadas lo engañosos que son los estereotipos.

—¿Y cómo ha ido? —pregunta Bree.

—No muy bien —responde Teddy, alicaído.

—Seguro que no te ha salido tan mal, hombre.

—Cuando me pongo nervioso, me sudan mucho las palmas de las manos —admite, enseñándolas y abriendo mucho sus ojos verdes—. Y eso hace que me resbalen los dedos en las teclas.

—Hashtag #MeIdentifico —Bree asiente—. Cada vez que tengo que presentar algo en clase, acabo sudando como un pollo. ¡Es horrible!

—¿Verdad?

Teddy está coqueteando con Bree, creo. Y entre eso y que estoy sentado al lado de Marshall y Ainsley, siento que sobro totalmente, igual que aquel día en la fiesta de Ali. Y esta vez ni siquiera tengo a Franklin para distraerme.

Sin embargo, creo que Thelma anda por aquí. Me levanto para buscarla, pero...

—¿Sky? —me llama Teddy, alisándose la camisa con sus palmas supuestamente sudadas—. ¿Qué tengo que poner, dónde va cada cosa?

Me vuelvo a sentar.

El señor Brandstone llama a Bree porque alguien ha derramado un litro de Sprite y quiere que le ayude a limpiarlo antes de que Louise lo chupe y se ponga mala. Nos quedamos solos Teddy y yo, sentados cara a cara.

De repente, estoy... ¿nervioso? Creo que sí.

Sí, nervioso. Las mariposas atacan de nuevo.

—No es que haya normas —aclaro—. Pero, si quieres hacerlo como los demás, escribe aquí con rotulador negro la cuenta atrás. Si esta es tu camiseta de mañana, tiene que poner: «DÍAS QUE QUEDAN: 8».

—¿Aquí mismo?

—Eso es. Y luego, en el color que elijas...

—Me gusta el naranja.

—En naranja, entonces, escribe en el pecho por quién o qué estás gay.

Entrecierra los ojos y contempla la camiseta, mordiéndose el labio inferior.

–¿Qué puedo poner? –me pregunta, levantando la vista.

Tiene unos ojos tan verdes... Nunca me había fijado en lo mucho que resaltan. Son como si me mirase con dos kiwis partidos por la mitad.

–Pues no sé –miro al resto de la clase–. Vale cualquiera. Mucha gente elige famosos. Cassy puso a Michelle Obama. Dustin puso al señor Zemp por hacer la gracia, porque, bueno, es Dustin. Christina ha puesto que está gay por las patatas fritas.

Se ríe.

–Creo que voy a ir a lo más sencillo. Te voy a poner a ti, el fundador del movimiento gay de Rock Ledge.

–Ah, ¿sí?

–Sí.

Se encorva sobre la camiseta para escribir y me llega el olor de su colonia o de su champú, no sé. Mi corazón late un poco más rápido. Igual que pasa con Dan, el perfume le favorece.

–Ya está –dice, enderezándose de nuevo y mirando el suelo con orgullo.

En el pecho de la camiseta, con letras naranjas brillantes, pone GAY X SKY.

–Perfecto –dice.

–Ajá –asiento–. ¡Ah, una cosa! Yo... Bueno, gracias por mandarme el mensaje cuando pasó... todo, ya sabes –hago un gesto hacia el caos que nos rodea–. El follón del boletín, vaya.

No tenía intención de sacar el tema, pero he sido incapaz de evitarlo.

–Ah –vuelve a ponerse rojo–. Sí, claro.

–Fue un detalle por tu parte.

Sonríe.

Yo también.

–¡Teddy! ¡Sácanos de dudas, que tenemos una apuesta! –grita Ainsley, haciéndole señas para que se acerque–. Marshall dice que hay diez planetas en el sistema solar.

Teddy la mira con sus ojos-kiwis, sonríe y se acerca a ella con su camiseta gay en la mano.

No tengo muy claro qué es lo que acaba de pasar, pero me hace absurdamente feliz comprobar que Teddy no es demasiado hetero para decir que está gay por mí. Aunque solo sea en una camiseta...



NUEVE DÍAS

–¡Mierda! –chilla Christina, y su voz aguda corta la música y las conversaciones como un cuchillo de carnicero.

Todos nos giramos hacia ella, sobresaltados. Empieza a reírse, pero a la vez parece mosqueada.

–¿Qué pasa? –pregunta Ali desde el otro extremo, y ella levanta la camiseta para que leamos lo que pone:

GAY X LAS PATATAS FRÍAS.

El sótano entero estalla en carcajadas.

–Sois lo peor –grita ella, riéndose también.

–¿Quieres que meta tus patatas en la nevera, Christina? –la pincha Dustin.

–Que te den –replica ella, sacando su móvil brillibrilli para hacerle una foto a la cagada de su camiseta.

–¿Te gustan muy frías o más bien del tiempo? –pregunta Ali.

–Vete a la mierda.

Espera. Un segundo.

Ese móvil cubierto de brillantitos...

De pronto, recuerdo que Christina nos enseñó ese mismo móvil el lunes en Trigonometría, para mostrarle a Marshall el problema que tenía con la cuenta de Memories. No podía conectarse... Y eso ocurrió el mismo día del hackeo del boletín.

–¡Christina! –grito, con voz demasiado fuerte.

–¡Uf, Sky! Estoy aquí, no hace falta que grites –resopla mientras me acerco a ella–. Si también quieres reírte de mi camiseta, ponte a la cola –me advierte.

–No, no es eso –bajo la voz–. Oye, ¿te acuerdas del otro día en Trigonometría, cuando nos dijiste que tenías un problema con Memories? No podías iniciar sesión, ¿verdad?

–Ni idea.

Suspiro.

–Piensa, anda. Estábamos trabajando en equipos en la clase de Kam, y te acercaste a Marshall para ver si podía arreglar...

–Ah, sí –asiente–. Sí, pasó una cosa rara.

–¿Qué, exactamente?

–Pues que esa mañana, cuando quise entrar, el sistema me bloqueó. Al final, tuve que crear una nueva contraseña. Decía algo en plan... –se lo piensa–: «Hemos detectado un acceso sospechoso a su cuenta». Algo así.

–¿Te había pasado eso alguna vez?

–Nunca. Fue la primera.

Me inclino hacia ella.

–¿Te das cuenta de que eso pasó el mismo lunes del hackeo?

Se queda boquiabierta.

–¿Estás diciendo...?

–No estoy diciendo nada. Pero es raro, ¿no? –me vuelvo hacia Ainsley y Marshall, que ahora están de lo más empalagoso, con las piernas y los brazos anudados (o algo así)–. ¡Eh, Marshall! –le llamo acercándome a él–. Reunión de emergencia –susurro para que no me oiga nadie más–. Ahora.

Christina, Marshall y yo nos escabullimos a mi dormitorio.

–¡Ahí va, la pared! –dice Christina, mirando mis listas con una carcajada–. Es aún más gloriosa en persona.

–Sí, sí –murmuro, concentrado en abrir mi portátil e iniciar sesión en Memories.

–¡Es un cumplido, Sky! –se sienta a mi lado en el futón y me alborota el pelo–. Es precioso, una auténtica obra de arte.

–Sky, me has interrumpido en plena sesión de mimitos –gruñe Marshall. Cierra la puerta tras de sí y se mete en la boca una patata frita–. ¿Se puede saber de qué va esta reunión de emergencia?

–¿Recuerdas esa mañana en la que no podía entrar en Memories porque había actividad sospechosa? El programa decía que otro equipo se había querido conectar a mi cuenta, o algo así –dice Christina.

–Claro.

–Pues fue el mismo día del hackeo –afirmo.

Marshall deja de masticar patatas.

–Hostia.

–Exacto.

–¿Creéis que es algo importante? –Christina bota en mi futón–. ¿Qué crees que significa, Marshall?

–Actividad sospechosa... –dice, más para sí mismo que para nosotros–. Creo que esa notificación salta en Memories cuando te conectas desde un dispositivo que no utilizas normalmente. Por eso te bloqueó y no podías iniciar sesión. Un segundo... –se le ilumina la cara. Se tira a mi lado, me arrebató el portátil y se lo pone en el regazo–. No puedo creer que se me haya olvidado esto: Memories tiene una especie de registro donde se ve cuándo entran y salen los usuarios de cada equipo –va clicando durante un minuto más o menos hasta que, finalmente, aparece una hoja de cálculo–. ¡Ajá!

–Guau –jadeo, bajando la vista.

–¡No sabía que hubiera algo así en Memories! –exclama Christina, estirando el cuello para mirarlo.

–El programa tiene un montón de prestaciones que no valen para nada; Winter no conoce ni la mitad –dice Marshall–. Pero, de vez en cuando, alguna resulta útil.

Va bajando el cursor para retroceder en el tiempo. Me fijo en que hay un montón de nombres registrados en horario lectivo, especialmente durante la clase de Anuario; los fines de semana, sin embargo, la hoja de inicios de sesión solo muestra a nuestra perfeccionista redactora jefa, la única que trabaja hasta los domingos. Tiene sentido.

Entonces llegamos al fin de semana anterior al hackeo.

–Mira –Marshall señala el sábado después de la fiesta de Ali, cuando fuimos a ver la película de DuVernay y Bree estaba de tan mal humor. Solo aparece un nombre entre el viernes por la noche y el lunes por la mañana.

–«Christina Alpine» –leo.

–¿Qué? –se queda boquiabierta–. ¿Qué cojones?

–La usuaria Christina Alpine se conectó a Memories a las 19:12 –Marshall sube la vista desde la pantalla y la mira.

–Eso es mentira –se incorpora, perpleja–. Chicos, yo jamás me pondría a hacer movidas del anuario un sábado por la tarde. En serio, imposible literalmente. Cero posibilidades.

–¿Qué estabas haciendo ese sábado?

Se lo piensa.

–El día después de la fiesta de Ali... ¡Ah, sí! Estuve con Tana. Quedamos en su casa, horneamos galletas, nos fumamos un porro y vimos *Billy on the Street*.

–¿Estás segura de que no abriste el programa en casa de Tana?

Se ríe.

–¿Lo preguntas en serio? Tío, si casi no curro en el anuario cuando estoy en clase, imagínate mientras me estaba fumando un po... –se queda blanca–. Espera un segundo. Mierda...

–¿Qué pasa?

–Joder, joder...

La puerta chirría y se asoma Bree.

–¡Os encontré! –dice–. ¿Qué hacéis aquí todos?

–¡Cierra la puerta, rápido! –le grita Marshall, haciéndole gestos para que pase.

–Vale, vale, tranquilo –entra y se nos queda mirando–. ¿Qué ha pasado?

Christina se levanta lentamente.

–Cliff Norquest –murmura.

–Lo sabía –mascullo, con un nudo en el estómago.

–Esperad, ¿qué? –Bree nos mira por turno a los tres, alarmada–. ¿Qué ha hecho ese imbécil ahora?

–Estaba el otro día en casa de Tana –explica Christina– y Cliff apareció de pronto sin que nadie le invitara. Iba con su amigo, el parguelas ese que lleva siempre botas de cowboy... ¿Cómo

se llama? ¡Brendon!

—¿Brendon Pastures?

—Ese, sí. Brendon es amigo de Mary y por eso vinieron, supongo. Bueno, lo que sea; qué más da —se queda pensando un momento—. Y entonces, va Cliff y me suelta, todo enfadado, que le han dicho que en el anuario hay una foto suya en la que sale fatal, y que ya nos vale. Yo le aseguré que no era cierto; le dije que yo tengo asignada la página de lucha libre y que lo sabía mejor que nadie.

—Comprobado: es cierto —asiente Bree—. Hoy mismo he estado editando la página de lucha libre y ni siquiera sale Cliff; solo hay una foto de todo el equipo. Pero, esperad, ¿qué está pasando?

Christina la ignora y continúa hablando.

—Bueno, pues Cliff empezó a cabrearse cada vez más. Me dijo que le estaba mintiendo, y se empeñó en que le enseñara la página para comprobarlo. Como estaba deseando que me dejara en paz, me conecté a Memories con su móvil para enseñársela rápido... —la culpabilidad se refleja en su cara.

—¿Y por qué no entraste con tu propio móvil? —le pregunto yo.

—Porque estábamos en la cocina y lo tenía abajo, en la salita. Así que pillé el suyo por comodidad...

—Vale, en serio —insiste Bree—. ¿Alguien me puede contar qué coño pasa?

—Tenemos más pruebas de que fue Cliff —responde Marshall—. Ahora sabemos cómo entró en el sistema para filtrar las fotos.

—Espera, espera. ¿Lo que os he contado prueba que lo hizo Cliff?

—Es una pista más que apunta hacia él —digo.

—Una bien grande —sentencia Marshall—. Solo se puede editar el boletín desde Memories, y el horario que aparece en la tabla de inicios de sesión concuerda con tu historia. Usaste su móvil para iniciar sesión y mostrarle la página de lucha libre sobre las siete de la tarde, ¿no?

Christina se lo piensa.

—Sí, eso es —nos mira a Bree y a mí—. Lo siento mucho...

—Por eso no podías entrar el lunes por la mañana en Trigonometría —declara Marshall con una sonrisa triunfal—. Es una medida de seguridad: Memories te obliga a cambiar tu contraseña si se ha accedido a tu cuenta desde un ordenador o un móvil sospechoso. En este caso, el de Cliff.

Joder.

Tacho otro punto de mi lista mental.

Ha conseguido una foto del muro de las promposiciones.

Ha accedido a Memories para hackear el envío del boletín.

Ha sacado una foto de Ali y yo en su fiesta.

—Ojalá me hubiera acordado antes... —suspira Christina con aire abatido.

—¡No pasa nada! —exclamo, poniéndome de pie y dando botes; en este momento, me siento

como Veronica Mars—. Esto es una buena noticia, señora patatas frías: ahora estamos más cerca de pillar a Cliff. Ya sabemos cómo hackeó el sistema y cómo consiguió la foto del muro —le explico.

—Maldito Rence Bloomington... —masculla Bree con rabia.

—Lo único que nos falta es saber cómo se hizo con la foto de Sky y Ali en la fiesta; con eso, lo hundimos —declara Marshall, y se vuelve hacia Christina—. Pero todo esto es alto secreto, ¿de acuerdo?

Christina asiente, emocionada por estar en el ajo.

—Por supuesto.

La puerta de la habitación se abre de golpe y aparece Ali, con la camiseta pringada de mostaza.

—Ah, así que aquí es donde se celebra la fiesta —echa un vistazo a su alrededor—. ¿Qué me he perdido?



OCHO DÍAS

Estaba seguro de que algunos compañeros de Anuario se echarían atrás en el último momento, pero no: el viernes, todos –además de Ainsley, Dan y Teddy– llevan puestas sus camisetas gays. No se habla de otra cosa en el instituto. Es como si los cuatro hubiéramos provocado una ola el lunes y ahora hubiera un tsunami en toda regla.

Hace un rato, he oído cómo el señor Kam le decía a otro profesor que el director Burger está recibiendo cientos de llamadas de padres preocupadísimos. Corre el rumor de que un grupo de estudiantes religiosos –sí, hay como cinco clubes de esos en el instituto Rock Ledge– quiere hacer una recogida de firmas. (¿Para pedir qué? Nadie lo sabe). Incluso los alumnos del periódico estudiantil han entrevistado a varios de la clase de Anuario para escribir un artículo sobre el hackeo del boletín y el dramón que montó Victor Bungle. Y si los alumnos del periódico y los de Anuario se ponen de acuerdo, es que las cosas se están poniendo muy serias.

Yo estoy como flotando, entre las camisetas y el nuevo paso de gigante en la Operación: Pillemos Al Que No Debe Ser Nombrado (Bree no se ha molestado en acortarle el nombre). Aunque Bree, Marshall y yo siempre almorzamos junto a la clase de Winter, hoy queremos restregarle a Victor nuestras camisetas solidarias, así que nos ponemos de acuerdo con Ainsley y Teddy para aposentarnos en una mesa de la cafetería, cerca de donde se sientan el lameculos del delegado y los hipócritas del consejo estudiantil para inflarse a hamburguesas con queso.

–¿Nos acercamos a decirle algo? –propone Bree, mirando a Victor como si hubiera secuestrado a una de sus perras.

–No –digo con firmeza.

–¿Por qué no?

–Eso, ¿por qué no? –inquieta Marshall con un eructo, sorprendido de que no me apetezca que Bree declare la tercera guerra mundial a la hora de comer.

–Es mejor que nuestras camisetas hablen por sí solas –explico, y me meto un par de Cheetos en la boca–. Las camisetas están jodiendo bien a Cliff, ¿sí o no?

–Puede ser –murmura Bree aún con los ojos clavados en Victor, como un guepardo que acecha a su presa–. No he visto a El Que No Debe Ser Nombrado en toda la semana. Creo que me rehúye.

–Es raro no verlo berreando por los pasillos para llamar la atención, sí –comenta Teddy–.

Últimamente está mucho más discreto.

–¿Lo ves? –agito la mano delante de la cara de Bree para que deje de mirar a Bungle–. También me evita a mí. En cuanto a Bungle, ya se ha dado cuenta de que su publicación mierdosa no nos va a hacer callar.

–Ya –responde, apartando lentamente la mirada de la mesa de Bungle–. Probablemente tengas razón.

Aunque no le mire, me doy cuenta de que sigue distraída, así que decido cambiar de tema.

–¿Sabes qué? Petey me ha preguntado si vamos a jugar al *Smash Bros.* con él después de clase. Después de esta locura de semana, la verdad es que me apetece un viernes tranquilo. Podemos pedir comida a Mario's, o preguntarle a Clare si nos hace unos nachos. ¿Te apuntas?

–No puedo –replica ella, tecleando en el móvil–. He quedado con Dan; voy a su casa.

–Dan es gay, ¿no? –pregunta Marshall, lamiendo puré de patatas de su tenedor.

Uf. Ya estamos como el otro día, cuando lo vimos en el LMEP.

Sé que a Marshall le da igual la orientación sexual de Dan, pero me molesta que ande especulando continuamente, sobre todo después de que Dan se sincerase conmigo.

Bree resopla.

–Marshall, por favor... Para.

–¿De qué?

–De suponer cosas sobre la gente –respondo por Bree–. ¿Te acuerdas de cuando estábamos en la terraza del restaurante y empezaste a hablar de si era gay o no?

Marshall agacha la cabeza.

–Venga ya... Sabéis que no me importa; lo que quiero es que Dan se sienta cómodo tal y como es, nada más.

Nos quedamos callados.

A Bree se la ve nerviosa, y yo me muerdo la lengua para evitar que acabemos discutiendo. Teddy y Ainsley parecen muy concentrados en sus sándwiches.

–Perdona, Bree –se disculpa Marshall con suavidad–. Lo siento si he sonado como un capullo.

–No pasa nada –responde ella sin mirarle a los ojos.

En ese momento suena el timbre, y Bree se levanta y se desliza entre la multitud que sale de la cafetería. Casi tiro mis Cheetos por todas partes intentando alcanzarla.

–Oye, Bree –la agarro el hombro–. ¿Estás bien?

–Sí –responde, pero no se detiene ni me mira.

–Marshall no lo dice a malas –le explico–. Es que no entiende que es de mala educación preguntar esas cosas.

–Es mucho más que mala educación. Es ser un cotilla.

–Tienes razón.

–Lo último que Dan necesita ahora es que gente como Marshall cuchichee a sus espaldas sobre lo que es o deja de ser.

–Tienes toda la razón. Pero... –le tiro de la manga–. ¿Seguro que estás bien?

Se para en seco, se gira y me abraza, apretando el rostro contra mi hombro.

–Sí, lo siento. Es que... –se aparta para tomar aire–. Dan ha pasado por mucho desde que dejó su anterior instituto, y ahora está intentando encontrar su sitio aquí y es... demasiado.

–Ya me imagino.

–Me da mucha rabia que no pueda ser él mismo sin que lo juzguen, ¿lo entiendes?

–Totalmente.

Me mira a los ojos.

–Sí, claro que lo entiendes.

–¿Quieres que hable con Marshall?

–No, tranquilo; no estoy enfadada con él. Solo es que... En fin, no pasa nada –me cepilla un resto de Cheetos del hombro y esboza una sonrisa torcida–. Te veo en la clase de Winter, ¿vale?

Se marcha.

Bree y Marshall tienen que hablar de esto. Si no, Bree se lo guardará hasta reventar –algo que le pasa a menudo–. Pero tampoco es tan grave; sea como sea, media hora más tarde estarán riéndose juntos de algún vídeo gracioso.

Aun así, no puedo sacudirme la sensación de que aquí hay algo más.

Porque, aunque es verdad que los tres discutimos todo el rato, Bree parece muy afectada por el asunto de Dan.

Ya en la clase de Winter, Marshall se inclina para hablar conmigo, sin apartar la vista de la doble página en la que está trabajando con Memories.

–Oye, si al final no te quedas jugando al *Smash* con Petey, ¿te vienes al LMEP después de clase con Ainsley y conmigo? –le pasa un filtro a una foto del grupo de estudiantes de primero para blanquearles los dientes–. Vamos a ver la nueva película de Bourne.

Sé que ir de aguantavelas hará que se me atragante todavía más ver a Matt Damon saltar de un tejado a otro durante dos horas, así que rechazo la oferta. Sin embargo, le digo a Marshall que iré con ellos hasta allí, y le pido que me preste el coche mientras ellos están en el cine para acercarme a ver a Charlie, que vive relativamente cerca. Tengo que cerrar lo de su anuncio, y, de paso, me gustaría averiguar más cosas sobre mi padre sin que se entere.

Lo mismo hasta me armo de valor y le pido a Charlie que le eche un vistazo a Marte.

Marshall accede, y ni siquiera me pide que le pague la gasolina.

Después de clase, vamos corriendo a su casa para que pille la tarjeta regalo del LMEP que le regalé. (De camino, se ofrece a pagarme las chuches en Moe's hasta final de curso; creo que se siente culpable por haber aceptado la tarjeta después de que lo solucionáramos todo). Estamos a punto de irnos cuando se abre la puerta del garaje y aparece el señor Jones, con ropa de jardinero y un rastrillo en la mano.

–Mierda –suspira Marshall desde el asiento del conductor–. Preparaos –baja la ventanilla mientras su padre se acerca–. Dime, papá.

–¿Cómo estáis? –pregunta el señor Jones, inclinándose para echar un vistazo al interior del coche. Se le bajan las gafas hasta la punta de la nariz y tengo un auténtico déjà vu de la noche de la fiesta de Ali.

–Genial –sonríe Ainsley.

–Bien –respondo yo.

–¿Vais al cine?

–Sí –responde Marshall rápidamente–. No, no vamos a beber, sí, nos hemos abrochado el cinturón, y sí, volveré antes de la hora.

–Veo que empiezas a pillarle el tranquillo, ahora que estás a punto de abandonar el nido –dice el señor Jones, sonriente. Mete una mano por la ventanilla y le da una palmadita en la nuca a su hijo. Luego se vuelve hacia el asiento trasero y me mira–. Hola, Sky.

–Hola, señor Jones.

–Me gustan las camisetas que lleváis.

Me pongo tenso. ¿Las camisetas? ¿Las camisetas gays? ¿Al padre de Marshall le gustan las camisetas gays?

–Ah –es lo único que me sale–. Muchas gracias.

–Ya es hora de que alguien plante cara en este pueblo. Me alegro de que tú, Bree y... ¿cómo se llama el otro chico?

–Ali Rashid.

–Rashid, sí. Me alegro de que os defendáis. Hacéis muy bien.

Me guiña un ojo antes de enderezarse. Después, como siempre, le da un golpe al capó del coche y le recuerda a Marshall que no se pase del límite de velocidad.

No sé ni qué decir.

Ni en un millón de años pensé que escucharía algo así de boca de un hombre tan duro, tradicional y masculino como el señor Jones.

Ya es hora de que alguien plante cara en este pueblo.

No puedo dejar de sonreír durante todo el camino a Traverse City.

Después de dejar a Marshall y a Ainsley en el LMEP, conduzco hasta la casa de Charlie. Al verme, Bob sale de la casa al galope para saludarme, como si yo fuera un visitante habitual.

–Hola, Justin –me saluda Charlie cuando entro en el vestíbulo–. ¿Coche nuevo?

–Ojalá –digo, quitándome las botas–. No tengo coche; es de un amigo.

Brian llega a casa unos minutos más tarde, y los tres acabamos de nuevo en la isla de la cocina. Charlie saca más fotos para ordenarlas, aunque yo pensaba que ya había elegido las cinco que quería poner en el anuncio la última vez que estuve aquí. Creo que lo que le gusta es sumergirse en sus recuerdos.

Brian prepara para los dos unos cócteles con ginebra y algo verde que parece menta, mientras Adele suena bajito por los altavoces. Me da la impresión de que les estoy fastidiando el viernes por la noche, pero ellos se lo toman con amabilidad y educación. Esto de sujetar velas empieza a convertirse en una costumbre.

–Bueno, ¿cómo va el instituto? –pregunta Brian.

Estoy a punto de responder con sinceridad y contarles lo del hackeo del boletín, el muro de las promposiciones, las camisetas gays y nuestras investigaciones, cuando recuerdo que aquí no soy Sky Baker.

–Igual que siempre: sin novedad –miento como Justin.

–He estado a punto de preguntarte si querías uno –comenta Brian, señalando su vaso y riéndose de sí mismo–. ¿Cuánto te queda para cumplir los veintiuno? ¿Tres años?

–Sí, por desgracia.

–Vaya.

–Tenemos agua, refrescos, limonada... –ofrece Charlie, escudriñando el interior de la nevera.

–Una limonada está bien, gracias.

Mi móvil vibra en la encimera.

Es otro mensaje de Gus. Se me revuelve el estómago.

Se me olvidó responder al último. Bueno, cambiemos «olvidar» por «morirse de miedo».

Oye, la semana que viene voy al pueblo, me escribe esta vez. Quieres ir a cenar a Denny's con mamá el jueves?

–¿Va todo bien? –pregunta Charlie, notándome raro.

Le escribo *Vale* a Gus y guardo el teléfono.

–Sí –digo con una sonrisa forzada–. Solo era mi hermano.

–Pues parece como si hubieras visto un fantasma –observa Brian.

–Tenemos una relación complicada.

–No hace falta que nos lo expliques –repite Charlie–. A menos, por supuesto, que quieras hablar de ello; en ese caso, soy todo oídos.

Me río torpemente, desesperado por cambiar de tema.

–No, mejor en otro momento. Aunque quería preguntarte una movida médica... –Charlie aparta los ojos de la pila de fotos y su rostro se vuelve serio–. No médica-médica –aclaro–. Solo en plan... ¿Cómo podría... eeh... pedir cita contigo? En tu clínica dermatológica, digo.

–Puedo buscarte un hueco. ¿Por qué, qué te pasa?

Los nervios me recorren la columna vertebral.

–Tengo una cicatriz de una quemadura desde pequeño.

–Ajá.

–Es bastante fea.

–¿Estás incluido en el seguro de tus padres?

Ni siquiera sé si mi madre tiene seguro; hace años que no voy al médico.

Charlie ve que me cuesta responder.

–Tranquilo, ya arreglaremos algo en la consulta. También le puedo echar un vistazo ahora, si no quieres esperar.

–Venga ya, Charlie –murmura Brian–. Le estás haciendo sentirse incómodo.

–No, no –digo–. Es que hace mucho tiempo que no le enseño Marte a nadie.

–¿Cómo?

–Esto... –joder, soy idiota. Me estoy poniendo como un tomate–. Sí, es un poco raro, pero le he puesto nombre a mi cicatriz.

Charlie sonríe. Es dermatólogo; apuesto a que ve cicatrices todo el tiempo. Seguro que ha visto cosas mucho peores que Marte... Debería enseñárselo, y hacerlo ya.

Así que respiro hondo y me abro la camisa para revelar el manchurrón rosáceo que cubre parte

de mi pecho.

–Te presento a Marte, Charlie.

–¿Marte? Me gusta –dice, acercándose a mí para examinarlo.

Entonces noto algo raro.

Su actitud cambia de repente. Ahora parece muy serio, como si algo anduviera mal o... yo qué sé. ¿No será lo que esperaba ver? Cruza una mirada con Brian, que no parece compartir su inquietud.

–¿Qué pasa? –pregunto, a punto de ponerme histérico–. ¿Tiene mal aspecto?

Charlie me mira a la cara, y su expresión grave deja paso a una sonrisa.

–No, tranquilo –responde rápidamente–. Tiene un aspecto muy normal.

–¿Y por qué Marte? –pregunta Brian sirviéndome limonada, ajeno a la reacción de su compañero.

–Pues porque se parece a Marte, vaya –digo–. Es igual que el planeta, ¿no?

Brian pone morritos, como si fuera lo más bonito que ha oído en su vida, y desliza el vaso hasta mí.

–He visto un montón de cicatrices parecidas a Marte –dice Charlie–. Te reservaré una cita en mi consulta, si quieres. No te preocupes por el tema del seguro.

–Uf, eso estaría genial –digo, asintiendo–. Muchas gracias.

Brian sugiere que vayamos al estudio para terminar el anuncio porque allí hace menos frío, así que empezamos a recoger las fotos.

Pero... ¿qué demonios acaba de pasar?

Porque Charlie ha visto algo raro, eso es evidente. ¿Será Marte aún más feo de lo que pienso? ¿Le pasará algo? ¿Tendré cáncer de piel? ¿Me estaré muriendo?

–Ahora mismo voy al estudio –digo, y me escabullo hasta el servicio oloroso a lavanda que hay junto a la cocina.

De pie frente al espejo, vuelvo a abrirme la camisa para comprobar si Marte... Joder, ¡ni siquiera sé qué debo mirar! ¿Hay algo anormal? ¿Me está brotando otra cabeza de la cicatriz? ¿Qué ha visto Charlie que yo no veo?

Ay... La famosa roca de tristeza que a veces rueda por mi cabeza hasta crear una avalancha que me hunde en la miseria... Sí, siento que empieza a cobrar velocidad.

No. No me puede pasar aquí.

Ni se te ocurra, Sky.

Es solo una maldita cicatriz. Sí, es muy fea y muy grande. Pero ya está. Solo es una cicatriz.

Pero Charlie es médico y yo no. ¿Por qué se asustó hace un momento?

Lo mismo me lo he imaginado... Tal vez lo que me ha parecido confusión y alarma sea, en realidad, su cara pensativa; la forma en la que mira a sus pacientes, o algo parecido.

A veces les doy demasiadas vueltas a las cosas, lo sé. Puede que esta sea una de esas ocasiones.

Respiro hondo y freno la roca lo mejor que puedo.

Me imagino dándole a Louise un masaje en la barriga. Inspiro.

Riéndome en el cine, entre Marshall y Bree. Espiro.

Escuchando cómo Winter cuenta sus aventuras de juventud. Inspiro.

Cuando consigo detener la roca del todo, abro el grifo un segundo para disimular y me dirijo al estudio. Sin embargo, justo antes de doblar la esquina oigo que Charlie y Brian cuchichean.

—No, no: es él —dice Charlie en voz casi inaudible.

—¿Estás seguro? —replica Brian.

—Te apuesto lo que quieras: es Sky.

Joder.

Joder, joder, joder.

Doy un paso atrás y pego la espalda a la pared, con el pulso acelerado y un torbellino en la cabeza. Y así, sin más, la roca arranca de nuevo.

—¿Qué piensas a hacer? —pregunta Brian tras un silencio casi asfixiante—. No puedes decírselo esta noche...

—No puedo no decírselo.

Marte me ha delatado. Ha tenido que ser Marte; Charlie debió de verlo cuando yo era pequeño, o algo así. No lo sé... He cambiado mucho desde primaria, así que es normal que Charlie no me reconociera después de tanto tiempo. Pero Marte... Marte no ha cambiado nada. Se ha hecho más grande a medida que yo crecía, pero, por lo demás, siempre ha sido igual.

La roca se estrella.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Noto los latidos de mi corazón hasta en las puntas de los dedos.

No puedo quedarme aquí. Me da demasiada vergüenza enfrentarme a ellos.

Voy de puntillas hasta la cocina, recojo mi ordenador y mi mochila y avanzo en silencio hasta el vestíbulo.

—¿Justin? —oigo que dice Brian.

Cierro la puerta a mi espalda y corro hasta el coche de Marshall.



SEIS DÍAS

No puedo dejar de pensar en Charlie y Brian durante todo el fin de semana, y en cómo la he cagado con ellos. Debería haber dicho la verdad desde el primer momento: la verdad sobre el anuario de la señora Brandstone, sobre mi nombre, sobre mi padre.

La verdad, en general.

—¿Cómo es que no estás con mi hermana? —me pregunta Clare con aire suspicaz el domingo por la noche.

La miro, calentita y cómoda con su sudadera rosa de unicornio. Estamos sentados en los dos extremos del sofá del salón, comiendo un pan de plátano que acaba de sacar del horno y viendo una reposición de *Buffy*. Bueno, ella está viendo *Buffy*, yo estoy mirando una notificación en el móvil. Tengo una llamada perdida de Charlie. Imposible, no se la puedo devolver. La palabra «vergüenza» ni siquiera se acerca a describir las volteretas que da mi tripa cada vez que recuerdo lo del viernes.

Le explico a Clare que Bree está haciendo los deberes en casa de Dan, y que Marshall está ayudando a su padre a arreglar el baño.

—Guau —murmura ella, mirándome como si fuera lo más patético que ha visto jamás—. Vaya plomo de vida tenéis los tres, ¿no?

Su madre, sudorosa y estresada, entra en la cocina y deposita varias bolsas de la compra sobre la encimera.

—¿Dónde está Bree? —pregunta ella también.

Suspiro. Bree y yo somos tan inseparables que no vernos juntos hace que salten todas las alarmas. Le repito lo que le acabo de explicar a Clare, pero la madre de Bree intuye que me pasa algo más.

—¿Va todo bien? —pregunta, sacando una cantidad absurda de mazorcas de maíz de una bolsa.

Debería hablar con ella sobre Charlie y su anuario ahora que el secreto ha salido a la luz. Pero me da tanta vergüenza haber mentido a Charlie y a Brian —y haber salido huyendo de su casa por segunda vez— que no me apetece sacar el tema.

—Sí, estoy bien —miento—. Es el típico bajón de los domingos por la tarde.

Me paso toda la noche dando vueltas en la cama, pero Charlie y Brian solo son responsables de una parte de mi ansiedad.

Más que nada, me aterra pensar en la cena con Gus y mi madre. Porque... ¿de qué vamos a hablar? No tengo nada que decirles.

–¡Grandes noticias, Sky High! –me dice Ali cuando salimos de Trigonometría el lunes.

Lleva su última camiseta de GAY X SKY, y yo la de GAY X ALI. Es extraño lo normal que ha llegado a ser algo totalmente anormal.

La cuenta atrás hoy está en cinco.

Faltan cinco puñeteros días hasta la fiesta playera.

–Carolyn ha vuelto por fin –continúa, balanceando su pesada mochila–. Le he preguntado si recuerda algo de mi fiesta que nos pueda ser útil.

Ay, joder, es cierto.

Con todo lo que está pasando, me había olvidado del tema Carolyn. Al fin y al cabo, se ha tirado enferma una semana.

–¿Qué te ha dicho? –pregunto, frotándome los ojos.

–¡Jeff Blummer!

–¿El que siempre está fumado?

–Ese mismo, sí.

–¿Qué pasa con él?

–¡Que esa noche estaba sentado en el sofá de mi sótano, delante de nosotros! Al menos, eso cree recordar Carolyn. Sé que estaba muy perjudicada esa noche, pero puede que sirva de algo...

Estamos en el pasillo, rodeados de gente, así que Ali se esfuerza por contener la emoción que desprenden sus grandes ojos de color avellana. Es como si hubiera encontrado un billete dorado de la Fábrica de Chocolate de Willy Wonka y tratara de mantenerlo en secreto.

–Fantástico.

Ali frena en seco, y yo también me paro.

–¿Por qué estás tan poco emocionado con esto?

–Sí que lo estoy –miento–. Solo estoy cansado.

Me mira con desconfianza.

–Ya. Bueno, acércate a la sala D a la hora de comer, ¿quieres? He quedado allí con Bree.

–¿Para qué?

–Para interrogar a Jeff –dice, como si fuera evidente.

Eso sí que va a ser incómodo.

Durante las siguientes clases, doy vueltas a la idea de no acudir a la cita. Llevo toda la mañana temiendo la cena familiar con Gus y mi madre, y el terror está contaminando un día que debería ser emocionante. Pero, si no voy, Bree no me dejará en paz hasta que le explique lo que me pasa, así que al final me acerco.

–¿Dónde come Jeff? –pregunto, mirando la sala D.

–¿Dónde crees? –Bree señala hacia el aparcamiento.

–En el mismo sitio donde se dedica a fumar todo el día –precisa Ali.

Tras comprobar que no hay ningún profesor cerca, salimos y echamos a correr por el césped delantero. Enseguida distinguimos el cacharro oxidado en el que viene Jeff al insti: está mal aparcado junto a las pistas de tenis. Y, cómo no, Jeff está sentado en el asiento del conductor junto a su amigo Sam.

–¿Podemos hablar un segundo? –le pregunta Bree tras llamar a la ventanilla.

–Ya no vendo –replica Jeff, apurando una bebida verde lima de un vaso grande de Taco Bell.

–No queremos comprarte nada –le asegura Ali–. Solo te queremos hacer unas preguntas.

Jeff mira a Sam y después a nosotros.

–No seréis polis, ¿verdad?

Bree resopla.

–Jeff, llevamos yendo juntos al instituto desde tercero.

Nos deja montar en la parte trasera, que está llena de envoltorios de comida rápida y apesta a marihuana. En serio, da la impresión de que Jeff se esfuerza por ser un estereotipo andante.

–Estuviste en mi fiesta hace un par de semanas, ¿verdad? –pregunta Ali.

–Hummmm –Jeff sorbe por la pajita–. ¿Qué fiesta?

–La de Ali –gruñe Bree, irritada–. Ali Rashid, el chico que te acaba de hacer una pregunta y está literalmente sentado aquí.

Jeff nos mira, se fija en nuestras camisetas y sonríe.

–Molan –le entra hipo–. ¿Alguien está gay por mí?

–¿Recuerdas si estuviste en mi sótano esa noche?

Jeff se humedece los labios, pensativo.

–Creo que te equivocas de persona, tío...

–Jeff –Bree se está impacientando–, sé que fuiste a la fiesta porque nos abriste la puerta cuando llegamos. ¿Recuerdas algo de esa noche? ¿Algo, cualquier cosa, lo que sea?

Él frunce el ceño y vuelve a sorber por su pajita.

–¿No había un gato?

–Sí, Franklin –responde Ali–. Franklin es mi gato.

Jeff sonríe.

–Sí –asiente alegremente–. Me acuerdo de Franklin.

–¿Te importa que miremos tu móvil? –pregunta Bree.

–¿Para qué?

–Alguien sacó una foto que no debería haber sacado; solo quiero asegurarme de que no fuiste tú.

Se encoge de hombros y se lo tiende a Bree.

–No tengo nada que ocultar. Pero no mires mis fotopollas, ¿vale?

Bree abre la galería y empieza a pasar fotos. Hay varias colecciones prácticamente idénticas de selfis en el baño, y un montón de capturas de recetas de un blog. Por fin, llega a las fotos de hace dos semanas.

–¡Ajá! –grita, golpeando la pantalla.

Amplía una foto en la que aparecemos Ali y yo sentados en el sofá del sótano de los Rashid. La misma que photoshopearon para añadir el texto «Resulta que el terrorista también es maricón».

LA foto.

Carolyn tenía razón.

–¿Qué cojones es esto? –grita Ali, girando el móvil hacia Jeff–. ¿Por qué sacaste esta foto?

Jeff la mira durante unos cinco segundos, con cara de estar totalmente perdido.

–Espera, puedo explicarlo –farfulla al fin.

–¡Más te vale! –ruge Ali, y Jeff le quita el teléfono de la mano.

–¡Tío, cálmate!

–Explícanos por qué sacaste esa foto y ya verás cómo nos calmamos –bufa Bree.

Sam empieza a reírse en el asiento del copiloto. No creo que le haga gracia lo que está pasando; lo que ocurre es que está puestísimo.

–A ver, espera –Jeff cierra los ojos para concentrarse–. Alguien me pidió el móvil esa noche; me dijo que estaba muy oscuro, que su cámara no captaba nada y no quería poner el flash, así que probó con el mío –vuelve a abrir los ojos y mira a Sam–. ¿Cómo se llamaba ese tío?

–¿Qué tío? –pregunta Sam entre risas.

–Ese tío.

–¿Cuál?

–El que llevaba esa camiseta.

Sam se ríe más fuerte.

–Ni idea, tío.

–¿Qué aspecto tenía? –pregunta Bree.

Jeff sorbe y el líquido verde sube por la pajita.

–Era rubio...

–Vale, pelo rubio.

–Y tenía los dientes superblancos.

–Pelo rubio y dientes blancos.

–Era uno que está en el equipo de lucha libre.

Los tres cruzamos una mirada.

–Ajá –jadea Bree, literalmente al borde de su asiento–. Pelo rubio..., dientes blancos..., en el equipo de lucha libre...

–¡Ah! –exclama Ali–. ¿Brendon Pastures?

Jeff sonríe y le señala.

–Ahí le has dado.

–El capullo de Brendon Pastures –Ali sacude la cabeza–. Recuerdo que me pareció raro que se hubiera colado él solo en mi fiesta. Ni siquiera parecía tener ganas de estar ahí...

–¿Te acuerdas de lo que nos dijo Christina? –interviene Bree, emocionada–. Dijo que Brendon estaba con Cliff cuando se colaron en casa de Tana, la tarde en que ella abrió Memories con su móvil –se vuelve hacia Jeff–. ¿Te importa que vuelva a mirar tu móvil, Jeff? Quiero comprobar

otra cosa.

Jeff se lo tiende.

–Brendon debió de enviarle la foto a Cliff esa misma noche –me susurra Bree.

Primero busca en los contactos de Jeff, pero no hay ningún Cliff ni Brendon guardado. Se pone a mirar sus mensajes recientes y baja hasta el día de la fiesta de Ali, pero Jeff solo mantuvo cuatro conversaciones ese fin de semana: una con Sam sobre sándwiches de jamón, varios mensajes normales con sus padres, un sexting muy embarazoso con una chica guardada como «Gemela de Kylie Jenner» y una discusión con alguien guardado como «Hipo» sobre si Estados Unidos está preparado para un ataque nuclear.

–¿Quién es Hipo? –inquire Bree. Jeff abre lentamente la boca para responder, pero ella se adelanta-. ¿Sabes qué? Da igual.

Está a punto de devolverle el móvil cuando, de pronto, se le ilumina la cara.

–¡Espera! –pincha en los correos de Jeff, va a la carpeta de enviados y busca la fecha de la fiesta de Ali-. ¡Sí! –exclama con una sonrisa maliciosa-. Mirad: Brendon se envió a sí mismo la foto por correo electrónico.

Efectivamente: la foto se envió a BPastures101@gmail.com esa noche.

–Supongo que lo hizo así por precaución; es más fácil que pases por alto un correo que un mensaje en un chat –dice Bree, pensando en voz alta-. Y como el sótano estaba demasiado oscuro para sacar la foto con su móvil, se lo pidió a un tío que iba fumadísimo porque, evidentemente, ni le iba a importar ni se iba a acordar. No te ofendas, Jeff.

–Tranqui, no me ofendo –dice él sonriendo, con los ojos cerrados.

Cuando salimos de la furgoneta, Jeff parece espabilarse.

–Saluda a Franklin de mi... –empieza a decir, pero cerramos la puerta antes de que termine la frase.

–¿Cuánto queda hasta que empiecen las clases de después del almuerzo? –pregunta Bree, mientras corre por el césped tan deprisa que me cuesta mantener el ritmo.

–Cinco minutos –responde Ali.

–Uf. Tenemos que darnos prisa.

Entramos en la cafetería, y Bree va esquivando gente hasta que encuentra a Carolyn. Está comiendo macarrones junto a unos chicos de segundo que parecen obsesionados con ella.

–Te debemos una –dice Bree, sentándose en su mesa con una sonrisa de oreja a oreja.

Carolyn, con los ojos brillantes y ya recuperada de la gripe que la tuvo una semana en la cama, se levanta de golpe.

–¿Y eso? ¿Qué os ha dicho Jeff?

–Tenía la foto en su móvil.

–¡No jodas! –se queda boquiabierta-. ¡Lo sabía! Recuerdo que estuvo tirado al lado de vosotros, el muy cerdo.

–Peeero –la corta Ali– fue Brendon quien pilló su móvil, sacó la foto y se la envió a sí mismo por correo esa misma noche.

–¿Brendon Pastures?

–Sí.

–Será cabrón... –jadea Carolyn, enfadada e impresionada a la vez–. Y ahora, ¿qué? ¿Vais a contárselo todo a Winter?

–Quien lo hizo no fue Brendon.

–Pero si acabas de decir que...

–Fue El Que No Debe Ser Nombrado –afirma Bree.

–¿Quién?

–Cliff Norquest –aclara Ali–. Todas las demás pruebas apuntan a él. Brendon debió de mandarle la foto la misma noche de mi fiesta. Brendon es un cómplice, no el cabecilla.

–Qué hijos de... –murmura Carolyn–. Entonces, ¿necesitáis demostrar que Brendon le pasó la foto a Cliff?

–Sería lo ideal, sí.

Hace un aspaviento, como diciendo que es pan comido.

–No os preocupéis, yo me encargo.

Bree la mira, perpleja.

–¿Y eso? ¿Cómo?

Carolyn sonríe.

–Tengo Economía con Cliff. Cada vez que nos ponen una película, que es prácticamente siempre, se pira con los idiotas de sus amigos. Se deja el móvil en su pupitre, en la última fila, y creo que no tiene ni contraseña.

–No es muy espabilado, el chaval –murmura Ali.

–¿Verdad? Es que, así, cada vez que una chica le manda una foto guarrilla, le salta en pantalla y se entera todo el mundo. Es un cerdo. En fin, ya os digo: dejádmelo a mí.

–Espera un segundo –dice Bree–. ¿Estás diciendo que vas a robarle el móvil a Cliff para mirar si Brendon le mandó la foto?

–Si lo deja en clase, no tengo por qué robarlo, ¿no?

Cruzan una mirada diabólica mientras suena el timbre del final de la comida.

–Carolyn, eres la mejor.

–Lo sé –responde ella mientras nos levantamos para ir a la siguiente clase–. Oye, ¿me puedo hacer una camiseta gay yo también? Es que me siento marginada.

Bree asiente con una sonrisa. Nos abrimos paso entre la gente que se apiña en la puerta de la cafetería y, mientras nos dirigimos a clase de Anuario, Bree me mira con una ceja levantada.

–¿Va todo bien? –pregunta.

Asiento, tratando de parecer convincente, pero ella no se lo traga.

–Hoy estás muy callado –dice.

Me gustaría contarle lo de la cena con Gus y mi madre, pero no quiero aguarle el subidón de nuestro último éxito en la Operación: Pillemos Al Que No Debe Ser Nombrado.

–Estoy bien –le aseguro, forzando una sonrisa–. En serio.



CUATRO DÍAS

El martes por la mañana, el director Burger llega oficialmente a su límite. A primera hora, estoy en clase con el señor Kam cuando suena un aviso por el altavoz pidiendo que Ali y yo vayamos a dirección. No me espero nada bueno.

–¿Crees que Burger habrá pillado a Cliff? –me susurra Marshall con una especie de optimismo desconfiado, mientras yo recojo mis cosas.

–Ni de coña –respondo.

Odio ser tan aguafiestas, pero estoy convencido de que quiere hablar con nosotros por lo de las camisetas gays. Y, aunque no quiera dárme las de listo, sé que tengo razón en cuanto entro en su despacho.

Winter y Victor ya están ahí frente a Burger, que nos observa desde detrás de su abarrotado escritorio. Tras él, en la pared, cuelga una enorme cabeza de ciervo, junto un título de una universidad que no me suena de nada. Huele a naftalina y a sudor. En mis cuatro años en el instituto Rock Ledge, es la primera vez que piso este despacho, pero es exactamente como me lo imaginaba.

–Chicos –Burger nos indica con un gesto que entremos y nos sentemos junto a Victor.

Winter, apoyada en la pared del fondo con los brazos cruzados, nos saluda con la cabeza para dejar claro que está de nuestro lado. Menos mal.

–Tenemos que solucionar este asunto –dice Burger, con una sonrisa condescendiente que deja a las claras lo que opina sobre ello. Se apoya en el respaldo de su silla, haciendo que chirríe, y la luz del fluorescente se refleja en su calva–. Esas camisetas que lleváis están empezando a distraernos de las cosas importantes.

–¿Qué cosas importantes? –pregunta Ali.

–Estudiar.

–¿Y eso por qué?

Burger entrecierra los ojos.

–No me gusta su tono, señor Rashid.

–¿Puedo decir algo? –interviene Victor, levantando la mano.

–No –le corta Burger–. Veamos: la profesora Winter me ha dicho que permitió a la clase de Anuario hacer esas camisetas y llevarlas esta semana, así que no es que estéis metidos en ningún

lío. Sin embargo, quiero que hablemos para encontrar una solución.

–¿Cómo va la investigación? –pregunto yo.

–¿Perdón?

–Pensaba que se estaba investigando quién había hackeado Memories para mandar esas fotos en lugar del boletín.

–Bueno, calificarlo de «hackeo» es prematuro. Pero sí, he estado haciendo pesquisas para encontrar al responsable.

–¿Y?

–¿Perdón?

–¿Qué ha descubierto? ¿Quién es el responsable?

Si nosotros, un puñado de chavales de diecisiete años, estamos a punto de descubrir la última prueba que demuestra la culpabilidad de Cliff, el señor Burger –que tiene todos los recursos del centro a su disposición– debería haber encontrado al culpable hace días.

Burger se inclina de nuevo hacia delante y su silla chirría mucho más.

–Tampoco me gusta su tono, señor Baker.

–¿Puedo decir algo ahora? –insiste Victor con entusiasmo.

Burger me taladra con la mirada el tiempo suficiente para que todos nos sintamos realmente incómodos, y luego mira a Victor y asiente.

–En primer lugar, como dejó claro mi post viral, no soy homófobo, pero...

–Perdona –le interrumpe Ali–, pero sí que lo eres.

–Mi queja no tenía nada que ver con que Sky sea gay –se queja Victor.

–Solo hay que leer tu post para saber que eso no es cierto –mascullo.

–Chicos, dejadle terminar –interviene Burger.

–Lo que digo es que os entiendo –continúa Victor–: es obvio que buscabais llamar la atención, y lo habéis conseguido. Pero estáis haciendo que la fiesta playera gire en torno a vosotros y vuestras promposiciones, a expensas de todos los demás alumnos. La fiesta playera y el baile de graduación deben servir para unirnos a todos. ¿Así es como queréis que os recuerden los demás alumnos del último curso?

–Claro –digo rápidamente.

–Sí –Ali se encoge de hombros.

Victor, frustrado, mira a Burger.

–Chicos –Burger adopta un tono severo–. Seamos francos: las camisetas son un poco... demasiado.

El tonito con el que lo dice...

Demasiado.

Ya tengo bastante con la cena de esta noche y el desastre de Charlie: esas preocupaciones llevan todo el día cocinándose a fuego lento en mi cerebro y amenazan con provocar un incendio. Esto es la gota que colma el vaso.

La roca empieza a rebotar por la ladera de mi cabeza. Pero esta vez no es una roca de tristeza, sino más bien de rabia. Es imposible pararla.

¿Sinceramente? Me da igual.

–¿Sabe qué? –le espeto–. Sí: estamos haciendo esto para llamar la atención, director Burger. Porque alguien mandó un correo masivo llamándome maricón a mí y terrorista a Ali, y el instituto no ha movido un dedo.

–¿Cuándo vas a escribir un post viral sobre eso, Bungle? –exige Ali.

–Chicos, chicos –Burger cierra los ojos, tenso–. Vamos a calmarnos. Sky, no hace falta usar ese tipo de vocabulario...

–¿Qué tipo de vocabulario? –le suelto.

Ali toma carrerilla.

–¿Se refiere al vocabulario homófobo y racista que se ha difundido por todo el instituto y que no ha recibido absolutamente ninguna sanción por parte del equipo directivo?

–Señorita Winter –Burger empieza a ponerse rojo–. ¿Le importaría intervenir?

Winter se acerca a nosotros y apoya las manos en nuestros hombros.

–Mis alumnos se sienten frustrados, director Burger.

–Ya lo veo.

–Y tienen motivos para estarlo.

La tensión podría cortarse con un cuchillo.

–Me dijo que iba a investigar quién fue el responsable del envío masivo –continúa ella–. Pero han pasado más de dos semanas y no he recibido ninguna noticia.

–Bueno... –Burger, perplejo ante la acusación de Winter, tartamudea. Una gota de sudor le resbala por el puente de la nariz–. Estas cosas llevan tiempo, y lo lamento. Pero es que tengo otras responsabilidades, por supuesto.

–Y supongo que proteger a dos de nuestros estudiantes, que han sido objeto de un delito de odio, estará en lo alto de su lista de prioridades, ¿verdad?

Burger guarda silencio antes de esbozar una sonrisa maliciosa. Empieza la guerra abierta: se acabaron las sutilezas.

–Bien, este es el dilema –nos mira a los cuatro–: en mi teléfono hay más de treinta mensajes de padres preocupados por esas supuestas «camisetas gays» que se extienden como la pólvora entre el alumnado. Más de dos docenas de estudiantes del último curso han pedido hablar conmigo, alarmados porque su baile de graduación parece estar, y cito directamente a uno de ellos, «volviéndose gay». Y tengo...

–¿Qué? –bramo–. ¿Volviéndose gay? Es la mayor estupidez que he oído en mi vida.

–¿Y los culpas? –se mete Victor–. Si todo el mundo está proclamando sus enamoramientos gays para el baile de graduación, eso implica que nuestro baile de graduación es gay, ¿no crees?

–¿Y qué, si es gay? –grita Ali–. ¿A quién coño le importa?

–Ali –Winter le toca el hombro para calmarlo.

–¡A mí me importa! –ruge Victor–. ¡Me importa que la gente se empeñe en hacernos tragar a los demás su orientación sexual y nos jodan el baile!

–Repito –Ali se inclina más hacia Victor–: ¿por qué el delegado de nuestro curso no estaba así de indignado cuando se hackeó el boletín? –se vuelve hacia Burger–. Respecto a sus treinta y

tantos mensajes telefónicos de padres preocupados, está claro que no los ha escuchado. Si no, sabría que por lo menos tres son de mis padres, para preguntar qué medidas se han tomado después de que alguien haya llamado terrorista a su hijo en un correo que han recibido cientos de...

—¡Basta! —Burger se levanta de la silla, que sale disparada hacia atrás y se estrella contra una estantería polvorienta. La temblorosa cornamenta del ciervo ahora queda justo encima de él, haciendo que parezca que le sale de la cabeza—. Esto es lo que vamos a hacer. Victor, borra tu post sobre las camisetas. ¿Entendido?

—Pues vale —dice Victor, encogiéndose de hombros—. Pues bueno.

—En cuanto a vosotros dos... —escupe Burger—. Se acabaron las camisetas: ya no están permitidas por el código de vestimenta del instituto.

—¿Puedo preguntar por qué? —interviene Winter con tono tranquilo.

—Porque se han convertido en una distracción para los demás alumnos. Quedan prohibidas, tanto para ustedes dos como para los demás estudiantes de la asignatura de Anuario.

—Con todo respeto —dice Winter sin perder la calma—, no voy a imponer esa prohibición en mi clase. Mientras ande suelto un difamador por el instituto, no impediré que mis alumnos lleven camisetas en señal de protesta.

El despacho se queda en silencio.

Burger toma aire, intentando por todos los medios no volver a explotar.

—Estoy a esto de cancelar esa estúpida fiesta playera. Teniendo en cuenta que estamos en abril, aún podría nevar.

Victor carraspea, se inclina hacia el escritorio de Burger y baja la voz.

—Señor Burger, lo cierto es que usted no... Técnicamente, no puede impedir que se celebre. Es en una playa pública, y la fiesta la organizamos los alumnos de último curso en nuestro tiempo libre. De modo que... En fin, la dirección del instituto no tiene nada que ver con...

—¡Muy bien! —juro que las venas de la cabeza de Burger empiezan a palpar de forma visible—. ¡En ese caso, tal vez haya que prohibir el baile!

Victor contiene un jadeo.

—No para todos —precisa Burger, algo más calmado—: solo para los que sigan llevando las camisetas. Ya está bien.

—Director Burger —interviene Winter, con una sonrisa conciliadora—, ¿no podríamos resolver esto sin quitarles el baile a los estudiantes?

—Profesora Winter —Burger le devuelve la sonrisa, pero la suya está cargada de malicia—. ¿Qué le parece esto? A no ser que tenga intención de organizar un baile de graduación especial para su clase de Anuario —se le escapa una risita aguda—, tendrá que obligarlos a respetar la prohibición.

—Bueno —Winter suspira, pensativa—. De acuerdo, lo haré.

Burger parpadea.

—¿Hará que respeten la prohibición?

—No: organizaré un baile de graduación especial para la clase de Anuario —le espeta, dándonos una palmadita en los hombros a Ali y a mí—. Vamos, chicos.



CUATRO DÍAS

En la siguiente clase de Anuario, Winter somete el asunto a votación: ¿celebramos nuestro propio baile de fin de curso o no? Nadie vota en contra.

–Tranquilos, tranquilos –dice Winter por encima del murmullo del aula–. ¿Estáis todos seguros?

Miro alrededor, seguro de que algunos se echarán atrás. Pero no: toda la clase aplaude con entusiasmo.

–Pues, entonces, adelante con ello: vamos a organizar un baile –confirma Winter, que parece casi sorprendida por lo que está diciendo–. Sin embargo, antes tenemos que aclarar algunas cosas; no se puede hacer esto de un plumazo.

–¿Va con segundas, por lo de la pluma? –suelta Ali por hacer la broma.

–Hemos agotado los fondos que nos quedaban con las camisetas –explica Winter–, así que hay que limitar los gastos. Si de verdad queréis seguir adelante con esto, tendremos que cubrir los costes entre todos.

–No hay problema –interviene Bree–. Lo más caro con diferencia es el local, y podemos usar mi sótano. Hay mucho espacio para bailar.

–Esta vez, pregúntales antes a tus padres, Brandstone –le advierte Winter–. No quiero que me asesinen.

–Yo me encargo de buscar un DJ –dice Dustin, y los demás asienten: casi todos piensan que tiene buen gusto musical–. Conozco a algunos que lo harían gratis.

–Mi padre podría encargarse de los aperitivos, por cuenta de la casa –añade Christina, cuya familia tiene una hamburguesería para turistas en el centro del pueblo.

–Genial –Winter se sienta en el extremo de su mesa, busca un boli y un papel y empieza a tomar notas–. ¿Qué más cosas nos faltan?

Levanto la mano y Winter me da la palabra.

–Bueno –me aclaro la garganta–. Creo que... A ver, sí: es genial que hagamos nuestro propio baile de graduación, y me encanta que estéis tan entusiasmados y queráis poner de vuestra parte –todos se callan y me miran, sin saber adónde quiero llegar–. Pero no olvidemos por qué estamos haciendo esto: porque Burger está en contra de nuestras camisetas gays.

–Mientras que el hackeo del boletín parece que le da igual –interviene Ali–. Se la sopla,

vamos.

–Exacto. Es que me gustaría que lo tuviéramos presente mientras planeamos esto. Este baile debería ser para toda la gente del instituto, especialmente para los estudiantes homosexuales, trans y queer...

–¡Y racializados! –exclama Ali, levantando la mano–. Aunque solo seamos cuatro...

–Exacto. Todos deberían sentirse acogidos y saber que pueden ser ellos mismos. Creo que eso es importante.

Me arden las mejillas; no quería ponerme tan serio, y no me gustaría que pensarán que les estoy echando un sermón. Se me ha ido un poco de las manos, pero la mayoría de la gente parece de acuerdo.

Especialmente Winter, que me mira con una sonrisa de oreja a oreja.

–Creo que tienes mucha razón, Baker.

Después de las clases, Ali, Marshall y Ainsley deciden venirse a casa de Bree. Nos metemos en la cocina y empezamos a planear el baile de fin de curso, atiborrándonos a pan de pita con hummus. Todos parecen emocionados por lo que vamos a hacer, pero yo, por más que quiera implicarme, estoy distraído. No puedo dejar de pensar en la cena con mi madre y Gus; la idea me obsesiona.

–Tierra llamando a Sky –suelta Bree, chasqueando los dedos delante de mi cara. Se ríe de sí misma–. Tierra llamando al cielo... –murmura–. Tiene su gracia.

–¿Eh?

–Acabo de sugerir que pongamos guirnaldas con los colores del arcoíris, por motivos evidentes –dice, mostrándome varias fotos en la pantalla de su ordenador–. ¿Cómo lo ves?

–Llenarlo todo de arcoíris sería poco original, ¿no?

–Pensando en las fotos, creo que entre las guirnaldas y los vestidos se nos montaría un batiburrillo de colores –comenta Ainsley, lamiéndose los dedos llenos de hummus.

–Cierto –considera Bree, mordiendo el extremo del boli mientras piensa.

Suena el timbre. Probablemente sea Dan.

Todos los que estamos en casa sabemos ya que es trans. Le pidió a Bree que nos lo dijera y ella lo soltó justo cuando a Ali se le caía una cucharada de hummus al suelo.

Nadie le dio importancia, por supuesto, porque este grupo mola. Ainsley y Ali dijeron algo en plan «Ah, vale», y Marshall gritó «¡Qué guay!», mientras untaba su pan de pita en el hummus del suelo (ante las miradas de espanto de todos los demás). Supongo que ahora Marshall entiende por qué se enfadó Bree con él en la cafetería.

Bree pensó que sería buena idea incluir a Dan en la planificación del baile del Anuario, teniendo en cuenta que queremos que sea especialmente inclusivo para los alumnos LGBTQ. Al fin y al cabo, soy el único chico gay del grupo, y la responsabilidad de que el baile sea queer no puede recaer únicamente en mí, ¿no?

–¿Y si repartimos banderitas arcoíris en la puerta? –le sugiero a Bree de camino al vestíbulo,

porque sé que lo de las guirnaldas iba con buena intención—. La idea mola.

Llego a la puerta de Bree, la abro de golpe...

Y veo a Teddy.

—Ah —digo, sorprendido.

Mariposas, mariposas, mariposas.

Se ríe.

—Hola a ti también.

Otra vez lleva gafas de sol y pantalones cortos. Además, no es por nada, pero la camiseta de tirantes resalta un montón sus músculos.

—No sabía que ibas a venir.

—Me invitó Marshall.

Se hace un silencio incómodo.

—Bueno... —se balancea adelante y atrás, con las manos en los bolsillos—. ¿Puedo entrar?

—Esto... Sí, sí, claro —me aparto, sonrojándome—. Perdona.

De nuevo huele a la colonia o el champú o el desodorante que llevaba cuando hicimos las camisetas. Respiro hondo: me encanta.

—¡Por fin! —exclama Marshall alegremente cuando Teddy aparece a mi lado en la cocina—. ¿Cómo es que has tardado tanto?

Teddy da vueltas por la cocina, repartiendo abrazos y choques de puño con todos.

—Conque el baile de Anuario, ¿eh? —se ríe, mientras toma asiento y se sirve hummus—. Primero las camisetas y ahora nuestro propio baile de graduación. Joder, se nos va la olla, ¿eh?

Bree le enseña la pantalla del ordenador. Ha dibujado un plano aproximado del sótano y ha marcado dónde estarán el DJ y la pista de baile, la zona con la comida y el photocall.

—Me gusta —valora Teddy—. Especialmente, lo de la comida. ¿Qué va a haber?

—El padre de Christina se va a encargar del catering: nos sale gratis.

Teddy asiente, impresionado. Después, apoya los puños en la encimera y se inclina hacia delante, estirando el cuello para contemplar el jardín de los Brandstone (lo cual hace que sus músculos de lanzador de peso destaquen aún más).

(No es por nada).

—¿Se ve el lago Míchigan desde tu jardín? —pregunta, tan emocionado como un niño pequeño. Teddy es del Rock Ledge normal, no del uno por ciento de privilegiados, y sé el efecto que tienen la casa y la urbanización de Bree en los que venimos de ahí.

—Sí. Compartimos el acceso a la playa con nuestros vecinos.

—¡Los Brandstone tienen clase! —bromea Ali.

—Si hace calor, ¿podríamos usar también el jardín para el baile? —sugiere Ainsley—. Y, ahora que lo pienso..., ¿por qué no damos una vuelta hasta la playa antes de que anochezca? Hoy hace bastante calor.

—Rotundo sí a las dos preguntas —dice Bree—. El cambio climático tiene sus ventajas.

Vuelven a llamar a la puerta.

Voy a abrir. Es Dan. Lleva una camisa violeta ajustada y un reloj dorado.

–Nunca me acostumbraré a lo grande que es esta casa –dice, echándose la gorra de béisbol hacia atrás y quitándose las botas, que son de cuero.

–¿Verdad?

–¿A qué se dedican los padres de Bree? –pregunta, mientras me sigue a la cocina–. Eh... ¿Es de mala educación preguntar eso?

–Creo que... ¿no? Pero la verdad es que no tengo ni idea.

–Oye –me toca el hombro antes de que nos unamos al grupo–. ¿Sabes si Bree se lo dijo a todos? ¿Lo... mío?

–Ah, sí. A todos les parece bien –sonríe–. Espera, salvo a Teddy.

–¿Teddy? –arruga el gesto–. ¿Tiene algún problema con eso?

–No, no, perdona –susurro–. Me refiero a que Teddy no estaba cuando Bree lo dijo, así que no creo que él lo sepa.

Dan asiente.

–Luego se lo digo.

Los dos entramos en la cocina. Estoy un poco ansioso por él, si he de ser sincero, pero todo el mundo lo saluda tranquilamente. Bree le da un abrazo antes de acercarle una silla.

–Únete a nuestro banquete de pan de pita, ¿quieres?

Después de unos minutos de comer hummus y hablar sobre DuVernay –Teddy comete el error de recordar una frase de su última película, lo cual es excusa suficiente para que Marshall se lance a un monólogo sobre la sorpresa del final que todos escuchamos con gran paciencia–, Bree vuelve a centrarse en su ordenador.

–¿Qué opinas? –le pregunta a Dan, girando la pantalla–. Estoy indecisa. ¿Ponemos aquí el photocall, o quedaría mejor ahí?

Dan se inclina para mirar el plano.

–No tengo preferencias, la verdad. Una cosa, ¿solo hay un baño?

Bree mira el punto que le señala.

–En el sótano, sí. Dejaremos el de abajo para chicos y el de arriba para chicas.

–Yo creo que haría los dos unisex –aporta Dan–. ¿Qué sentido tiene poner carteles a dos baños en los que solo va a entrar una persona? –mira a su alrededor y se sonroja un poco–. No es por ser quisquilloso, vaya...

–¡Sí! –Bree le da un puñetazo cariñoso en el hombro–. Te nombro coordinador de la planificación del baile.

Dan esboza una sonrisa y se frota la zona donde le ha pegado Bree. Me solidarizo con él; yo también he recibido sus golpes amistosos, y sé que duelen más de lo que parece.

–¿Qué más ideas chulas tienes, Dan? –pregunta Marshall con una sonrisa–. Estás muy callado, pero me apuesto algo a que tu cabeza está llena de movidas interesantes.

El brillo rosado de la cara de Dan se vuelve más intenso.

–Eso –asiente Bree, empujando el portátil por la encimera para acercárselo–. Cuéntanoslas, anda.

Dan se ríe y vuelve a mirar la pantalla.

–Pueees... –se muerde el labio inferior, pensativo, mientras repasa la larga lista de notas de Bree–. ¿Qué es esto de París?

–Es que...

–¿Quieres que el telón de fondo de nuestras fotos de graduación sea la Torre Eiffel? –Dan meneando la cabeza y chista en plan de coña–. Ay, Bree...

–¡¿Qué?!

–Es un poco... –dice Ainsley, frunciendo el ceño como si le costara hacer una crítica–. Es muy típico, ¿no? Además, tenemos que gastar poco, ¿recuerdas? Un fondo de París tiene que ser caro.

–Estoy de acuerdo –asiente Marshall rápidamente, como si llevara siglos aguantando las ganas de soltarlo.

Bree nos mira a todos, un poco dolida.

–Así que a todos os parece horrible, ¿eh?

–Sabes que te quiero un montón, Bree, pero estoy de acuerdo con ellos –corrobora Teddy, mojando un trozo de pita–. Rock Ledge es lo menos parisino del mundo.

–¿Qué tal si...? –Dan se queda pensando y le pone una mano en el hombro a Bree para consolarla–. ¿Y si hacemos que sean fotos de grupo, en vez de fotos de pareja?

–¿A qué te refieres? –pregunta Bree.

–Queremos que nuestro baile de graduación sea inclusivo para los estudiantes LGBTQ, ¿no? Y la mayor parte no creo que vengan con pareja al baile –medita Dan–. ¿No sería mejor pasar de todo el tema romántico?

–Es verdad –asiento.

–Podríamos comprar un montón de complementos baratos: gafas de sol grandotas, boas de plumas... Esas cosas. Y la gente puede hacer el ganso delante de la cámara....

Bree pega otro puñetazo.

–¡Ay!

–¡Lo siento! –chilla ella antes de anotar todo–. Es que me he emocionado; me encanta tu idea.

Dan hace algunas sugerencias más, todas muy buenas, como poner una hoja de inscripción del GLOW para los alumnos que estén interesados. Luego Ainsley insiste en ir a la playa, así que nos ponemos los zapatos y cruzamos el jardín trasero.

Para llegar al lago hay que ir por un sendero de tierra que atraviesa un bosquecillo, pero hace sol y no nos importa dar un paseo. Los árboles siguen desnudos, pero el aire está tan cargado de olores y pegajoso como si estuviéramos en junio. Más allá se oye el murmullo de las olas al romper en la orilla, un sonido del que no me canso nunca, aunque lo haya escuchado toda la vida. Al tomar la última curva y ver el azul profundo del lago, Marshall y Ainsley echan a correr como dos niños en el recreo. Para cuando los alcanzamos, se han subido encima de un tronco grande que está tirado en la arena.

–Se nota en el aire que va a llegar la primavera –sonríe Ainsley, con los ojos cerrados y el pelo alborotado por la brisa.

–Me gustaría que se diera prisa –suspira Marshall, cavando en la arena con el pie–. ¡Ojalá haga

este tiempo para la fiesta playera!

Nos ponemos a charlar y diseccionamos el drama de estos días: Ali cuenta por millonésima vez la indignante reunión que tuvimos con Winter y Burger, para que Dan se entere de primera mano; Marshall le cuenta a Ainsley lo último que ha pasado con Carolyn y Jeff, y todos nos turnamos para hablar de lo mucho que odiamos a Cliff.

Pero yo estoy casi todo el rato callado, porque no puedo dejar de recordar a mi madre y a Gus. Me resulta imposible pensar en otra cosa: sus rostros preocupados irrumpen a cada poco en mi conciencia y me provocan una oleada de ansiedad. Me están volviendo loco.

Decido emplear una táctica que nos enseñó Winter en clase. Según ella, las entrevistas de trabajo salen mejor si piensas en todo el proceso de antemano. Por ejemplo, si te imaginas a ti mismo sentado ahí, respondiendo a las preguntas y hablando con el entrevistador, parece ser que te sientes más seguro a la hora de la verdad.

Así que pienso en el sitio donde vamos a quedar. Intento predecir cómo irán vestidos y qué aspecto tendrán. Repaso la charla que probablemente mantendremos, y las preguntas incómodas que seguro que me van a plantear: que si soy gay, que si las camisetas, que si el boletín electrónico. Me imagino escuchando el sermón de mi madre, porque seguro que se pondrá bíblica conmigo. Tengo que estar preparado.

He de decir que este sistema no me convence. Imaginar la cena de antemano me está poniendo histérico.

—¡Voto por que nos demos un baño! —grita Marshall, quitándose la camiseta y devolviéndome a la realidad—. ¿Quién está conmigo?

—No llevamos bañador —señala Ainsley, mirándole como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Y? Báñate en ropa interior —dice Marshall, como si cayera por su propio peso.

Bree niega con la cabeza.

—Prefiero quedarme con la ropa puesta, muchas gracias.

—Yo paso —Dan sonríe y se sienta en el árbol—. No soy un gran nadador.

—Buuuuuu —le abuchea Ali en broma—. ¿Y tú? —me mira—. Te apuntas, ¿no?

Finjo que me lo pienso, aunque mi respuesta sea un no rotundo. Me aterra la idea de presentar a Marte ante el mundo con cuatro días de antelación.

—Tentador, pero me voy a quedar en la orilla con Dan.

—¡Venga, vamos! —grita Teddy, quitándose ya la camiseta.

—No aceptaré un no como respuesta —insiste Marshall, agarrándome de la mano y tirando para que me levante. Ainsley empieza a reírse mientras jugamos al tira y afloja con mi brazo derecho.

Esto es una pesadilla.

—Vale, vale —me rindo—. Pero dejadme ir a buscar primero unas toallas para que no acabemos con una pulmonía.

—¡Buena idea!

Uf, qué mal.

Vuelvo a la casa, medio convencido de no volver. Ninguno de ellos ha visto nunca a Marte. Les va a dar asco, estoy seguro.

No estoy preparado para esto. Aun así, me digo que tengo que ser duro, aunque en este preciso instante esté más bien como un flan.

Me quito la camiseta y miro mi reflejo en el espejo del baño. Ahí está Marte en todo su esplendor. Vuelvo a experimentar un déjà vu, esta vez de la mañana en que la señora Brandstone me sorprendió mientras me sueñoduchaba con Ali. Por aquel entonces, la cuenta atrás estaba en treinta días.

Esforzándome por respirar, agarro un montón de toallas y vuelvo a la playa, con una echada sobre el hombro izquierdo para ocultar a Marte. Tengo tanto miedo que siento náuseas.

A mitad de camino, distingo una silueta que se acerca a mí. Como el sol está bajo en el cielo, la veo a contraluz, así que no sé quién es hasta que lo tengo a muy poca distancia.

Teddy.

–Hola –le saludo, aliviado de tener la toalla sobre el hombro.

La puesta de sol le ilumina la mitad de la cara con un brillo rosa anaranjado. Creo que ya se ha dado un chapuzón, porque su cabello oscuro y ondulado chorrea agua que le baja por el torso, haciendo que reluzca. Tiene la piel de gallina. Por un momento, me parece que estoy en una sueñoducha.

–Toma –digo, lanzándole una de las toallas–. Creo que te hace falta.

–Gracias –comienza a secarse, tiritando–. ¡El agua está helada!

–Ya, obvio –sonríó–. Sabes que estamos en abril, ¿verdad?

–Iba a la casa para ver si necesitabas que te echara una mano con las toallas –comenta–. Tardabas mucho.

–Lo siento. Soy un lento.

Estudia mi cara durante un segundo.

–¿Va todo bien?

–Sí, ¿por qué?

En su rostro aparece una sonrisa marca Teddy. Pero quién sabe si estará dedicada a mí... La sonrisa de Ali, desde luego, no lo estaba; fue algo que aprendí por las malas.

–Antes estabas muy callado –dice–. No es asunto mío, pero...

Nadie sabe lo de la cena del jueves; de hecho, lo he mantenido en secreto a propósito. Esta semana están pasando un montón de cosas, entre todo el lío de las camisetas gays y la planificación del baile, y no me apetecía aguarles la fiesta a los demás con mis problemas.

Pero a lo mejor debería desahogarme, aunque solo sea con una persona.

–El jueves voy a ver a mi madre por primera vez desde que me echó de su casa por ser gay –suelto de un tirón.

A Teddy se le borra la sonrisa.

–Lo siento –mascullo–. Es un rollo muy deprimente, lo sé.

–¡No te disculpes! –se acerca a mí–. ¿Cómo estás?

–Pues...

Me río un poco, porque soy incapaz de darle una respuesta que no sea un caos ni me abrume. Si ni siquiera sé cómo estoy cuando me dedico a comerme la cabeza por la noche, ¿cómo voy a

expresar lo que siento en este momento tan surrealista?

–No lo sé, la verdad –acabo por decir.

Teddy extiende la mano y la apoya en mi antebrazo. Tiene los dedos fríos.

–Siento que te haya pasado todo eso.

–No es culpa tuya.

–Lo sé, pero aun así lo siento. ¿Sabes qué? Peor para tu madre.

No sé ni qué decir.

–Gracias –balbuceo finalmente.

Vuelve a mirar hacia la playa, sin dejar de tocarme.

–Dan acaba de decírmelo.

–¿Que es... ?

–Trans, sí. Y que verte a ti le dio fuerzas para contárnoslo.

Espera, ¿qué?

–¿Eso ha dicho? –le pregunto, sintiendo un cosquilleo por dentro.

–Sí. Lo que estás haciendo es importante, Sky –sonríe–. Que le den a tu madre. Estás cambiándole la vida a mucha gente en Rock Ledge, aunque no te des cuenta.

Me da una palmadita en el brazo y la toalla que me tapaba el pecho –la que cubría a Marte– cae al suelo.

La recojo de inmediato, pero es demasiado tarde.

Teddy lo ha visto.

Teddy está viendo a Marte.

–Vaya –dice, mirando mi pecho–. Qué pasada.

¿Qué... pasada?

Marte puede ser muchas cosas, pero nunca consideraré que fuera una pasada.

–¿Cómo te la hiciste? –me suelta tan tranquilo, como si me estuviera preguntando lo que he comido hoy.

–Es de una quemadura que me hice de pequeño –respondo procurando que no me tiemble la voz, aunque creo que mi cara está del mismo color que Marte–. Fue en un accidente de coche. La tengo desde siempre.

Levanta el brazo izquierdo y me enseña una cicatriz que tiene cerca de la axila. Es mucho más pequeña que Marte, y también más tenue.

Pero quizá una cicatriz solo sea una cicatriz.

–Un cristal roto –explica, señalando su herida de guerra–. Con seis años. El día de San Patricio –se ríe–. Y no pienso añadir una palabra más.

Sonrío.

Nos damos la vuelta y volvemos juntos a la playa.

Me muero de ganas de tapar a Marte, pero lucho contra el impulso con todas mis fuerzas. Al parecer, Teddy cree que Marte es una pasada, por mucho que me cueste creerlo. Pero es lo que ha dicho, y a eso me agarro.



DOS DÍAS

Bree me deja en el restaurante, de camino hacia una de las sesiones de tutoría de Ray.

–Buena suerte –me desea en cuanto abro la puerta.

–Buena suerte –repite Ray desde el asiento de atrás.

–Gracias –respondo con una sonrisa.

Bree me mira con cara de «tú puedes» y acelera para salir del aparcamiento.

Me alegro de haberle contado finalmente lo de la cena con mi madre y Gus. A estas alturas, ya debería saber que mis problemas siempre son menos abrumadores –o, al menos, más manejables– cuando se los cuento a Bree.

Entro en el restaurante casi vacío y me siento. Una camarera muy amable me sirve un zumo de naranja. Pasan cinco minutos. Diez.

Van a llegar tarde, por supuesto. Cada vez estoy más enfadado conmigo mismo –sentado aquí en la mesa, mirando Instagram como un imbécil– por haber llegado a la hora, convencido de que mi madre y Gus serían puntuales. Me enfada hasta haber venido.

Debería haberlo supuesto.

–¿Otro? –pregunta la camarera. Aunque no recuerdo haber dado ni un sorbo, en mi vaso ya no queda zumo.

–Sí, gracias.

Mi madre y Gus decidieron cambiar de sitio en el último momento y se decantaron por esta cafetería vacía que huele a moqueta húmeda, a un pueblo de distancia de Rock Ledge. No sé muy bien por qué la eligieron, si el sitio nos viene mal a los tres.

–Espera –dice la camarera mientras vierte el zumo directamente del brick–. Tú eres el chico de Rock Ledge, ¿no?

–Esto... ¿Sí?

Deja de echar zumo y me mira.

–El de las camisetas.

–Ah, sí –bajo la vista, nervioso.

Antes de salir, me tapé la camiseta gay con una chaqueta para no incomodar todavía más a mi madre.

Sigue oculta. Supongo que la camarera me ha reconocido por la cara.

–Mola –sonríe y se va.

Qué cosa más rara.

Creo que lo que más miedo me da de esta cena es que no estoy muy seguro de cómo quiero que acabe. ¿Qué pensará Gus de todo esto? ¿Se disculpará mi madre? ¿Se pondrá el triple de rabiosa? ¿Me pedirá que vuelva a vivir con ella, pero con condiciones? No lo sé.

Y me da miedo averiguarlo.

Finalmente, veo entrar la camioneta de Gus en el aparcamiento de grava. Se detiene delante de la ventana tras la que estoy sentado, abre la puerta y sale. Va vestido con unos vaqueros anchos desteñidos y una gorra verde puesta del revés. Su pelo grasiento asoma por los lados.

Su novia sale por la otra puerta.

¿Qué pinta ella aquí?

Me saludan con la mano, pero se quedan un rato fuera para terminar sus cigarrillos antes de entrar.

–Hola –me saluda Gus por fin, sentándose a la mesa.

Agarra el menú forrado en plástico y lo examina. Llega con veinte minutos de retraso, pero sé que no se va a disculpar.

–¿Cómo va todo? –me dice.

–Bien.

–¿Te acuerdas de Chelsea?

–Sí –asiento–. ¿Qué tal?

Ella se echa el pelo hacia atrás, dejando al descubierto las pecas de su cuello y su escote.

–Bien. ¿Y tú?

Me encojo de hombros.

–No me quejo. ¿Dónde está mamá? –me giro hacia el aparcamiento–. ¿No ha venido con vosotros?

La camarera se acerca para preguntarles qué quieren beber.

–Agua, nada más –dice Gus.

–¿Tenéis batidos? –pregunta Chelsea.

–Sí.

–¿De Butterfinger?

–No, de Butterfinger no.

–¿De malta?

–Tenemos de chocolate, vainilla y fresa.

–¿Y de Oreo?

–Solo tenemos de chocolate, vainilla y fresa.

–Uf –examina el menú–. ¿Y de chocolate con menta?

–Por Dios, Chels –masculla Gus–. Tienen de chocolate, de vainilla y de fresa. Elige y ya está. Chelsea le mira enfadada.

–Pues agua, entonces.

La camarera se aleja mientras Gus da vueltas al menú.

—¿Recuerdas lo que pedía papá aquí siempre? —pregunta despreocupadamente, mirando la lista de entrantes.

La pregunta me cae encima como un bloque de hormigón.

—¿Veníamos aquí con papá?

Alza la vista, confundido.

—Sí. Todos los domingos —gira el menú y me señala los entrantes—. Palitos de mozzarella. Siempre pedía palitos de mozzarella.

—Qué bien —Chelsea bosteza.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? —le pregunto.

Se encoge de hombros.

—Creía que lo sabías.

Gus no lo entiende. Jamás lo ha entendido.

No entiende que nos llevamos tres años, y esos tres años son un abismo. Cuando mi padre murió, el cerebro de Gus ya era lo bastante maduro para conservar recuerdos de él: los almuerzos de los domingos en el restaurante, sus gestos, su forma de hablar... Gus no entiende que, para él, papá es una especie de fantasma amistoso que le visita de vez en cuando, pero que yo no tengo ningún recuerdo. No siento nada.

Bueno, hasta que conocí a Charlie.

Me planteo la posibilidad de hablarle de Charlie a Gus —puede que lo recuerde de nuestra infancia—, pero mi hermano cambia de tema.

—En todo caso —dice, estirando un brazo por el respaldo del banco corrido—, te gradúas pronto.

—Sí.

—¿Y cómo te sientes?

Me encojo de hombros.

—Bien.

—¿Simplemente bien?

—Sí —me revuelvo en mi asiento, preguntándome qué sabrá Gus de las camisetas gays, el muro de las promposiciones y el baile de la clase de Anuario—. Estoy deseando terminar. Mamá viene de camino, ¿no?

—A mí me pasaba lo mismo —comenta Chelsea—. El instituto es lo peor.

—¿Vas a ir al Community College? —pregunta Gus.

Le miro fijamente y él me sostiene la mirada.

¿Por qué no quiere hablar de nuestra madre?

—Sí —respondo finalmente—. Bueno, con suerte. He pedido una beca.

—Genial. Mucho más asequible que ir a...

—Ya sabes que soy gay, ¿verdad? —reviento—. Mamá te habrá contado lo que pasó durante las vacaciones, ¿no? ¿Y te has enterado de lo que ha ocurrido en el instituto? Lo del boletín electrónico y la foto del muro de las promposiciones...

Gus y Chelsea me miran fijamente.

La situación es muy incómoda. Cada vez más.

–Solo quería dejarlo claro –digo para romper el silencio–. Hace mucho que no hablamos.

–Sí, lo sé todo –asiente Gus–. Mamá me contó lo de vuestra discusión. Pero no es que fuera ninguna novedad.

–¿A qué te refieres?

Me mira como si yo fuera imbécil.

–Sky, vamos...

–¿Qué?

–La forma en que te mueves y caminas, de toda la vida... –los dos se ríen–. Nunca has tenido muchos amigos chicos, además.

–Marshall es un chico.

–Odias los deportes, escuchas música gay, te pones unos vaqueros que... En fin, no es que sea muy difícil de adivinar.

Cuando Marshall se mete conmigo por movidas gays, no me siento así de atacado. Ahora mismo, lo único que me apetece es tirarle a la cara el zumo de naranja y largarme de ahí.

La camarera vuelve con el agua.

–¿Ya sabéis lo que queréis?

–Una pregunta –dice Chelsea–. ¿Qué tipo de salsa ranchera tenéis?

–¿Salsa ranchera?

–Sí.

–No sabía que hubiera diferentes tipos.

–¿Es como muy líquida o más bien espesa?

–Hum...

–¿Me puedes traer un poco para que la pruebe?

–Es más bien líquida, diría yo.

Chelsea parece desinflarse.

–Entonces, necesito un par de minutos más para decidir.

La camarera se marcha.

Yo me quedo callado, mirando por la ventana a ver si aparece el coche de mi madre. Cada vez estoy más nervioso.

–No iba a malas –dice Gus, notando que me he cabreado–. Me refería a que no me sorprendió que fueras gay, nada más.

–Yo tengo amigos gays –interviene Chelsea, como si me importara su opinión–. Es de lo más normal, cariño.

Ahora también quiero tirarle el zumo de naranja a ella.

–¿Dónde está mamá? –le vuelvo a preguntar a Gus.

No responde.

–Gus –insisto, más alto–. En serio, ¿dónde está?

–Sky.

–¿Va a venir o no?

–Tranquilízate, anda.

–Dime qué pasa o me voy.

Nos desafiamos con la mirada por un instante. Me arden las orejas; cada segundo que pasa sin que Gus me diga la verdad me pone más furioso.

–Vale –mascullo, deslizándome por el banco para levantarme–. Pues me largo.

–Mamá no va a venir.

Me paro en seco.

–¿Qué?

–Que no va a venir.

–Te he oído, pero... ¿Por qué no? ¿No era por eso por lo que habíamos quedado a cenar? ¿No queríais hablar conmigo mamá y tú?

–Sí.

–Entonces, ¿me quieres decir qué pasa de una puñetera vez?

–¿Por qué dices «puñetera»? –me suelta.

–¿Qué?

–«Puñetera». Tienes diecisiete años. Puedes decir tacos. ¿Por qué no dices «de una puta vez»?

–¿Y a ti qué te importa?

–Es que queda ridículo.

–Chicos –interviene Chelsea, levantando un menú entre ambos–. Vamos a respirar hondo todos: inspirar, espirar... Muy bien. Todos tranquilos.

Vuelvo a mirar por la cristalera.

Tal vez Gus se equivoque. Se ha confundido, seguro. Mi madre va a entrar en el aparcamiento en cualquier momento.

Pero... ¿es lo que quiero que ocurra?

No lo sé. En este momento, no sé lo que siento sobre nada.

Lo único que sé es que estoy furioso.

–¿Y ya está? ¿Eso es todo? –murmuro con voz quebrada.

Gus juega con su cuchara, evitando mirarme a los ojos.

–¿Mamá no piensa dignarse a aparecer? –insisto–. ¿Te ha dicho por qué?

Busca en el bolsillo de su abrigo y saca un panfleto doblado varias veces.

–Iba a venir. La cena fue idea suya –me acerca el panfleto–. Pero hoy ha cambiado de opinión.

–¿Qué es esto? –pregunto.

–Ábrelo.

–¿«Nuevos comienzos»? –leo, desplegando el papel satinado.

Parece el folleto de un campamento de verano, o algo parecido. Todas las imágenes muestran a adolescentes con dientes de un blanco imposible, jugando al voleibol, comiendo helado y (cómo no) leyendo la puñetera Biblia.

Tiro el panfleto en la mesa.

–¿Esto va en serio?

–¿Qué?

–Es uno de esos campamentos para cristianos ultras, Gus.

Se encoge de hombros.

–Qué quieres que te diga...

–¿Estás de su lado?

–No estoy del lado de nadie.

–¿Crees que debería ir a ese sitio?

–A ver, tío –me corta–. No tienes dónde caerte muerto, ¿verdad?

–Estoy viviendo en casa de Bree.

–Vamos, lo que digo: básicamente, eres un sintecho.

Me dan ganas de derribar la mesa.

–No, estoy viviendo con los Brandstone.

–Mira: mamá me dijo que, si vas a ese campamento de verano para subnormales...

–Cuidado con el vocabulario, cariño –murmura Chelsea.

–Si vas a ese campamento, puedes volver a vivir con ella. Está dispuesta a pagártelo, y eso que sigue en números rojos, como siempre. ¿No crees que merece la pena?

Lo sabía. Condiciones.

Mi madre no va a disculparse. Sigue viendo las cosas como antes.

Solo quiere ponerme condiciones.

–Pues no sé... –comenta Chelsea, mientras yo intento controlar la cólera. Tamborilea con las uñas en la mesa y sorbe agua con una pajita mientras mira el folleto–. Llámame loca, pero este campamento parece divertido.

No puedo con ella.

Es que no puedo, de verdad.

–Chelsea –le digo–. Por favor, no... Déjalo, anda.

–¿Por qué? –pregunta.

–Por favor, te lo pido por favor, no te metas en esto.

–¡Eh! –ruge Gus–. ¡Como siglas hablándole así...!

–¿Qué? ¿Qué me vas a hacer?

–¡Partirte la boca, maricón!

El tiempo parece detenerse. La palabra se me clava como un puñal.

Si me dolió leerla en el boletín electrónico, esta vez me duele mucho más. Muchísimo más. Es raro, ¿no? Lo lógico sería que me hiciera más daño un correo electrónico que reciben cientos o miles de personas. Pero no.

Le miro fijamente y él me devuelve la mirada. Parece que pasa una eternidad antes de que pueda volver a apartar la vista.

–Tenéis que marcharos –dice de pronto la camarera, y me doy cuenta de que los pocos clientes que hay en el restaurante nos están mirando fijamente.

–Vale –me levanto del asiento y tiro el folleto sobre la mesa, junto a un billete de cinco dólares–. Hasta luego, Gus. Saluda a mamá de mi parte.



UN DÍA

La cuenta atrás casi ha terminado, y en el insti todo el mundo estará pendiente de lo que digo. Solo queda un puñetero día para la fiesta playera.

«¿Qué va a pasar mañana?», me preguntarán Christina, Dustin, Carolyn y el resto de compañeros, esperando una respuesta detallada o la promesa de que, sea cual sea mi plan, será algo espectacular. «¿Cómo le vas a pedir a Ali que vaya contigo al baile?».

Hace dos semanas que me pongo camisetas con una cuenta atrás, pregonando que va a ocurrir algo gordo en la orilla del lago Míchigan. Parece como si me presentara de candidato a una elección. Metí en esta farsa a toda la clase de Anuario, y después a todo el instituto.

Así que, ahora, tengo que hacer algo que merezca la pena. Hay muchas personas que cuentan conmigo; que esperan que yo tome posición, que diga algo importante, que termine de convertir en algo positivo lo que empezó siendo una putada y continuó como una lucha.

Personas como Dan y Teddy.

–Hola –Bree llama suavemente a la puerta de mi habitación–. ¿Puedo entrar?

–Pasa.

Abre y la veo de pie en el umbral. Louise, a su lado, me mira entre curiosa y preocupada –no sé cómo, pero los perros saben cuándo estás deprimido–. En la camiseta de Bree se lee «GAY X SKY» y «DÍAS QUE QUEDAN: 1». La caligrafía de hoy es especial: letras gorditas como globos y rellenas de purpurina amarilla, porque 1) es mi color favorito, y 2) soy un Hufflepuff.

–¿Te encuentras mejor? –me pregunta tirándose en el futón, como si no conociera mi respuesta de antemano.

Ayer, cuando me recogió en la gasolinera adonde fui después de largarme de la cafetería, le hice un relato de todo el desastre: el fetichismo rarísimo de Chelsie con la salsa ranchera, la ausencia de mi madre, el folleto del campamento ultracristiano... y, por supuesto, la bomba: la palabra con eme que me acababa de soltar Gus.

–Meh –respondo–. Pero me gusta tu camiseta.

–Tienes que venir hoy al instituto.

–Meh.

–La cuenta atrás está en uno, Sky.

–Meh.

–La gente te necesita.

Me río a carcajadas ante esa ridiculez, hasta que recuerdo lo que me dijo Teddy: que estoy cambiando la vida de muchas personas. Por lo menos, debería intentarlo... Soy un tipo duro, ¿no?

Así que me pongo de pie (con un gemido de protesta, eso sí).

–Toma –saca mi última camiseta de GAY X ALI de la cómoda y me la lanza al pecho–. Nos vemos en el coche dentro de cinco minutos.

–Espera –la llamo–. ¿Crees que tus padres querrán que me vaya de aquí cuando tú te mudes a California?

–¿A qué viene eso ahora?

–No sé... Es solo por saberlo.

No puedo quedarme aquí para siempre, después de todo. Bree se irá pronto. Igual no me queda más remedio que ir al campamento cristiano ese, si no quiero acabar viviendo en la calle.

–Por supuesto que podrás quedarte –sentencia, como si acabara de hacerle la pregunta más tonta del mundo–. Mis padres están enamorados de ti; creo que podrías cumplir treinta años aquí y les daría igual. Hala, vístete.

Después de esa respuesta, respiro un poco más tranquilo.

Durante las dos últimas semanas, me he acostumbrado a las miradas, a las sonrisas y a los cuchicheos a mis espaldas. Pero, tal y como sospechaba, al llegar al instituto encuentro a todo el mundo desatado.

–¿Cómo se lo vas a pedir a Ali, Sky?

–Pero espera, ¿Ali es gay? ¿O todo esto es de pega?

–Si llego tarde a la fiesta playera, ¿me perderé el momento en que le pidas que vaya al baile contigo? Tengo cita en el dentista por la mañana y luego mi hermana juega un partido de fútbol, pero creo que llegaré sobre las tres...

–Tú no te preocupes, Sky. Seguro que Ali dice que sí. Bueno, eso creo. Espero.

–Oye, Sky, ¿estáis liados Ali, Bree y tú? Dicen por ahí que sois un trío...

Esquivo la mayoría de las preguntas sin dar respuestas claras, pero me da la sensación de que eso no hace más que alimentar las especulaciones sobre una promposición que nunca voy a hacer.

Ahora que lo pienso, me siento imbécil por no haber hablado antes con Ali sobre lo que pasaría en la fiesta playera. Pero es que, cuando decidimos hacer las camisetas, estaba muy claro que no tenían nada que ver con el asunto de la promposición. Lo importante era el mensaje que lanzaban.

Sin embargo, ahora que esto se ha salido de madre, me doy cuenta de que habría sido mucho más inteligente trazar un plan.

Sin él, voy camino del desastre.

Bree, Marshall y yo nos juntamos para comer en el ala de ciencias del segundo piso. Hoy pasamos de quedar junto al aula de Winter, porque esa es la parte más concurrida del instituto y queremos evitar la avalancha de preguntas de nuestros compañeros.

–¿Alguien sabe dónde está Ali? –pregunto.

Ainsley y Dan están haciendo un examen, y Teddy tenía que hablar con su entrenador. En el fondo, agradezco que solo estemos nosotros tres. Que nadie me malinterprete: me caen genial. Pero nosotros somos el grupo original.

–Dijo que iba a ir al Club de Improvisación –responde Bree, dando un sorbo a una lata de agua con gas.

Me atraganto con una galletita salada, y Bree me acerca su agua para que dé un sorbo y no muera ahogado.

–¿Por qué te sorprende tanto? –me pregunta Marshall cuando consigo respirar con normalidad.

–Yo ni siquiera sabía que teníamos un Club de Improvisación –comenta Bree.

No les he contado a Bree ni a Marshall que Ali quería unirse a ese club; no es que pensara que fueran a reírse de él, ni nada, pero la conversación que mantuvimos en el sótano me sigue pareciendo especial y personal, aunque ya no esté obsesionado con él y solo lo vea como un amigo.

En realidad, puede que esa conversación me parezca personal y especial precisamente porque ya no estoy obsesionado con él y lo veo como un amigo.

Doy otro trago de agua con gas para aclararme la garganta.

–Nada... Que creo que a Ali se le va a dar genial la improvisación, nada más.

Los dos me miran con cara de sospecha, pero, al final, supongo que deciden que no merece la pena interrogarme. Bree sigue comiendo su sándwich y Marshall saca el móvil.

–Tío, te has hecho famoso –comenta sonriente, pasando fotos–. La gente está subiendo selfis con sus camisetas gays... ¡Hay hasta un hashtag!

–¡Venga ya! –Bree se arrastra para ver el móvil de Marshall y se queda boquiabierta–. Jooooder. ¡Hay cincuenta y siete publicaciones con el hashtag #GayPorSky! Y ninguna parece de un troll...

Me miran emocionados.

–Esto es bestial –sentencia Marshall, meneando la cabeza.

–¿Me firmas un autógrafo? –sonríe Bree.

Asiento y le sigo el juego, fingiendo que firmo con un bolígrafo y un papel imaginarios.

Sin embargo, creo que ellos están mucho más entusiasmados que yo con todo esto. Yo soy incapaz de dejar de pensar en lo que pasó ayer.

Porque, cuando esto acabe, Bree y Marshall continuarán con su vida y seguirán planeando su marcha de Rock Ledge. Y yo seguiré aquí plantado: básicamente un sintecho, como me dijo Gus.

Sé que debería ser más optimista. Es verdad que mola contar con tanto apoyo en el instituto.

Pero lo que pasó ayer fue una mierda.

De camino a la clase de Winter, decido hablar con Marshall sobre Teddy. Porque, aunque sigo convencido al noventa por cien de que es hetero, cuando vio a Marte en la playa de los Brandstone me tocó el brazo de una forma que... Y también vino a casa para ver si yo estaba bien. Y, cuando le conté lo de la cita para cenar con mi madre y con Gus, me miró como si se sintiera orgulloso de mí. Y luego está esa sonrisa, claro...

No lo sé, la verdad. Más bien creo que estoy convencido al setenta por cien de que es hetero. O al sesenta.

¿Al cincuenta, quizá?

—Por cierto, ¿qué chicas le hacen tilín a Teddy? —pregunto sin más.

Me suena tan incómodo y rarísimo a mí como a Marshall, que me mira entrecerrando los ojos.

—¿Has dicho «le hacen tilín»? ¿Cuántos años tienes, diez?

—Me refería a que... ¿Con quién está? ¿Sale con alguien?

Marshall se encoge de hombros mientras bajamos los escalones. Aún sigue mirando el hashtag #GayPorSky.

—¿Por?

—¿Alguna vez te ha dicho algo de que fuera... esto...? —intento insinuarlo sin ser demasiado obvio.

Marshall levanta la vista del móvil.

—¿Eh?

—Si te ha...

—¡Toma! —grita Bree plantándonos el móvil delante de la cara, a punto de caerse por las escaleras—. ¡Toma, toma, toma!

—¿Qué?

—Carolyn le ha pillado. Lo ha conseguido.

El teléfono de Marshall vibra. El mío también.

Carolyn nos ha mandado a los tres una foto y un mensaje:

¡LO PILLÉ! 😏 Me debéis una (es broma, es broma) 🙄🙄❤️

Encima hay una captura de pantalla de una foto que Brendon envió por correo a Cliff a la 1:39 de la madrugada, la noche de la fiesta de Ali. Es una foto de Ali y yo sentados en el sofá.

LA foto de Ali y yo sentados en el sofá.

Bree, Marshall y yo nos miramos petrificados, de pie en medio de la escalera.

Ya está. Es la última prueba que necesitamos.

Ha conseguido una foto del muro de las promposiciones.

Ha accedido a Memories para hackear el envío del boletín.

Ha sacado una foto de Ali y yo en su fiesta.

—Vamos —ordena Bree, girándose para ir corriendo a la clase de Winter.

—Espera —la agarro por los hombros—. ¿No deberíamos buscar primero a Ali?

—¡No! Está en improvisación. ¡Vamos!

Bajo los escalones detrás de ellos y corro por el pasillo hasta el aula de Anuario. Me cruzo con un grupo de estudiantes de segundo con camisetas gays y dos compinches de Cliff que se apartan rápidamente de nuestro camino. Es maravilloso.

—¡Un momento! —brama Bree, derrapando para frenar en la puerta del aula, y a Winter se le cae

en el escritorio el plátano que estaba comiendo—. Lo siento, pero es que tenemos que hablar contigo...

Al ver nuestras caras, Winter nos indica con un gesto que pasemos. Entramos y cerramos la puerta a nuestra espalda.

—Fue El Que No Debe Ser Nombrado —respira Bree, abanicándose.

—Cliff Norquest —aclara Marshall—. Fue él quien hackeó el boletín.

—Lo sabemos porque Rence Bloomington, que es primo suyo, estuvo trabajando en la renovación de mi sótano, donde vive Sky porque su madre lo echó de casa por ser gay, aunque eso ya lo sabías —Bree hace una pausa para tomar aire—. Tenemos pruebas de que Rence estaba trabajando en nuestra casa el mismo día que se sacó la foto del muro de las promposiciones. ¿Cómo lo sabemos? Porque la cuenta atrás que aparece en la foto del boletín electrónico coincide. Tiene todo el sentido del mundo —las palabras le salen con tanta facilidad como si las hubiera ensayado (lo que, conociéndola, es muy probable).

Winter intenta meter baza.

—Brandstone...

—Sabemos que Cliff pudo acceder a Memories para hackear el envío del boletín porque se la jugó a Christina el día siguiente a la fiesta de Ali —explica Marshall—. Ella nos lo contó, y su versión está respaldada por el registro de Memories.

Winter trata de intervenir otra vez, pero Bree continúa, casi descontrolada.

—Además, ahora también tenemos pruebas de que Brendon Pastures hizo la foto de Ali y Sky en el sofá, usando el teléfono de Jeff, y de que se la envió a El Que No Debe Ser Nombrado...

—¡Vale! —Winter levanta la mano, con la cáscara de plátano colgando—. Ya lo sé. Sé que ha sido Cliff.

Nos quedamos callados.

—¿CÓ... Cómo? —balbucea Bree.

—¿Qué? —jadea Marshall.

—Ha admitido que fue él.

—¿A quién se lo ha dicho?

—A mí.

—¿Cuándo?

—Esta mañana —Winter suspira—. Pensaba decíroslo antes de que empezara la clase, dentro de unos —mira el reloj— cinco minutos.

Los tres nos miramos, estupefactos.

—¿Y...? —presiona Bree, boquiabierta.

—¿Y qué? —responde Winter.

—¿Qué ha pasado?

—Lo acompañé al despacho del director Burger.

Más silencio.

—¿Y ya? —a Marshall se le descuelga la mandíbula.

—¿Cuál ha sido la sanción? —insiste Bree, impaciente—. Le han expulsado, ¿verdad?

—Aún no lo sé —dice Winter—. Tengo que hablar con el director Burger después de las clases. Quería informaros de que Cliff ha dicho que confesaba porque se siente culpable...

—¿Se supone que eso debería importarnos? —la corta Bree, furiosa—. ¿Tenemos que sentir pena por él porque se siente culpable de ser una persona de mierda?

—No —dice Winter—. No, por supuesto que no.

Los tres nos quedamos sin saber qué decir.

Llevamos muchos días juntando piezas del puzle. Y, ahora que las tenemos todas, ¿va él y se rinde? No sé cómo, pero ha conseguido robarnos la sensación de victoria de la Operación: Pillemos Al Que No Debe Ser Nombrado.

Así, sin más.

Winter se da cuenta de que no he abierto la boca.

—¿Estás bien, Baker?

Después de lo conmovedoras, tristes y desconcertantes que han sido las últimas veinticuatro horas, esto es lo que me faltaba. Cliff ha clavado el último clavo en su propio ataúd... Es que no sé ni cómo tomármelo.

Pensé que me alegraría ver cómo la peor persona de todo Rock Ledge recibía su merecido, pero ahora no estoy tan contento como esperaba. Creo que todos los altibajos del último mes han terminado por anularse mutuamente, y ahora estoy... insensible.

Quiero bajarme de esta montaña rusa.

Pero no quiero contarle todo eso a Winter. Ahora no. Así que lo único que digo es:

—Sí, estoy bien.

Me mira fijamente.

—¿Podemos hablar un segundo?

Asiento. Bree y Marshall me miran con desánimo antes de salir al pasillo.

Winter me hace un gesto para que me siente. Lo único que se oye en el aula es el zumbido de los ordenadores sobrecalentados.

—Pareces abrumado —valora, apoyándose en su escritorio.

—Bueno... Sí, un poco.

—¿Por qué?

La taladro con la mirada.

—¿No has estado en el instituto este mes?

Asiente y sonríe suavemente antes de mirar al suelo, pensativa.

—Sky, quiero que sepas lo orgullosa que estoy de ti —dice muy seria.

Trago saliva con dificultad.

Winter no suele decir cosas como esta; no es normal tener un momento así con ella. Es un hueso duro de roer, una profe a la que todos apreciamos precisamente porque necesitamos dejarnos la piel para sonsacarle un cumplido. ¿Y ahora está diciendo que está orgullosa de mí? ¿Esto es real?

No sé qué decir.

Se pone de pie, camina hasta quedar delante de su mesa y se apoya en el tablero, con las

manos agarradas por delante.

–¿Estás contento de que Cliff haya confesado?

Abro la boca, pero la vuelvo a cerrar porque no me sale nada.

No estoy seguro de cómo responder.

–Lo entiendo –dice ella al cabo de unos instantes–. A veces, cuando se hace justicia, no sentimos lo que esperábamos.

–Es lo que estoy descubriendo –murmuro–. Es como... Al principio quería hacerle la promposición a Ali en la fiesta playera, delante de todo el mundo, para darles en las narices a Cliff y a los gilipollas de sus amigos.

–Eh, cuidado.

–Lo siento... A Cliff y a los tontos de sus amigos. Quería demostrarles que, me hicieran lo que me hicieran, por más que se burlasen de mí e imitasen mi forma de caminar..., no me iban a parar.

–¿Parar en qué sentido?

–Impedirme ser yo mismo.

Sonríe. Además, es una sonrisa rara en Winter; por lo general, solo curva ligeramente los labios para tranquilizar a la persona con la que habla, pero ahora se le ven los hoyuelos perfectamente y aparecen arruguitas alrededor de sus ojos.

–Me gusta tu postura –dice–. Pero la verdad es que no tienes por qué demostrar nada a la gente que no te acepta tal y como eres.

Pongo los ojos en blanco y sonrío, porque ha sonado de lo más cursi.

–Ya lo sé.

–Lo digo en serio. Que les den.

–Ya.

–¿Te puedo hacer una pregunta? A lo largo de este mes, ¿cuándo te has sentido más feliz?

–¿Qué?

–¿Ha habido algún momento, un día o una semana en que te sintieras realmente feliz, incluso después de lo del boletín?

Me lo pienso.

Las últimas semanas han sido un torbellino; me cuesta recordar hasta cómo me sentía hace cinco minutos.

–No sé... Cuando estuvimos haciendo las camisetas en casa de Bree, quizá. O el primer día que volví al insti y vi que todo el mundo me apoyaba...

También pienso en el otro día, cuando nos bañamos en el lago después de reunirnos en casa de Bree. Pero el buen recuerdo que tengo es gracias a Teddy, sobre todo.

Y no quiero hablar de eso con Winter ahora mismo.

–¿Sientes que esos momentos fueron más importantes que vengarte de Cliff?

–Por supuesto –respondo; es evidente.

–No me sorprende –asiente.

Se agacha para ponerse a mi altura y veo cómo sus pendientes rosas destellan al sol que entra

por las ventanas.

–Mira –dice–: no puedo estar más orgullosa de ti por haber plantado cara a las agresiones, por hacer esas camisetas, por no quedarte callado cuando tu... enérgico delegado de curso intentó silenciarte y por no achantarte con el director Burger –sonríe–. Pero, por tu salud mental y tu bienestar, debes recordar también que hay gente que te aprecia y te apoya. Gente que te hace feliz. Eres un afortunado por tener gente así a tu alrededor, Sky.

¿Yo, un afortunado?

Nunca me he visto así, la verdad.

Mi madre básicamente me ha desheredado, y estoy a un paso de ser un sintecho. Mi único hermano me odia. Todavía no sé cómo podré pagar la matrícula del Community College el curso que viene. ¿Cómo voy a ser afortunado?

No tengo nada.

–No me siento afortunado.

–Lo entiendo –asiente ella–. Este año lo has pasado mal; te mereces algo mejor por parte de tus compañeros, de tu instituto, de tu madre, de este pueblo... Pero tienes dos amigos que irían contigo al fin del mundo.

Me entra la risa.

–¡Estoy hablando en serio! –me corta Winter, un poco ofendida–. Es evidente lo mucho que te aprecian Bree y Marshall, Sky. Te admiran muchísimo. Tener ese tipo de amigos es más raro de lo que crees.

–¿Que me admiran? –Winter debe de estar drogada.

–Sí: te admiran, como demuestra el orgullo con el que llevan esas camisetas. Te admiran porque eres una persona admirable –vuelve a erguirse, echándose la larga coleta negra por delante del hombro–. No dejes escapar a esos amigos.

–Lo intentaré... –murmuro–. Pero es que me van a abandonar.

–¿A qué te refieres?

–Dentro de unos meses, Marshall se mudará a una ciudad que está a tres horas en coche, y Bree a otra que está a tres horas en avión.

–Bueno..., pues lucha.

–¿Qué?

–Lucha por mantener el contacto; haz un esfuerzo para que no salgan de tu vida. Merece la pena luchar por amigos como Bree y Marshall –hace una pausa–. Ojalá alguien me hubiera dicho eso cuando tenía tu edad.

Por un momento, siento que Winter tiene una historia que contar y va a desahogarse conmigo, pero luego se lo piensa dos veces.

El timbre pone fin a la conversación. Mis compañeros empiezan a entrar en el aula, y me da la impresión de que Winter parpadea para que no se le caigan las lágrimas antes de ponerse en modo profesora dura.

Un afortunado...



UN DÍA

Entre lo mucho que me ha afectado la conversación con Winter y las vueltas que le doy a la confesión de Cliff, la clase de Anuario probablemente sea la menos productiva de la historia. En serio. No consigo avanzar ni un párrafo en mi sección de películas, lo cual es un problema, porque todas las páginas tienen que estar terminadas la semana que viene para poder imprimir los libros a tiempo. (Si digo que Bree me mataría si nos retrasamos por mi culpa, estoy siendo suave).

Bree y Marshall están de mal humor; a ellos también les ha decepcionado el final de la Operación: Pillemos Al Que No Debe Ser Nombrado. La verdad es que no sé cómo esperábamos que terminara: ¿con la policía arrestando a Cliff en mitad del aparcamiento, ante los ojos de todo el instituto? ¿Con Bree echándole en cara las pruebas que hemos reunido hasta hacerle llorar? No sé qué imaginábamos, pero, desde luego, no era que Cliff confesara ante Winter y luego fuera discretamente al despacho del director.

Suena el timbre y cada uno se va por su lado. Giro a la izquierda al salir del aula, todavía con la cabeza embotada por la locura del día de hoy, alzo la vista y me encuentro a la última persona que esperaba ver en el pasillo. Por un segundo, creo que estoy alucinando.

Charlie.

Me estremezco con tanta fuerza que casi es una convulsión.

Camina entre las aulas con aspecto perdido, echando vistazos de vez en cuando al papel que tiene entre las manos.

Corro hacia él, pero antes me tapo con el jersey la camiseta de GAY X ALI para evitar preguntas.

—Eh... Hola, Charlie.

Se fija en mí.

—Sky —dice aliviado—. ¿Cómo estás?

—Bien, pero... ¿Qué haces aquí?

—Estaba buscando el aula... —vuelve a mirar el papel que tiene en las manos; es una nota de la secretaria— cuarenta y nueve. La secretaria no me dijo cómo se llamaba tu profesor, así que...

—El aula cuarenta y nueve es la clase de Anuario.

—Sí —se le borra la sonrisa al ver mi expresión de horror—. Oye, Sky, no sé si has visto mis

llamadas...

–Sí. Siento no haberte contestado.

–No pasa nada, no me debes ninguna explicación. Aun así, sigo queriendo apoyar el anuario.

Se saca la chequera del bolsillo de su abrigo. No me lo creo... Después de todo lo que ha pasado, aún quiere pagar el anuncio.

–Quería darle esto a tu profesor –explica.

Lo agarro por el codo y lo meto a toda prisa en una sala de informática que nadie usa desde hace años. Puede que la mayoría de los institutos tengan problemas de espacio, pero el vetusto instituto de Rock Ledge se construyó cuando la ciudad era el doble de grande, así que hay una sala polvorienta llena de trastos en cada pasillo. El interior es sofocante, el aire apesta a naftalina y ni siquiera se encienden las luces al pulsar el interruptor. Pero prefiero hablar con Charlie aquí, aunque corramos el riesgo de inhalar amianto, con tal de que Winter no se entere de que le he prometido una página completa a un compañero de instituto de mi padre, saltándome todas las normas.

–No puedes ir a la clase de Anuario –le digo, muy serio–. Lo siento, pero no.

–¿Por qué no?

Empiezo a pasearme de un lado a otro, abrumado. Esta semana está siendo demasiado absurda. Este mes. Todo el último año.

Podría inventarme algo para salir del paso, soltar más mentiras para evitar una humillación que recordaré toda mi vida. Pero no puedo seguir engañando a Charlie. Tengo que decirle la verdad. Tengo que contarle cómo me he metido en este lío.

Suspiro y sacudo la cabeza, conteniendo unas lágrimas inesperadas.

–No soy Justin Jackson.

Sonríe.

–Bueno, eso ya lo sabía –dice, caminando hasta una ventana para abrir la persiana–. ¿No te has dado cuenta de que llevo un rato llamándote Sky?

–Y, en realidad, no fui a tu casa para venderte un anuncio.

Abre la ventana. Entra una brisa ligera, y los trinos de los pájaros rompen el silencio sofocante.

–Ya me lo imaginaba.

–¿Cómo te diste cuenta de que yo era yo? –no sé ni por qué lo pregunto; ya sé la respuesta–. Me delató Marte, ¿verdad?

–¿Marte?

–La cicatriz de mi quemadura.

Charlie cierra los ojos e inclina la cabeza hacia atrás, como si se sintiera muy tonto por haberlo olvidado.

–Ah, claro. Marte.

Se afloja la corbata gris y se mete las manos en los bolsillos, antes de avanzar hasta el frente del aula. Se detiene delante de la pizarra, que todavía tiene rastros de tiza de principios de los ochenta, y gira sobre los talones para contemplar el mar de pupitres vacíos. Con su pelo

entrecano y sus gafas de montura negra, no desentona lo más mínimo.

—Esta era la clase, seguro —murmura.

—¿Qué clase?

Me mira.

—La de la profesora Babcock. Historia de los Estados Unidos. Yo me sentaba ahí —señala a su izquierda—. Y creo que tu padre se sentaba... —medita un momento, observando la clase—. Qué curioso: justo ahí —señala con la cabeza el pupitre que tengo más cerca.

Imagino a mi padre adolescente sentado junto a mí y, por un momento, siento una extraña calidez, como si alguien me hiciera una caricia. Es como si los universos paralelos de dos épocas distintas se abrazaran.

—¿En serio?

—En serio —sonríe—. Al principio nos sentábamos juntos, pero tu padre era un liante, así que nos separaron enseguida.

—¿Cómo la liaba? ¿Se metía con la gente?

—¡No, qué va! —exclama—. ¿Le gustaba provocar? Claro. ¿A veces era incapaz de mantener la boca cerrada en medio de un examen? Por supuesto. Pero jamás se metía con nadie —casi se le escapa una carcajada al pensarlo—. Tu padre tenía un corazón de oro.

Me acerco a la mesa que me ha señalado Charlie y acaricio su superficie arañada. Es imposible que sea la misma que ocupaba mi padre, claro: los alumnos y los conserjes habrán cambiado las mesas de sitio mil veces a lo largo de los años (eso, suponiendo que no las hayan reemplazado en algún momento). Además, puede que Charlie esté confundido y esta no sea la clase de la señora Babcock.

Pero da igual. Siento a mi padre presente, como cuando estuve por primera vez en la casa de Charlie y descubrí lo que significaba aquella frase sobre «el tipo más duro». O como cuando me tumbé en el capó del coche de Bree en el aparcamiento y contemplé el cielo interminable y azul por encima de mi cabeza.

—Pero sí, tienes razón —concluye Charlie avanzando hacia mí, con las manos todavía metidas en los bolsillos—: has cambiado mucho desde que eras pequeño, pero me resultaste familiar desde el momento en que te conocí. Y cuando volví a ver a Marte, caí: supe que eras el hijo de Henry.

Suena el timbre. Voy a llegar tarde a la próxima clase, confirmado.

—¿Ya habías visto a Marte? ¿Cuándo?

—Tu madre vino a verme con fotos de la cicatriz unos meses después de la muerte de tu padre —explica—. Sabía que yo estaba estudiando dermatología.

—¿Nos conocimos en persona? —pregunto—. ¿Te vi alguna vez después del accidente?

Respira hondo, incómodo. Es la primera vez que lo veo así.

—Es complicado.

—¿En qué sentido?

—Tu madre se... Esto... ¿Cómo explicártelo? —toma aire—. Se apartó de la gente después de la muerte de tu padre, Sky. Yo solo te vi una vez antes del accidente, cuando eras así de alto —hace un gesto a la altura de su muslo—, y nada más. Vi las fotos de lo que acabó siendo Marte y

aconsejé a tu madre como mejor pude, pero nunca volví a saber de ella.

Es duro oírlo, pero no me sorprende.

No recuerdo nada de lo que pasó antes de que muriera mi padre. Pero, entre las alegres fotos familiares de antes del desastre y las historias que Gus me ha contado sobre mamá –una madre relajada, que soltaba tacos y fumaba hierba, y que desapareció al mismo tiempo que mi padre–, siempre he supuesto que dejamos atrás a muchos amigos.

Charlie debió de ser uno de ellos.

–Lo siento –noto que me tiembla un poco la voz e intento controlarla–. Siento que te hiciera eso. Y siento que no nos hayamos podido conocer mejor hace tiempo.

–Yo también lo siento –sonríe–. Aun así, estoy muy feliz de haberte conocido ahora.

–¿Conoces a la señora Brandstone? –pregunto, y Charlie se queda pensativo–. En realidad, la conocerías como Jennifer Graham.

Se lo piensa un poco más.

–Jennifer Graham... Me suena el nombre, pero no caigo.

Me da muchísima vergüenza confesarlo todo, pero Charlie se ha portado de maravilla conmigo. Se lo debo: tengo que ser sincero.

–Es la madre de una amiga mía –continúo–. Fue al instituto contigo y con mi padre. Creo que sabía que tú eras su amigo, y quería que hablara contigo porque...

Por un momento, me planteo si contarle todo lo del muro de las promposiciones, el hackeo del boletín y mi semana de depresión, pero ahora mismo me siento incapaz. Ya lo haré más adelante.

–... Bueno, la cosa es que yo estaba pasando por un momento difícil –continúo, y Charlie asiente con los labios apretados–. Creo que pensó que, si hablaba contigo..., sería capaz de resolver mis problemas. Que me volvería más duro.

–Entiendo.

–Pero me acobardé. Estaba tan nervioso que me inventé el nombre de Justin Jackson e intenté colocarte un anuncio en el anuario. Es todo tan estúpido...

–No, qué va.

Charlie se apoya en el pupitre que podría ser –o no– el de mi padre y cruza los brazos. Se nota que tiene muchas cosas importantes que decir, pero que intenta controlarse para no soltarlas de golpe.

–¿Recuerdas cuando estuviste en mi casa y te pregunté por las fiestas con hogueras, los días del pollo y todas esas cosas que recordaba con nostalgia de mi época en este instituto?

–Sí.

–Pues no te confundas: por cada fiesta y cada día del pollo, tengo veinte recuerdos espantosos de este sitio –desvía la mirada y examina unos pósteres amarillentos y desvaídos que explican cómo una propuesta de ley se convierte en ley–. Crecer aquí fue difícil. Muy difícil. Pero no lo cambiaría por nada del mundo –carraspea–. Me hizo más resistente, lo cual me resultó muy útil después. Me volví mucho más duro –me guiña un ojo– y conocí a gente maravillosa, como mi mejor amigo de aquel entonces.

El último timbre de aviso retumba en los pasillos casi vacíos. Voy a llegar tardísimo a la

próxima clase; está en el otro extremo del edificio.

Miro a Charlie.

–Tengo que irme.

–Por supuesto –asiente–. No quiero meterte en problemas.

–¿Puedo pedirte algo?

–Lo que quieras.

–Por favor, no vayas al aula de Anuario. Lo del anuncio lo hice por mi cuenta, fue totalmente irregular.

Se echa a reír.

–¡Pero eso no significa que no quiera venderte esa página! –aclaro–. Es que primero tengo que arreglarlo con el equipo de ventas. Y esta vez te prometo que te llamaré y hablaremos de los detalles.

Me da una palmadita en el hombro, tan sonriente que se le marcan los hoyuelos.

–Me parece perfecto, Sky.

No lo pienso: le doy un abrazo. Creo que le sorprende, porque, por un instante, no reacciona. Después, sin embargo, me rodea la espalda y me estrecha. Noto la suavidad de su jersey contra mi mejilla.

–Gracias, Charlie –le digo antes de coger mis cosas y salir a la carrera.

Me paso el resto del día hecho un manojo de... algo. De un montón de cosas. ¿Nervios? ¿Pavor? ¿Emoción? ¿Alivio? Todo junto, la verdad.

No sé muy bien por qué, pero aún siento la confesión de Cliff como un nubarrón de tormenta encima de mi cabeza. Por otro lado, cada vez soy más consciente de que la fiesta playera se va a celebrar dentro de unas horas, lo cual me aterroriza. Pero sincerarme con Charlie me ha quitado un peso gigante de encima –un peso que ni siquiera era consciente de lo mucho que me agobiaba–, y lo que me ha dicho Winter se repite una y otra vez en mi cabeza como una canción pegadiza.

Un afortunado.

Ya estamos en la última clase cuando se me ocurre una idea un poco loca, una que quizá pueda evitar que la roca de nervios, miedo, excitación y alivio se estrelle al pie de la montaña. No sé si a Bree le cuadrará, pero tengo que intentarlo.

–Oye –le digo mientras cruzamos el aparcamiento. La miro de reojo y veo que la purpurina de su camiseta reluce al sol–. Sé que tienes preparado el boletín del anuario para el lunes, pero... ¿sería muy raro mandar uno extra el viernes?

Me mira con suspicacia.

–¿Qué tienes pensado?



UN DÍA

Hola:

Soy Sky Baker, de cuarto curso. He decidido enviaros este boletín especial para hablar de algo importante para mí, para el instituto Rock Ledge y, en realidad, para todo nuestro pueblo. Vamos allá.

Hace unas semanas, se difundieron dos fotos muy desafortunadas a través de este boletín, como muchos sabéis. Un estudiante ajeno al equipo se coló en nuestro sistema y subió unas imágenes personales que nos afectaban a mí y a otro estudiante del último curso. También nos insultó.

Pero esto no trata de ese estudiante ni de ese boletín electrónico.

Trata de lo que pasó después.

Hasta hace poco, yo odiaba este instituto. Lo llamaba «infierno hetero» (al menos, mentalmente). Tampoco es que ahora lo adore; sigue siendo el Instituto de Secundaria Rock Ledge, con su ascensor roto en el ala B, su ala de ciencias que huele a muerto (una mezcla de formaldehído e... ¿incienso?), sus matones homófobos y racistas y sus derrotas al baloncesto (sin ánimo de ofender a los jugadores del equipo).

Sin embargo, durante estas dos semanas he visto otra cara de Rock Ledge. Después del hackeo del boletín, muchos de vosotros –muchísimos, de hecho– me apoyasteis sin dudar ni por un instante. Y no solo lo hicieron mis amigos, los alumnos de la clase de Anuario y mis compañeros de cuarto curso, sino también personas con las que nunca había hablado. Me mandasteis DM para preguntar cómo estaba, me bombardeasteis con emojis de corazón, me sonreísteis en el pasillo, os pusisteis con orgullo vuestras camisetas gays, me deseasteis lo mejor y me demostrasteis que estabais de mi lado pasara lo que pasara.

Sé que no soy el único que se siente distinto en este instituto. Yo, desde luego, llevo toda la vida sintiéndome fuera de lugar. Pero en las últimas dos semanas, por primera vez en mi vida, no he sentido que eso fuera algo malo. Me he sentido un afortunado.

Gracias por todo el cariño, Rock Ledge ❤️

Gay por vosotros,

Sky

P.D.: Para que quede claro, no me voy a declarar a Ali Rashid en la fiesta playera. Nos lo vamos a pasar bien al solecito y punto ♥

P.P.D.: Por favor, no retires tu suscripción a este boletín aunque no te guste mi mensaje. Nuestra redactora jefa, que ha trabajado muy duro durante todo el año, me ha pedido que exprese lo mucho que significa tu suscripción para nosotros.



CERO DÍAS

A la mañana siguiente, me despierto sintiéndome yo mismo al fin. Bueno, la verdad es que me siento yo mismo por primera vez en mi vida.

Subo las escaleras hasta la cocina de los Brandstone. En la tele está puesto SportsCenter a todo volumen, aunque nadie la está viendo. Clare, con un delantal manchado de harina, regaña a Petey por haber metido el dedo en la masa que está preparando. Ray berrea en bucle una canción de los Beatles. Bree discute con su padre sobre los valores nutricionales del cacao caliente que tiene en la mano. Y Thelma y Louise ladran a una ardilla que está en el jardín, con tanto ímpetu como si estuvieran defendiendo la casa de una banda de ladrones. Un sábado típico.

–Buenos días, Sky –me saluda la señora Brandstone–. ¿Quieres gachas de avena?

–Sí, gracias –me siento en un taburete al lado de Bree, quien, a modo de saludo, me ofrece un auricular para que oiga el pódcast que está escuchando.

Antes de que me dé tiempo a ponérmelo, el señor Brandstone –que ya ha dejado clara su opinión sobre el cacao en polvo– toma la palabra.

–Escuchadme todos: sé que tú tienes natación, tú vas a grabar un vídeo de YouTube en casa de un amigo, vosotros tenéis vuestra fiesta playera y tú quieres ir al santuario de animales. Pero –se pone serio– hoy toca hacer limpieza de primavera. No me sirve ninguna excusa: todo el mundo va a echar una mano en el jardín antes de salir de casa.

Petey gime.

–No va a librarse nadie –le corta el señor Brandstone, negando con la cabeza–. Vamos.

Engullo mis gachas y, cuando estoy a punto de salir detrás de los mellizos, el padre de Bree se pone delante de la puerta para bloquearme el paso. Somos los únicos que quedamos dentro de casa.

–Te ha llegado una carta –dice, sacando un grueso sobre marrón que tenía a la espalda. Miro el remitente: Community College de Rock Ledge.

Se me para el corazón. ¿La beca?

–¿Esto es...? –balbuceo, y él se encoge de hombros–. ¿Crees que me la han dado?

Hace una mueca, como si tratara de contener una sonrisa.

–Me parece un sobre muy grande para ser una simple carta de rechazo. Pero vete a saber...

Tomo aire y lo suelto lentamente, acariciando el sello con las yemas de los dedos.

—¿Quieres que te deje solo? —pregunta al verme tan indeciso.

No creía que me fuera a poner tan nervioso ni que necesitara estar a solas para abrirlo, pero asiento.

Ahora sí que se le escapa la sonrisa.

—Muy bien —susurra antes de salir con el resto de la familia.

Abro la puerta del sótano y me siento en el primer escalón. Thelma y Louise se me acercan por los lados y me dan golpecitos en la espalda con sus húmedos hocicos. No creo que quieran caricias, solo que sepa que están ahí. Vuelvo a respirar hondo y abro el sobre.

«Estimado Sr. Sky Baker: ¡Enhorabuena!», es lo primero y lo único que leo.

Me incorporo de un salto, levanto las manos y me pongo a gritar. Thelma y Louise se vuelven locas.

Tengo la beca. Voy a seguir estudiando.

Salgo por la puerta principal, agitando el sobre por encima de mi cabeza como un loco.

—¡Lo he conseguido! —todos se giran—. ¡Me han dado la beca!

Los padres de Bree se abrazan y Bree se pone a bailar en plan Michael Jackson por el jardín delantero. Petey salta como si acabara de ganar un campeonato de natación y Ray le imita, aunque seguro que ninguno de los dos sabe muy bien lo que está pasando. Incluso Clare me dedica una sonrisa.

—¡Increíble! —grita la señora Brandstone, radiante, y se acerca para leer la carta de aceptación que tengo en la mano—. Vaya, esto es fantástico, Sky.

—Estoy orgulloso de ti —dice su marido, revolviéndome el pelo—. Aunque esto no te libra de la limpieza de primavera, ¿eh?

Todos nos ponemos a trabajar. Hace sol, y la temperatura ronda los quince grados; no es que sea un día perfecto para ir a la playa, pero es casi milagroso para ser abril en el norte de Michigan.

El señor Brandstone le encarga a Bree que rellene unos agujeros bajo los pinos con mantillo rojo oscuro, y a mí me pone a peinar el césped (así es como llama la señora Brandstone a arrancar las malas hierbas). Normalmente sería una tortura, pero hoy me siento como si flotara. Podría estar todo el día recogiendo con pala las cacas de Thelma y Louise y seguiría sonriendo de oreja a oreja.

Voy a poder estudiar. Es que no me lo creo.

Doy vueltas alrededor del enorme jardín, que parece aún más grande cuando tienes que limpiarlo. Cuando estoy a punto de terminar, veo un hierbajo diminuto en una grieta del camino de entrada y decido dejarlo ahí. Esto es Rock Ledge, después de todo: aquí las entradas de las casas tienen grietas y, a veces, alguna mala hierba encuentra su hogar en una de ellas.

Como yo.

Cuando ya hemos terminado de rellenar los agujeros con mantillo, de eliminar (casi todas) las malas hierbas, de barrer el porche y de rastrillar las hojas muertas que han quedado al descubierto tras derretirse la nieve, toca prepararse. Porque hoy es el día.

El día cero.

Me meto en el baño para quitarme toda la mugre de las manos, las rodillas y la cara, y me ducho sin soñar despierto ni un segundo.

Al acabar me quedo de pie delante del espejo, rompiendo mi regla número uno con toda la intención. Ahí está Marte, mirándome fijamente. Sí, está aún más colorado que de costumbre. Pero no me importa. Incluso diría que me da pinta de tipo duro.

Alguien llama a la puerta.

—¿Sky? —es la señora Brandstone.

—¡Un segundo! —me enrosco una toalla a la cintura y me pongo la camiseta de tirantes—. ¡Adelante!

La puerta se abre un poco, y la montura roja de sus gafas aparece en la rendija (con mucha más precaución que hace treinta días).

—Sky, en el armario del sótano hay una caja llena de cosas de playa. Lo digo por si queréis echarle un vistazo Bree y tú... Igual encontráis algo divertido.

—Estupendo, gracias.

—Ya se lo comenté a Bree, pero me da la sensación de que se le va a olvidar. Hay un frisbi, una red, una pelota... Esas cosas.

—Genial. Le echaré un ojo.

Me sonrío y suspira.

—Perfecto —dice, empezando a cerrar la puerta.

—Oye... —me alejo del espejo y la miro—. Solo quería que supieras que agradezco muchísimo todo lo que habéis hecho por mí estos meses.

—Ay, Sky... No te preocupes, no ha sido para tanto.

—No, en serio —recalco, porque creo que no lo entiende—. Ayudarme con la beca, darme un sitio donde vivir, permitir que los alumnos de Anuario vinieran a hacer camisetas... Os habéis portado muy... muy bien conmigo. No sé qué habría hecho sin vosotros y sin Bree. Y sin Clare, Petey y Ray. Y sin Thelma y Louise. Soy muy afortunado por teneros a todos.

Se ríe antes de subirse las gafas por el puente de la nariz.

—Los afortunados somos nosotros, Sky.

Un rato más tarde, Marshall llega con su coche para ir todos juntos a la fiesta.

—¡Hola a todos! —saluda, mientras Bree y yo nos acomodamos en el asiento trasero con todos nuestros trastos playeros.

Ainsley, en el asiento del copiloto, lleva un sombrero de paja tan gigantesco que amenaza con provocar un eclipse.

—¿Quién quiere un chicle? —pregunta, extendiendo la mano hacia atrás para ofrecérmolos.

—Yo, gracias —respondo—. Pero espera un segundo: tengo una gran noticia...

Marshall me mira por el retrovisor; parece un poco asustado.

—¡Me han dado la beca!

Los dos se ponen a chillar, mientras Bree y yo nos partimos de risa.

–¡Genial! –grita Marshall, echando la mano hacia atrás para apretarme la rodilla.

–Ojalá podamos ir juntos a alguna clase el primer semestre –exclama Ainsley–. Ay, cuánto me alegro de que vaya a haber alguien cerca. ¡Vamos a ser compañeros!

Marshall baja las ventanillas y arranca en dirección a la playa.

En cuanto salimos del barrio de Bree, también sube la música.

Y la pone bien alta.

–¡Guau! –grita Bree alegremente por encima del bajo palpitante–. ¡Marshall el jubiletas se deja llevar al fin por el ritmo!

Marshall me vuelve a mirar por el retrovisor, y cruzamos una sonrisa.

Me da miedo pensarlo mucho por si me da gafe, pero, por primera vez en mucho tiempo, me siento bien. Se me ha pasado el subidón emocional de las camisetas –es inevitable que esos subidones bajen–, pero no estoy llorando sobre la almohada con Louise a mi lado, deseando no haber nacido.

Estar en este coche, con mis amigos, hace que me sienta bien.

–¿Vendrá Dan después de la playa? –le grito a Bree.

El viento le azota el pelo, que sale disparado en todas las direcciones como un aspersor enloquecido. Me recuerda a la última vez que espiamos a Ali: esa tarde, también tenía el pelo así.

–¿Qué? –responde ella.

–¡He dicho –subo más la voz– que si vamos a quedar luego con Dan!

Ella asiente.

–Deberías decirle que vaya contigo al baile –afirmo.

–¿Qué?

–¡Que deberías pedirle que vaya contigo al baile!

Ella sonríe.

–Ah, ¿sí?

–¡Lo digo en serio!

En realidad, al principio no iba tan en serio. Pero, ahora que lo pienso, harían buena pareja para el baile de graduación.

–La verdad es que quería decirte una cosa –dice, acercándose en el asiento para no tener que gritar–. Tengo que confesarte algo.

Me pongo tenso.

–Dime.

–¿Recuerdas el fin de semana de la fiesta de Ali, cuando pensaste que me había enfadado contigo?

Con el lío del hackeo del boletín, casi se me había olvidado que Bree estaba de un humor de perros ese fin de semana.

–Sí...

–¿Y recuerdas que te dije que no me había enfadado, pero nunca llegué a explicarte por qué estaba tan mal?

–Sí...

–Bueno, pues era verdad: no estaba enfadada contigo. Es que Dan... Bueno, Dan cortó conmigo ese fin de semana. En la fiesta de Ali.

–¿¡Qué!?

–He dicho –sube la voz– que Dan cortó...

–No, no. Te he oído, lo que pasa es que... –abro mucho los ojos, sonriendo de oreja a oreja–. ¿Por qué no me dijiste que estabais juntos?

Me sonrío, nerviosa, y se encoge de hombros.

–¡Sorpresa...!

Ahora me cuadra todo; estaba tan centrado en mis cosas que no se me ocurrió sumar dos y dos. Bree siempre se derrite en cuanto aparece Dan. Y cada vez que ella se lanza a hablar como una ametralladora –como aquel día en el aparcamiento del insti, cuando le puso al día sobre el culebrón del boletín, o cuando empezó a soltar ideas para el baile en la cocina de los Brandstone–, él la mira con una chispa especial en los ojos.

Debería haberme dado cuenta.

–Bueno... –mascullo, aún tratando de asimilar la noticia–. Siento que cortara contigo.

–Y yo siento no habértelo contado antes –replica, y me doy cuenta de que se moría de ganas de hacerlo–. Dan estaba lidiando con todo el follón de salir del armario, así que decidimos no decir nada a nadie hasta que se sintiera más cómodo en Rock Ledge.

–Lo entiendo, no te preocupes –le apoyo la mano en la pierna.

–Gracias –coloca su mano sobre la mía–. En fin, por eso estaba de tan mal humor esos días, y por eso El Que No Debe Ser Nombrado pudo hackearnos. En realidad, si quería ir al instituto temprano era para hablar con Dan, no para revisar el boletín –baja la voz, avergonzada–. Al final, lo mandé sin mirarlo. Fue un error... y, además, te mentí. Lo siento.

–No hay nada que disculpar, Brandstone –le doy un empujón cariñoso con el hombro.

Me abraza y me estrecha más fuerte que nunca.

–Gracias –susurro, sin una gota de aire en los pulmones.

–¿Estáis en plan confesiones? –pregunta Marshall. Baja el volumen de la música y nos mira por el espejo retrovisor, con una sonrisa–. ¡Eh, que ahora el que tiene FOMO soy yo!

–No te preocupes, luego te lo cuento –responde Bree.

–Pero Dan y tú seguís siendo amigos, ¿no? –susurro al oído de Bree cuando Marshall deja de mirarnos.

–¡Ah, no! Estamos juntos otra vez; solo cortó conmigo porque no quería meterme en todo el lío de su salida del armario. Intentaba protegerme..., pero yo puedo cuidarme sola.

–Espera, espera –la miro a los ojos–. ¿Me estás diciendo que tienes... novio?

Me devuelve la mirada.

–Eso creo, sí.

–¿Me estás diciendo que al menos uno de los dos es capaz de salir con alguien?

–Pues... eso parece.

–Entonces, a lo mejor también hay esperanza para mí.

Marshall entra en el aparcamiento de la playa, que ya está repleto de estudiantes. Los

deportistas corren sin camiseta de acá para allá, mientras sus novias lucen cuerpazo tumbadas en los mejores sitios. Se ve mucha piel desnuda, como era de esperar, pero también hay gente con sudaderas y vaqueros. Lógico, teniendo en cuenta que hace menos de veinte grados.

Pero no voy a dejar que el frío me sirva de excusa para taparme. Es hora de presentar a Marte ante el mundo.

Salimos del coche y empezamos a prepararnos: nos calzamos las sandalias, metemos los bocadillos en las mochilas, buscamos caras conocidas... Solo espero que la gente de Anuario haya encontrado un buen sitio y podamos quedarnos con ellos.

Entonces, Marshall se quita la camisa.

Me toca.

Respiro hondo, recordándome a mí mismo que tengo que ser duro, y me la quito también. La brisa me golpea el pecho y la luz me da en la cara. El mundo no se ha acabado. Todavía no.

Así que decido seguir adelante.

Mientras avanzo por la arena detrás de los demás, siento las miradas que se clavan en mí. Rock Ledge entero me observa; al menos, esa es la impresión que me da. Muevo las caderas, pero no demasiado ni demasiado poco. Las muevo lo que tengo que moverlas, porque esa es mi forma de caminar.

Así es como soy yo.

Vemos a Ali, Christina y Dustin junto a otros compañeros y nos acercamos a ellos. Han hecho un círculo de toallas, rodeado de cestas de pícnic, sombrillas y altavoces. Todavía estoy nervioso por lo de Marte, pero la emoción –y la peste a protector solar– hacen que me olvide poco a poco de ello.

Alguien levanta la mano para saludarme. Es Ali.

–¡Sky High!

Le devuelvo el saludo.

Espero que la gente haya leído mi correo electrónico y sepa que no le voy a pedir a Ali –ni a nadie más– que vaya al baile conmigo. Solo he venido a divertirme; eso es todo.

Estamos a punto de sentarnos cuando me doy cuenta de que está pasando... algo.

Algo raro.

–Solo quiero que sepas –me susurra Bree al oído, mientras todos mis compañeros de Anuario se levantan– que esto no ha sido idea mía.

Me giro hacia ella.

–¿El qué no es idea tuya?

Miro alrededor y no veo más que sonrisas. Entonces, otro grupo de estudiantes que estaba cerca se levanta también. Y, de pronto, todos empiezan a ponerse camisetas blancas. No son todos los estudiantes de cuarto que hay en la playa, pero son muchos. Docenas de ellos.

Y en todas las camisetas se lee GAY X SKY.

Se me acelera el corazón cuando Marshall, Ainsley y Bree se giran hacia mí, sonriendo de oreja a oreja. Tengo las mejillas ardiendo, y un escalofrío me recorre la espalda.

–¿Qué está pasando? –pregunto, pero nadie me responde.

–Hola –dice Teddy, apareciendo de la nada.

Sus ojos verdes brillan a la luz del sol. Tiene la cara salpicada de arena, y los labios entreabiertos en una sonrisa.

Una sonrisa marca Teddy.

Casi se me doblan las rodillas, literalmente. Creo que se me olvida por un instante cómo funcionan mis cuerdas vocales, pero al final consigo recordarlo.

–Hola –es todo lo que soy capaz de decir.

No lleva una camiseta de GAY X SKY, sino la camiseta naranja del equipo de atletismo.

–Quería ponerme lo que lleva todo el mundo –dice, con la voz un poco temblorosa mientras mira el mar de camisetas de GAY X SKY–, pero Marshall dijo que te gustaría más esta.

–Espera... ¿Qué?

Me doy la vuelta para mirar a Marshall, que se está partiendo de risa.

–Perdona, tío –hipa, sacudiendo la cabeza–. Tenía que hacerlo.

Teddy saca unas rosas amarillas que llevaba a la espalda, junto al sobre más pequeño que he visto nunca. Lo tomo con las manos temblorosas –la situación es mucho más surrealista que mi sueñoducha más descabellado– y lo abro. Dentro están las entradas de la primera película que vimos juntos. La de DuVernay.

De pronto, todo encaja.

Este era el plan maestro de Marshall. Desde hace semanas.

La matraca que me dio preguntando cómo pedirle a Ainsley que fuera con él al baile, lo de las rosas amarillas, lo de las entradas del cine, lo de la ropa que tenía que ponerse cuando se lo pidiera... En realidad, era por esto. Todo el tiempo.

Voy repasando los pequeños detalles: el número de veces que Teddy intentó romper el hielo conmigo y entablar una conversación; el día en que me dijo que le molaban mis zapatillas de deporte; la pregunta que me hizo en la fiesta de Ali sobre mi sección de cine (y yo no le hice ni caso); la tarde en que fue al aparcamiento del insti para hablar conmigo sobre *Fuera de contexto*, aunque no le pillaba de camino para ir a entrenar; la forma en que me salió al encuentro el otro día, después de darse un chapuzón en el lago...

Lo mismo he sido el Ali Rashid de Teddy todo este tiempo.

Miro a mi alrededor, incapaz de asimilar lo que está pasando. Dustin y Christina están de pie, haciendo fotos. Carolyn creo que llora de emoción. También veo a Ali, con una sonrisa inmensa marca Ali. Y Marshall se ríe todavía más que antes, orgulloso de sí mismo.

–Hace tiempo que estoy gay por ti, Sky –me susurra Teddy–. ¿Quieres ir al baile de graduación conmigo?



MENOS VEINTISIETE DÍAS

Por suerte, las cosas se calman después de la fiesta playera. Como ya he dicho, mi personalidad tiene un setenta por ciento de timidez, así que los últimos meses me han dejado hecho polvo.

Vale, sí: este semestre también ha sido el mejor de mi vida, en general. Pero, aun así...

Al fin soy capaz de concentrarme en los estudios sin que me distraiga lo que dice la gente ni las cejas de Ali. Convenzo a la señora Diamond para que me deje volver a presentar algunos trabajos –demostrando que sí sé lo que es la gonorrea–, me paso varios almuerzos recuperando los exámenes de Anatomía suspensos y retengo la suficiente información de Trigonometría para sacar un suficiente alto. Tal vez el señor Kam no esté impresionado con mi rendimiento académico, pero yo sí lo estoy. Y mucho.

Ya no tengo que recordarme a mí mismo que debo ser duro: lo soy y ya está. Al final, solo hace falta sentirte bien contigo mismo para poder con todo lo que te pongan por delante.

Pero hoy es un gran día, y estoy un poco nervioso por tres razones.

Para empezar, es mi cumpleaños (como me ha recordado Ray aproximadamente un millón de veces esta mañana en la cocina). Cumpló dieciocho años. De ahora en adelante, seré oficialmente un ser humano adulto.

Aunque en un principio se negara, la señora Brandstone acabó por ceder la semana pasada y me prometió que haríamos una celebración discreta. La obligué a jurar sobre la Biblia polvorienta que guardan en el armario del salón que no habría ninguna sorpresa de cumpleaños.

Clare ha preparado una tarta de crema de Boston (mi favorita) para esta noche, y Ray ha hecho un montón de tarjetitas con «¡18! ¡18! ¡18!» escrito cuidadosamente, que ha repartido por toda la casa. Teddy ha decorado mi casillero del insti como el absoluto amor que es, y Winter ha inflado algunos globos amarillos y los ha atado alrededor de mi pupitre en clase.

Después del semestre que he tenido, esta es toda la atención que soy capaz de soportar, sinceramente.

El segundo motivo es que hoy han llegado los anuarios, y estoy alucinando de ver impreso el trabajo de todo el año. (La ansiedad que sentía yo no era nada comparada con la de Bree, que llevaba varios días sin dormir. En serio).

Y por último, pero no menos importante, Teddy me va a acompañar a una cita con Charlie después del instituto. Una cita que tiene que ver con Marte.

—¿Estás listo? —me pregunta Teddy mientras se sube la cremallera de su cazadora granate, que hoy le sienta especialmente bien.

—Bueno... —gimo, y él contiene una carcajada.

—¿Estás nervioso?

—¡Sí!

—Todo va a salir bien —me da un besito en la mejilla y luego señala hacia mi ventanilla. La bajo.

—¿Qué tal, Christiansen?

Dan se agacha para quedar a nuestra altura.

—Intentando sobrevivir a este... ¿cómo lo llamaste en el boletín, que le quedaba al pelo? ¿Infierno hetero?

—Bingo.

—Pues eso: tratando de sobrevivir. Ah, feliz cumpleaños, por cierto.

—Gracias.

—¡Guau! —la cara de Dan se ilumina al ver el flamante anuario que tengo en el regazo—. ¡Ya han llegado! Enhorabuena, tío. Tengo que ir a recoger el mío.

—Gracias —respondo, mirando la cubierta negra—. Está recién salido de la imprenta... Me sorprende que Bree no te haya obligado a revisar el suyo cuatrocientas veces ya.

—No te preocupes —suspira Dan—. Lo hará.

Yo ni siquiera lo he abierto aún. Lo mismo es raro, pero prefiero hacerlo a solas en casa de los Brandstone para poder leer todas y cada una de las palabras, apreciar cada página y asimilarlo bien. Estoy haciendo uso de todo mi autocontrol para no rendirme a la curiosidad y abrirlo ahora mismo.

—¡Ah, por cierto! —exclama Dan—. Ya somos diecinueve; hace una hora te envié por correo una lista de miembros actualizada.

—Madre mía... —digo—. Hace dos días éramos once.

Se encoge de hombros, sonriente.

—¿Qué quieres que te diga? Ayudaste a mucha gente a salir del armario.

—Los dos lo hicimos.

Dan y yo estamos tratando de organizar todo lo de GLOW antes de final de curso, para que él pueda empezar como presidente de la asociación el próximo otoño. Winter ha hablado con la señora Choi, una nueva profesora de biología que es lesbiana, para preguntarle si querría asesorarnos, y ella ha accedido encantada.

Por extraño que parezca, a pesar de las ganas que tengo de terminar el instituto, me da un poco de pena perderme todo esto.

—Ah, otra cosa. Sé que te va a parecer muy raro, pero... —Dan se inclina un poco más hacia la ventanilla—. Cliff quiere hablar contigo.

No he vuelto a pensar en ese gilipollas desde que escribí el boletín, hace un par de semanas, y le di a enviar.

—¿Qué?

–¿Y eso? –pregunta al mismo tiempo Teddy por encima de mi hombro–. ¿Es que eres su amigo?

–¡Qué va! –Dan se estremece–. Pero vive en mi barrio. Ayer me vio jugando al baloncesto en mi porche y se acercó a hablar conmigo.

–Deberías haberle estampado el balón en el parabrisas –dice Teddy, en broma pero en serio.

–Al parecer, ha oído hablar de GLOW y sabe que soy amigo tuyo y de Ali. Me pidió perdón por el hackeo del boletín y me dijo que os preguntara a los dos si algún día querríais quedar con él para comer, o algo así. Parece que las expulsiones temporales pueden cambiar a la gente... – Dan extiende las manos para apaciguarme, anticipando mi reacción–. Pero entiendo perfectamente que no quieras saber nada del tema.

–No vayas –me insta Teddy–. No se lo merece, Sky.

–Estoy de acuerdo, a menos que te interese recibir una disculpa –Dan se endereza y se echa la mochila a la espalda–. En fin, tú decides; solo pensé que debías saberlo.

–Gracias –no sé ni qué pensar–. Hablaré con Ali.

–¿A qué hora tengo que ir mañana a casa de Bree para preparar el baile?

–A las cuatro o las cinco, creo. Te mandaré un mensaje.

–Genial –asiente Dan, dándole un golpe al techo del coche de Teddy–. Hasta luego, reinas – nos guiña un ojo y se marcha.

Teddy arranca. Al cabo de un rato, me mira de reojo. Es verdad que estoy más callado que de costumbre.

–Estás nervioso por lo de Marte, ¿eh?

–No es eso –murmuro, contemplando los árboles–. Es que no sé qué hacer con Cliff.

–Me da rabia que dediques un solo segundo a pensar en ese imbécil.

Puede que tenga razón.

Siento náuseas solo de imaginarme que vuelvo a estar en la misma habitación que Cliff. Volver a hablar con él solo serviría para ayudarlo a librarse del cargo de conciencia, o algo parecido. No tengo por qué darle la oportunidad de pedirme perdón. No se lo debo. No le debo nada.

Igual que a mi madre.

Me resulta imposible pensar en ese homófobo sin que me venga la otra a la cabeza. Como cuando Cliff se rio de mí en la clase de Educación para la Salud... Los dos son tal para cual.

Y, aun así, al menos Cliff ha dado un paso. Está intentando arreglar las cosas. No pone como condición que yo vaya a un campamento sectario.

–Sky... –dice Teddy; supongo que se ha dado cuenta de que mi mente ha caído en una espiral–. Haz lo que creas más conveniente. Yo te apoyo.

Le sonrío y me esfuerzo por apartar de mi cabeza todo lo que tenga que ver con Cliff y con mi madre. Ya lo pensaré otro día.

Cuando llegamos al lugar de la cita, las mariposas de mi estómago se ponen a revolotear como locas. Porque hoy es el día en que me despido de Marte.

Bueno, más o menos. Marte va a recibir un cambio de imagen radical.

–¡Sky! ¡Feliz cumpleaños! –grita Brian, saliendo de detrás del mostrador de Traverse Tats con un sombrerito de fiesta en la cabeza. Tiene una sonrisa tan radiante como una palmera de fuegos artificiales.

Sin darme tiempo ni siquiera a parpadear, me da un abrazo de oso. Les hice prometer a Charlie y a Brian que no harían nada especial por mi cumpleaños, pero eso no ha impedido que colgaran unas guirnaldas del techo.

–Tú debes de ser Teddy –Brian me aparta para darle el apretón de manos más fuerte que he visto en mi vida: casi le arranca un brazo. Teddy, no obstante, aguanta el tipo. O, al menos, lo finge.

Charlie, también con un sombrerito de fiesta, sale a grandes zancadas de la trastienda. No se le ve tan eufórico como al cachorrito de San Bernardo que es su novio, pero se nota que se alegra de verme. Nos abrazamos y le estrecha la mano a Teddy.

–Dieciocho años. Madre mía... –suspira, cruzando los brazos–. ¿Cómo te sientes?

Me encojo de hombros.

–Raro.

–Pues claro –sonríe Brian.

–Estoy muy contento de que vayamos a hacer esto, Sky –dice Charlie.

–¿En serio lo vamos a hacer? –pregunto, medio en serio, medio en broma–. Porque ahora mismo me dan ganas de rajarme.

–Lo mismo digo –se ríe–. Vamos a acabar con esto antes de que cambie de opinión, anda.

–¡Espera! –Brian me agarra del brazo y me lleva detrás del mostrador, donde hay una tablet para reservar citas y apuntar los pagos–. Sé que es tu cumpleaños, pero técnicamente también es tu primer día de trabajo, ¿recuerdas? Primero tengo que enseñarte cómo va esto.

La semana pasada, Brian me ofreció trabajar como recepcionista en su negocio y acepté del tirón. Sí, me pilla lejos de Rock Ledge; pero Bree no se va a llevar el coche a California, así que podrá usarlo yo casi todo el año. Además, Charlie y Brian han dicho que puedo quedarme a dormir en su casa siempre que me apetezca, que creo que será a menudo. ¿Tardes de verano en el lago, chapoteando con Bob y Teddy? Sí, por favor.

Lo mejor es que voy a ganar dieciocho dólares la hora, lo que significa que no solo podré pagar a los Brandstone algo de alquiler, sino que también me quedará suficiente para salir con Ainsley y Dan e incluso para visitar a Marshall un fin de semana en otoño.

Después de que Brian me muestre los misterios de la centralita y el sistema de reserva de citas, por fin llega el momento. Vamos a hacerlo.

–¿Estás listo? –pregunta Charlie, sentándose en una silla al lado de la mía.

–Todo lo listo que puedo estar.

Brian saca varias agujas nuevas, una pistola de tatuar recién esterilizada y una hoja con el diseño que ha hecho para Charlie y para mí: las iniciales HRB –Henry Robert Baker– en una elegante caligrafía negra.

–¿Queréis pronunciar vuestras últimas palabras? –nos pregunta con una sonrisa.

–Pueees... –tomo aire y me quito la camiseta–. No. Vamos allá.

–Me prometí a mí mismo que jamás me sentaría en esta silla –suspira Charlie, moviendo la cabeza en señal de rendición–. Sin embargo –se vuelve hacia mí, sonriente–, aquí estoy.

Brian presiona cuidadosamente el diseño sobre Marte; el contorno de las iniciales de mi padre cubre la mayor parte del tejido rosado.

–Puedes sentirte orgulloso, Sky –dice, levantando el papel para dejar pegado el diseño–. Charlie se ha negado a tatuarse desde que lo conocí. Has conseguido lo que nadie más ha podido lograr.

–Sin embargo, apuesto a que mi padre habría estado a favor –respondo.

–No te quepa duda –confirma Charlie.

–¿Necesitas algo? –pregunta Teddy, acercando una silla al otro lado y agarrándome la mano. Parece tan nervioso como yo–. ¿Un pañuelo de papel? ¿Un vaso de agua?

–Lo mismo te pido que te pongas a enseñarme memes de *A todos los chicos de los que me enamoré* –respondo. Ahora que lo pienso, eso seguramente me ayudaría a controlar la ansiedad.

–No te preocupes, será rápido y... casi indoloro –concluye Brian, preparando su espacio de trabajo–. Terminaré antes de que te des cuenta.

Esto tal vez parezca una decisión precipitada, y es que lo es. Se me ocurrió la idea de hacerme un tatuaje en recuerdo de mi padre hace solo cuatro días, y Brian tenía listo el boceto menos de veinticuatro horas después. Quizá debería pensármelo por lo menos otra semana, antes de cubrir eternamente la mitad de mi pecho con tinta negra... Pero me da la sensación de que es lo que tengo que hacer. Me he dado cuenta de que, cada vez que estoy con Charlie y Brian, veo las cosas mucho más claras.

Todos los padres aconsejan a sus hijos que se lo piensen mucho antes de hacerse un tatuaje, porque es algo permanente. Si se lo hubiera contado al señor Brandstone, probablemente me habría encerrado en mi habitación esta mañana. Sin embargo, creo que lo que más ilusión me hace es justo eso: su permanencia. No solo llevaré siempre encima un recuerdo de mi padre, sino que también tendré un vínculo imborrable con Charlie y Brian.

No siento este tatuaje como un homenaje a mi padre, sino como el primer paso para conocerlo por fin; para ser el chico duro que sé que querría que yo fuera, con una nueva familia que sé que querría que tuviera.

La pistola de tatuar de Brian empieza a zumbar. Teddy me aprieta la mano con más fuerza.

–Oye, Sky –susurra Charlie, en voz lo suficientemente baja como para que solo le oiga yo–. Me alegro mucho de que intentaras colocarme un anuncio falso para el anuario.

Me río un poco antes de prepararme para el primer pinchazo.

–Yo también.



MENOS VEINTIOCHO DÍAS

Sorpresa, sorpresa: dormir con un tatuaje reciente en el pecho no mola. Asombroso, lo sé.

Tuve que quedarme toda la noche boca arriba, destapado, mirando fijamente al techo y aguantando las ganas de rascarme. Al menos, aproveché para repasar mentalmente la lista de todo lo que tengo que hacer antes del baile de graduación.

Un asco, sí. Pero valió la pena.

El tatuaje quedó aún mejor de lo que esperaba. Charlie también está encantado con el suyo; cuando Brian terminó y los dos nos pusimos juntos frente al espejo, se le llenaron los ojos de lágrimas. Por cierto: para que conste, en ese mismo momento decidí anular oficialmente mi regla número uno.

El sábado por la mañana es una locura. Bree y yo vamos corriendo a la tienda de todo a un dólar para comprar guirnaldas, globos y platos de papel, luego pasamos por el restaurante del padre de Christina para acabar de hacer los pedidos de comida y después vamos a una ferretería que está a dos pueblos de distancia para comprar los materiales del telón de fondo de las fotos. Al final, mientras hacemos cola delante de la caja, nos damos cuenta de que estamos muertos de hambre, pero satisfechos.

—Oye, ¿qué opinas de los libros? —pregunta Bree, empujando el carro—. ¡No me puedo creer que aún no hayamos hablado de eso!

—¿Qué libros?

Me fulmina con la mirada.

—Los anuarios, Sky.

Ah. Cierto.

—Anoche ni me acordé de abrir el mío.

—¿Cómo pudiste olvidarte? Yo me lo he leído entero por lo menos cinco veces. No he encontrado ni una errata, por cierto —sonríe orgullosa.

—Es que me tuve que ir corriendo a lo del tatuaje, y también estaba distraído por lo que me dijo Dan. Quería mirar el anuario tranquilo, cuando estuviera yo solo. Sé que es raro, pero...

—Espera, espera —levanta las manos—. ¿Qué te ha dicho Dan?

Mierda.

No pensaba contarle a Bree lo de Cliff, porque sabía que se iba a poner furiosa solo de pensar

que le dedico a Cliff un minuto de mi tiempo. Y puede que tenga razón, la verdad.

Empiezo a colocar las cosas en la cinta transportadora.

–Dan me dijo que Cliff quería hablar conmigo y con Ali para pedirnos perdón...

Hago una pausa, esperando a que Bree explote de indignación. Sé lo que va a decir: que El Que No Debe Ser Nombrado es básicamente Satán, que merece pudrirse en la cárcel y que jamás debería darle la oportunidad de pedirme disculpas.

Pero Bree se limita a encogerse de hombros y a dejar el rollo de tela en la cinta.

–¿No dices nada? –pregunto.

–No lo sé –dice ella–. Haz lo que tengas que hacer.

–No esperaba esa reacción por tu parte.

–Bueno, estuve hablando con Clare y me dijo algo que tenía todo el sentido del mundo –coge un Snickers del estante de chocolatinas y lo pone en la cinta–. No vale la pena que me amargue tanto por Cliff. No es más que un imbécil sin autoestima que ve el mundo mucho más feo de lo que es, ¿me entiendes?

–Has dicho su nombre.

–¿Eh?

–Le has llamado «Cliff», no «El Que No Debe Ser Nombrado».

–Claro, esa es otra –dice ella, sonriendo–. Me niego a permitir que ningún tío tenga ese tipo de poder sobre mí. Que le den. A partir de ahora, pronunciaré el nombre de ese imbécil siempre que me dé la gana.

Pagamos y empezamos a sacar el carro.

–Bueno, pues eso –continúa–: haz lo que te salga. Si quieres oír una disculpa, queda con él. Si ya lo has superado, mándale a freír puñetas y no le dirijas la palabra en la vida.

–Ya.

–Espera... ¿No se nos olvida algo? –nos paramos en el aparcamiento y miramos el carro–. La tela, tablillas de cinco por diez centímetros, la pistola de silicona caliente...

–¡Ay! ¡La pintura!

Se me había ido de la cabeza... Le prometí a la señora Brandstone que pintaría las paredes de mi habitación antes del baile. Es lo único que me han pedido que haga los padres de Bree a cambio de quedarme a vivir con ellos sin pagar alquiler; no puedo no hacerlo hoy.

–Vuelvo enseguida –digo, corriendo hacia el interior.

–¡Deprisa, que ya vamos con retraso!

Encuentro el pasillo de la pintura y me quedo paralizado ante la infinidad de muestras que me miran fijamente. Al parecer, hay diez millones de variaciones de gris –gris ceniza, gris plata, gris humo– y cien millones de variaciones de verde –verde botella, verde trébol, verde menta–. Suficiente para que un indeciso como yo se tire un año entero comiéndose la cabeza.

–¿Necesitas ayuda? –pregunta una chica con uniforme y el pelo rosa brillante, que parece más joven que yo–. Se te ve abrumado.

–Ya ves... Tengo que comprar pintura.

Se ríe.

–Me lo imaginaba. ¿Algún color en particular?

–Me sirve cualquiera.

–Tenemos mucho donde elegir.

Empiezo a dar golpecitos con el pie, consciente de que Bree me espera en el coche. Me la imagino tocando el claxon, como la mañana en la que la señora Brandstone me pilló sueñoduchándome.

–Necesito pintura para pintar un dormitorio en un sótano.

–¿Te cuento un truco que se me ocurrió para ayudar a los clientes indecisos? Es un poco random, pero creo que funciona.

–Claro.

–Vale, pues vamos allá –se gira para mirar la pared llena de muestras de colores–. Piensa en la mejor persona del mundo.

–¿Eh?

–La mejor persona.

–Pero ¿a qué te refieres con «mejor»?

–No lo pienses demasiado: la primera que se te ocurra.

–Esto...

Winter se materializa en mi mente.

Quizá debería haber pensado en gente como Malala Yousafzai, Teddy o Greta Thunberg.

Pero pienso en Winter.

–Vale –digo–. Ya lo tengo.

–¿A qué color te recuerda esa persona?

–Aquí, los azules son más azules –murmuro sin pensar, porque la frase de Winter se me ha quedado grabada.

–¿Eh? –la chica de pelo rosa se inclina hacia mí.

–Nada, perdona. Me recuerda al azul, supongo.

–Pues empecemos por ahí, amigo mío –señala la sección de azules–. Ya lo has reducido un poco.

Miro hacia donde me señala. Al igual que pasa con los grises y los verdes, hay mil millones de muestras de azul donde elegir.

–Gracias –digo, casi con sarcasmo–. Me has sido de mucha ayuda...

Un segundo. No iba mal encaminada, la verdad.

No sé si es cosa de alguna divinidad, del destino o de una extraña coincidencia cósmica, pero, entre todos los colores expuestos ante mí, mis ojos encuentran de inmediato la muestra perfecta.

«Sky Blue», pone debajo.

Azul cielo.

Al cabo de un rato, en casa, todo está extrañamente silencioso. Es la calma que precede a la tormenta.

Los padres de Bree se han llevado a Ray a la bolera, Clare ha salido de excursión con Petey y Bree está en casa de Dan ayudándole a elegir traje y corbata, porque «los chicos no saben vestirse solos» (cita literal, aunque Dan tiene más estilo que nadie que yo conozca). Así que Thelma, Louise y yo tenemos la casa para nosotros solos.

No me va a dar tiempo de pintar la habitación antes de que Teddy, Dan, Marshall y Ainsley vengan a preparar las cosas para el baile (sobre todo, teniendo en cuenta que van a hacer falta dos capas), pero, al menos, quiero mostrar a los padres de Bree que estoy en ello. Pongo música y empiezo a pintar.

Sin embargo, me detengo al llegar al muro de las promposiciones. Porque esa pared ha cambiado por completo mi último curso en el insti. Mi vida entera, en realidad.

Es un poco agri dulce decirle adiós.

Por un lado, que todo el instituto lo viera fue traumático, como poco. Pero, por otro, eso me convirtió en una persona más dura.

Le hago una foto antes de que las palabras se desvanezcan para siempre bajo el azul cielo.

DÍAS QUE QUEDAN: 0.

SKY ESTÁ GAY X ALI: IDEAS DE PROMPOSICIÓN.

Se me llenan los ojos de lágrimas, porque es como si esto fuera el fin de todo.

El fin de las risas en el sótano con Bree. El fin de nuestras visitas al LMEP con Marshall, cuando nos reíamos discutiendo sobre pelis y nos escapábamos dentro de una sala oscura el tiempo suficiente para olvidar que existía el mundo exterior. El fin de la clase de Winter, el único lugar del instituto de Rock Ledge donde me sentía como en casa.

Ojalá alguien me hubiera dicho eso cuando tenía tu edad.

Recuerdo el consejo que me dio Winter el día en que mandé mi boletín especial. Me dijo que luchara por conservar la amistad de Bree y de Marshall; que procurarse estar siempre cerca de la gente a la que quiero, de mi verdadera familia.

Y pienso hacerlo.

Suena el móvil. Es Bree.

–Te quiero –vomito antes de que me salude.

–Vaya por Dios. ¿Estás dándote otro atracón de *This Is Us*?

–No... Es solo que acabo de tapar el muro de las promposiciones. Y, aunque parezca mentira, me ha puesto triste. Es raro.

Hay una larga pausa al otro lado de la línea, mucho más larga de lo que esperaba.

–Sí –dice Bree al fin–. Sé a lo que te refieres.

Otra larga pausa.

Trago saliva.

–Volveré a casa para Acción de Gracias, Sky –dice Bree.

–Lo sé.

–Y luego vienen las vacaciones de Navidad, un mes después.

–Ya.

–Y más tarde te pienso arrastrar a Los Ángeles conmigo.

Me río.

–Vale. Ya se verá.

Me da la sensación de que quiere decir algo más, pero no lo hace. Finalmente, hablo yo.

–Bueno –me aclaro la garganta–. ¿Qué pasa?

–¿Puedes hacerme un favor?

–Dime.

–¿Puedes ir a la habitación de mis padres y ver si mi padre tiene una corbata roja?

–¿Por qué?

–La corbata de Dan no pega nada con su traje.

–¡Sí que pega, Sky! –oigo a Dan gritar con desesperación en el fondo–. ¡No le hagas ni caso!
¡Es una tiquismiquis!

–El rojo y el rosa se dan de tortas –susurra Bree.

–Dame un segundo –digo, subiendo las escaleras.

Entro en el dormitorio de los Brandstone. Nunca había estado aquí.

–Esto es raro –murmuro, yendo de puntillas hacia el armario.

–¿Por qué?

–Tus padres... follan en esta habitación.

–Joder, Sky, cállate.

–A ver, te cuento –enciendo la luz–. Hay varias amarillas, una azul, otra rosa...

En la parte de arriba hay una caja de cartón, con algunos trastos amontonados encima. Uno es un anuario del instituto Rock Ledge. La cubierta parece azul y roja.

–¿Sky? ¿Estás ahí?

–Ah... Sí, es que...

–¿Va todo bien?

La cabeza me da vueltas.

–Te llamo dentro de un minuto.

Cuelgo justo a tiempo para cortar un monólogo incipiente sobre la importancia de los estampados de las corbatas y agarro el anuario. Por dentro está lleno de firmas y dedicatorias.

–Madre mía –murmuro, leyendo algunos mensajes.

Todos están dedicados a Jennifer. A Jennifer Graham. Este es el anuario de la señora Brandstone.

Mi corazón comienza a palpar con fuerza.

Porque eso significa...

Bajo corriendo a mi habitación y saco de la mochila el anuario que he tenido todo este tiempo, el que alguien dejó en el porche de los Brandstone hace semanas, acompañado de una nota anónima. A diferencia del de la señora Brandstone, este no tiene firmas ni dedicatorias.

¿De quién será?

La roca empieza a rodar por mi cabeza, y cobra velocidad por una ladera de preguntas para las que no tengo respuesta. Cierro los ojos y me concentro en inspirar y espirar, como dicen que hay que hacer los psicólogos de las películas. Sorprendentemente, me sirve de ayuda. Paso a la primera página. En alguna parte de este libro tiene que haber algo que revele la identidad de su dueño. Tengo que encontrarlo.

Paso las primeras veinte páginas. Nada. No hay sellos que indiquen que pertenece a la biblioteca local. No hay fotos marcadas con subrayador amarillo. No hay corazones dibujados con boli rojo alrededor de la foto de nadie.

En las veinte siguientes sigo sin ver nada. Me doy cuenta de que, aunque este anuario tiene los mismos años que el de la señora Brandstone, sus páginas están más blancas y mejor cuidadas: no hay marcas de tazas de café ni esquinas rotas. Su poseedor o poseedora no lo compartió con el mundo; lo guardó en un lugar seguro y lo cuidó.

Solo veo algo cuando llego al final, en la página blanca que hay justo antes de las guardas. Es una nota minúscula en la esquina superior izquierda.

No es de extrañar que no la viera antes.

Penélope,
diviértete explorando.

Pero vuelve rápido.

Al final, aquí los azules son más azules.

Te quiero,

Henry B.

¿Henry B.? ¿Qué? ¿Mi padre firmó este libro?

La única Penélope que conozco es... Penélope Winter.

Al final, aquí los azules son más azules.

Flipo.

Joder, joder, joder.

Me desplomo hacia atrás y caigo en el futón (al menos eso supongo, en vista de que no me he abierto la cabeza contra el suelo de cemento). Las paredes giran a mi alrededor, como si estuviera atrapado dentro de una bola de cristal con nieve azul y alguien la agitara. Puede que me haya intoxicado con el olor a pintura, pero mi mareo probablemente se deba a la impresión de saber que el anuario que he tenido todo este tiempo era el de Winter.

Fue ella quien lo dejó en el porche.

Winter debía de ser amiga de mi padre.

Subo corriendo a la cocina y busco las llaves de algún coche hasta que recuerdo que no queda ninguno aquí. Sin pensármelo dos veces, me pongo lo primero que pillo (la sudadera de unicornio de Clare y las gigantescas zapatillas del señor Brandstone) y salgo disparado de la casa.

Tengo una pinta absurda, pero me da igual. Necesito hablar con Winter.

Corro hasta llegar al final de la urbanización pija de Rock Ledge, oyendo los pitidos de los lujosos coches del barrio cada vez que me aparto demasiado de la cuneta. Luego, giro a la derecha y acelero; aún me quedan tres kilómetros para llegar a mi destino. Veo el escaparate de Construcciones Wing, junto al que he pasado un millón de veces sin fijarme nunca; la heladería donde pasé meses sirviendo helados a turistas malhumorados; la calle que cruza hacia la avenida Ashtyn, donde Bree y yo girábamos a la izquierda para nuestras sesiones de espionaje... Tropiezo al girar la cabeza para ver si el coche de Ali está en la entrada, y me hago bastante daño en un dedo del pie.

Creo que una parte de mí jamás superará del todo a Ali Rashid.

Con los pies doloridos, por fin llego a casa de Winter. Estuve aquí el pasado otoño –Bree tenía que dejar las pruebas del anuario–, pero me da la impresión de que fue hace siglos. En realidad, fue hace toda una vida: ahora soy una persona diferente, y mis circunstancias también son distintas.

Es una casa pequeña pero encantadora, a la sombra de un bosquecillo. Un enorme sauce extiende las ramas sobre el césped. Las contraventanas son de un rojo apagado, y dos mecedoras se balancean con la brisa en el porche delantero. Es extraño... Este lugar, como la clase de Winter, tiene un aire estable y acogedor, como si llevara aquí tanto tiempo como las olas del lago Míchigan que rompen en la distancia.

Llamo a la puerta y oigo ruidos al otro lado. El repiqueteo de unos tacones se acerca antes de que la puerta se abra.

–¿Sky? –Winter desorbita los ojos.

Lleva un vestido de color verde musgo, con el pecho y los brazos de encaje y unos pendientes de plata que brillan sobre su pelo negro. Es la primera vez que la veo con los labios pintados. Se me había olvidado completamente que dentro de nada empieza nuestro baile de graduación.

–¿Qué ha pasado? –me mira los pies, alarmada–. Estás sangrando.

De repente me doy cuenta de la pinta que tengo, con la sudadera de unicornio de Clare, la cara cubierta de sudor (y tal vez algo de mugre) y un pie que gotea sangre en el felpudo.

–Aquí los azules son más azules –digo, sosteniendo su anuario–. Conocías a mi padre, ¿verdad?



MENOS VEINTIOCHO DÍAS

Winter deja en la mesa una jarra rosa llena de limonada y se sienta a mi lado en una de las mecedoras del porche.

–Aquí están especialmente salvajes, te lo digo en serio –suspira, señalando con la cabeza a un grupo de ardillas de cola esponjosa que discuten bajo el sauce–. Se pelean a diario.

Me lanza una tirita al regazo, y me inclino para ponérmela en el dedo del pie cuando mi móvil vibra. Tengo tres mensajes de Bree que no he visto mientras corría por todo Rock Ledge:

Bueeeeeeeeeeno encontraste la corbata?

SKY BAKER estás  ?

Vale en serio llámame. El traje de Dan es una emergencia nacional LOOOOL tenemos que arreglar esto.

–¿Tienes que hacer una llamada? –me pregunta Winter.

–No, no hace falta.

Dejo el móvil en el reposabrazos, con la pantalla hacia abajo para no verla.

Pasan un par de coches. Los pájaros pían con fuerza, y la brisa hace que tintinee la campanita que cuelga de la puerta de entrada. En teoría, este sería el escenario perfecto para relajarme, pero mi ansiedad lo devora todo y me exige que haga todas las preguntas que se apelotonan en mi mente. Lo malo es que no tengo ni idea de por dónde empezar... Siempre me he sentido cómodo con Winter, pero normalmente hay más gente de la clase o, al menos, están presentes Bree y Marshall.

Ahora estamos solos.

–Entonces...

–Bueno...

Nos echamos a reír al ver que nos hemos interrumpido mutuamente.

Mi móvil vuelve a sonar.

–Deberías responder, Sky –me aconseja Winter–. Hoy es un día importante; puede que te necesiten.

No quiero desviar la conversación ni estar en ningún sitio que no sea este porche, sentado junto a Winter frente a una panda de ardillas que se pelean, descubriendo una historia familiar

que no sabía que existía. Pero tiene razón.

Así que contesto.

—Hola.

—¿Dónde coño te has metido? —brama Bree, y me alejo el móvil de la oreja para que no me reviente el tímpano.

—¡Ese vocabulario, Brandstone! —advierte Winter en voz alta, sonriente.

Bree se queda callada y luego baja la voz.

—¿Esa es Winter?

—Sí —respondo—. Estoy en su casa.

Hay tres segundos de silencio atónito. Me imagino a Bree boquiabierta al otro lado de la línea.

—¿Y qué haces en su casa?

Winter y yo cruzamos una mirada.

—Es una larga historia —le digo.

—Hay algo que no me estás contando, Sky.

—Bueno, obvio.

—¿Qué ha pasado?

—Te lo explicaré más tarde.

—Voy para allá.

—¿Qué? Bree, es...

Pero ella ya ha colgado.

—Viene para acá —le explico tímidamente a Winter—. Lo siento.

Ella vuelve a sonreír.

Agito el vaso de limonada que tengo en el reposabrazos, demasiado abrumado para beber.

—Querías que yo conociera a Charlie.

—Sí.

—Entonces..., ¿Charlie y tú también erais amigos en el instituto?

—Así es.

Yo ya sabía que Winter era más o menos de la misma edad que mi padre y que también había estudiado en Rock Ledge, pero nunca pensé que pudieran conocerse. Dentro de mi cabeza, Winter y mi padre orbitaban en galaxias distintas. La posibilidad de que sus dos universos colisionaran no se me pasaba por la imaginación.

Ni en un millón de años se me hubiera ocurrido pensar que habían sido amigos.

—No le dijiste a Charlie que yo iba a visitarlo, ¿verdad? —le pregunto.

Porque, de ser así, Charlie habría estado sobre aviso y habría sabido desde el principio que yo no era Justin Jackson, sino el hijo adolescente de Henry. Y eso no es lo que ocurrió, a menos que Charlie y Brian sean los mejores actores del mundo.

—No, no hablé con Charlie —da un trago de limonada y se lame los labios—. Encontré su dirección a través de un amigo de un amigo, pero Charlie y yo... —se queda pensativa—. Hace tiempo que no hablamos.

—¿Y eso?

–Es complicado.

–¿Os peleasteis?

–No, no, para nada –niega con la cabeza y cruza las piernas. La falda de su vestido verde musgo bailotea con la brisa–. ¿Recuerdas el consejo que te di el día que descubriste que fue Cliff quien hackeó el boletín?

Me remonto a ese viernes loquísimo, justo antes de la fiesta playera. Ese día me ocurrieron un montón de cosas, pero recuerdo toda la conversación porque lo que dice Winter siempre se me queda grabado. Sé perfectamente de qué está hablando.

–Me dijiste que debía luchar por mantener la amistad de Bree y a Marshall –le digo, recordando la firmeza de su tono y la seriedad de sus ojos–. Que merecía la pena conservar amigos como esos.

Me mira fijamente por un momento, con los ojos vidriosos por las lágrimas, antes de apartar la vista hacia las ramas del sauce.

–Sí –dice–. Exacto. Ojalá yo hubiera sabido eso cuando tenía tu edad: que las personas como Bree y Marshall son raras, y que vale la pena luchar por ellas –hace una pausa–. A lo que me refiero, Sky, es a que yo no luché por Charlie. Ni tampoco por tu padre.

Me invade una oleada de tristeza. Noto el arrepentimiento en su voz –creo que lleva meses queriendo confesarme esto–, y eso me duele como si me clavaran un puñal.

No sé lo que pudo ocurrir, ni qué hizo o dejó de hacer Winter para perder la amistad de Charlie y de mi padre; solo sé que eso sigue atormentándola. En los años que pasaron antes de que Winter madurase al fin, como ella misma dice, dejó atrás a sus mejores amigos. Y ahora, no quiere que yo haga lo mismo con Bree y Marshall.

Se levanta y se apoya en la barandilla del porche, con la vista aún clavada en las ramas del sauce. O tal vez esté mirando el cielo, que hoy es un lienzo completamente despejado. Winter cree que aquí los azules son más azules, y empiezo a estar de acuerdo con ella.

Contemplo cómo limpia las hojas muertas y el polvo acumulados en la barandilla. La forma en que desliza las manos por la madera, despejando las imperfecciones... Son los mismos gestos que cuando organiza su mesa en el instituto. Sin embargo, me resulta extraño verla en este espacio, lejos del barullo de la clase de Anuario, sin tener que encargarse de un millón de cosas a la vez. La vida de Winter, aquí, es tranquila y sencilla.

Un poco solitaria, también.

Se vuelve hacia mí.

–No pensaba decirte que conocía a tu padre hasta que te graduaras.

–¿Por qué?

Vacila.

–Los profesores debemos cuidar ese tipo de cosas con nuestros alumnos.

–Pero yo no soy un alumno más, ¿verdad? –repongo–. Soy el hijo de Henry Baker.

Inclina la cabeza y me sonrío.

–Puede que no seas un alumno más, pero no quería hacerte sentir incómodo.

–¿Y por qué no lo hiciste?

–¿Incomodarte?

–¿Por qué no esperaste a que me graduara? ¿Por qué te arriesgaste a que viera la dedicatoria de mi padre en tu anuario?

Se vuelve a sentar frente a mí.

–Por el hackeo del boletín –explica, terminando su limonada–. Pensé que conocer a Charlie te ayudaría a ver que no estás solo en esta lucha, Sky. Nunca estarás solo.

Asiento, con un cosquilleo en el fondo de la garganta.

–Creo que eres duro y resistente –afirma Winter–, y sé que tu padre estaría de acuerdo conmigo. Pero incluso las personas más duras necesitan sentirse queridas y saber que hay gente de su lado.

Si Rock Ledge me ha enseñado algo en el último año es que, definitivamente, hay gente que está de mi lado. Dentro de unos años, cuando todo el mundo se haya olvidado de las cosas que ha hecho durante este curso –por ejemplo, ir todo el día con una camiseta de GAY X LAS PATATAS FRÍAS, o planear una promposición épica en la fiesta playera–, yo seguiré recordándolas. Recordaré que la gente de este pueblo, que no es tan horroroso como yo creía, me apoyó.

De pronto, la tranquilidad del jardín de Winter se esfuma por una línea de bajo que resuena por toda la acera. Es la canción de Ariana Grande con la que Bree sigue obsesionada.

Pero no quiero que esta conversación termine.

No quiero marcharme de este porche.

–Ah –Winter suspira, girándose hacia la calle–. Altavoces a todo volumen en el coche: el dulce sonido de los estudiantes de secundaria con demasiado tiempo libre.

Un momento después, el coche de Bree se detiene con estrépito junto al buzón de Winter. La ventanilla del pasajero desciende y Marshall saca medio cuerpo.

–¡Hola, Winter! –la llama.

–Hola, Jones –responde ella alegremente.

–¿Qué estáis haciendo? –nos grita Bree desde el volante, histérica–. ¡Por si se os ha olvidado, tenemos un baile de graduación que montar!

La ventanilla del asiento de atrás baja también, y al otro lado aparece la cara sonriente de Teddy. Dan está sentado a su lado.

–Y solo tenemos una hora –nos recuerda Teddy, ya vestido con un esmoquin gris claro y una corbata de color amarillo pálido.

Nos miramos a los ojos. Es tan mono que casi me caigo de espaldas.

–¿Quieres que te lleve a mi casa, Winter? –pregunta Bree, bajando un poco el volumen–. También tenemos que recoger a Ali y Ainsley, así que puede que vayamos un poco... apelonados.

–Por tentador que me resulte apretujarme en un coche junto a tres de mis alumnos, prefiero ir ahora por mi cuenta, Brandstone. Gracias, de todos modos –se vuelve hacia mí–. Hablaremos más tarde.

Tengo muchas más preguntas. Aún no hemos hablado de mi padre, y estoy deseando que

Winter me lo cuente todo.

¿Era un buen tipo? ¿Qué hacían mi padre, Charlie y Winter para divertirse? ¿Siempre estaba metido en líos, como dijo Charlie? ¿Eran adictos a los nuggets de pollo? ¿Qué hacían en la fiesta de las hogueras? ¿Faltaban mucho a clase? ¿Cómo era ser su amiga?

¿Alguna vez se enamoró de Winter?

¿Estuvo Winter enamorada de él?

Sé que esta historia tiene mucho que rascar, pero también sé que esta es la primera de las decenas de conversaciones que mantendré con Winter en este mismo porche. Tengo todo el verano para conocer a mi padre.

–Te veré en casa de Bree dentro de un rato –digo, devolviendo el anuario a su legítima dueña–. Gracias por todo.

–Un placer, Baker.

–¿Tienes pensado hablar con Charlie? –le pregunto, caminando de espaldas hacia el coche aparcado bajo el sauce–. Es un gran tipo. Creo que le encantaría volver a verte.

Su sonrisa se ensancha, y un destello de sol ilumina sus ojos y sus pendientes.

–Tal vez le llame.

Me subo al asiento trasero, le doy un beso a Teddy y cruzo una sonrisa con Dan.

Esperaba que me acribillaran a preguntas, pero no lo hacen. Se limitan a mirarme sonrientes durante un segundo, antes de que Marshall suba el volumen, Bree cambie de marcha y el coche se aleje.

AGRADECIMIENTOS

Un millón de gracias a:

Mi agente Moe Ferrara, de BookEnds Literary, la primera persona que creyó en la historia de Sky. Le estaré eternamente agradecido por su visión, su compromiso con la inclusión y su paciencia para responder al aluvión interminable de preguntas estúpidas de un autor debutante. (Por favor, dale las gracias también a Winston, el corgi que tenéis de becario, con una buena rascada de barriga).

Mi editora, Amanda Ramirez, y la maravillosa gente de S&S BFYR. Amanda, tu perspicacia con los Twizzlers es inestimable, y tu habilidad para editar con memes en los márgenes no tiene parangón. No sé cómo fuiste capaz de cribar el desastre de mi manuscrito hasta sacar una joya narrativa (¿brujería?), pero te agradezco eternamente que lo hayas conseguido. Desde el principio, Sky Baker estuvo en las mejores manos.

Los increíbles lectores de Salt & Sage Books, Cameron Van Sant y Helen Gould, que me ayudaron a dotar de autenticidad a los habitantes de Rock Ledge y aportaron profundidad y corazón a *The Sky Blues*.

Mis padres, Melanie, Doug, Carson, Parker, Max, Sean, Vy y Carlee. «El hogar no está en ningún lugar, sino en la gente», escribió Robin Hobb, y estoy de acuerdo con ella. Todos vosotros sois mi hogar, y nunca habría podido crear la historia de Sky sin el impacto que habéis tenido en mi vida.

Todos mis compañeros del chat de grupo (ya sabéis quiénes sois). Vuestras bromas, vuestros GIF faltones y vuestros ánimos infinitos me han dado fuerzas para terminar este libro. Os quiero a todos. ¿Cuándo hablamos?

Y cada profesora Winter, señor y señora Brandstone y Charlie Washington que han hecho que el cielo sea un poco más azul para los niños y jóvenes LGBTQ de todas partes del mundo.

¿SABES YA CUÁL ES TU PRÓXIMO LIBRO?

Si te ha gustado esta historia y no puedes esperar para seguir leyendo, visita nuestra web y redes sociales para estar al tanto de todas las novedades TBR:



Nos vemos en tu próxima lectura



Contenido

Portada

Dedicatoria

TREINTA DÍAS

TREINTA DÍAS

VEINTIOCHO DÍAS

VEINTIOCHO DÍAS

VEINTIDÓS DÍAS

VEINTIDÓS DÍAS

VEINTIÚN DÍAS

DIECINUEVE DÍAS

DIECINUEVE DÍAS

QUINCE DÍAS

CATORCE DÍAS

CATORCE DÍAS

DOCE DÍAS

DOCE DÍAS

DIEZ DÍAS

DIEZ DÍAS

NUEVE DÍAS

NUEVE DÍAS

OCHO DÍAS

SEIS DÍAS

CUATRO DÍAS

CUATRO DÍAS

DOS DÍAS

UN DÍA

UN DÍA

UN DÍA

CERO DÍAS

MENOS VEINTISIETE DÍAS

MENOS VEINTIOCHO DÍAS

MENOS VEINTIOCHO DÍAS

AGRADECIMIENTOS

Créditos

Dirección editorial: Berta Márquez
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Dirección de arte: Lara Peces

Título original: *The Sky Blues*
Traducción del inglés: Ana H. Deza

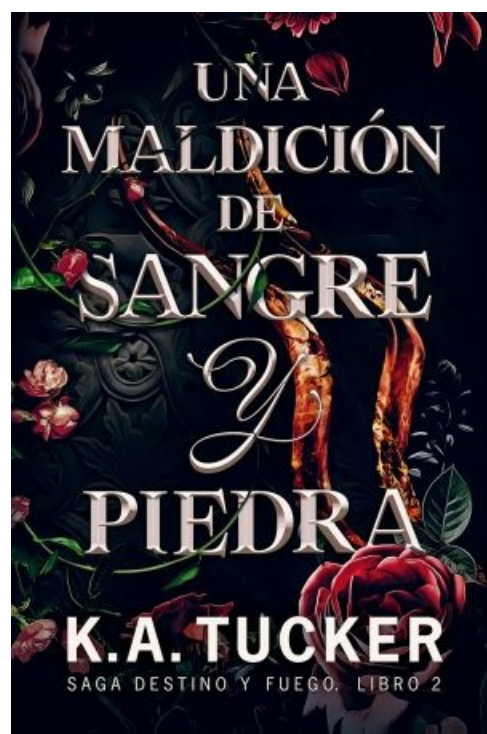
Edición publicada por acuerdo con BookEnds Literary
a través de International Editors & Yáñez Co' S.L.

© del texto: Robbie Couch, 2021
© de la traducción: Ana H. Deza, 2023
© Ediciones SM, 2023
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)

Coordinación técnica: Iria Torres
Digitalización: ab serveis

ISBN: 978-84-196-2133-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Una maldición de sangre y piedra

Tucker, K.A.

9788419621313

576 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

No sé cómo amarte y, a la vez, ser un buen rey para mi pueblo. Un monarca traicionado por su hermano. Una princesa llegada de otro mundo. Una huida desesperada hacia las montañas. Un poder prohibido que puede cambiar las tornas. Un destino incierto. Ya nada es lo que parece. Los videntes han hablado. Solo queda desentrañar su profecía.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Una corona de mentiras

Owen, Abigail

9788419621320

608 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Como princesa secreta, la segunda gemela en nacer, solo tengo un propósito: sacrificar mi vida por mi hermana. Vivo en el desierto de Aryd, oculta bajo la apariencia de una chica pobre y vulgar, y solo me cuido en palacio para interpretar el papel de mi hermana, la auténtica heredera al trono, cada vez que su vida corre algún peligro. Ahora la reina ha muerto y el invierno está a las puertas del reino. La oscuridad es inminente. Y la única forma de salvar a mi hermana y nuestro dominio es matar a Eidolon... y al Espectro Sombrío que me ha robado el corazón.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Un destino de ira y fuego

Tucker, K.A.

9788419621221

640 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este hombre me ha condenado a muerte. Después de besarme. Una ladrona criada en las calles de Nueva York. Un mundo desconocido gobernado por la magia. Un príncipe traicionado. Una misión peligrosa. Un destino cruel. Ella tendrá que fingir para salvarse. Él deberá confiar en su peor enemiga. Pero el destino tiene sus propios planes...

[Cómpralo y empieza a leer](#)

IRIA G. PARENTE

SELENE M. PASCUAL

IMPERIO



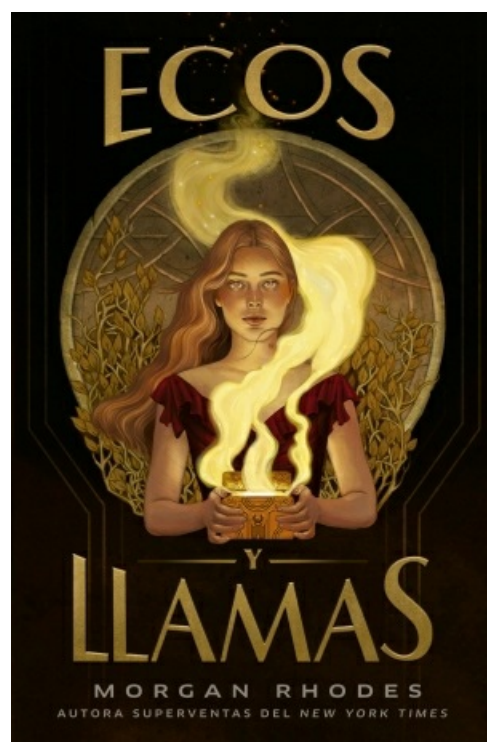
Imperio

G. Parente, Iria
9788419621290
672 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

El Edificio Imperio ha abierto sus puertas. En él se lleva a cabo la competición en directo más importante del mundo, y para ganarla solo hay que hacer dos cosas: formar parte de sus juegos y conseguir que toda la gente posible se fije en ti. Dana Shifter no quería asistir, al contrario que su hermana pequeña, Liv, que tiene claro que quiere ganar. Ganar es lo que desea también Evan Walker, que quedó segundo en la pasada edición y este año aspira al primer puesto; aunque la favorita del público es Bianca Fiore, su enemiga declarada desde antes incluso de empezar. Este también es el segundo año de Félix Oliveira, que tiene muy claro que no va a repetir errores del pasado. En cambio, quienes están preparados para cometer todos los errores que haga falta, empezando por entrar en el programa fingiendo una relación que ya no tienen, son Sasha y Asher. Y luego está Blake. Ella ni siquiera debería haber entrado en Imperio, pero está dispuesta a llegar a la cima cueste lo que cueste. ¿Y tú? ¿A quién vas a mirar?

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Ecos y llamas

Rhodes, Morgan

9788419621160

424 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Josslyn Drake, hija del antiguo primer ministro del Imperio Regariano, pasa la vida de fiesta en fiesta, sin preocuparse demasiado de su futuro ni de nada que le suene a cosa seria. Desde luego, jamás se le ha ocurrido pensar en la magia, algo de lo que solo sabe tres cosas: que es escasa, que es letal y que todos los que se mezclen con ella serán condenados a muerte. Así que, cuando Josslyn se infecta accidentalmente de magia, sabe que tiene que librarse de ella cuanto antes; si no, su vida corre peligro. Pero nadie puede ayudarla... Salvo, quizá, el enigmático Jericho Nox, un ladrón tan misterioso como atractivo que pronto la hará cuestionarse todas sus creencias. En un imperio construido sobre la mentira, tal vez la verdad sea el arma más potente...

[Cómpralo y empieza a leer](#)